Logia Independiente de Teósofos

# GUESTO ANSURES

## Cuadros de la vida neogótica

NOVELA HISTÓRICA

ESCRITA EN PORTUGUÉS POR EL

VIZCONDE DE FIGANIÈRE

Seguida de indicaciones arqueológicas relativas al siglo VIII.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

L. Z. C.

TUY
TIPOGRAFIA REGIONAL
—
1915

Logia Independiente de Teósofos

# El Vizconde de Figanière

Federico Francisco Stuart de Figanière y Morão no será un desconocido para los que merecidamente figuran a la cabeza del gran ejército de sabios y eruditos, que tan brillante y lucido destacamento tiene en nuestra Península ibérica. Fuera de esa plana mayor habrá tal vez algunos que no conozcan al autor de la novela GUESTO ANSURES. Cuatro palabras para éstos.—El Vizconde de Figanière nació en Nueva York el 2 de octubre de 1827. Sus padres eran portugueses. Fué caballero de la Casa Real, de la Orden de la Concepción de Villaviciosa, Gran Cruz de la de Santa Ana de Rusia y Enviado Extraordinario y ministro Plenipotenciario de Portugal en San Petersburgo (1870-76) y fué también socio honorario del Instituto de Coimbra, Correspondiente de la Academia Real de Ciencias de Lisboa, del Instituto Histórico y Geográfico del Brasil, de la Real Asociación de Arquitectos de Lisboa, Académico de la Sociedad de Lengua Universal de Madrid, Miembro del Cobden Club de Londres y de la Sociedad Teosófica. Hace más de tres lustros que la muerte,arrebatándolo del tiempo y llevándolo a la eternidad, privó a las buenas letras de uno de sus más eminentes cultivadores. La breve enumeración de las obras que compuso y tradujo dan testimonio suficiente de su asidua laboriosidad, pro-

Logia Independiente de Teósofos



fundo saber y competencia en todo género de humanas disciplinas o conocimientos. Escribió y publicó en portugués las siguientes:

*Catalogo dos manuscriptos portuguezes no Museu Britannico*. Lisboa, 1853. Edición agotada.

*A guerra e o commercio livre*. Lisboa, 1854. Opúsculo a favor de la libertad de comercio.

*Memorias das rainhas de Portugal*; con documentos, facsímiles y retratos. Lisboa, 1859. Edición agotada.

*A Liberdade e a Legislação*. Tesis en defensa de la manutención de la independencia del pueblo portugués. Petrópolis (Brasil), 1866. Edición agotada.

*Correspondencia Official com o Governo de S. M. e com o Governo Britannico*, desde junio de 1869 hasta abril de 1870. Sus negociaciones como encargado de negocios de Portugal en Londres fueron preliminares de un tratado de comercio en proyecto y versaron sobre la cuestión de los vinos y de la escala alcohólica. Publicada en el LIBRO BLANCO de 1872.

*Sum cuique*. El primer tomo «Rainhas de Portugal» por Francisco da Fonseca Benevides y el segundo las citadas "Memorias das Rainhas de Portugal„ por el autor. Lisboa, 1880.

*Quatro regras de diplomacia*. Lisboa, 1881.

*Memoria sobre o valor da expressão "Aguas aquarum„ dos diplomas antigos*, presentada a la Academia Real de Ciencias de Lisboa, 1884.

*O magnetoscopio de Rutter*, con diagrama y relación de experiencias. Artículos publicados en las revistas *A Semana* y *O Escalapio;* 1851 y 1852.

*O bote tubular salva-vidas de Richardson*, con grabado. Artículo publicado en la revista *O Panorama;* 1853.

*Documentos ineditos acerca do Conde de Avranches*, precedidos de un breve comentario. Se publicó también en la citada revista *O Panorama*. Lisboa, 1856. Los documentos se refieren a Alvaro Vaz da Almada, noble portugués que vivió a mediados del siglo XV.

Logia Independiente de Teósofos



*Submundo, mundo, snpramundo. Estudos esotericos.* Porto, 1889.

En francés, guardando el anónimo, publicó sus *Lettres lapo naises sur la civilisation en Europe comme du Christianisme et de la voie qu' elle suit actueltemente.* París, 1875.

En inglés fué más fecundo:

*Chronological Table of the European Emperors, kings and sultans, of the Popes, and of the Doges of Venice, from the year of Our Lord 800 to the present day, so arrangd that, at a glance, al contemporary Sovereigns may be found.* New-York, 1850. Se agotó la tirada.

*Notes taken duvings a trip to Santarem, Batalha and Alco" baça.* Reproducción de una serie de artículos que apareció en el "Parker's Journal„. Nueva York, 1852.

*Vasco Peres, the Cooper of Alcobaça.* Apareció sin nombre del autor en el "New York Ledger„, 1861. Es una novela fundada en incidentes de la batalla de Aljubarrota, y consta de 18 caps.

*Palmitos.* Londres, 1873. Es una novela descriptiva de la vida del campo en el Brasil.

*Elva. A Story of the dark ages.* Poema en cinco cantos, inspirados en las leyendas bizcainas "Conde dom Monipho„ y "Dama Pé de Cabra„, existentes en el "Nobiliario do Conde D. Pedro„. Londres, 1878.

GUESTO ANSURES es una novela en la que se lee lo mejor que se ha escrito respecto a la época y al país en que se desarrolla el asunto. Este juicio formaron de ella el en Galicia incomparable arqueólogo D. Antonio

Logia Independiente de Teósofos



López Ferreiro y el eminente maestro de Literatura en la Universidad compostelana D. Gumersindo Laverde Ruiz.

Un ruego encarecido al ilustrado y benévolo lector. El de que no atribuya defectos al Vizconde de Figaniére; que todos son del atrevido traductor de GUESTO ANSURES.

---

Vous jugez de mille sortes
d'ouvrages et en jugez bien

Vous savez dispenser a propos votre estime:
Le pathetique, le sublime,
Le sérieux, et le plaisant,
Tour-a-tour vous vont amusant.
Tout vous duit, l'histoire et la fable
Prose et vers, latin et françois.

LA FONTAINE, LETTRES.

Logia Independiente de Teósofos

*A la Excma. Señora*

*D.ª Adelaida Perfumo de Almeida*

*y Vasconcellos.*

*En testimonio de profuudo respeto dedica*

El autor.

Logia Independiente de Teósofos

# ADVERTENCIA DEL AUZOR

En este libro preséntanse al lector tipos de las diversas clases de la sociedad neogótica, existentes a fines del período de transición en que predominó en el gobierno la influencia muzárabe.

La descripción de los sitios en que la acción se desenvuelve en sólo cuatro días y medio, hállase conforme a notas y apuntes tomados por el autor con ocasión de un viaje a las provincias de Orense y Lugo, y en especial al país montañoso situado entre los ríos Sil y Sarria. Tanto los tipos como las descripciones se han tomado de un estudio de documentos coevos.

Allí, en esas tierras, pasó Alfonso el Casto bastantes años de su juventud y aún vive hoy en la memoria de aquellos habitantes, señaladamente los de Sobredo, en otros tiempos Subrego, depositarios de tradiciones legendarias concernientes a dicho monarca.

Las noticias arqueológicas con que termina esta obra dánse como breve suplemento dedicado a los curiosos y a todos aquellos que no sientan repulsión por la aridez del asunto.

Logia Independiente de Teósofos

# INTRODUCCIÓN HISTORICA

E no seu tempo se perdeo a terra ataa Asturias e cobraramna os mouros.

Chronica Breve de Santa Cruz.

"Al efectuar los árabes su primera salida del desierto no dejarían de maravillarse de la facilidad y rapidez con que se realizaba la conquista. Mas cuando, en el decurso de la victoria, tocaron las márgenes del Indo y las cumbres de los Pirineos, después de haber probado a menudo el temple de sus alfanges y la energía de su fe, habríales causado no menos admiración que una nación cualquiera pretendiese hacer rostro a sus armas invencibles o que el señorío del sucesor del Profeta fuese determinado por frontera alguna„.

Tales son las palabras con que comienza el historiador Gibbon (1) uno de los más notables capítulos de su obra monumental sobre la decadencia romana, palabras que perfecta y casi textualmente cabrían al tratar de la privativa historia de la conquista de España por los sarracenos. En verdad que cuando Tarik y Muza, habiendo atravesado el estrecho de Septum a Calpe, seguidos de bandos compuestos de diversas tribus orientales, contemplaron el resultado de su arrojada empresa, obtenido después de una campaña

Logia Independiente de Teósofos



de pocos meses, sorprenderíanse de la buena fortuna que siempre les había acompañado; y ya señores absolutos de toda la Península, desde la Lusitania hasta la Tarraconense y desde la Bética a las sierras de Asturias, habrían despreciado o compadecido la demencia de quien osase vaticinarles que antes de medio siglo un puñado de entre los vencidos reivindicaría victoriosamente una parte del perdido territorio como primicias de mayores relevantes triunfos, y que por fin, la capital antigua de los reyes visigodos habría de ser de nuevo el predilecto asiento de sus coronados nietos.

No probaremos la paciencia del benévolo lector repitiendo lo que ya se halla consignado en cuantas historias tratan de la caída de los godos e invasión sarracénica en España; mas a fin de facilitar la pronta inteligencia de alusiones diseminadas por las páginas de este libro, tal vez no huelgue recordar en ligero esbozo el origen y progreso del reino neogótico de Asturias hasta la época a que se refieren los sucesos que constituyen el asunto de nuestra novela.

Viendo irremediablemente perdida la patria y seguro el dominio de los conquistadores, determinaron muchos visigodos procurarse un asilo en las montañas del Norte, para librarse del extranjero yugo, al paso que otros, con idéntico fin, se reunían a Teodomiro que había conseguido establecer en Murcia un pequeño estado independiente, estado que, a pesar de tener la garantía de un pacto solemne entre aquel su jefe y Abdelaziz, de poco le sirvió para conservar andando el tiempo, su autonomía, pues ni aún llegó a completar medio siglo de existencia.

No sucedió así con la nación que al lado Norte se

Logia Independiente de Teósofos



iba formando. La aspereza de las breñas asturianas, cuyo ingreso oponía tantas dificultades a un ejército, la pobreza de la tierra, la miseria de sus habitantes, parece debían haber asegurado a ésta una oscura tranquilidad, y más aún si se atiende al natural desdén que a los capitanes árabes merecía este último rincón de la Península. Consta, sin embargo, que pocos años después de la conquista el walí Ayub-ben-Habib envió contra aquel territorio algunos destacamentos de tropa que tomaron varias poblaciones y se establecieron en Gijón. Entonces fué cuando los asturianos se alzaron en armas.

Habían escogido por jefe a Pelagio, cuya genealogía es incierta, por más que haya quien le llame hijo de Favila, Duque de Cantabria y descendiente del rey Chindaswinth. En vida de Roderico, último de los reyes visigodos, hallábase la guardia real mandada por Pelagio, quien después de pelear con denuedo en la batalla del Chryssus o Guadalete (julio de 711), tan fatal para los cristianos, se había acogido a los montes del septentrión.

Ya separado Ayub del gobierno, por el kalifa, al estallido de las armas en Asturias, Alhaur-ben-Abderrahman, más conocido por el nombre de El Horr, tenía el mando supremo de la Península con el título de emir; y éste, en cuanto tuvo noticia del suceso, envió a Alkamah sobre aquellos sitios al frente de fuerzas considerables. Libróse lid junto al monte Auseba, a la boca mismo del tan celebrado *algar* (2) de Covadonga. Allí sufrió Alkamah una completa derrota. Se verificó este acontecimiento en 718; y luego, en seguida, fué Pelayo aclamado rey de las Asturias. Nada revelan los cronicones en lo tocante al reinado

Logia Independiente de Teósofos



de este príncipe y sólo consta que falleció en Cangas el año 737.

Favila, hijo de Pelagio, fué, conforme a costumbre antigua de los godos, elegido sucesor de su padre, y respecto a él no ha llegado hasta nosotros ninguna otra noticia sino la de que, siguiendo montería, fué muerto por un jabalí en 739.

Aunque Favila hubiese dejado prole, no recayó la elección en ella, probablemente porque no tocaba en la edad adulta. Cupo el trono, para el que fué elegido, al hijo de Pedro, duque de Cantabria, a Alfonso, yerno de Pelagio, con cuya hija, Ermesinda, estaba casado.

Aprovechándose del estado de anarquía de la España musulmana, comenzó este príncipe belicoso sus correrías en 742 por el territorio del enemigo, continuándolas con fortuna durante una larga serie de años.

No son conocidas por su orden cronológico las victorias de Alfonso I; los cronistas limitáronse a darnos una larga relación de ellas, omitiendo sus fechas respectivas. Invadió a Galicia, tomando posesión permanente de Lugo, Orense y Tuy; traspuso el Miño apoderándose de Braga y todo el distrito hasta las márgenes del Duero. Dilatáronse igualmente sus conquistas por la parte de oriente y sudeste, internóse en el país que media entre las tierras de Asturias y los montes Pirineos y tomó por asalto muchas villas y ciudades en León y Castilla, llegando hasta Vizeu en la Lusitania.

Alfonso no disponía de fuerzas suficientes para poner presidios en las numerosas plazas que cayeron en su poder; pero, aun cuando no pudiese conservar todas sus conquistas, consta que a su muerte abarcaba

Logia Independiente de Teósofos



su imperio la Galicia y la Cantabria hasta los confines de Vasconia.

Dícese que en atención al gran número de templos fundados o restaurados por este rey, le dieron los suyos el dictado de *El Católico*, al paso que por el pavor que supo infundir en el ánimo de los mahometanos—merced á la constancia con que la fortuna le favoreció y los violentos estragos que año tras año causaron en el suelo enemigo los guerreros que capitaneaba—acabaron por designarle con los epítetos: el *Terrible*, el *Matador de los hombres*, el *Hijo de la espada*.

Al fallecimiento de Alfonso, en 756, fué aclamado su hijo Fruela o Froila, según el estilo de los documentos coetáneos a que hemos de ceñirnos. Dejó este rey nombre de valiente guerrero, a pesar de ser tan escasa la historia en conmemorar sus triunfos que sólo dice en general: "ganó muchas victorias„ e individualiza apenas una, la de Ponthumium, en Galicia, lugar que no han podido identificar los anticuarios, reduciéndose a conjeturas. (La Historia Iriense en el cap. 20 expresa, no obstante, que esta batalla se dió entre el Duero y el Miño). No pudo, por otro lado, impedir que los sarracenos, después de una invasión efectuada por las fronteras de Galicia en 765, regresasen a Córdoba con cautivos cargados de despojos.

Este príncipe tuvo también que arrostrar revueltas de sus súbditos: reprimió una en Galicia y otra en Alava en el tercer año de su reinado. Es notable este acontecimiento por haber proporcionado a Froila la elección de consorte. Entre los cautivos que trajo a su vuelta de Alava, venía la joven Munia, y a ésta, pasado algún tiempo, tomó por mujer, como Clothario I de

Logia Independiente de Teósofos



Francia a su cautiva Radegonde, aprisionada con su hermano después de la derrota de los thuringios.

Atribúyese a Froila una ley prohibiendo el matrimonio a los eclesiásticos y determinando se separasen los que se hallaran casados, providencia legislativa que, opinan algunos, fué causa de indisposición contra su autor por parte del clero. Cúmplenos en contrario observar que la existencia de semejante ley no se apoya en pruebas ciertas, y manifestar al paso que la aversión contra Froila no se limitaba solamente al clero; su genio era colérico y despótico, y de ahí que por su tirana crueldad parece provocó la ira de sus súbditos. Sea de ello lo que quiera, lo que se sabe positivamente es que, celoso Froila de que su hermano Vimarano fuese, por la amenidad de su trato y pericia militar, bienquisto del pueblo, le dió de puñaladas y que él, a su vez, recibió providencial castigo, muriendo a manos de algunos grandes de su corte en el año 768. Instituyó este monarca varias fundaciones pías y dió principio a la ciudad de Oviedo, que llegó en reinados posteriores a ser capital del Estado.

El rey asesinado dejó un hijo de corta edad llamado Alfonso; pero el cetro pasó a manos de Aurelio, hijo de otro Froila, hermano de Alfonso el Católico y, por tanto, primo carnal del último rey. El reinado de Aurelio duró seis años, y de él no queda otro monumento sino el referente a la sublevación de los siervos contra los señores de la tierra; el rey acudió en persona y fueron aquéllos reducidos a la obediencia.

A la muerte de Aurelio en 774 desatendiéronse de nuevo las pretensiones de Alfonso y sus parciales, y recayeron los votos en Silo, casado con Adosinda, hija de Alfonso el Católico. Ignórase el origen del rey Silo;

Logia Independiente de Teósofos



pero de un trozo de la crónica Albeldense relativo a él (*cum Spania ob causam matris pacem habuit*, significando Spania "tierra de los sarracenos„) se puede inferir fuése árabe su madre, y su padre uno de esos nobles godos que, sujetos al dominio musulmán, se habían enlazado con las hijas de los conquistadores, enlaces de que tantos ejemplos subsisten (3). De Silo sólo consta que vivió en paz con los sarracenos, como afirma el trozo arriba citado, y que subyugó en el monte Cuperio, hoy Cebrero, una revuelta del pueblo de Galicia.

Era Cangas en reinados anteriores el asiento de la corte, pero Silo la traspasó a Pravia, villa situada a orilla del Nalón. Allí llāmó al joven Alfonso, que desde la muerte del rey su padre había residido en el monasterio de Sámanos o Samos, como hoy se dice. Probable es que debiese Alfonso la buena voluntad del nuevo rey a la influencia de su tía la reina Adosinda; y parece vivió en la corte hasta el óbito de Silo, acaecido en 783.

Consiguió Adosinda en esta coyuntura que fuese aclamado su sobrino el príncipe Alfonso en la curia regia; mas habiendo un partido que le era contrario, no pudo el hijo de Froila conservarse en la posesión del cetro, de que Mauregato, el escogido de los descontentos, se apoderó. Por esta causa tuvo que refugiarse en Alava, patria de su madre, y recluirse Adosinda en el convento de S. Juan de Pravia, de que era fundadora, según acostumbraban las reinas viudas, al tenor de lo establecido en el Concilio XIII de Toledo, tit. 5, citado por Flórez (*Reinas*, Cathol. T. I. p. 53).

Mauregato era hijo natural de Alfonso I el Católico y de una sierva. Al nombre de ese rey va vinculada la tan conocida leyenda del tributo de las cien doncellas,

Logia Independiente de Teósofos



cuyo origen no se deriva de las fuentes puras de la historia contemporánea, estando generalmente desacreditada por la crítica moderna como invención de tiempos posteriores. El historiador Mariana no vacila en atribuir tanto a Aurelio como a Mauregato el pretendido tributo. Alejandro Herculano dice a propósito de esta tradición: "La leyenda acerca del tributo de las cien doncellas, pagado por Aurelio y Mauregato a los sarracenos, que ya se encuentra en Lucas de Tuy (Hisp. Ilustr., T. 4, p. 74) y en Rodrigo Ximenes (L. 4, c. 7) es en nuestro sentir un mito tradicional, que simboliza las tendencias de fusión a fines del siglo VIII, y la preponderancia transitoria del muzarabismo (4)." Así es como la filosofía de la historia debe afrontar aquella noticia legendaria, asaz antigua para que, aunque no se acepte como hecho sustancial, no se desprecie cual patraña merecedora del desdén del crítico.

Suspendemos aquí nuestro sumario, por haber llegado el momento histórico en que se intercalan los días de esta novela.

Logia Independiente de Teósofos

# I

# LA ENTREVISTA

Que tú, falsa Esperança,
como de casa, sabes
estreitos passos della em que te escondas
¿quem, pois, de si te lança?
No peito aflito cabes
que já se vê no mar bebendo as ondas.

Fernao d'Alvares do Oriente
(Lusit. Transf.

La línea divisoria entre las provincias de Lugo y de León está indicada por altas serranías que siguiendo del Norte hacia el Sur, y como oprimidas, alivian la propia pujanza despidiendo de sí por uno y otro lado extensas ramificaciones en diversos puntos de su carrera.

Una de esas agigantadas parcelas es la llamada sierra del Caurel, que, comenzando no lejos del país del Vierzo, corre en dirección S. O. una distancia de cinco leguas hasta entroncar en la sierra de Quiroga, que viene a morir a la confluencia de los ríos Sil y Lor. En cuatro puntos culmina la del Caurel, y son, partiendo de su extremo N. E. los altos montes Capeloso, Faro, Formigueiros y Pico Pájaro, el más alto de ellos y el segundo en elevación de todas las cumbres de la provincia de Lugo.

De este último—conocido de los pueblos circunvecinos por el nombre corrompido de *Piapajara*, al que por conveniencia designaremos siempre *Pico Pája-*

Logia Independiente de Teósofos



*ro*—parten dos ramificaciones al Occidente, aunque desviándose una con inclinación al Norte y la otra en sentido opuesto y concurriendo ambas a formar riberas a la izquierda del río Lor. Constituye la primera la sierra de Ferreirós. La que al Sur se desvía forma una serie de tres montes en gradual disminución de altura, los cuales se llaman: Alto de Abezul, Traspando y monte de Outra-Banda.

Flanqueadas por estas dos ramificaciones caen las faldas occidentales de Pico Pájaro hasta ir a bañarse en las aguas del Lor. Un poco más abajo de su triple cumbre nace un riachuelo, que, corriendo por el denominado Valle Escuro, baña los lados de una hondonada llamada Seixo y del despeñadero de Susfurado a raiz del Abezul y, formando allí declive de setenta a ochenta pies, sigue por profundo y estrecho cauce a desaguar en el río. De ahí le vino el nombre de riachuelo o arroyo de Ribanceira.

Hállanse generalmente las orillas del Lor más o menos cortadas a plomo, dando poca o ninguna amplitud y estrecho alveo para que se extiendan las aguas al correr; mas de cuando en cuando ensánchase esta estrechez con las que podrían llamarse ensenadas en las que apenas puede explayarse el agua a causa del declive con que desciende que casi no la permite detenerse en ellas. En tales ensenadas o recodos es donde se hallan casi todas las poblaciones, y por eso aparecen invariablemente a alguna distancia de las márgenes, ocultas entre frondosas laderas, cuya pendiente menos ingrata y áspera produce esos a manera de respiraderos del angosto, profundo y sinuoso valle del Lor.

En una de esas quebradas de las altas márgenes

Logia Independiente de Teósofos



del río, en la practicada por las faldas de Pico Pájaro, es donde hoy anida la aldea de Folgoso, situada en un anfiteatro a la izquierda y a medio kilómetro del río, y a la derecha a un cuarto de kilómetro del riachuelo.

Más arriba, al N. E. de la aldea, vése una eminencia, aunque de poca altura con relación a la ladera que la sirve de base, sobre la cual en tiempos anteriores se destacaba un castro romano. Aun cuando las relaciones de ese pasado hayan desaparecido, viven hoy en la memoria del pueblo por el nombre que la tradicción conserva del sitio aquél: CASTRO DA TORRE.

Aún subsistían en gran parte las fortificaciones y eran utilizadas, según se verá oportunamente, en la época de esta historia, ya que, como residencia de nuestra heroína, es Castro Folgoso el lugar destinado a figurar por mucho en los sucesos que se irán desarrollando.

Entre los declives por demás accidentados en que se sienta la aldea y los extremos de la sierra de Ferreirós, corre río arriba una cadena de montes de la que el Bustillo es su primer eslabón a la parte de Folgoso dominado por la loma del mismo.

Castaños de dimensiones colosales forman bastísimo soto, así en todo el recóndito Folgoso como por las angostas fronteras del monte de Outra Banda y aún por las de Pico Pájaro hasta cierta altura y más allá del sitio llamado Castro da Torre.

Corría el año 789. Era el mes de octubre, la postura del sol tras de los montes.

En la pendiente del monte Bustillo, cubierta de bosque hasta cerca del caudal de las aguas, había a más de media distancia un como natural terrado que, saliendo, por decirlo así, de entre las matas, dejaba a

Logia Independiente de Teósofos



su frente al lado del Sur explayarse la vista, interceptada al Norte por una sinuosidad del río, donde las dos márgenes parecían confundirse. A la derecha, un poco río abajo, y opuesta a la ensenada de Folgoso, abríase la ladera en medio círculo, y allá por cima, a través del arbolado, se divisaba en parte la quinta o como entonces se decía, "Villa„ de Eiroriz con su "asentamiento„ (5) o casas de habitación, aperos, corrales, etc. y chozas de las familias serviles. Erguíase por detrás, alta y obscura, la sierra viva de Miranda. Más adelante y siempre en dirección de la corriente se extendía la vista por el hondo y estrecho valle hasta que, alargándose éste, se descubría a lo lejos en una colina separada de la sierra y aún en la margen derecha una de las mayores propiedades que había entonces en aquellas cercanías denominada Villamor, perteneciente al fisco, cuyos eran los pastos y tierras a cultivo que hasta cierta distancia la rodeaban.

En aquel sitio apartado y solitario donde semejante panorama se disfruta, encontraremos ahora dos personas de diferente sexo a las que sirve de asiento el tronco de un árbol caído. Vestía el varón un "laudel„ (6) y (7) saya de malla que le llegaba hasta cerca de las rodillas, completado con golilla o gorjal, y defendían sus piernas, quijotes o canilleras de acero. Del hombro izquierdo le cruzaba la espalda y pecho una banda carmesí tan holgada que hacía pliegues y terminaba al lado derecho anudada a la cintura. El escudo, el yelmo empenachado y las manoplas, prendas de que se había desembarazado a su llegada, estaban a su pie.

Representaba la edad en que predominan los sentimientos generosos y en que el alma aun en los tém-

Logia Independiente de Teósofos



peramentos más reservados tiende a difundirse. Era de rostro lleno y regulares facciones. En su elevada frente se veía el sello de la inteligencia y la sinceridad; cierta prominencia en la articulación de la mandíbula inferior y lo bien marcado de cada línea de su faz, daban un aire de firmeza y vigor a aquella fisonomía, cuyo aspecto habitual era mesurado y grave, aunque suavizado por la expresión pensativa de sus castaños ojos. Los largos cabellos del mismo color que caían sobre sus hombros, así como también lo característico de su traje de guerra, mostraba bien a las claras la clase noble a que pertenecía el mancebo.

Demostraba su compañera tener algunos años menos y era de rara hermosura. Todo armonizaba en aquel rostro donde cada facción se diseñaba con delicadeza. En sus ojos azules guarnecidos de pestañas negras, largas y afelpadas y cejas arqueadas ligeramente, resaltaban en alto grado los sentimientos de su alma; divisábase allí la dulzura, cualidad la más preciosa de la mujer que constituye la quinta esencia de su poderío. La parte inferior de su cara tenía la regularidad del tipo griego, al paso que el lineamento superior, alargándose y encorvándose graciosamente indicaba la preponderancia de lo ideal. Lo que sobresalía en la expresión de la joven era una mezcla de ternura y de cierta altivez que pocas veces se combinan, pero altivez que no deja de agradar en esas fisonomías, porque sin revelar orgullo, es, por decirlo así, una manifestación natural de la conciencia que tenemos de nuestros derechos. Esta combinación sólo se verifica en aquellos que interiormente son lo que aparecen: no se aviene con la más mínima sombra de falsedad.

Logia Independiente de Teósofos



A pesar de lo poco que el corte del vestido la favorecía, bien se adivinaba que las formas de su cuerpo, esbelto y airoso, debían de corresponder a la belleza del semblante y a la gracia de su gesto.

Arropábala un vestido de blanca lana y fina textura, que, desde el pescuezo descendía a los pies sin que nada lo sujetara a la cintura, por más que aquí, entallándose un poco, perdiese algo de su ancho. Iba abierto a cada lado del sobaco y apenas unido por una serie de presillas o alamares, cuyos extremos se aseguraban con botones, dejando aparecer por debajo otro vestido también de lana color anaranjado. Pertenecían las mangas a este último y eran bastante holgadas por arriba y gradualmente estrechas hacia los puños. Ningún adorno se la notaba a no ser el mismo orden de botones continuando sobre los hombros, o mejor, donde estos se articulaban con los brazos y siguiendo por la espalda al otro lado de las aberturas. Tenía la cabeza descubierta y sus negros cabellos caían sueltos, abundantes y largos hasta debajo de la corva.

Un caballo atado a un árbol, pacía a corta distancia. Tenía brida y riendas, con aderezos al cuello y una silla de altos arzones de la que colgaban estribos abiertos.

—¿Tienes que ponerte en camino a tales horas? ¿vas, al menos, acompañado?—preguntó la joven.

—Mi *bucelario* (8) Itaultus, que vino conmigo de Lugo, enfermó la noche misma de nuestra llegada y acá lo dejo en San Miguel al cuidado de Vimaredo. ¿Mas qué importa eso? Voy bien armado y de aquí a Sámanos ni aun hay seis leguas.

—¿Y no podrás detenerte hasta la madrugada? ¿A qué tanta prisa, Guesto?

Logia Independiente de Teósofos



—Así lo dispuso Bermudo—respondió el mancebo.—La orden fué que me dirigiese a Sámanos tan pronto la recibiese. Llegó a la hora de sexta y no partí en seguida. El porqué tú bien lo sabes: ¿cómo marcharme sin verte después de tan larga ausencia, y faltar al lugar de nuestras citas...? ¡Eso no, Ermesinda mía!

—¿No te enteró el diácono del motivo?

—No; ni me extraña qué dejase de confiar al mandadero lo que debe ser cosa de importancia suma.

—No te será del todo desconocida—replicó Ermesinda, insistiendo.

—A fe de caballero que nada sé...; y mal me atrevo a sospechar...

—¡Ah! ¡sospechas!

—Acúdeme al pensamiento el infortunado hijo de Froila.

—¿Cómo, si tan lejos está y en tierras de Alava?

—Muy lejos en verdad, pero no de la memoria de sus amigos; que ni estando presente nos acordaríamos más de él y de sus derechos. Oyeme, Ermesinda. No conozco nada capaz de distraer a Bermudo de sus libros, de la tranquilidad de su casa, del bello bosque de laureles que la cerca, como no sea el ocuparse en trabajar por la prosperidad y ventura de su primo. De Lugo salía Bermudo al monasterio a la misma hora que enviaba el propio para mí, y debe estar aguardando mi llegada.

—Según eso ¿presumes que se trata de Alfonso?

—De un mes a esta parte el diácono, que tanto ama su sosiego, anda inquieto cual si estuviese bajo el peso de un cuidado mayor. La antevíspera de mi salida de Lugo, recibió alguna nueva, no sé de quién

Logia Independiente de Teósofos



ni de dónde; quiso retenerme a su lado y como no me hallase dispuesto a complacerle, me dirigió unas palabras que me han dado en qué cavilar.

—¿Qué te dijo Bermudo?

—"Vete, pues, hijo, enhorabuena, díjome con cierta maliciosa sonrisa, vete, si tanta devoción tienes a San Miguel de Subrego; pero dame antes tu palabra de que a mi primer aviso volverás sin detenerte„ No tuve dificultad en prometérselo, haciéndole presente cuanto me sorprendía que se me diese parte en un negocio al parecer secreto y no se me descubriera. Entonces añadió con aquel aire benigno que ya sabes tiene: "Si el secreto fuese mío, dártelo habría a guardar, amigo Guesto, pues aunque te halles con el corazón cautivo, no dudo de tí; pero andaré en esto de *tal guisa* que he de corresponder a la confianza que en mí se pone. Cuando fuere tiempo, a tí y a otros se descubrirá el secreto de qué soy depositario, sin que yo en ello tome parte„.

—Es indudable que el sigilo le fué impuesto, cuando él, que conoce nuestro amor, y tanto nos quiere, nada más quiso revelarte; pero ¿sabes tú lo que ahora en este momento se me ocurre?

—¿Qué, Ermesinda?

—Que la traslación de mi tío Tructesindo de Lugo a Mendumeto (9), territorio más sometido a la curia que el que ahora gobierna, y la llegada en estos últimos días del conde Gondemir con supremos poderes a Lugo, (misterio éste hasta para mi padre, quien sólo ve en ello señal de disfavor del valido), son mudanzas no extrañas al negocio que preocupa al buen diácono.

—No está mal pensado y bien puede ser. Añadiré tan sólo que a mi entender no acertó el conde Froya

Logia Independiente de Teósofos



en su sospecha. No es dueño Mauregato de su voluntad: como todo rey débil es cobarde, no gobierna, es gobernado; su misma sombra le asombra y quien se la hace aparecer mayor, ese tiene más seguridad de apoderarse de él, conservándole firme y esforzado en la propia flaqueza. Tal es el proceder de la curia. Aun cuando Mauregato se agraviase de aquel agareno-cristiano Gondemir, que bien podría llamarse su *hahgib* (10), faltaría ánimo para separarlo de palacio sin la venia de la curia, en la que predominan los advenedizos a quienes el mismo rey está vendido en cuerpo y alma y de los cuales Gondemir es el más poderoso. Ese es el velo que hay que descorrer. Sábese que el conde Tructesindo estaba relacionado con Bermudo y que de ese conde, se susurra por alguno, que no es firme en su desafecto a Alfonso, cuya causa tal vez se halle ahora en vías de arreglo, sin quebranto de la buena fe, pero con probabilidad de mejor éxito en tiempo más propicio.

—¡Guíelo Dios!, que bien sabes que no quiero mal al fugitivo.

—¡Ay de tí, Ermesinda, si tales palabras llegàsen a oídos de Froya Gutherez! Mas esta noche no sopla fuerte el viento que pueda llevárselas—dijo gracejando el mancebo y apuntando atrás en dirección del Castro de Folgoso, aunque desde allí no se veía.

—Un tanto engañado estás, Guesto. Bien sabe él que su hija no es aficionada a Mauregato, hombre indigno y decrépito; sabe también cuánto deploro la muerte dada al rey Froila, hecho que siempre he tenido por torpe, aunque así, tan claramente, no se lo haya dicho a mi padre...

—¡Toma! ¡si fué él uno de los siete condes!

Logia Independiente de Teósofos



—Fuélo en verdad, y uno de los conjurados; pero segura estoy de que no dió el golpe.

—Nadie sabe quién fué el matador y tal vez nunca se sepa. Ellos lo tienen no por hecho vil y sí por glorloso, y muchos hay que confirman su opinión, sosteniendo que dar muerte a un tirano es lo mismo que matar a un perro rabioso. Añaden la razón del *homecillo* o sea la creencia de que la venganza es en tales casos justa. Debe competir a los parientes de la víctima. El propio Froila era el más próximo a Vimarano al que *trucidó* (12). Pero este último argumento es muy débil y mejor les fuera atenerse al primero, que bien sienten ellos y se les alcanza la poca fuerza y conocen que ante Alfonso han de aparecer como verdaderos asesinos, y que a éste compete principalmente el derecho al desagravio y al castigo. Por eso no le quieren rey.

—Por eso le han perseguido siempre—añadió Ermesinda.

—Eso para mí no es maravilla; lo es, sí—continuó Guesto—ver como se han conformado la altivez e independencia de carácter que resaltan en Froya Gutherez, cuyo pecho no cobija el temor, con tanta parcialidad y obsequio a un intruso infame y perjuro a su fe, que se apoderó del solio con tamaño fraude y cobardía.

—En eso, por fortuna, no fué mi padre consentidor. Además tengo oído narrar el caso de tantos modos que no sé a cuál de ellos asentir.

—Muy cierto es, Ermesinda, que al pintarlo cada cual le ha dado el colorido de su propia pasión y de ahí tanto cúmulo de versiones, que si todas se aceptan como aceptamos los evangelios, no podrían ser con-

Logia Independiente de Teósofos



ciliables, cual estos lo son. Yo con todo me inclino a la que nos da Bermudo.

—Dímela, quiero oirla, Guesto, pues sólo engañado faltaría él a la verdad.

—Reducido a pocas palabras, he aquí cómo refiere el hecho: A la muerte del muzárabe Silo, fué Alfonso elegido y alzado en Pravia por cuantos allí tenían voz, instigados, como todos saben, por la reina Adosinda. Ahora bien: trascurren pocos días y llega Mauregato procedente de Cangas con su mesnada compuesta de los más poderosos de los advenedizos y también de algunos optimates y capitanes, próceres y primates de la curia y palacio de Froila, conocidos amigos de Vimarano, presentados todos en son de paz...

—No iba mi padre entre ellos; estábamos por este tiempo en San Martín de Quiroga.

—Sé que el conde de Froya no fué de los tales. Hallaron cerradas las puertas. Mauregato envió inmediatamente mensajeros a su sobrino diciéndole que si bien podía considerar ilegítima la elección por no haber tenido voz sino una reducida parte de los grandes de la tierra, le daba su aprobación y la de sus amigos, por haber recaído en él, y consiguientemente venían a rendirle pleito homenaje. Cruzáronse los mensajes, y por último, a pesar de los consejos de la sagaz Adosinda, se abrieron las puertas de orden del joven rey. Reunidos ya todos en palacio, los parciales del *fornecino* (13) más numerosos que sus contrarios y apoyados por la clase ínfima del pueblo, compuesta también en su mayor parte de advenedizos, dieron por nula la elección, alzaron a Mauregato y aprisionaron al que antes habían aceptado y reconocido. Acuden otros partidarios del fementido e iban ya a arrancar los ojos

Logia Independiente de Teósofos



al príncipe secuestrado, al expoliado de sus derechos; pero ante las súplicas de Adosinda desistieron de su propósito infernal, aunque forzando a Alfonso a prometer con juramento que no aspiraría a la soberanía de Asturias en tanto viviese el usurpador.

—Mi padre no tomó parte en tan fea y negra traición—dijo Ermesinda con insistencia.

—Es cierto, y ojalá pudiera decir que no se acostó a ella *bandeandose* (14) después al *fornecino*—respondió Guesto, que al ver que la doncella se abstenía de hacer comento alguno, continuó:—ese odio que él y otros guardan al hijo del *trucidado*, tan reconcentrado e intenso que parece votarían antes por Abderrahman y aún mejor hasta por el nuevo emir Hixem, se desvanecería como las nieblas de la madrugada bajo el calor del sol si conociesen la índole y cualidades de Alfonso; pero no saben o no quieren creer que si pensó algún día en la venganza, tiempo há que por buenas razones, aparte de su inclinación natural, renunció a ese triste privilegio. Ha aprovechado las lecciones de su primo Bermudo.

—¡Ay de mí cuán dura es nuestra suerte que ni te permite confiar a mi padre lo mucho que sabes del real fugitivo!—dijo Ermesinda, suspirando.

—Nada respondió el caballero; apenas frunció sus labios una amarga sonrisa. Parecía absorto contemplando la escena que a su vista se ofrecía.

Era ya de noche. La luna en el segundo cuarto de su creciente, estaba como suspensa tras de los dos amantes e invisible para ellos. Su claridad daba a las aguas del Lor la apariencia de una faja plateada que corría sinuosa hacia la izquierda a través del valle. En frente del terrado la copa de compactos árboles que

Logia Independiente de Teósofos



vestían la ladera extendiéndose cual fina alfombra de movediza luz con relieves de manchas de más o menos cargado tinte, al paso que, irguiéndose como masas negras sobre el fondo azulado del cielo, se señalaba con admirable corrección el perfil irregular de las desnudas y peñosas cumbres de Miranda.

—¿Qué te soplan ahora al oído—habló por fin Ermesinda—esos seres inspiradores de la melodía, objetos de tu predilección? Díme al menos, ya que al aparte de mí estás con ellos tan embelesado ¿qué, es lo que te confían?

—Los seres a que aludes no bajan hasta mí; soy yo quien a veces llamado, subo algún tanto hacia ellos. Sólo cuando me abstraigo de la realidad para perderme y obscurecerme en las elevadas regiones de la fantasía sé conversar con ellos. La tonada que fué siempre el preludio de mis tentativas, sin la cual me falta toda inspiración, el canto que no sé de dónde proviene y al parecer cae de las estrellas tan claro y distinto en sus notas cual salido de mi propia voz; la intraducible música, aunque a menudo escuchada, imposible para mí de repetir aun en el momento de oirla, sin duda por no ser sonido humano, sólo la percibo cuando llego a olvidarme de este mundo. Entonces me desprendo enteramente de él y dando vigor al batir de mis alas me remonto a otras esferas donde sólo viven el amor y la felicidad. ¿Cómo querrías que a tus pies, en el momento de alejarme de mi ídolo, me olvidase del negro horizonte que por todos lados nos rodea y oprime? Para los infelices no hay inspiración; la desesperación les acompaña.

—Mas yo, Guesto, soy feliz si tè hallas a mi lado.

Logia Independiente de Teósofos



Cuando estuvieres lejos, lloraré; desesperarme, no, porque en tí confío.

—Tienes razón, ángel de mi vida—exclamó el mancebo tomando en la suya la mano de la doncella.—¿Seré yo cobarde mostrando tú tanta fortaleza? ¡Ah, no! Para llegar al paraíso debemos curtirnos en los dolores del purgatorio.

Después de un momento de silencio, prosiguió:

—¿Qué ves, Ermesinda? ¿no te se figura simbolizado nuestro amor en la armonía que respira cuanto ahora nos cerca? Mira aquellas altaneras sierras que se levantan allá como amenazadores gigantes: si no fuese esa hechicera y apacible claridad de la luna, habría de imaginársenos pavoroso lo vago, lo confuso de aquellas sombras informes, densas como el velo que cubre nuestro porvenir; pero ahora se le mide la altura, defínensele los contornos, se le ve el término, y el término es el trono de la Esperanza.

—Seamos, amado mío, siempre fieles a ese trono. En otros días, antes que estos ojos se fijasen en los tuyos, cuando en mi alma se despertaban anhelos que no sabía definir, hallaba toda variedad de impresiones en las escenas que la naturaleza me ofrecía. La alborada del ruiseñor por bajo de mis ventanas, el trino de los pajarillos en el bosque donde solía resguardarme de los abrasadores rayos del sol de verano, la hora que media entre la luz y las tinieblas, el lunar de una noche tranquila como la de hoy, el ruído pavoroso de los castaños sacudidos por el temporal, todo, entonces, me hablaba al corazón un lenguaje diferente. Una veta de luz que súbitamente penetrase a través de la cerrazón o un aroma fluctuando en el aire causábame una impresión extraña, traíanme un alegre recuerdo de

Logia Independiente de Teósofos



otra existencia olvidada, tan desprendida del todo y tan rápida cual la estrella cadente. Eran sensaciones que parecían nacer de la correspondencia y comunión entre el mundo externo y lo más íntimo de mi alma. Desde que te ví, Guesto, todo eso varió: las vistas más risueñas, los días más alegres, no tenían ya poder, estando tú ausente, para despertarme de mi tristeza, y, por el contrario, ni aún la lucha de los elementos en la noche del invierno podía turbar mi regocijo, si por ventura te hallabas a mi lado. A la insensibilidad pasajera, mudable, indeterminada de esa primera época de mi vida siguióse un estado de ánimo que se afirma en un único pensamiento. ¿No podré jamás encontrar entera respuesta a las conmociones que en mí se avivan al verte o pensar en tí?

—En parte alguna, mi querida amiga, a no ser en el latir de mi corazón, en el ardor de mi afecto sin límites.

Aquí llegaban en su diálogo los dos amantes cuando sintieron entre el ramaje, a su espalda, un remecimiento de hojas secas y se levantaron sobresaltados; pero como el ruído apenas durase un instante no les causó mayor impresión.

—¿Qué será?—advirtió agitada la doncella.

—Tal vez alguna nidada en el cubil; no te asustes.

—Partamos, Guesto. Es tarde....., es tiempo de separarnos.

—¡Oh cuánto me cuesta!

—¿Hasta cuándo?—preguntó con voz sofocada la joven.

—Dios te lo dirá, que yo no sé determinar el plazo. ¡Ah, Ermesinda, si al menos pudiese alentar la esperanza que siempre me sonríe en tu presencia y que ausente de tí se desvanece como el humo!

Logia Independiente de Teósofos



—Guarda ese desaliento para cuando oyeres que he salido de este mundo o que vaya a realizar lo imposible de unirme a otro hombre; que tú bien sabes que mi padre no constriñe mi voluntad.....

—No te compelerá, no te sujetará a un vínculo odiado, aunque sospecho que jamás consentirá en aquél a que te comprometiste, que nunca sufrirá a que dés la mano a quien sigue el bando de Alfonso. El odio mortal que tenía a mi padre (que Dios haya) y que extiende hoy hasta el hijo, sólo por ser hijo ¿no será, mientras él viviere, insuperable obstáculo a nuestra felicidad? Hasta del tiempo mismo, que, en las diversas fases que presenta, aviva a veces mi perdida esperanza, temo fiarme. ¿Quién puede prever las vueltas que dan las cosas en este mundo? Y sin embargo le acompañamos a veces en su curso con la confiada seguridad del que desde la ribera contempla las aguas de un río caudaloso hasta que atraído por la engañosa corriente, cae precipitado en el abismo. ¿Quién puede, Ermesinda, darnos la certeza de que mientras nosotros esperamos más felices días no vengan los sucesos en su veloz imprevisto correr a posesionarse de tu corazón moviéndote a quebrantar la fe jurada?

—¡Nunca! Así lo juro y tomo a Dios por testigo. ¿Por las fuerzas de mi cuerpo mides acaso las de mi alma? Es posible todo; no lo es el olvidarme de mi compromiso: o tuya, o de nadie. Aunque Froya Gutherez se tornase duro conmigo y quisiese, contrariando mi promesa, arrastrarme a los pies del altar, sé de un asilo seguro, y a él iría a recogerme a clausura con las hermanas de San Miguel donde tú mismo has hallado tan amigable albergue.

Logia Independiente de Teósofos



Las últimas palabras de la doncella no deben extrañarse, sabiendo que se trataba de un convento *duplex* a donde oportunamente conduciremos al lector.

—¡Bendígate Dios, Ermesinda! ¡Mentí y mentí como un insensato! Calumnió la lengua al corazón, que éste, querida mía, nunca dudó de tí ni perdió la esperanza que ahora rebosa en él. Ahora sí que tengo fe en lo futuro y ya creo que será Alfonso restablecido en su trono y hasta a Froya Gutherez le veo caer entonces la venda de los ojos, y en fin, creyo ya que, llegado aquel momento, apenas nos faltará a tí y a mí un paso para subir a la cúspide de la montaña tan envuelta hoy entre las nieblas ¿quién sabe?.... ¡Tal vez ahora se decida en Sámanos nuestro porvenir!

—¡Que Dios lo permita, Guesto!

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

Era una risotada estridente, expresión a la vez de odio, rabia y triunfo, que en prolongados ecos rebotaba por los peñascales y quebradas del monte. Ermesinda se extremeció; la sangre se hiela en sus venas, y quedó inmóvil fascinada por subitáneo terror. Volvióse Guesto incontinenti con un movimiento de sobresalto y puso mano a los gavilanes de su espada.

—¡Nos han espiado! ¡Nos han descubierto y entregarán nuestros secretos!

—Nada de eso sucederá, arrancándole la lengua antes—respondió Guesto que dió consigo en el denso follaje.

Perdiólo de vista Ermesinda, y a poco rato oyó su voz gritando:

—Si no eres un odioso espía y un miserable cobarde, muéstrate de frente.

Logia Independiente de Teósofos



—¡Ja! ¡ja! ¡ja!, y resonó de nuevo aquella satánica risotada, aunque ya más distante y en otra dirección.

Ermesinda volvió los ojos hácia allí. Sobre un peñasco que dejaban en claro los matorrales vió el bulto de un hombre que, *galgando* (15) cuesta abajo desapareció rápidamente del espacio a descubierto, moviéndose en la espesura.

Al oir Guesto la segunda carcajada reconoció la inutilidad de proseguir la busqueda y volvióse al lado de la joven.

—¡Vámonos ya!—le dijo ésta, temblándole la voz.

El mancebo soltó el caballo, y a pie y llevándolo de la rienda, siguió a Ermesinda, que ya se había adelantado y bajabá la cuesta en sentido oblicuo hasta entrar en un camino estrecho.

—¡Maldita confianza!... ¡En mala hora desprecié aquella primera señal!... ¿Qué será esto?... ¿Sospechará el conde y habrá ordenado este espionaje?... Ya que no pude con las manos, si al menos con la vista hubiese logrado alcanzar a ese hombre, quizá me habría servido de faro que iluminase estas tinieblas.

—Yo le ví—dijo Ermesinda.

—¿Qué clase de hombre era? ¿qué traje vestía? ¿qué.....

—No lo sé; pues apenas pude vislumbrarlo. ¡Oh, Guesto, en aciaga noche nos vamos a separar y despedirnos!... El porvenir que hace un rato me parecía tan rico en promesas e imaginaba tan risueño, ha cambiado ya y ahora mismo se me antoja lúgubre y tenebroso. Será divulgado nuestro secreto; y mi padre... ¡Dios me valga!.. ¡Todo lo sabrá el conde Froya!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... y la doncella calló y se detuvo.

Por lo sombrío del sitio (tan cerrada era la senda

Logia Independiente de Teósofos



que ni el resplandor de la luna llegaba a penetrar allí) no pudo el mancebo ver la alteración de la fisonomía de su compañera; pero tocándola un brazo notó claramente que estaba trémula y convulsa.

—No te atormentes de antemano—se apresuró a decirle para tranquilizarla—tranquilízate y considera que si la realidad a veces y en situaciones normales llega a superar a los esfuerzos de la fantasía, en cambio ésta, cuando está excitada por el recelo y se encuentra presa de la agitación, suele ir más allá, mucho más allá, que aquélla. ¿Quién nos dice que precisamente por lo acontecido se entere tu padre el conde de lo que hasta hoy con tan buen suceso le hemos ocultado? Muy bien puede ser que quien nos estaba escuchando se hallara allí debido a la casualidad...; algún siervo quizá caminando por atajos... ¡Ah, ya adivino! Fué, a no dudarlo, el loco de Subrego que acostumbra, según allí me contaron, a transitar de noche por las sierras y de risco en risco... La verdad, es que hasta me están pareciendo muy propias de un orate aquellas risotadas.

—A mí, más propias me parecieron aquellas horribles carcajadas de judío que da con ansiado tesoro, o de enemigo que antevé segura la venganza, o de demonio que consigue apresar un alma seducida... ¿No sabes de alguien—prosiguió la doncella apretando el brazo al caballero—que, si oyese la confesión de nuestro amor, soltaría una carcajada de desafío y escarnio a nuestras esperanzas, igual a esa que aún me está zumbando en los oídos? Mas, a Dios gracias y felizmente para nosotros, aún está en Pravia el hijo de Gondemir, y lejos de estos lugares.

Volvieron a caminar y rodearon en breve la falda del monte donde se abría el valle de Folgoso, y su-

Logia Independiente de Teósofos



biendo, llegaron cerca de la aldea poblada entonces por la *familia* del conde Froya, expresión de aquella época para designar colectivamente los siervos.

Iban a despedirse cuando, proviniendo del fondo del ribazo donde corría el riachuelo, oyeron el plañido lastimero de una mujer. Otras voces más gruesas, como de hombres que hablaban, subían también mezcladas con aquellos gemidos.

—Quizá alguna pobre sierva que va siguiendo al marido o al hermano a quien llevan preso—observó Ermesinda.

—¿Y por qué no será ella la que lleven al castigo? ¿Qué importa el sexo? ¿se tiene en cuenta para los mezquinos?... Lo gracioso del talle, las facciones delicadas, el gesto suave y seductor, el espiritual y fino tacto de que Dios dotó a la mujer, y a tí, Ermesinda, más que a ninguna otra, todo falta a la que se halla arrojada del campo, del terreno igual para todas, en que Dios las colocó. ¿Y no será eso mismo una protesta que clama al cielo contra los que creen cumplir la voluntad divina, haciendo esclavos a nuestros semejantes? Tal se me tiene ocurrido, pensando en estas cosas. Bien conozco que los Libros santos, así como toleran otros males, no se oponen a la servidumbre; pero en ellos también se lee: "Si alguien lleva en cautiverio, en cautiverio irá„; y los hermanos de José lo experimentaron en sus descendientes.

—Siempre tienes ideas, Guesto mío, que no se oyen a otros. Lo cierto es que tampoco hay por ahí, a excepción de los clérigos que para eso son y a eso están obligados, quien como tú sepa leer lo que han escrito los sabios del mundo, amén de lo referente a las armas, qué a ellos no concierne, y en las cuales

Logia Independiente de Teósofos



todavía ninguno de esos fieros y bravos guerreros aciertan a llevar ventaja a Guesto Ansures.

Tiempo era ya de despedirse. Aunque no fuese la primera vez que, al terminar sus amorosas entrevistas, se decían adiós, nunca lo hicieron bajo tan tristes auspicios.

En cuanto perdió de vista a la doncella montó el mancebo a caballo; y, volviendo cara al río, tomó a la izquierda, descendió por un camino hasta cerca de la embocadura del arroyo de Ribanceira, atravesó éste, y siguió adelante aproximado al Lor en la dirección de su corriente.

Logia Independiente de Teósofos

## II

# DE JORNADA

O ermitão, que perto estava,
lhe acudiu.

Bernardim Ribeiro
(Menina e moça).

Ermesinda quedó ya en los días de su niñez huérfana de madre, y era hija de Froya Gutherez, nieto de un noble godo del mismo apellido que había acompañado a Pelagio en su retirada a las montañas de Asturias.

Pasó Ermesinda sus primeros años en Cangas, que en aquel entonces era la capital del reino, en donde Froya ejercía un importante cargo al lado de Aurelio, con quien tenía valimiento, por haber luchado en su elección con ardor y eficacia.

Durante el reinado inmediato là enemistad de la reina Adosinda, mujer de Silo y hermana del asesinado Froila, indujo, si no obligó al padre de Ermesinda, a conservarse alejado de la corte, cuyo asiento había trasladado a Pravia el nuevo soberano.

Se retiró y acogió a sus tierras, la mayor parte situadas en Riba-Lor y en las márgenes y cercanías del río Sil, señaladamente en el valle de Quiroga y territorio de Lemus, donde aún existían en aquel tiempo las ruinas de Dactonio, capital de los Lemavos, en la misma colina de forma cónica a cuyo pie se vé hoy la villa de Monforte rodeada de una extensa

Logia Independiente de Teósofos



planicie. Mientras estuvo apartado de los negocios vivía, Froya ora en uno, ora en otro de los lugares sujetos a su privativo señorío.

Cuando Mauregato llegó al solio, obtuvo el antiguo magnate de la corte de Aurelio el gobierno de un condado en la frontera que abarcaba el territorio entre los ríos Cabe, Sil, Valcarce y las sierras de Cuperio, hoy Cebrero, y de Lózara, en cuya circunscripción se hallaban sus propiedades. Aunque la fuerza del verano solía pasarla en el castro de Folgoso, gastaba la mayor parte del año en Quiroga, donde, además de su "villa„ de San Martiño, tenía a media distancia entre los pequeños ríos Quiroga y Saldón en el tope de un alto que domina el Sil, admirablemente escogido como punto de vigia y defensa, una de las principales torres de atalaya, mandadas construir por Alfonso I para defender sus fronteras meridionales. Allí había siempre guarnición en un castillo que adquirió después mayores dimensiones y del que aún hoy se conservan restos, dominio particular del actual conde de San Martín de Abajo. En el momento de los sucesos que vamos a narrar, Froya y su hija estaban casi en vísperas de volverse a Quiroga.

Corría el año quinto de su gobierno. Padre é hija habían ido el verano anterior a pasar una temporada al Norte; y mientras que Froya hizo una visita a la corte de Pravia, la joven Ermesinda se quedó en Lugo con su tío materno el conde Tructesindo, que gobernaba allí.

En Lugo moraba Guesto Ansures. Dedicábase al estudio, al que le había animado el hermano de Aurelio, Bermudo, el diácono, muy afecto a nuestro héroe.

A tan feliz coyuntura se debió que Guesto y Erme-

Logia Independiente de Teósofos



sinda se viesen por primera vez y se originase entre ellos la mútua simpatía que, conocedores de la fatalidad que los separaba, supieron encubrir al conde Froya cuando regresó de la corte, comprometiéndose no obstante antes de su retorno a Quiroga a esperar ocasión favorable para realizar sus esperanzas, consolidadas a presencia de su protector el príncipe, quien, dando al acto cierta solemnidad, hizo que se considerasen moralmente desposados.

A mediados de julio, o sea tres meses antes de esta historia, había venido Guesto a pasar dos o tres días en compañía de su amigo Vimaredo, prior del monasterio *duplex* de San Miguel, sito en Subrego, a la margen derecha del Lor, distante una legua al Norte del castro de Folgoso, y en esta ocasión consiguió avistarse una vez con la hija del conde. La antevíspera de la tarde en que lo hemos presentado al lector había llegado de nuevo a San Miguel, y la entrevista en la explanada del Bustillo era la segunda realizada con su amante después de despedirla en Lugo.

Acompañemos ahora en su viaje al guerrero poeta.

A media hora de distancia del riachuelo de Rivanceira llegó a un vado del Lor poco abajo de su confluencia con el Lózara. Vadeado el río siguió a éste un un corto trecho y comenzó en seguida a subir una cuesta poblada de frondoso arbolado, pasando a poco a lo largo de un grupo de moreras perteneciente a una heredad en la ladera que dejaba a la izquierda. Por el otro lado dominaba el valle de Lózara, que luego pareció un abismo por lo empinado del terreno y el precipicio que orlaba el camino.

No habría andado más de un cuarto de hora cuando de repente, al doblar un ángulo o recodo de la ladera

Logia Independiente de Teósofos



izquierda, retrocedió espantado su caballo, que, aguzando las orejas y botando fué a dar consigo al borde de la hondonada. La situación era peligrosa: reculase el bruto un paso más y la caída por el despeñadero era inevitable. Una sola mirada bastó a Guesto para darse cuenta del peligro, y soltando la rienda que al primer impulso había recogido, hincó los acicates de una sola punta, en los hijares del animal que, impulsado por el dolor y a la vez por el instinto, salvó de un salto la distancia que lo separaba de la orilla opuesta. Mal se vió libre de un riesgo, hélo aquí metido en otro. Aún no se había el ginete rehecho del todo en los estribos, ni afirmádose en sus remos el caballo, cuando una mano poderosa trabó de éste deteniéndolo por la brida al paso que dos hombres caían sobre aquél, dándole lugar apenas para asir la clava de hierro pendiente del arzón. Vibrándola la descargó sobre el que, encogido, sujetaba la rienda. El hombre cayó en tierra, y a su vez el caballo, luchando con la agonía, se empinó y dió consigo, destripado, encima del que acababa de herirlo.

Impelido por la caída y largando la clava, pudo todavía el caballero, desembarazándose de los estribos, sostenerse en pie y tirar presto de la espada, para defenderse de los golpes con que los otros dos agresores venían acosándole.

—¡Ah, facinerosos, salteadores de caminos, ¿qué me queréis?

—Hombre de los cantares: Muy luego lo sabrás en los infiernos, aun faltándonos el compañero que para ellos has despachado—le respondió uno de los que le atacaban.

—¿Me conoces?

Logia Independiente de Teósofos



—¡Defiéndete, Guesto Ansures!

—¡Ah! ¿quién eres? ¿qué tienes conmigo?

—Si no mueres del lance, te lo diremos quizá.

Arreció el combate, y el mayor ardor que tomaba suspendió el diálogo.

Aunque después de algunos minutos consiguió Guesto colocarse en posición ventajosa en lo alto de la planicie inclinada del camino, dominando así a los asaltantes, no logró mantenerse mucho tiempo en ella. Obligado a volverse a uno y otro lado, empezó a ceder terreno por el declive, desconfiado del éxito al ver cuán robustos y señores de sí en el manejo del arma eran sus adversarios. En tan apurada situación asomó un hombre de agigantadas formas que, cubierto con un manto blanco que le llegaba hasta los pies, avanzaba blandiendo un grueso cayado contra los agresores.

Viendo éstos tan repentina aparición, a la que el albo ropaje aumentaba el misterioso efecto, se llenaron de pánico. Uno pudo huir a todo correr por la senda abajo; pero el otro, al parecer, objetivo del que sin duda creían fantasma, apenas pudo, dada su situación, desviarse a un lado a fin de evitar el golpe inminente.

Se oyó un grito de agonía; sólo uno. Abatióse pesadamente el cayado; pero la punta fué nada más que a herir el borde del precipicio...; ¡aquel contra quien se dirigía, había caído por el despeñadero...!

El horror pareció señorearse por un instante tanto del hombre del cayado como del caballero. Acabar con los salteadores había sido el propósito de ambos; pero ese género de muerte en que se encubre a los ojos el desastroso fin, produce una impresión más profunda que la vista del cadáver envuelto en sangre.

Logia Independiente de Teósofos



Puede éste causar dolor o asco; aquél nos llena de pavor: es un eco saliendo de las tinieblas que angustia la fantasía por repercutir en ella las profundidades del misterio.

Guesto y su salvador parecían paralizados, y, dominados por ese sentimiento, quedaron inmóviles; pero tal estado poco les duró. El misterioso personaje se aproximó aún más a la orilla del derrumbadero, y fijó la vista en sus antros; el silencio de la muerte reinaba en el abismo.

—¡Dios se apiade de su alma! —dijo persignándose; y dando algunos pasos hacia Guesto, le preguntó:— ¿Has recibido heridas?

—Sangrientas creo que no; contusiones, sí, habrá, que aún siento el peso de algún que otro golpe de plano que cayó sobre mí. Esto nada vale, nada me importa al lado de la pena que tengo de que acabara aquí aquel hombre. Llevóse un secreto consigo, que deseaba conocer, y ya no se ve al otro compañero que huyó.

—Ese está fuera de nuestro alcance.

—No sé como pagaros, mi valiente y esforzado amigo, el gran servicio de que os soy deudor: el de la vida, cuyo valor es tanto que no tiene precio.

—Así es para los que del mundo se pagan; mas si os presté algún servicio...

—¡Algún servicio! —le interrumpió Guesto.—A fe que en vuestra llegada tan a punto y en sitio tan retirado y a tales horas, anduvo, por cierto, el dedo de Dios.

—A El pertenece toda buena obra, a El todo loor, y no a los instrumentos de que se digna servirse. Sabed, pues, que a pocos pasos de la Estrada está el

Logia Independiente de Teósofos



presbiterio de San Cosme y San Damián, fundado en conmemoración de un milagro por el señor de la heredad de Tolsun, cerca de la que pasásteis a la subida. Soy indigno ministro de esa casa de Dios, y, oyendo el alboroto que andaba por aquí, eché mano de mi cayado y me aproximé. Lo que ví y oí bastó para convencerme de que sobre ser desigual la partida, era criminal el intento del mayor número, y no vacilé en usar del brazo en vez de la palabra, conociendo que ésta de nada serviría. El resto lo sabéis vos.

—Lo que, venerable presbítero, deseo ahora saber es quién me armó la celada, que seguramente fué obra de mano conocida. Acaso sea aún tiempo de averiguarlo.

Pasaron a verificar el estado del hombre puesto fuera de combate, y lo hallaron cadáver por efecto sin duda de la clava o por el peso del caballo que cayó sobre él.

Las facciones del muerto les heran desconocidas; pero por el traje echaron de ver que pertenecía a la clase de *bucelarios,* esto es, de los que a cambio del patrocinio de algún poderoso, se obligaban a prestarle ciertos servicios, señaladamente el de las armas. Esta institución de los godos, conservóse, como otras, en los primeros reinados de la reconquista, si bien, probablemente, más o menos modificada.

Como ya no le era posible continuar su jornada, aceptó Guesto la hospitalidad que le ofrecía el eclesiástico. Atravesaron el boscaje que cubría la ladera y llegaron en poco tiempo a un espacio claro, desnudo de arbolado en el que la luna daba de lleno.

Aquí arrimada à un peñasco enorme se veía una pequeña iglesia, que de ancho no tendría treinta pal-

Logia Independiente de Teósofos



mos y de largo poco más. Estaba construída de barro y piedra pizarra, que tanto abunda en aquellos parajes; y adherido a su fachada y con tejado más bajo que el cuerpo del edificio, se extendía un pequeño alpendre apoyado en cuatro gruesas y lisas columnas redondeadas en la parte superior, pero sin capiteles en el sentido riguroso de esta palabra. Los machones de la puerta principal y además única, conservaban el mismo estilo, aunque eran de menor dimensión que las columnas.

A un lado del templo había un gigantesco roble. Notemos el contraste: la naturaleza ostentaba su vigor y lozanía, al paso que el arte rudo en las formas y reducido en las proporciones, confesaba, digámoslo así, su propia humildad, sus visos entonces de competencia a que aspiró más tarde. Al otro lado del árbol y arrimada también a la gran roca se veía una casita de poco fondo con su puerta y dos ventanas.

Tales eran la iglesia de Tolsun y la morada de presbítero que la servía.

Logia Independiente de Teósofos

## III

# EL PRESBÍTERO DE TOLSUN

Podeisme o hábito lançar
que não venho contrafeyto;
porque se eu me mudar
será para outro lugar
algum tanto máis estreyto.

[Affonso Alveres

(Auto de S. Antonio).

El primer cuidado del presbítero, después de que Guesto se alivió de la armadura y se comprobó que, como había sospechado, solamente tenía alguna que otra contusión, fué sacar de una alacena o armario (17. el resto de un grande pan de avena, unas cuantas castañas y manzanas, un vaso de miel colado y limpio y un pequeño odre, poniéndolo todo encima de una mesa de tosco roble, que con tres escabeles y varios utensilios cáseros componían el mueblaje del primero de los dos cuartos en que estaba dividida la habitación)

—Traeréis hâmbre quizá; y siento no tener cosa mejor que ofreceros para matarla.

—No os aflijais por eso, reverendo padre; tenía muy poca gana de comer; pero me la ha despertado ahora la vista de esta apetitosa cena.

—Probad del vino, que por bueno lo aseguro, aunque es de la tierra.

—¡Es óptimo de veras! Podría pasar por vino de Spania (18).

Logia Independiente de Teósofos



—Me lo envió Donani.

—¿Donani? ¡Ah, sí!

—Donani Zalamezi, el *presor* (19). Vive a tres leguas de aquí en su "villa„, de San Pedro, cuyo *asciterio* (20) fundó. Ninguno en estos sitios, aparte del conde Froya, es señor de tantas "villas„, heredades, *deganas* (21) y alquerías, amén de muchas tierras de pan llevar, dehesas y pasturas. En cuanto a viñas, no tienen competidor.

—Por allí pasé a mi venida y oí decir que tiempos há llegó procedente de Spania a estos lugares con sus parientes y gran caterva de siervos.

—Sucedió eso dos o tres años después de haberse alzado rey a Froila, y vino, si no invitado por éste, consentido cuando menos. Entonces, por más señas, *tomó de presuria* (22) a son de bocina y con la bandera real desplegada al viento y la anuencia del conde que mandaba en aquellos días, aquende y allende del Cabe, los montes y campos que yacen desde la sierra de Santa Bárbara a la de Arrotea, donde había villas antiguas abandonadas desde la primera irrupción de los ismaelitas y despreciadas del Obispo Odeario cuando restauró, hace cincuenta años, diversos territorios de los condados de este país. Pobló Donani algunas villas con parientes de su sangre, otras con libertos y la mayor parte con *gente* de su "familia„.

—Es hombre poderoso a lo que parece.

—Tan poderoso que hasta el mismo conde Froya, que de buena gana daría con él de revés, huyó de tenerlo descontento.

—¿El conde, pues, no le tiene afición?

—Ninguna; aún suponiendo que uno y otro se la tengan a Mauregato. Froya Gutherez es hombre iras-

Logia Independiente de Teósofos



cible y esclavo de la soberbia, como lo son todos los de su raza... Todos no; que hasta el mismo Froya tiene una hija que nada se le semeja en esto; es un ángel de bondad, en extremo compasiva de las penas de los humildes. Mas el padre ve con malos ojos a los hombres venidos de Spania, no precisamente a los de baja condición, a los mezquinos, sino a esos que por su sangre o riqueza quieren codearse con los godos de Pelagio, y mayormente a los de ahora, ya que nunca han tenido los *advenedizos* tanta participación en la curia. Donani Zalamisi es hijo legítimo de madre ismaelita; pero el padre era godo, de tan limpio linaje como el mismo Froya Gutherez.

No sólo las palabras sino también los modales y ademán un tanto extraños del presbítero, producían cierta impresión en su huésped.

Frisaba el presbítero en la edad aquella en que con la mejor voluntad la mayor parte de los hombres harían a los años descuento de guarismos en beneficio de su haber. Su estatura era mucho más que mediana, y a pesar de que el ropaje le cubría todo el cuerpo, aún se veía lo bastante de sus formas para juzgar cuán membrudo, vigoroso y fuerte debía ser.

Medio encubierto el rostro por un capucho denotaba en cierta manera tal cual resabio de la amargura que sobresalía en las últimas palabras del sacerdote, por las que Guesto conoció a primera vista que no era de estirpe goda su interlocutor.

La forma más esférica que oval de la cabeza, las facciones redondeadas, la notable depresión entre la nariz y la frente, en las que se notaba una cicatriz, eran claros indicios del tipo céltico, esto es, de la raza que a par de la romana y a veces mezclada con ella

Logia Independiente de Teósofos



predominaba en los montes del Norte aún en tiempo de la invasión de los sarracenos y que la grande emigración comenzada hacía treinta años y siempre en aumento de los godos del Sur con sus siervos, algunos de éstos de la misma raza goda y otros de la romana, había venido a colocar en menos ventajosa situación adquiriendo la casta guerrera el poder efectivo y la local influencia, cuando antes sólo poseía la supremacía nominal, la sombra sin la substancia.

Aquel rostro, por lo demás bello en su conjunto, se había arrugado prematuramente y era de una palidez excesiva e inmovilidad tal que concluía por molestar a quien le contemplaba.

—Veo que no sois amigo de los de nuestra raza— dijo el caballero.

—El hombre a quien acaricia mi fiel mastín si se me vuelve en contra en mi propio hogar es mil veces peor que el lobo de la floresta. A éste le cerramos la puerta o le damos caza.

—Sois injusto, venerable amigo.

—¡Injusto!... Bien a las claras se deja ver que recibísteis de vuestros padres muy contraria lección de la que a mí me dieron los míos; pero la verdad es tan una y estable, como Dios Nuestro Señor. En tiempos de los reyes de Toledo no era más libre el vuelo del águila que libres eran nuestras voluntades, y los vientos rígidos del Norte azotándonos la faz no tenían poder para disipar la alegría que la animaba resplandeciente. Los hombres del Sur, que huían de los hijos del desierto, nos pidieron asilo, se lo concedimos y les ayudamos a rechazar a los que les venían persiguiendo, y, después, una vez hechos fuertes en número, tomaron para sí el poder y nos

Logia Independiente de Teósofos



excluyeron a nosotros. Cuán pesados e incómodos nos fueron ya en la época de Froila os lo dice el levantamiento que entonces hubo en Galicia, empresa aquella en que por desgracia sucumbimos. Hace aún bien pocos años que los de mi raza hicieron un último esfuerzo; y no muy lejos de aquí, en el monte Cupério, les dió Silo el postrer golpe. Ahora, ya no somos lo que fuimos antes. ¿Cómo queréis, después de esto, que seamos amigos de quien nos pisoteó con tan mala fe?

Persuadido de lo bien fundado de este discurso, nada replicó Guesto. Mas al cabo de una pausa dijo:

—Testigo de vuestra fuerza y esfuerzo, tengo para mí que contaríamos en vos con un valiente guerrero, si la Iglesia no os hubiese reclamado por suyo. Ciertamente que no por miedo al servicio de las armas ni por aversión a ellas os entregásteis al de Nuestro Señor.

—Gran verdad dijísteis, caballero..... Mas no hablemos de mí.

Os ruego, no obstante, me digáis al menos cómo he de llamar a mi defensor.

—Osoredo. Este es mi nombre, nombre oscuro y desconocido fuera de la vecindad. El vuestro....

Se interrumpió el presbítero.

—¿Por qué no deciros mi nombre? Me llamo Guesto Ansures.

Levantóse Osoredo. Se notaba mayor brillo en sus ojos, y, sin embargo, la misma palidez en sus facciones y falta de animación en su semblante. Apretó la mano al caballero; la del presbítero era fría como losa sepulcral.

—Sois amigo del hijo de Froila: otro tenéis en mí—dijo, y tornó a su asiento.

Logia Independiente de Teósofos



—¡Me conocéis!

—Vuestro nombre, que llegó a este retiro en alas de la alabanza, único rebato que a la fama da valor.

—Costumbre es de los hombres pregonar muy alto los merecimientos ajenos, cuando por temor de que aminoren los suyos no los ocultan, que a esto son más inclinados—añadió, sonriéndose, el mancebo.—¡Mas quién había de decirme que fuese conocido de vos, no sólo de nombre, sino por mis sentimientos!

—No os admiréis de eso. Nadie aquí me ha hablado de vos..... Me explicaré: Muchos años ha que rompí los lazos que me ligaban al mundo, tantos que éste ya no me recuerda; todos me han olvidado menos un solo hombre: el que cuando dejando la vida secular y me resolví a entrar en orden sacro me enseñó las letras. Ese, en alguna que otra carta, se ha referido a vos y a vuestros ritmos y cantares, y de éstos me remitió más de una copia.

—Si la gratitud hizo que os quisiera antes, ahora que, por lo visto, somos partidarios de una misma causa, hará este nuevo lazo más eficaz y constante mi afecto hacia vos. Todo, pues, lo adivino: fuístes guerrero antes de ser sacerdote ¿no es verdad?

—Sí. Este siervo de Dios y vuestro creció en efecto bajo el peso de la loriga, la que sólo dejó para postrarse ante las gradas del altar.

—Peleásteis al lado de Froila...

—Eso nunca. ¡A ese... le profesaba un odio mortal!

—¡Qué me decís!

—¿Os admiráis de mi odio al que, no satisfecho con saciar su ira en los ismaelitas, enemigos comunes, la volvió contra mis hermanos de Galicia y Alava? Se extinguo, murió en mi corazón el odio al apagarse de

Logia Independiente de Teósofos



las fuerzas de mi alma, fuerzas que, hablando en puridad, no se apagaron del todo, pues aún arden, aún sobreviven a nn solo afecto: el amor que profeso al hijo del hombre aborrecido. La esperanza que aún me queda, aparte de la que tengo puesta en Dios, es ver a Alfonso rey de las Asturias.

Fijó Guesto sus ojos en Osoredo con aire de estupor. Pero como le caracterizaba la reserva, que de ordinario acompaña a los espíritus meditabundos y entregados a pensamientos de un orden elevado, le repugnó manifestar una curiosidad indiscreta y reprimió la exclamación que le rozaba en la punta de la lengua; solo, después de una pausa, dijo:

—No me es dado comprender el alcance de lo que acabáis de manifestarme, aunque bien veo, y de verlo me complazco, que en vos tiene más poder el juicio que la pasión. Reconocísteis que las virtudes del hijo no sólo clamaban contra la trasmisión del odio que podría haberos merecido el padre, sino que aún eran acreedoras a vuestro amor y se lo entregásteis. ¡Ojalá otros hicieran lo mismo!

—Si la voz general no nos miente, nuestro Alfonso es modelo de todas las virtudes; de que así no fuese, aún desearía cerciorarme por mí mismo.

—¡Ah! ¿Significa eso que no le conocéis?—preguntó Guesto sorprendido cada vez más.

—(23) Lo ví en los días de su permanencia en Sámanos; pues entonces venía de cuando en cuando, cerca de aquí, a San Miguel de Sobrego.

—Cuando marchó de allí a Pravia, llamado por Adosinda, frisaba en los doce años—dijo Guesto, y añadió:—Así como el jabalí antes de crecerle los colmillos hace el movimiento de rasgar, así también

Logia Independiente de Teósofos



en el potro de raza se divisan las señales de un caballo perfecto.

—No es raro que tenga virtud, quien con la sangre la hereda.

—Del padre, aparte del denuedo, nada ó poco más tiene Alfonso.

—Eso le basta; que mucho más le ha quedado de la madre, que por cierto *es de mi raza*. ¡Oh, cuánto se parecía a ella! —y temblada la voz del presbítero que, fijando la vista en el suelo, prosiguió más bajo y como distraído: —es su propia madre cuando la arrastraron cautiva de Froila, el asolador de su tierra y después esposo de la misma Munia.

—Luego, según eso, vísteis a Munia en los tiempos de su mayor belleza ¿no es así?

—¡Ah!... ¿Quién os lo dijo? —respondió sobresaltado Osoredo, y continuó: —Mas en conciencia no tengo por qué negarlo. Me tocó, como a otros muchos, ver a la reina cuando los años le pesaban poco y a todas excedía en hermosura.

—Yo nunca tuve esa fortuna —dijo Guesto pero la veo siempre tal cual, allá en sus primeros años, la ví cierto día.

—Holgaría de oiros cuándo y cómo la visteis.

—Era una tarde de verano. Estábamos, el pío Atanágildo y yo, sentados bajo el frondoso ramaje de un corpulento roble en nuestra heredad situada en Pico de Regalado, entre Cávado y Lima, dos leguas al Norte de Braga. ¡Aquellos bienes procedentes de nuestros abuelos los hemos perdido hoy, y Dios sabe si para siempre

—Eso me da a entender que también se os puede contar en el número de los *advenedizos*, Guesto Ansures.

Logia Independiente de Teósofos



—Dispensad: yo no soy *advenedizo*. Digo *no lo soy*, en el sentido que hoy se da a esa palabra; porque no soy *muzárabe* (24), y mis padres nunca pagaron el *karadj* (25), nunca se sujetaron a la ley de los muslimes. Mi abuelo, aún mozo, emigró al Norte en la época de la primera invasión; y más tarde, cuando gracias al valor de Alfonso, a quien él acompañó en sus correrías, fueron repelidos los ismaelitas mas allá del Duero, recobró su señorío de Regalados. Volvieron, después de su muerte, los hombres de Mahoma, y al poco tiempo quedó el país limpio de ellos. Entonces fué cuando mi padre Ansur se ausentó algunos años en aquellas tierras y propiedades donde yo nací. Sucedió que el primer año del reinado de Aurelio se tornó inhabitable aquel distrito para quien no aceptase el dominio de los invasores, que se revolvieron sobre él con gran ímpetu. Entonces Ansur trasladó su residencia a Lugo donde tenía, en el condado Flamenoso y en Campo Furco del condado Naviense, algunas villas y fincas pobladas por su padre en los días de la gran restauración hecha por el Obispo Odoario y otros poderosos. Esto que os digo y cuanto sé de la historia de nuestra raza cuando señoreaba en Toledo toda la península y cuanto sé de las invasiones de los guerreros del Maghreb y de la de nuestros abuelos a las breñas del Norte, lo oí de boca del buen Atanagildo.

—¿Era sin duda hijo de la Iglesia?

—Era cura de San Pedro de Maximino, única iglesia que había quedado en pie en Braga. A él debo la primera lección de libros, pues nos acompañó a Lugo y posteriormente a Cangas en el tercer año de Anrelio en que fué llamado mi padre a tomar asiento en la curia. Pero vamos al caso: en ese día me contaba

Logia Independiente de Teósofos



el santo varón por primera vez la historia de Munia, y no acierto a expresaros cuánto me conmovía la lección, de tal modo y tan al vivo me pintaba la captura de la joven; y yo, mal viendo a través de mis lágrimas, tenía fijos mis ojos en la venerable faz de Atanagildo, cuando he aquí que observé que apuntaba el cielo y ví entonces un águila real batiendo el aire con pujantes alas y asegurando en las garras un cordero. "Ve, hijo, exclamó al fiero y cruel rey llevándose la pobre cuitada„. Latióme el corazón y seguí con mi vista al tirano del empíreo hasta verla descender con su presa allá muy lejos, en los picos de la sierra Gaviara. Fué tal la impresión de aquella escena en mi imaginación infantil que siempre me figuro a Froila bajo la forma de un águila rampante y a Munia a modo de cordero inocente despedazado por pico truculento y feroz.

—¿Tendréis inconveniente en repetir la historia de Munia tal cual os la contó Atanagildo?

—Ninguno, si os sentís con paciencia para escuchar lo que muchas debéis de haber oído.

—No importa; narrad siempre, La historia muda de traje tan a menudo, que no es raro se encuentre la novedad en las más viejas tradiciones. Bien se acoje el picazo al tronco muerto, y allá por debajo de la podrida corteza halla vida en que cebarse.

Accediendo a los deseos de Osoredo comenzó Guesto su narración:

—Al tener noticia Froila, en el tercer año de su gobierno, que pretendíau los pueblos de Alava desconocer su autoridad, rebosando, en ira mandó llamar a los hombres libres de Asturias y Galicia y acompañado de numerosa hueste compuesta de unas cuantas *tiufadas* (26), muchos magnates, caballeros *y presores* »

Logia Independiente de Teósofos



entró en son de guerra por aquel territorio, que dejó regado de sangre y cubierto de cenizas después de mucho lidiar con varia fortuna. El viento que sopla con violencia abate principalmente y derriba al fuerte tronco que le opone resistencia; a las pajillas, las hojas secas, las flores desprendidas de su tallo, las lleva delante de sí, las aventa y las empuja. Fué así como a vanguardia de los guerreros de Froila se movía la confusa chusma impelida a las penalidades de la servidumbre y sólo se veían en ella los débiles y tímidos: formábanla niños, viejos, doncellas sin apoyo en cuyos semblantes las lágrimas de una temprana amargura habían borrado hasta los visos del color, Los robustos, los valientes, habían sucumbido. Entre los que apurando la copa de la desesperación caminaban a la cruz del cautiverio se hallaba Munia, la doncella más linda y gentil de aquellos países. Contaba unas diez y ocho primaveras; era una rosa cogida del suelo empapada en sangre que conservaba su nativa fragancia y por la que Froila, apenas puso en ella su vista, sintió penetrado su corazón de hierro por la emanación sutil que de esclava hizo a Munia, sin intentarlo ella, reina y señora de una voluntad hasta entonces indomable. La doncella había caído en poder de los invasores después de la bien reñida batalla de Amurrio sobre el río Nervión, donde todos seguían la voz de su padre, hombre principal de la tierra. A éste, a sus hermanos y parientes, a todos había perdido Munia en aquel terrible y desastroso combate; y lloraba también a su desposado, mancebo de buen linaje, por carecer de noticias de él o creerlo muerto o prisionero en algún encuentro. Iba montada en ligero bridón, sóla, a la vista siempre de Froila, no revuelta con los demás

Logia Independiente de Teósofos



cautivos. Caminaba triste y desconsolada la doncella entregada a sus dolorosos pensamientos, cuando de repente, al atravesar la comitiva una honda y sombría garganta, retumbó por aquellas angosturas el bien conocido grito de guerra de los hombres de Alava y apareció al mismo tiempo por las pendientes cuestas un puñado de gente que alzadas las armas se precipitó sobre los guerreros asturianos, cogidos de improviso y puestos en confusión. "¡En el cordero hizo presa el lobo; pero el mastín viene a quitárselo!„ exclamó el jefe del bando vibrando el arma y acercándose donde estaba Munia, quien, reconocida la voz y figura de su desposado, gritó delirante de temor y a la vez de alegría y forcejó para huir de sus guardianes. Pasada la primera sorpresa, consiguieron Froila y sus capitanes poner algún orden en las filas, y a pesar de la estrechez del lugar, fué tal el poder del número, que los valientes y osados agresores fueron uno en pos de otro cayendo heridos de muerte. "¡He de salvarte o a tus pies me verás morir!„ bramó el jefe abriendo camino con su formidable hacha. Se aproximó a la doncella que ya inclinaba el cuerpo hacia él cuando Froila, echando fuego por los ojos, vino a cortar el paso al atrevido amante y le gritó: "¡el demonio te lleve ya que veniste a afrontarlo!„ Cayó el mancebo bañado en sangre, y Munia dió un quejido arrancado del alma y desfalleció la sin ventura. Cuando Munia volvió en sí estaba ya lejos del malhadado desfiladero. ¿Qué os diré de lo que siguió a este triste suceso? Se marchitó, sí, la flor arrancada por violenta mano; pero no perdió su fragancia: reverdeció por sí misma bebiendo el dulce rocío de sus propias lágrimas. Llegado a Cangas se esforzó el rey en ganar la voluntad de su cautiva,

Logia Independiente de Teósofos



pues quería hacerla; ella rehusó largo tiempo hasta que persuadida de que había resuelto que fuese su mujer o su..

—En tales lances es cuando las almas fuertes saben hundirse un puñal—exclamó Osoredo, interrumpiendo súbitamente al joven y mudando de postura.

Hasta allí había escuchado inmóvil, con los codos apoyados sobre la mesa y descansada la frente entre las manos.

—Por quien sois, pío Osoredo, que me parece no la darías tal consejo si hubiese sometido el negocio a vuestro juicio, respondió Guesto, que observó en las facciones del eclesiástico una señal, por vez primera, de rubor y animación.

—Justo es vuestro reparo, que mal suena en boca de un sacerdote la expresión de sentimientos reprobados por Dios. Si Osoredo se olvida a veces de quien es, para acordarse de quien fué, no se olvidará de la penitencia. Proseguid, caballero... Hablábais de Munia que por no ser barragana consintió en ser esposa del matador de cuantos le habían sido caros.

—Triste fué el noviazgo. A la vuelta del templo se desmayó la reina. Corrióse la voz de que había visto la sombra de su primer novio y que dos veces se le apareció. Estas visiones se tuvieron por de funesto augurio, y el hecho fué que a los pocos años murió Froila de mala muerte. Viuda Munia, confió su hijo al abad y hermanos de Sámanos, no por su voluntad y sí obligada por la de los grandes que colocaban en él sus esperanzas. La reina viuda se recogió, aunque sin profesar, al convento fundado por ella en Amurrio; y comprobado casi está que no entró de *motu proprio* y sí constreñida por los magnates de la curia que querían alejar de su hijo. Lo cierto es que la pobre madre sufrió dambos bandos muchas pesadumbres.

Logia Independiente de Teósofos



—¿Dais crédito, Guesto, a lo de la visión de la reina?—preguntó el presbítero, que ya con la cara medio oculta en su capucho había vuelto a su primitiva postura, momentáneamente abandonada.

—No dejo de darle algún asenso, pues creo cuanto de Dios procede y me anonado ante su inmenso poder... y hasta no sé si diga que ante el poder del amor. ¡Ah, sí, del amor, aura divina que nos conduce hasta el pórtico de los goces celestiales! Quien la aspira tiene otro corazón, otros sentimientos que no poseen los que viven la vida vulgar. Bajo su influjo, el alma se nos dilata por paulatino modo, hasta que emanando de este nuestro barro como el aroma emana de la flor, nos envuelve el cuerpo en algo semejante a fluido sutil, que nos desprende de las ligaduras de la pesada y grosera materia, y nos permite percibir un ambiente celeste que jamás se olvida...

—¡Que jamás se olvida!—Tal fué el eco que interrumpió al caballero en su vuelo ideal.

Había en aquella voz un reflejo tan vivo de íntima dolencia, que a mal grado de Guesto, le conmovió profundamente.

—¿Qué mal os aqueja, Osoredo?

—Hijo de Ansur ¿quéjome yo acaso?

—Al corazón dice menos la palabra que la inflexión de la voz; la frente muda puede ser más elocuente que los mismos lamentos. Alivio son éstos de nuestras pesadumbres; mas el dolor profundo, es hoguera que arde en las entrañas y no hay lágrimas que basten a apagarla.

—Esa hoguera o mata, o al fin se extingue. En cuanto a mí, ya veis que vivo—dijo Osoredo, descubriendo su rostro tan pálido e impasible como antes, y prosiguió:—Si en mi pasado he corrido el riesgo de ser víctí-

Logia Independiente de Teósofos



ma de ese fuego del amor, hoy el hombre no recuerda más que las reminiscencias de sus ilusiones infantiles.

—Es, no obstante, para mí evidente, que os liga a vuestra juventud algo más que un mero recuerdo, díganlo si no vuestros anhelos por ver entronizado al hijo de Froila.

—¿Y quién os dice que ese afecto sea eslabón que me una a remembranza de lo pasado y no lazo que me ligue a la esperanza de lo porvenir? Sabed que si he querido prescindir del mundo, no prescindo de la Iglesia de Cristo Nuestro Señor. Dadme otro rey como Aurelio, Silo y Mauregato, que han seguido las pisadas del idólatra Achab y llevado al pueblo por el camino de la perdición, dadme otro rey como éstos, y veréis la Catedral de Lugo convertida en *jamí* (27), y a Pravia en asiento del walí de Córdoba. Para prevenir la ruina que nos amenaza, necesitamos de otro gran católico, hijo de la espada y terror de los infieles. Ahora lo tenemos a la mano, y también se llama Alfonso, y la sangre de Alava corre por sus venas.

—¡Gran verdad! El oprobio sólo terminará cuando los cuervos y milano de Spania sean arrojados del nido que en Pravia construyeron, y para ello es menester que el azor y los nobles salgan cuanto antes de su manida y la que día y noche están tan pegados. Mas, como bien insinuásteis, no hay cazador capaz de despertarlos y adiestrarlos sino el real Alfonso. ¡¡Oh, cuándo será llamado a tal empresa!!

—Quizá veremos más pronto de lo que parece regresar la paloma con el ramo de olivo, para anunciarnos el fin de este diluvio.

—¿Qué queréis decir?

—¿No oísteis hablar del estado del rey?

Logia Independiente de Teósofos



—Se ha dicho que padece accesos de nó sé qué; pero que no sean de gravedad.

—Se añade eso por quien quiere ocultar la verdad. Puedo aseguraros que como Dios lo hizo con Joram hirió también a Mauregato en las entrañas con una enfermedad incurable. Padeció Joram durante dos años hasta que le salieron las tripas: ahora se cumplirán dos años que Mauregato gime en la prisión de Dios.

—¿De dónde adquirísteis tan ciertas nuevas?

—¿No los dije? Hoy recibí una carta de aquel amigo. Vive en los montes de la Liébana; pero ya está en Sámanos desde ayer.

—¡En Sámanos! ¿De la Liébana? ¿A que es por ventura el gran siervo de Dios, Beato, abad de S. Martiño?

—No es otro.

—¿Os comunica alguna novedad del Monasterio?

—Me dice que están allí bastantes caballeros que también llegaron ahora de diversos puntos y que esperan a otros. No me indica a lo qué vienen: y tan sólo me promete que antes de volver al Norte, vendrá a pasar unos días aquí cerca en San Miguel de Sobrego, donde nos veremos.

—A Sámanos voy, amigo presbítero, y bien pudiérais venir vos para encontraros de ese modo más pronto Beato y complacerme yo con vuestra compañía.

—No iré yo donde hay tantos desconocidos. Dios no consiente que los muertos vuelvan a la vida antes del juicio final, y yo hace mucho que estoy muerto para la sociedad—respondió Osoredo con leve sonrisa, la primera que le notaba su huésped.

—De allí a poco rato se dormía en la capilla de Tolsun. Dejémosle descansar y aprovechemos entretanto la ocasión para trabar conocimiento con otros personajes.

Logia Independiente de Teósofos

## IV

# LA NOVIA DEL SIERVO

> Então se juntarão todos fervendo com gran sanha com soberbosas palavras.
>
> Chronica da conquista do Algarve

En la margen izquierda del Lor, la misma en que se halla Folgoso, a cuatro kilómetros de esta aldea, está la de Santa Eufemia rodeada de un soto de castaños. Ocupa en uno de los ya aludidos vados, en que a veces aumenta su anchura el estrecho valle, un rincón muy arriba de la villa derecha del río en la cuesta que sigue a la del monte de Outra-Banda y casi frente al lugar de Tolsun.

En la época de nuestra historia había allí apenas un "villar„ (28) del señorío de Froya, poblado por una familia de siervos de este conde.

Poco antes de la hora en que encontramos a Guesto y Ermesinda, sobre aquel terrado del Bustillo se veían cuatro personas a la puerta de una casucha situada no lejos del redil y corral donde se recogía una manada de vacas y ovejas al cuidado de dos zagales.

Componían el grupo dos individuos de cada sexo: las mujeres, sentadas en una gran piedra a un lado de la puerta; los hombres, al lado opuesto. Uno, ya entrado en años, tenía el suelo por asiento y descansaba,

Logia Independiente de Teósofos



recogidas las piernas, apoyando los brazos en las rodillas; el otro, alto, joven y robusto estaba en pie arrimado en parte a la pared y en parte al cayado en que apoyaba el sobaco. En sus facciones predominaba el tipo céltico con mezcla del romano. El traje de ambos, de pieles ordinarias, los daba a conocer como pertenecientes a la casta servil.

Una de las mujeres era vieja; en la fisonomía de su compañera brillaban los colores y resaltaba la viveza de la juventud. A pesar de lo rústico de su vestido, mostraba la joven sierva una cara tan alegre y gentil, y tanta naturalidad en el gesto, que bien pudiera pasar a los ojos de quien la contemplara por flor lozana del bosque, aunque inculta y silvestre, muy digna de ser trasplantada a regio jardín, o por airosa y esbelta gacela, ostentando a la par de su esquivez y rudeza toda su gracia nativa y por ende incomparable. Corría en sus venas la sangre del Maghreb, y en abundancia tanta, que resaltaba en su rostro cual si estuviese vaciado en molde berberisco. Los dos ancianos presentaban los mismos caracteres, modificado en el hombre por rasgos de la gente romana, y en los de la mujer por los de la raza goda.

—Cállate, Sahema, deja ya de azuzar a esa tontina, y de meterla en la cabeza rebeldías y sinrazones—dijo el que estaba sentado.

—¿Y a tí qué te importa, viejo zafio, la *alforria* que te prometen, ni el villar, ni las vacas, ni los puercos y cuanto tenemos aquí, si nuestra hija se nos ha de morir de tristeza? ¿Y Savarigo es acaso algún pegujalero? ¿no es mayoral en Villa-mor? ¿no es siervo del rey? ¿no tiene el villar que tuvo su padre, siervo como él, y además con siervos suyos propios? ¿no es

Logia Independiente de Teósofos



hoy todo de él como si fuese señor bien nacido? ¿Y qué dices del pomar que compró con sueldos de plata heredados de su padre (29), y linares donde se da la mejor calidad de lino de todo Riba Lor? ¡Poder de Dios! ¿No es todo eso bastante riqueza para nuestra Mariame?

—Todo eso importa una higa, no vale un saco de castañas a la par de lo que por nosotros puede hacer el conde—replicó el viejo, desdeñosamente y añadió:—tanto tú como yo, Sahema, somos hijos de hombres libres, pero quiso la mala suerte que nuestras madres fuesen siervas. Ahora bien: ¿hemos de despreciar esta conyuntura de morir horros, y además de eso, morir ricos? Si hiciésemos tal, seríamos bobalías.

—¿Qué bobalías ni que niño muerto? ¿Qué nos interesa ser ricos, estando ya con un pie a la vera del hoyo? ¿qué vale todo si Dios nos lleva a esta hija, como ya nos llevó a los otros, y en castigo nos deja morir sin herederos?

—Esta no morirá, que no tiene facha de achacosa; además, no se rechaza así como se quiera y a capricho el amor de Froya, ni es éste hombre que lo sufra de gente de poco más que menos. ¿Por qué no hemos de lograr la buena sombra, acogiéndonos voluntarios a la de quien puede usar de la fuerza?

—A la fuerza acudirá el conde, y si usa de ella es por haber tantos gallinas como tú, Zendo,—dijo el mozo que, como se ve, era uno de los rabadanes o principales pastores de la propiedad del fisco en la margen opuesta.—Nosotros somos muchos: los poderosos, pocos; pero nos hallarán muelles y flacos en toda ocasión, y ya se sabe que cuanto más ablanda el barro más honda entra la zapa o la azada.

Logia Independiente de Teósofos



—¡Me lo dices a mí!—exclamó Zendo. Yo los ví tiesos como pértigas cuando en el tiempo de Aurelio y a la voz de Sempronio (de la sangre de los de Roma como mi padre, que Dios haya), se juntaron para dar batalla a los señores de la tierra. ¿Y de qué les valió tal esfuerzo? Los poderosos los magullaron enseguida y de entonces acá nos apretaron más las gamellas. Es voluntad de Dios, Savarigo, y contra ella no hay fuerza que valga.

—Dejémonos de eso—dijo la vieja—y vamos al caso: Coge a esa mezquina de la mano, Zendo, y dí: "anda, hombre, ven acá Savarigo, y toma a esta mi hija por aparcera; abrázalo tú, Mariame, que yo te lo doy por marido„. Vamos, hombre, dilo ya y acabemos con esto. Hablando así Sahema, empujaba a su hija hacia el viejo siervo.

—Si ésta ¡totovía mato, tres me faltan para cuatro—contestó éste, dando una carcajada y continuó con petulancia:—Esto, mujer, es vendernos de golpe y porrazo a todos los demonios. ¿Quieres que esto acabe? Yo también lo quiero y ahora mismo. Anteayer me dijo el conde: "Mariame es arisca y esquiva; quise ganarla la voluntad y ya voy perdiendo la paciencia, tanto que ¡voto a Dios!, si antes de la hora de nona no me la traes sumisa, dócil y blanda como la cera, obraré de otro modo". Ahí tienes, hija, el por qué de lo que te he aconsejado y dicho. Acertada anduviste cuando pensaste que podíamos temer hoy algún contratiempo.

—¡Oh, Jesús Dios nuestro!—exclamó Mariame, cubriéndose la cara y dejándose caer sobre la piedra que le había servido de banco.

—¡Mariame! ¡Mariame! ¿Cómo te escaparás, tórtola mía, de las garras de esa ave de corvo pico que de tan

Logia Independiente de Teósofos



alto, y tan alto y pujante se ríe de los humildes? – plañía Sahema abrazando a la cuitada.

–¡No llores, madre de la que amo! –exclamó el siervo, que dirigía también una mirada al camino trillado que iba a perderse en la espesura del matorral.– Todo eso lo sabía yo; y sé además que no siempre el águila consigue apresar la res. Haz que tu hija sea mía, y yo la salvaré; lo juro por el alma de mi madre, que fué de esa misma raza de godos que hoy nos pisotea.

Sahema movió la cabeza en señal de duda, y Zendo se desató en risa al oir un compromiso que juzgaba tan disparatado y extravagante.

–Basta, Zendo, de esas tus risotadas, que se parecen más a los bramidos de fiera desalmada que a la voz de un padre con figura de hombre. ¿Piensas que no tendré valor para defender a mi mujer contra cuantos quieran arrebatármela y aún contra el mismo conde de la tierra? ¿No te queda en el pecho siquiera un aliento de amor para la que engendraste?

–Sí, me queda: y por ese amor que la tengo quiero verla feliz y hecha una señora.

–¡Señora y feliz! ¿Verás feliz y señora a tu hija cuándo cansada la pasión del conde te la vuelva a encajar en tu casuca?

–No habrá nada de eso, porque el conde la ama mucho. Además, díme acá, hombre: ¿no deben los hijos hacer algo en favor de sus padres? Ahí tienes, pues, con la salida de Mariame, entrando la fortuna por nuestras puertas.

Era el cinismo el que así hablaba, el cinismo inseparable de la servidumbre. Mas el amor es fuego que perfecciona, eleva y hasta purifica al ente depremido;

Logia Independiente de Teósofos



y los dos jóvenes siervos, estaban muy por cima del nivel moral de aquel vejete.

—¡Padre, no hables así! ¡Ven, padrecito mío, ven, danos tu bendición!—dijo Mariame cariñosamente y juntando las manos en señal de súplica;—dánosla, que Sabarigo, bien sabe lo que dice y pronto estará aquí quien nos ha de ayudar y ni el mismo conde ha de poder ir contra lo que él haga.

—Quisiera yo ver a ese gran poderoso.

—Cúmplase, pues, tu voluntad, que alguien se acerca y debe ser él.

Dicho esto se levantó apresuradamente el rabadán y se sumió en las matas.

Pasados algunos momentos volvió a aparecer con otro hombre.

—¡Zacoi ibn Bellith! ¿Es este vuestro auxiliar? También cree la codorniz que no se le ve el cuerpo cuando oculta la cabeza en los terrenos—y el casero-pastor se rió a todo reir.

Era el recién llegado, delgado de cuerpo, magro de carnes, bajo de estatura, de complesión débil y de porte encanijado y tímido. No excedería de cincuenta años y ya las arrugas le surcaban la piel de su lívido rostro en que no se divisaba ni asomo de barba, ni de haber pasado por él el filo de la navaja: conservaba su cara la desnudez mujeril. Tenía descubierta la cabeza, rasurada del todo a excepción de un cerquillo o redondez de pelo, que denunciaba su estado eclesiástico. Vestía túnica de grosera lana y color castaño; traía bajo el brazo un códice en forma de misal.

—¡Oh, qué tontería!—continuó despreciativamente el padre de Mariame.—¿Conque esta pobre criatura, es la que me opones al poderoso Froya, cuando hasta

Logia Independiente de Teósofos



el propio Donani, su señor, cuyos rebaños superan en número a los troncos del bosque, se volvería más blando que el vello de las aves si viese brillar la cólera en los ojos de nuestro conde?

—Si Zacoi es siervo, es también presbítero, y ante Dios y la Iglesia no liga menos su bendición que la del Obispo de Lugo, y esto es lo bastante para nuestro propósito—, respondió Sabarigo.

—¿Qué me hablas de bendición?—replicó Zendo, ya impaciente.

—Veo que viene antes de tiempo y que aún está todo por hacer—dijo el recién llegado, uno de los monjes o sacerdotes del asciterio de San Pedro, y siervo además del *presor* Donani Zalamisi.

—¿A qué veniste, Zacoi?

—A casar a tu hija con Sabarigo.

—¿A casarla aquí, a estas horas?

—No, hombre, aquí no; pero sí en la ermita de Santa Eufemia de la que tienes tu la llave. Bien sé cuán grande riesgo corro en despreciar lo que por precepto nos está mandado..... Mas la urgencia..... el peligro en que se halla Mariame... lo mucho que quiero a Sabarigo.

—Vuélvete a casa, clérigo bonachón y no te metas en aventuras para las que no tienes fuerza.

—En verdad, que es lo mejor que debo hacer, y más cuando veo que a estas horas nada está dispuesto de lo que ya debía estar, pues ni aún se ha logrado tu asentimiento, ni los testigos se hallan aquí presentes...

—Luego los verás y serán Zalema, Alazate y Nezarón, que me han prometido acudir a este lugar y a esta hora. Ya ves, que tan sólo me falta el permiso de Zendo—respondió Sabarigo.

Logia Independiente de Teósofos



—En cuanto a lo de mi permiso vale tanto—dijo el viejo ya amohinado—como dar paseo en brezos o tremedal... Y el pláceme del conde ¿quién lo dará?

—Eso mismo le hice ver a Sabarigo y a cuantos azares va a exponerse—añadió el clérigo—y también le manifesté la conveniencia de que antes de todo se intentase atraer al conde a mejores sentimientos, conjurar el demonio de la lujuria que lo atormenta y ver...

—Yo sí que ver quisiera quién es el guapo que se considera con bastante fuerza para domar a ese león.

—Déjate de temores. Lo que la Iglesia liga, ni el rey puede desatarlo. Yo soy siervo del rey y no tiene poder sobre mi el conde Froya.

—Eso no le importa un pito. Pronto demostrará que todo eso no es para él estorbo alguno.

—¡Oh, Mariame! Permíteme que te llame mi mujer, y juro por la sangre de Cristo que el primero que te eche mano irá a cocer su *aveaco* a los infiernos—dijo Sabarigo y volteó su cayado que silbó en el aire.

—Y tú le seguirás a la cola como el follaje sigue al viento—refunfuñó el vejete.

—No temas, padre de mi vida. Venga lo que viniere, quiero casarme con Sabarigo. No me lo prohíbas más; que esto ya es demasiado. ¿No es verdad, padre mío, que ya consientes?—dijo alhagándole, Mariame.

—¡Vamos ya, viejo mío, cumple la voluntad de nuestra rapazuela y dejemos lo demás en manos de Dios y de su bendita Madre!

—¡Aquí vienen los amigos! ¡Todo sale a pedir de boca!—exclamó alborozado el rabadán.—Ea hombre, resuélvete de una vez, que están aquí—añadió esperanzado por la excitación y cambio que notó en el padre de Mariame.

Logia Independiente de Teósofos



—Menos yo, todos estáis en el ajo. Cúmplase, pues, vuestro deseo, y guárdenos Dios de que se cumplan mis temores.

No bien dichas estas palabras, caían los novios uno en brazos de otro.

Los individuos cuya llegada había anunciado el vigilante y apasionado Sabarigo se adelantaban a paso largo y se hallaban ya a unos sesenta metros de la cabaña.

El novio, entregado a su alegría, ni siquiera dirigió su mirada a los que creía testigos de su boda; pero más atentos el padre, la madre y el sacerdote, se sobresaltaron al ver cuatro en vez de los tres hombres que aguardaban, y más todavía al reparar en su traje y en las cortas espadas que les pendían de los tahalís.

—Válgame Santa Eufemia—exclamó Zendo, poniéndose en pie de un salto.

El presbítero siervo, asustado, tomó la posición de quien quiere huir sin saber por dónde.

—¡Voto a la lazada de la horca que muy a punto hemos llegado! Danse aquí de barato y al aire libre, besos y caricias a montón—dijo con voz gruesa y brutal el que venía a la delantera.

—¡Ranemiro el sayón del conde!—gritó Sahema ¡Estamos perdidos!

—Bastante más que perdido estarías tú, viejo falso y alevoso, si supiese el conde en qué postura hallé a tu hija y que tú lo sufrías y pasabas por ello. ¿Sabes que vengo a llevármela?

—Sosiégate, mi buen Ranemiro, sosiégate; puedes llevarla a buen recaudo—respondió Zendo en tono de humildad.

—Ven pues, armiño mío, ven sin recelo como quien

Logia Independiente de Teósofos



de la condición de sierva, es llamada a ser condesa—dijo el sayón con aire de afectada dulzura, y añadió con irónico respeto:—Mi señora Mariame, vais a ser dueña de todos nosotros y vuestro querer será la ley en Castro-Folgoso.

—Ta, ta, sayón sandio, basta de charla; vuelve más que de prisa a donde has venido, que no la llevarás—dijo Sabarigo muy resuelto y poniéndose delante de la moza, que llena de temblor se llegó a su madre y se refugió con ella dentro de casa.

—¿Eres tú quien nos la ha de *toller?*—preguntó Ranemiro escarneciéndole al tanto que sus compañeros se desternillaban a risotadas.

—Yo mismo, y al propio conde tu amo le daría esta misma respuesta.

—¡Hora, sus! Agarrádme ese baladronazo; llevádmelo también a visitar al conde.

Avanzaron todos; mas el camino no estaba libre; lo interrumpía Zacoi que por un esfuerzo supremo se había revestido de valor bastante para tantear los medios suaves.

—¡Oh, buen sayón! no hagas mal al jovenzuelo, no uses de la fuerza con la mezquina; déjame hablar con ellos. Vete enhorabuena y dile al ilustre conde que de mañana irá Mariame, confiada en que ha de tener piedad para con ella....

—¿Qué haces tú aquí, capigorrista de mala ralea? Vete a sermonear a los tuyos, ya que siendo siervo te dejan figurar de sacerdote.

—Soy siervo por la maldad de los hombres y porqué Dios lo ha permitido, de lo que no me quejo; pero nací tan libre como tú, y libre estaba en Orense recién ordenado de presbítero, cuando los guerreros del

Logia Independiente de Teósofos



Norte, sin la misericordia o justicia que hallé en los infieles, vinieron y me llevaron a la servidumbre con otros desdichados.

—¡Ah! ¡Huf! Hicieron bien. ¡Buena pieza saliste de manos de aquellos canes! ¡Puf! Aún traes su mismo olor. ¡Arrédrate!

Ranemiro le dió en el acto tal empellón que le hizo perder el equilibrio y caer a algunos pasos de allí.

—¡Quién suplirá ahora a Donani y rezará por él la misa del alcorán?—tal fué el comento de uno los de la cuadrilla.

—¿Quién le ayudará a absolver los pecados en nombre de Mahoma?—fué el de otro.

—Es desacato al buen Dios, dejarlo poner las vestiduras—añadió un tercero.

—Tanto él como Donani son ismaelitas enmascarados—asintió el primero.

—Basta ya de charlar de ese pastel de azufre, dejadlo a un lado y arranquemos contra el bravucón—mandó Ranemiro, interrumpiéndolos, y adelantándose.

Sabarigo, cuya cabeza vencía en altura al dintel de la puerta, escudada y defendida con su cuerpo, vió que venía contra él unida la cuadrilla y empezó a jugar con tal violencia y rapidez el cayado, que la detuvo a distancia.

—Perdiste el juicio, Sabarigo. ¿Cómo pretendes tú solo resistir a tantos?

El joven desdeñó responder a Zendo.

—¡Ea, a él! Tajemos en diez mil pedazos a este matón muslime—bramó el sayón lleno de cólera, tirando del terciario.

Los otros tres, imitaron su ejemplo y arremetieron contra el impávido rabadán que, únicamente armado

Logia Independiente de Teósofos



de un palo, aunque sí muy largo, resistente y calzado en hierro, los había rechazado a la primera embestida y recibía ahora la segunda sin flaquear.

No tardaron ellos en conocer que se las habían con un adversario temible, tanto por su maravillosa destreza en esgrimir el arma, que parecía alcanzar simultáneamente a todas partes, como por la fuerza irresistible con que venían acompañados los golpes, dirigidos por pulso vigoroso y flexible a la vez.

Uno de los terciados voló por el aire y cayó el hombre que lo vibraba.

—¡Embotadas tragísteis las armas, brutos desmazalados! —gritó el sayón; —dad de corte en ese palo de punta forjada en el infierno!... ¡Ea! Partídmelo en dos!

—¿Por qué no lo partes tú? ¿No ves cual va y viene, echando chispas como el rayo? —respondió uno, mientras gladiaba con furor.

—¿Cortarías tú el rabo del demonio que te azota la cara en noche obscura? —dijo otro, a la vez que también arreciaba de firme.

Hasta entonces había conseguido el rabadán parar todos los golpes, a costa de su cayado, del que dependía su salvación. Iba tomando incremento la pelea y tan pronto aumentaba como disminuía la distancia que le separaba de sus adversarios. Impelido por una especie de frenesí dió de repente algunas vueltas al palo con tanta energía y velocidad, que Ranemiro y los suyos retrocedieron en desorden y *exturbándolos* (31) fueron a chocar unos con otros. Entonces, al instante y cayado en alto, se arrojó entre ellos el siervo, con la furia del tigre. Descendió el palo que dió con fuerza en el suelo; pero ya maltrecho por el filo de las espadas que habían chocado contra él, se partió en dos, y

Logia Independiente de Teósofos



sólo quedó en manos de Sabarigo un pedazo tan diminuto, que nada le servía como defensa.

—¡Nuestro es al fin, y sin rescate! —rugió el sayón, abalanzándose sobre él.

El siervo del fisco no pensó en resistir. Su desgracia, aunque debiera preverla, era tan inesperada, y las consecuencias que envolvía se le presentaron tan de realce y con tan vivos colores, que se consideró caído en un abismo sin salida.

—Tened mano de él en cuanto me apodero de la moza; no le larguéis, aunque se vaya la vida de vuestros cuerpos.

Se dirigió después a la cabaña y voceó:

—Abrid o echo la puerta abajo —y acompañó a estas palabras fuertes puntapiés.

Cedió la puerta, y bajando la cabeza, pasó Ranemiro al interior de la casuca.

—He ahí lo que ganaste con tus violencias —dijo Zendo a Sabarigo al verlo en el suelo sujetado por los otros tres emisarios del conde, que a su vez decían:

—A nosotros nos dió cansera; pero las cuentas a Froya las dará.

—Sí que dará, y no volverá del Castro sin dejar allí las orejas.

—Tal vez mande que le saquen los ojos.

—No mandará eso, porque es castigo sólo para hombres de condición...

De improviso se interrumpió el coloquio. Los hombres del conde se sintieron amarrados de repente por manos hercúleas y arrojados violentamente al suelo.

Logia Independiente de Teósofos



—¡Sálvate, hombre! —decían unas voces conocidas, a que Sabarigo se apresuró a obedecer.

Zendo y el clérigo vieron desaparecer como por encanto tres bultos en compañía del rabadán.

Levantáronse los del conde y, echando plagas, diéronse a correr tras los fugitivos.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó Zacoi—obra, sin duda, es esta de los testigos que esperábamos.

—Así es. Conocí a Zalama, Alacate y Nezerón—, respondió el viejo Zendo—hago votos a Santa Eufemia para que logre escaparse; pero ¿a dónde irá que no le cojan? Aunque se amonte, quedan acá sabuesos (32) que le darán caza.

En este momento apareció Ranemiro sugetando por el brazo a Marlame, que en vano se resistía. La madre agarrada a las sayas de la hija se esforzaba por retenerla, y llorando vomitaba furiosa cuantos vituperios se le venían a la lengua.

—¿Quieres callarte el pico, tarascona, o quieres que te lo tape con....

—¡Carrasco ensopado en sangre!... corazón lavado en la baba del ahorcado Judas!... ¡Demonio salido del infierno para ser porcionero del negro gabilán de allá arriba!...

—Vieja roñosa, vieja carantamaula y excomulgada, cállate, y repara que hablas de tu amo.

—¡Que el diablo me lleve si de eso me pesare! ¿No fué él quien te mandó arrancarme la última parcela de mis entrañas? ¿no te dió este oficio nuevo a tí, a quien no basta el de ganar sayonicio, lanzar pregones, dar azotes, torturar a los condenados y echarles la cuerda a la garganta, sino que también has de cobrar la paga de alcahuete?

Logia Independiente de Teósofos



—¡Zendo!—bramó el sayón—si no mandas parar la lengua de esta parlanchina endiablada, juro hacérsela cortar! ¡Echa mano de ella, hombre, échala mano!

Mientras el viejo forcejaba por separar a Sahema de su hija y apaciguarla, notó el sayó la desaparición de sus compañeros y el cautivo.

Cuando iba a indagar la causa, aparecieron aquéllos. Venían cabizbajos y jadeantes, pero sin Sabarigo.

—¿Qué se ha hecho del preso? ¿Lo dejásteis huir?... ¡Ay de vosotros!...

—Le acudió gente y no pudimos atraparlo.

—Con la celeridad del rayo nos arrojaron al suelo de golpe y porrazo y se lo llevó el aire en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Obra fué del diablo!...

—¡Malo!... ¿Con majaderías andamos? ¿qué queréis decir con esa paparrucha? ¿De dónde venís así?

Empezaron los hombres a narrar atortolados y confusos lo sucedido; pero sólo con el auxilio de Zendo, pudo aclararse el caso. Entonces, Mariame dijo alborozada:

—¡Oh, Dios se apiada de los débiles! ¡Gracias, Dios mío que al menos él está en salvo!

—Nada más que por esta noche que se la daremos de limosna,—respondió el brutal sayón,—*la manguilla* (32) de Froya Gutherez, llega a todas partes; y en cualquier rama se arma la soga. ¡Buena cazata hemos de tener a la luz del día!... Agarrádme por de pronto a esa ave *nocharniega* (33), que es harina del mismo costal y algo sabrá de todo esto. Al conde pechará las multas (34) si no fuere más.

Logia Independiente de Teósofos



Zacoi, que era a quien el desalmado designaba con el dedo, se dió a prisión sin resistencia ni dificultad alguna, pues con el miedo, estaba aturdido del todo.

Momentos después sólo quedaban en Villar-Zendo el casero-pastor, la mísera Sahema, y algunos criados rústicos, que, pasada la borrasca, salieron de sus escondrijos en donde habían estado observándola.

El lector ya habrá adivinado, por cierto, que los lamentos que oyeron Guesto y Ermesinda al subir el ribazo, habían partido de la joven robada a su novio.

Logia Independiente de Teósofos

# V

# LA ACEÑA DE SUBREGO

Muitos estão desejando
serem os povos juntados:
outros muitos avizados
o estão arreceando.

. . . . . .

Ainda mais profetizando
e declarando:
seus pequenos das manadas,
derrubar-lhe-hão as moradas
bem entradas,
e assim o vai mostrando.
Ja o leão vai bramando,
e desejando
correr o porco selvajem,
e tomar-lo-ha na passagem;
assim o vai declarando.

**Bandarra**
(Trovas).

Ya se sabe que los testigos que esperaban en Villar-Zendo, fueron los que libértaron a Sabarigo. En vez de servir para aquel fin, vinieron para atestiguar la derrota del novio, llegando precisamente cuando sucumbía al ataque de los emisarios del conde. Al apercibirse del estado de las cosas se detuvieron a cierta distancia ocultos tras de unos árboles, y al ver desaparecer a Ranemiro y descuidados a los tres que custodiaban al prisionero, decidieron dar el golpe de mano para salvar a éste.

Logia Independiente de Teósofos



Así fué como explicaron el caso al rabadán, a la vez que huían cuesta abajo emboscándose en la fraga. Ya allí, se pararon al ver que ya no se les perseguía. Estaban cerca de la margen del río, un poco arriba del vado que Guesto había de pasar algo más tarde.

—Amigos míos: separémonos aquí. Os debo un gran servicio, que muy de corazón os agradezco, y no me perdonaría que por tan beneficiosa acción os viniese a vosotros algún daño. Apresuraos, pues, a volveros a casa; allá está vuestro camino,—y apuntaba al vado del Lor.—A Villamor no voy todavía.

—Bien hacés; ¡vive Dios! que si fueses serías un pez en nasa o buitrón; porque allí, sin importarles sea o no sea terreno del rey, será donde primero han de ir a buscarte—advirtió uno de los cosiervos.

—Yo sé de un lugar—sugirió otro—donde, mientras esto no se arregla, puedes estar seguro. Está más allá del río.

—No os curéis de mi persona—les contestó el rabadán—que ya sé donde he de ir. Está también a la otra bauda, aunque no a vuestro lado. ¡Adiós, amigos!

Partió río arriba sin detenerse. La agitación de su pecho, dominado por sentimientos borrascosos, semejábase al buque arfando en medio de la tempestad. Iba acometido de un odio, de una sed de venganza tal, que sólo obedecía ahora a una especie de instinto, o mejor impulso de cierto recuerdo vago, aunque a la par súbitamente luminoso: el de una de esas ideas, que, en circunstancias dadas y anormales, se desprenden en una exhalación desde alguna recóndita cavidad de la memoria, cerrada mucho ha por la mano siniestra del desprecio. Pronto veremos el fundamento de ese impulso y a donde le conducía.

Logia Independiente de Teósofos



Testigo del rapto de su propia novia, que en vano tan generosa y heroicamente había sido defendida por él, y que le fué arrebatada en el momento mismo en que su alma rebosaba de alegría, recibió con aquel suceso la mayor afrenta que el hombre puede imponerse, y que es de aquellas a que sólo la impotencia se somete a dejar impunes. Era siervo y por tanto un ser obligado por la ley y las costumbres a sufrir en silencio los dolores, los trabajos, el desprecio y las afrentas. El brío y la honra eran cualidades y sentimientos que no se les concedía, y que por ser de aquellos que con el ejemplo principalmente se alimentan, les eran en efecto, extraños y desconocidos. No obstante, herido en el amor, cuya ráfaga penetra donde quiera y cuya llama acrisola y transforma los afectos..., brotaron en aquel humilde ser las nativas energías de su alma, hasta entonces latentes bajo el peso de la servidumbre. Ya no era el siervo sufrido y humilde de los pasados días, era el hambriento león en busca de su presa, el toro aguijoneado por mil farpas.

Cerrada estaba la noche cuando vadeó el riacho de la Ribanceira cerca de su desembocadura. Después de subir la ladera fué costeando el Bustillo a través del bosque por un camino sinuoso, que seguía cincuenta o cien metros por cima del río, según los accidentes del terreno. Pasado este punto se torna el valle muy estrecho entre dos pendientes, tan escarpadas y abruptas que se deslizan por ellas las ondas del Lor como entre paredones.

A poco más de una hora de haberse separado de sus compañeros, llegó el siervo a un puente que daba paso a la margen derecha donde el río forma playa y comienza a ensancharse más el valle.

Logia Independiente de Teósofos



Del otro lado, a cinco o seis minutos de distancia, se mete la cuesta tierras adentro, abriéndose en un basto semicírculo. A la izquierda formaba el camino una figura de cotovelo, y fué por él Sabarigo, subiendo la ladera a lo largo de un torrente, que ora se despeñaba, ora corría entre los peñascos, asombrado por árboles seculares que crecían en su lecho y en sus bordes.

El camino dominaba una altura, torcía a la derecha, atravesando un higueral, y después, en línea recta un soto de robles y castaños. A un cuarto de hora del higueral, se percibían por la ladera arriba algunas cabañas, tejares y corrales. En otro cuarto de hora llegó el rabadán, siguiendo adelante por bajo de un basto ramaje de gigantescos castaños y al son de una cascada a que iba aproximándose, a unos treinta pasos de una aceña o molino movido por agua como lo estaban todos los de aquel entonces, pues los de viento se desconocían antes del siglo XII. Dominaba a la aceña un gran peñasco del monte erguido casi a plomo, por donde descendía, a saltos un arroyo que después de caer sobre la meda, cortaba a través del camino para continuar su curso por la ladera del Lor.

El siervo del fisco vió de repente un bulto negro que en ominoso silencio venía rastreando hacia él. Retrocedió sobresaltado el rabadán; pero, repuesto pronto del susto, gritó:

—¡Hola, Alpe! ¿No me conoces?

Inmediatamente mudó el bulto de postura. Era un mastín de descomunal tamaño. Dando unos ladridos que se prolongaron en el misterio de la noche con efecto diatónico y musical, se tiró a Sabarigo, no con la violencia de la saña y sí con la de la alegría, la-

Logia Independiente de Teósofos



miéndole las manos y retozando al redor, hasta que llegaron ambos a la puerta, medio entornada.

El rabadán entró sin llamar a ella. A la dudosa luz que penetraba en el interior, se veía el centro ocupado por la muela, con la tolva y canaleja sobrepuestas. Cerca penumbrábase una forma humana que, al parecer, recién despertaba, incorporándose a medias y reclinada sobre uno de sus codos.

—¡Moharracho, que me despierta! ¿Quién llega aquí?

—Uno que tú podrás conocer, Octavio.

—¡Sabarigo!... ¿A qué vienes?

A tan sencilla pregunta quedó mudo y perplejo el siervo de Villamor; quedó como quien, lanzado con decisión a una empresa, al sentir el momento de realizarla se vé sin las fuerzas que hasta allí le habían animado, y cae en ello, sin poder darse explicación.

—¿Qué me quieres, Sabarigo, a qué vienes a estas horas y desde tan lejos? Me sacaste de un sueño real; estaba yo en Pico-Pasaro con la abadesa, el prior y el conde que me acariñaban y llamaban su mejor amigo; el águila querendona con sus hijos, gorjeaba como el ruiseñor y yo danzaba para divertir a mis amos, que me regalaban a hartar de manjares, que sacaban del regazo. ¿No duermen esta noche en Villamor?

—No vengo de la villa, ni sé a qué vine aquí, que a lo que veo fué locura—respondió despreciativamente el rabadán.

—No siempre falta razón a la locura, y bueno podrá ser que digas a qué has venido a despertar al alocado de Subrego.

—Vine arrastrado por una fuerza oculta... ¿Fué la

Logia Independiente de Teósofos



de un ángel? ¿fué la de un diablo? No lo sé. Cosas oí y ví, Octavio, que no sabría repetir...; cosas que te he escuchado, escenas en que otros días figuraste. No eras, entonces, ya el bobalicón o el sandio, no eras como ahora pareces el más vil de los siervos de San Miguel. Presentábase en tu voz, en tu gesto y en tu semblante un no sé qué, a través de tus sandeces, que ponía de bulto y al descubierto toda la verdad. Fué un rayo despedido de las nubes, rasgando la lobreguez de la noche e iluminando todo el desorden y horror de la furiosa tempestad.

—¡Ah! ¿Veniste aquí sólo para contarme lo que soñaste conmigo? Afanarse es; mas sin provecho.

—No, lo que fué es que en mi desgracia me acogí a tí; mas...

—¿De qué desgracia me hablas?

—¿Tal vez no sepas que amo a la hija de Zendo?

—Sé que la quiere el conde por barragana; por lo que ella, ya se ve, debe estar muy fachendosa, y a fe que tiene razón. Claro es que, por lo mismo, no ha de querer saber nada de tí, y de eso, en verdad, no debes estar quejoso.

—¡Uf! ¡Tonto de mí en haber venido a vérmelas con criatura tan zafia o tan sandia! Aún siendo tú así, te diré que te engañas de medio a medio.

—¿Por qué? ¿acaso la gustas?

—Tanto gusta de mí que estaríamos ya casados, si... Mas... ¡oh rabia!... ¡No importa!... ¡Sin tí, tomaré venganza!

—¡Ja, ja, ja!... ¡Amor!... ¡Furor! Tan ciego es uno como otro. ¿Crees que anda mal Froya? Dios le dió el pico al terzuelo y la paloma es su legítima presa. ¿Qué más quieres? ¿Qué puedes? ¡Vete! Da por perdida la

Logia Independiente de Teósofos



linda Mariame y procura otra que atraiga menos los ojos de quien lo puede todo.

—Que el demonio clave en tí los suyos de fuego y te abrase y consuma esa lengua que lame la mano que le azota, ¡perro de casta vil! Tres veces loco fuí en venir al pie de tal hombre.

Sabarigo dió consigo fuera de la aceña y desapareció.

Se levantó el molinero. De un paso salvó la puerta, y algunos más le bastaron para emparejarse con el furioso mancebo.

—Detente, hombre, no seas tú el loco—le dijo en voz baja asiéndole de un brazo.—El rey de la malicia tiene sus hombres matreros y ladinos; y también los tiene pobres de espíritu. A Dios tampoco le faltan obreros, como te lo dirán mis señores, los píos hermanos de allá arriba,—y apuntaba a la mole negra de un teso que dominaba el río, que coronado de murallas se alzaba en el ángulo formado a la parte Norte, por el camino y la ladera de Subrego.—El rebuzno del onagro rompe el silencio de la noche y (36) mal sabe el pobrecillo que codician sus carnes el magnate y el *presor*. ¿Oiste acaso silbar la sierpe sin que tuviese el veneno a punto de lanzarlo? Por lo pronto dime si tu novia está en casa de su padre.

—¡Me la robaron, hombre! ¿no lo entendiste? Me la robaron en el momento en que nos iban a echar la bendición.

—¡Llegó! ¡llegó!—dijo en tono extraño el molinero y como hablando consigo mismo.—Buen Sabarigo, quiero oirte contar el robo de tu novia.

—Una de dos, Octavio, o tu entendimiento está lleno de remiendos y retazos o lo tienes más profundo

Logia Independiente de Teósofos



que la noche que nos cer ca. ¿Cómo te entenderé? —respondió Sabarigo y se dejó llevar de vuelta por el otro, que le replicó:

—¿Viste helarse en el invierno el fondo del río Lor y sus aguas correr por encima claras, sueltas y mansas?

—¿Y tú viste algún buey gacho con las puntas para arriba? ¿Viste cuajarse la sangre dentro de la herida?—segundó riéndose el siervo del fisco.

—Yo nada más quise decirte sino que cada cosa tiene sus altos y bajos, su principio y su fin. Respóndeme, pues, a esto, Sabarigo. ¿Viste bujeta llena de piedras finas que se abriese por sí sola a quien quisiere poner mano en ellas?

—Y viste tú, Octavio, comida para el hambriento que se cociese por sí misma?

—A decir verdad, sólo hay una, que yo sepa.

—Estimaría saber cuál es.

—La leche que se cuece por sí misma en los pechos de la madre. Mas ya basta; y quédate sabiendo que quien quiera poner la vista en las joyas de la bujeta ha de aprender primero a levantar la tapa o ganar la confianza del que tenga la llave. Ahora siéntate y cuéntame el caso.

Se sentaron sobre la muela.

—¡Alpe!—gritó el molinero llamando al mastín, al que hizo una seña que pareció entender el animal y se salió luego.

—Mi mastín, que vénce al galgo en la carrera y es tan ligero ventor como el sabueso, lo mismo embiste mudo, que se para cual perdiguero y da ladridos capaces de romper los montes. No se acercará alma viva a cincuenta pasos al redor sin que ese escucha nos avise. Podemos hablar sin miedo.

Logia Independiente de Teósofos



Era otro el tono del molinero; el hombre parecía transformado.

Sabarigo, que antes nunca le había visto así, empezó a referir punto por punto el rapto de Mariame y dió a su narración aquel colorido, aquella pasión, aquella vida que sólo puede darse por quien se halle dominado de un sentimiento único que absorba todos los demás. El suyo era el de la venganza.

Octavio escuchó en silencio. Concluída la narración, le preguntó:

—¿Por qué no aceptaste la guarida que tus tres amigos te ofrecieron ahora mismo, en vez de venirla a buscar aquí?

—Sospecho que no me entendiste lo que acabo de manifestarte. No he venido ciertamente a buscar en tí defensa, que mejor la tendría algo más lejos, si me acogiese a la iglesia de San Miguel. Ahora ya sin inconveniente, y con franqueza, puedo darte cuenta fiel del verdadero motivo que me trajo a tu lado. Tú que andas, te meneas, y hasta brincas de un modo tan extraño y ridículo, que te ríes y chocarreas cuando otros lloran o se desesperan, tú que hasta tienes tripas para bendecir aquellos que tus aparceros, los de tu clase, maldicen con sobrados motivos; tú, Octavio, me has hecho cavilar en ti más de una vez: ora te contaba entre la sarta de churriburres en que otros te cuentan; ora me parecía que no eras franco y sencillo y sí un ladinazo de marca mayor que algo secreto tenías escondido. Estas sospechas no eran hasta hoy más que nubes que de prisa se disipababan, y entonces yo me reía de mí mismo. En la iglesia oirías contar a los predicadores la historia de aquel rey de los Libros San-

Logia Independiente de Teósofos



tos, y de las señales que durante el festín aparecieron en la pared, y de como un justo varón, vino a poner aquello a las claras. Pues bien, esta noche, al verme perdido y perdida a la que amo, fué para mí como si el cielo se hubiera abierto de repente mostrándome claro lo que antes apenas percibía. Mi caída fué habla de profeta. Sí; en aquel momento se me vinieron a la memoria sucesos de días ya pasados. Te veían estos mis ojos tan cuerdo y acertado como te ven ahora; te oía palabras tan impetuosas como el viento del aquilón, y decir con el sarcasmo en los labios y con los ojos bañados en sangre: ¡Venganza! ¡Venganza! ¡Siervos, levantaos! ¡Pisotead a vuestros tiranos! Esto fué lo que vi y oí; esto lo que me trajo delirante para gritar: ¡Respondo a tu llamamiento! ¡¡Muerte a los tiranos!! ¡¡Venganza, venganza!! Si esto no fué profecía, y fué superstición de iluso, y tú eres el sandio que temen unos y escarnecen y menosprecian otros, acaso me haya expuesto a que me traiciones y delates; pero nada me importa ya, y sólo temo una cosa: perder mi venganza.

En aquella morada humilde y en medio de la semi oscuridad que entonces reinaban en ella, se veía centellear los ojos del molinero, que después de unos instantes de silencio, dijo:

De tí puede fiarse cualquiera. Fuiste elegido para aquilatar las piedras que encierra la bujeta y eres el que ha de aumentar su precio. Cuando velaba anoche, me fué anunciado el rapto de la novia; pero no sabía quien era; ahora todo está claro. Tendrás tu venganza. ¿Qué harías, Sabarigo, por conseguirla?

—¿Qué haría?.. Si me fuese dado trepar a las nu-

Logia Independiente de Teósofos



bes y en la caída estrujar a Froya Gutherez y reducirlo a menos que el grano bajo la galga de tu molino, lo haría a costa de mi vida entera. Denme venganza, dénmela pronta y segura, que de lo demás no cuido.

—¡Eh! ¡eh!—dijo con una sonrisita el molinero y como hablando consigo:—el amor es fuego voraz que ya calcinó mucho muro de soberbia torre, forja que ya derritió mucha cota de malla de guerrero altivo. ¿Qué harías, Sabarigo, si no sólo te abonasen el desagravio, sino que, tal vez, sobre esto, te restituyesen la novia tan entera como te la robaron?

—¡Oh, Santos del Paraíso! ¿Serías capaz de hacerme tantísimo bien?... ¡Oh! entonces, te adoraría....—y el apasionado mancebo estrechó en sus brazos al siervo de San Miguel.

—¿Me obedecerás en todo y para ello despreciarás amenazas, hierro, fuego, muerte?—sugirió más que preguntó este último, con gesto imperioso.

—Seré tu esclavo; pero esclavo fiel, esclavo amigo, esclavo juramentado, esclavo ciego para el bien y para el mal. ¿Quieres más? Si no te basta esto, dí... Pero... ¡adiós!... Todo es un sueño. Ya es tarde, ya no hay poder que salve a Mariame; ningún hechizo, ni la misma Leodaka, tienen fuerza para tanto. A estas horas, ya... ¡Oh!... ¡Dí, dime, no obstante, como pensabas salvarla!

—No desesperes, no lo creas aún todo perdido. La pasión del conde por tu novia, pide, a mi entender, algo más que la posesión brutal del cuerpo; que no es de ayer ni de hoy cuando ella le cayó en gracia, y esto será lo que moverá a Froya a supeditar, por en cuanto, los apetitos de la carne a los del corazón, que ahora

Logia Independiente de Teósofos



aún le inclinarán a usar de la blandura más que de la violencia y a presentarse a la cautiva, no como fiera cruel, sino como tórtolo arrullador y mimoso. Haya, pues, maña para que siga siendo así durante dos o tres días, y casi te prometo que has de tener a tu amada, como deseas tenerla.

—No me fío. ¿Cómo podemos dudar que porfíe tenaz, ahora que la tiene en su poder, viéndola día y noche entregada a su capricho; cuando no vaciló en usar de la fuerza para llevarse a la cuitada?

—Oyeme, Sabarigo. Voy a guiarte a lugar seguro, de refugio (37), donde estarás cerca de Mariame y a la vez cien leguas de tus perseguidores: al efecto, para que los canes no den con tu pista, marcharemos un buen pedazo de camino por la madre del río. Primeramente tornarás conmigo a Villar-Zendo, aunque allí me ocultaré, porque no quiero que me vean, y dirás a Sahema que vaya sin demora al Castro, alegando al conde que va a convencer a su hija que se le rinda...

—¿Qué dices? Juro...

—¡Sosiégate y escucha! No perdamos tiempo; que en estas pocas horas, mal cabe lo que traigo entre manos. Froya al ver tan buena auxiliar le dará fácil entrada. Entonces, a fin de ganar tiempo, fingirá y pedirá holgura al conde para poner el corazón de su hija en los términos que él desea, y aprovechará la conyuntura para decir a Mariame que hay quien apareja los medios de sacarla de la prisión. Ahí tienes el ardid que imaginé y bien ves que con él no aumenta el peligro.

—¿Estás seguro de poderla socorrer en esos días que dices?

Logia Independiente de Teósofos



—Si yo fuese como este molino y su solar, te respondería con más certeza.

—No caigo.

—Bien sabes que ni uno ni otro piden y reconocen servidumbre; de servidumbre no vienen las aguas a este molino, que las tiene cerca, buenas y propias, y este solar no conoce las *sesicas*... (38).

—Entiendo: necesitabas tener en tí mismo las fuerzas para la empresa, sea ella la que fuera, y además tener señorío de la tierra en que haya de ponerse por obra.

—Acertaste. Por eso sólo puedo decir que si se logra la uva, ha de incubarse el vino. Se trata de otra cosa mayor y no sólo del rescate de tu novia, y como se maneje bien aquel negocio, el tuyo tomará buena cara. Ahora conoces ya mejor al loco de Subrego.

—¡Oh, por qué no lo conocí antes! ¡por qué no lo adiviné!

—Poco me importaba ser adivinado de muchos; mucho, sí, de pocos y prestantes para encaminar la empresa en las tinieblas del silencio; y los quería no esparcidos como la luz que todo el mundo ve donde nace, sino como la simiente arrojada a la tierra: así de cada grano nacerán muchos más, sin conocer la mano que sembró la semilla. Tú entraste, Saberigo, en la cuenta de los recordados. Llegó el tiempo de poner manos a la obra; ésta debe ser rápida como la caída del águila que desciende del aire, cerradas las alas para aferrar la descuidada presa. Está todo aparejado; es la yesca en espera de la chispa; entre el hierro

Logia Independiente de Teósofos



y la piedra ha saltado más de una que yo pude y no quise aprovechar por buenas razones. Ayer con todo tuve un aviso; acepto ésta que nos traes.

—Al oírte, Octavio, siento correr por mis venas sangre de gigante. Puedes bien y sin vacilar levantar la tapa de la arquilla en que tienes cerrado tu secreto.

—No es este el lugar ni esta la hora. Pronto sabrás lo que todavía es un misterio para otros más adelantados que tú. ¡En marcha! Hay mucho terreno que vencer antes de la madrugada. ¡A caminar, pues!

El loco de Subrego salió de la aceña acompañado de Sabarigo. También Alpe acudió a la voz de su amo y les siguió en su excursión nocturna.

Logia Independiente de Teósofos

# VI

## EL CONDE FROYA GUTHERREZ

¿Qué queréis a esta chorosa?

. . . . . .

Por qué me queréis vos ver
diante vosso poder,

. . . . . .

que com pequenas quadrilhas
vencéis quen queréis vencer.

Gil Vicente

(Exhortaçao da guerra).

Vamos a encontrar a Mariame en un cuarto de la torre cuadrada o de la Atalaya. Vestía un traje que la trasformaba hasta el punto de dejarla corregida en gran parte de la rusticidad contraída en el hogar paterno, haciendo sobresalir su natural gentileza como si ésta reivindicase los fueros de que la había privado la educación. Era un vestido semejante al de la hija del conde cuando la presentamos, sàlvo que las presillas corrían también atravesadas por el frente desde el pescuezo a los pies y otras dividían las mangas en cuchilladas desde el hombro al puño.

La joven estaba de rodillas; oraba. Las súplicas que dirigía a Dios iban acompañadas de sollozos; la expresión y gesto de su faz y la postura de su cuerpo, denotaban el miedo del que está sobre aviso.

La cámara, iluminada por una lámpara suspendida del techo, era de reducidas dimensiones, y sus paredes,

Logia Independiente de Teósofos



de albañilería, estaban cubiertas en parte por tejidos de lana y seda. Una alcatifa ocultaba el enlosado del suelo, dejando al redor un estrecho borde al descubierto. Había en una mesa un pichel y diversos objetos de plata. El resto del mobiliario se reducía a unas cuantas sillas y un lecho aparejado con cuanto pudiera exigirse en una cama moderna; cierto que aún no se había inventado el jergón de muelles, pero allí estaba el *almadraque* (39) con dos *cocedras* (40) sobrepuestas, bien blandas sin duda, pues la lana era antes tan buena como la de ahora; para roposar la cabeza había un cabezal largo y sobre él dos plumazos. Una rica *almocela* (41) de lana de variados matices cubría la cama, y doblada sobre el extremo por la parte de la cabecera aparecía la larga orla de la sábana de lino finísimo.

El chirrido de la hoja de la puerta vino á interrumpir la plegaria de la hija de Sahema y aumentar sus terrores. Resonaron los quicios y apareció en el umbral el bulto de un hombre.

Tocaba la edad en que la experiencia acostumbra calmar las ilusiones contrayendo la expansión de los sentimientos, al paso que el egoismo comienza su proceso de concentración.

Traía un vestido de lana blanca, sin mangas, ajustado en el pescuezo, más holgado después y abierto a los lados desde el sobaco a la cintura y ceñido por una faja, cuyos extremos franjados caían al lado derecho, seguía una especie de saya del mismo género de aquél, que le llegaba abajo de las rodillas. Cubrían sus brazos unas mangas prietas de lana de color bermejo que formaban parte de la camisa o camisola; vestía medias largas o calzas justas del mismo color, y

Logia Independiente de Teósofos



calzaba borceguies azules con alamares. Cubría su cabeza una gorra redonda; el cabello le caía largo y abundante sobre los hombros.

De estatura elevada y miembros más bien formados y vigorosos que elegantes, ostentaba en su rostro una regularidad de facciones que parecía alterada en sus líneas por los efectos de la vida agreste. Su mirada era dura, la expresión de su boca, imperiosa, y su porte altivo: su aspecto en conjunto tenía menor cantidad de áulico que de aspereza rayana en la incultura.

Al fijar su vista en la humilde actitud de la joven, convirtió la expresión ríspida y severa que le era habitual en una sonrisa afectuosa que dió a su semblante un cierto aire de benevolencia. La sierva, sobrecogida de susto, dijo con trémula voz:

—¡Apiádate de mí, noble conde!

—Por Dios, Mariame, no te aflijas àsí. ¿Acaso ves en mí al jabalí ganchoso que con sus colmillos viene a acuchillarte; o al oso velludo que intente sofocarte entre sus brazos?..... ¡Hermosa y espléndida estás con esas tus nuevas galas! ¿Te gustan?

—¡Duélete de la mezquina!

—¡Levántate, rosa mía! Ya sabes que no es la ira y sí el amor quien me trae a tu lado. En tus manos tienes el poder de sacar mi alma del luto en que ha caído y el de ser la más feliz *dueña* (42) de cuantas hay en Galicia.

—Eso ya me lo has dicho otras veces—respondió la doncella, que se puso en pie obligada por el conde—; considera que ciertamente tendrías más ventura con quien en sangre fuese igual a tí, que conmigo, pobre sierva, habituada tan solo a respe-

Logia Independiente de Teósofos



tarte y temerte. ¡Ah poderoso conde, nada puedo contra tu voluntad sino procurar ganártela por la compasión! ¡Ten piedad de mí!

—Mariame, estima bien lo que ha de valerte mi generosidad y lo que pierdes con tu desdén. Sólo por verte alegre y contenta voy a ahorrar a tus padres y darles además de la libertad el "villar„ en que tú naciste, con todas sus pertenencias; y en cuanto a tí, ni mido ni nunca mediré los dones con que piense favorecerte y obsequiarte. ¿Será posible que a pesar de esto me esquives todavía, echándote de desprendida y teniéndome en poco?

El conde se sentó; llegó a sí a la joven, que temblaba transida de miedo, y prosiguió:

—Aunque no te recibo a la faz de la Iglesia, cosa que tú tampoco esperas, me tendrás siempre y buenamente como lo estaría con esos ritos y ceremonias, que para esto son excusados, entregado a tu voluntad.

Señor conde: la sierva no tiene voluntad, no sabe sino obedecer.

—Eso espero de tí, amada mía y más no pido. Vé ahora cuánto te ha de transformar la fortuna: De pobre y rastrera retama pisoteada por todos, te has de convertir en altanera, soberbia y brillante flor; serás ídolo mío, y compañera de Ermesinda, y ¿quién no se pagará de una sonrisa tuya? Ya hoy mismo al cenar serás tú la que haga a los huéspedes los honores de la mesa...

—Señor conde: me moriría de miedo y de vergüenza; sólo soy buena para servir.

—Seré tu maestro; y puesta a mi lado, te harás

Logia Independiente de Teósofos



señora de la primera asentada. Te digo más aún: no saldrá cacería del portal sin que tú salgas montada en tu palafrén, que ya tengo pronto para tí y que es lucio y magro como el azabache, de pelo corto y tan conocedor de las señales que no hay otro en el condado. ¡Ya verás!

—Señor conde: no sé cabalgar.

—Pues querida mía, yo te enseñaré. Llevarás en la mano gavilán de Aroche o de Ubrique (43); será de los de zanca más corta y gruesa, ventanas más abiertas, y alas más anchas y largas y bien extendidas...

—Señor conde: no sé cazar.

—Habiendo buen cetrero (44) nada importa, paloma mía; y yo, además, tomaré de mi cuenta que salgas gentil cazadora, y si recelases las uñas del gavilán, tendrás esmerejón, jerifalte o neblí, de buena ralea y de los más estimados para manos mimosas y delicadas...

—Señor conde: tengo manos ásperas y duras.

—También yo las tengo, angelito mío, y mejor es así, porque no te quejarás de dolor cuando distraído te las apriete con fuerza—dijo riéndose el magnate y se apoderó de la mano de la sierva—; bien ves como, aparte de las bendiciones de la Iglesia, serás en todo y por todo esposa de Froya Gutherez.

—Señor conde: la Iglesia no quiere eso.

—Deja allá la Iglesia, que yo te prometo seguirla las pisadas. ¿Estás ya convencida, alma idolatrada?

—¡Ah señor! El pajarillo que nació en el bosque sólo en él puede cantar, y al encerrarlo en

Logia Independiente de Teósofos



la jaula, por muy rica que ésta sea, pierde la voz y la gracia, se entristece y muere.

—Mas cuando ya se domestica, se la abre la puerta. Veniste aquí, cual obligada avecilla; dame una promesa de amor y serás no prisionera, sino dueña y señora de esta casa.

—¡Noble conde!..... ¡Duélete de la desventurada!—dijo Mariame y volvió a caer de rodillas.

—¿Es decir que no quieres amarme?—replicó Froya frunciendo el ceño.

—No me lo preguntes. Eres señor de todo mi acatamiento y te amo con la humildad y mesura que cumple a una sierva.

—Pero guardas el corazón para otro de casta vil, como tú. Ese carmín que te incendia la faz bastaría a denunciarte, aunque yo no fuese, como soy, dueño de tu secreto. ¿Con que tengo por competidor un siervo innoble, un tal Sabarigo? ¿Con que tú, ¡voto a las tripas de Satanás!, le das la preferencia?

La cuitada se estremecía como la hoja agitada por el viento.

—No puedes ser su mujer sin mi consentimiento y nunca lo daré. Con más facilidad, y más a mi placer, te traspasaría a Judas el traidor..... Amén de que aquel perro se atrevió a regañar los dientes..... a morder a los míos..... Ten por seguro que ha de arrepentirse; ha de servir de escarmiento a los de su laya, que bien lo precisan, pues revoltosos andan de tiempo acá.

—¡Caiga sobre mí el castigo, que fuí la causa del hecho, y perdona, señor, perdona a Sabarigo su locura!—exclamó aterrada Mariame.

Logia Independiente de Teósofos



—¡La locura le ha de salir cara!

—¡Ay, señor conde! perdónale de esta vez, y yo te prometo que tendrás en él un siervo sumiso y un buen ejemplo a los demás.

—¿Y me prometes también que él por su parte te enseñará a tí la sumisión que deseo?—sugirió el conde pasándole la cólera de repente, y sonriéndo a Mariame. — Dime, ¿serás tú entonces la única rebelde a mis anhelos?..... ¡Estás tan linda así, en esa postura, con ese tu aire!... Dame, dame seguridad en cuanto a tí, y pídeme cuanto quieras en obsequio a Sabarigo.... ¡Ah! ¿resistes siempre?... ¿Sí?, pues dalo por perdido.

—¡Tirano; abusa, pues de tu poder!—clamó la sierva, puesta ya de pie, sonrojado el rostro, y librándose del abrazo con que iba a sugetarla el conde. Impulsada por la desesperación que la animó en una momentánea energía, pudo decir a Froya:—amo, sí, amo a Sabarigo, y siempre le amaré. Perdón que se vende, no lo quiere él, y yo no quiero comprártelo, porque no quiero su odio, ni perder su amor.

—¡Atrevida eres, en verdad! ¡Mal haces en ello! No provoques a quien puede disponer de tí ¿Presumes que ya no me perteneces?

—Eres mi señor y te respeto como tal. Pertenezco a la tierra en que nací y esa tierra es tuya; pero en mi cuerpo no tienes señorío.

—¿Quién habrá por ahí capaz de impedirme probarte lo contrario?—preguntó en son de mofa Froya Gutherez.

Logia Independiente de Teósofos



—Dios todo poderoso, Señor de todos nosotros—respondió, ya desconfiada y nada sobre sí Mariame, erguida la diestra mano y conminando al conde.

—Por los huesos de San Martín te aseguro que tal defensor que elegiste, si viniera en tu auxilio, ningún hombre podría medirse con él... Mas, por de pronto, vamos al caso y sábete antes que ese tono de reyerta y polémica no es propio de tu condición y no lo tolero. Me digné hasta ahora usar del alhago y cariño para cogerte cuidadoso como a mimosa flor, por no desperdiciar su aroma, que desaparece al tacto de mano cruel, como también desaparece su matiz y su grácia; quería tu sonrisa y no tu maldición ni aún encubierta bajo prolongados gemidos... Si no puedes amarme, perla mía,—y el conde llevado de la pasión la tomó por la cintura—desarruga al menos esa frente, aviva esa gentilísima faz, esos lindos ojos, enlázame el cuello en un dulce abrazo, y tócame con esos deliciosos labios... No te contraigas así, Mariame... No escondas la cara... Quiero besarte y te besaré...—y pretendió sentarla en su rodilla.

—¡Oh! ¡Esto es infame, Froya Gutherez!... ¡Aquí del conde!.... ¿Quién me acude?... ¡Socorredme!.... ¡Socorredme! — gritó la sierva al paso que acompañaba a la voz desesperados esfuerzos para librarse de los brazos del magnate, que se hacía brutal.

—¿Por quién llamas así, con angustioso cla-

Logia Independiente de Teósofos



mor, si tienes aquí al propio conde de la tierra-¿quién osará robarte al amor de Froya Guthe rez?—dijo y se levantó con ella en sus brazos robustos y dió unos pasos por la habitación con tal holgura, cual si no sintiese el menor peso.

—¡Santísima Virgen, valedme!

A este grito supremo, respondió un aldabonazo a la puerta.

—¡Tripas de Satanás! ¿quién se atreve?—y la voz de Froya fué bramido que rasgaba el techo.

—¡Oh, señor conde, no os plazca enfureceros conmigo!—dijo alguien desde fuera.

—¡Ranemiro! ¡Oh villano, pasto serás del infierno!...

—¡Señor!: obligado vengo por el caballero Ekaredo Gondemires, que trae de Pravia aviso de alta importancia...

—¡Ekaredo Gondemires!... ¿Llegado de Pravia?—y el conde, diciendo esto entre sí, soltó su presa, que corrió a refugiarse en un rincón del cuarto.—¿Qué nuevas serán éstas, de qué tamaño su peso, que tan sin descanso y demora pretende aliviarse de ellas?

Cuando Froya abrió la puerta, iba ya calmado en su furor; pero el sayón, receloso, vaciló un momento antes de entrar, si bien cobró ánimos al notar que su amo sin hacerle caso alguno dirigía la palabra a Mariame y la decía con cierta benignidad:

—Reflexiona bien, hija mía, en lo que me oíste; tranquilízate y por esta noche duerme en

Logia Independiente de Teósofos



paz, que yo te prometo que nadie vendrá a incomodarte.

Se retiró el conde, seguido de su satélite.

. . . . . .

A hora muy avanzada de la noche despertó sobresaltada Mariame. Al ver que la puerta se abría dió un grito de terror; pero el susto se convirtió en alborozo al encontrarse en brazos de su madre.

Logia Independiente de Teósofos

## VII

# EL DILEMA

Porque os matrimonios devem a sser livres e os que ssom per prema no ham boa cima.

Rei D. Affonso II

(Estabelecimentos).

Entre tanto estaba Ermesinda en sus aposentos.

Se reclinaba, según moda de los árabes, que ya empezaba a prevalecer en el reino del Norte, en unas grandes almohadas puestas en el suelo arrimadas a la pared que corría frente a una ventana. A lo largo del blando y cómodo asiento se extendía una rica alfombra, producto de la industria cordobesa, sobre la que estaba en cuclillas una mujer joven que nada debía a la belleza y que por su traje y postura daba a conocer la esfera inferior a que pertenecía. Era, en efecto, collaza de Ermesinda a la que siempre había acompañado y de cuya confianza gozaba.

No había luz encendida: penetraba por la ventana abierta un reflejo de luna, suave y melancólico que, difundiéndose por la sala, permitía distinguir fácilmente los objetos y vagamente las facciones de las personas.

El aspecto de la doncella revelaba tristeza del alma y agitación de espíritu.

—Por más que me digas, Astrildi, no puedo li-

Logia Independiente de Teósofos



brarme de estas preocupaciones. Son presentimientos de alguna grán desgracia y desengaño para mi corazón.

—¡Ah, señora mía, de cuántas fantasías te dejas llevar! Cuando entraste, todo tu cuidado era saber si el conde estaría informado de tu entrevista con el caballero; ahora estás llena de recelos por la suerte dsl hijo de Ansur, y eso no es vivir. Deja, señora, esos temores y confía en que llegará sano y salvo a su destino. ¿Qué imaginas le suceda?

—No lo sé, hija; pero lo cierto es que ahora mismo sentí un estremecimiento, una conmoción tan fuerte, que... ¡Santo Dios!... la voz de Guesto... tan débil, tan débil... ¡Parece la del que espira!

—¡Sosiégate! Todo eso es imaginación, no hagas caso.

—¡Qué veo!—exclamó Ermesinda, mirando al pavimento fijamente.

—No te dejes llevar así de espectros fantásticos.

—¿No ves?—preguntó llena de pavor, apuntando con el dedo al piso.

—¿Qué he de ver, si aquí no hay nada?

—¡Sangre!

—¿Sangre? Engaño, querida señora, engaño. Son los chapines de este maldito agareno pintados en la alfombra, y la albura de albornoz te los pone más a la vista—dijo la collaza que se había aproximado a gatas al indicado lugar.

—¡Fué sangre! La ví con estos propios ojos encharcándose y extendiéndose como cuando cae a tierra al gotear por abierta herida; mas la tierra la bebió ya.. ¡Oh, Guesto, bien mío! ¿Estás en riesgo de la vida o herido acaso?... ¿Estarás tal vez ya?... ¡Oh!—y la

Logia Independiente de Teósofos



hija del conde, que se había medio levantado, volvió a caer en los cojines presa de sollozos.

Hizo Astrildi cuanto pudo por sosegar a su ama, y a ello contribuyó no poco el lloro en que se hubo resuelto la crisis. Aún tardó algún tiempo Ermesinda en recuperar tal cual tranquilidad.

Notando la collaza que la aflicción de su señora no había desaparecido por completo, recordó para distraerla una jácara alegre llena de enloquecedora animación y empezó a entonarla; pero Ermesinda la hizo señal de desagrado.

—Cállate, Astrildi; esa tonada forma desconcierto con el estado de mi espíritu. Las lágrimas tienen poder para interrumpir la risa; la alegría no tiene virtud para enjugarlas ni para curar el alma transida de dolor. Cántame, ya que a ello estás dispuesta, la canción a la muerte de Goda la cuitada.

—¡Jesús, María! Eso es poner la calavera en manos del moribundo. Renuncia, por Dios, a oir ahora aquel solo tan triste de Guesto Ansures.

—¡Lo quiero y te lo mando! —Empieza ya.

Obedeció la collaza. Era el caso: Dos caballeros cortejaban a la misma doncella, que para salvar la vida del de quien era prometida esposa, se casó con el otro. Aprovechando una ocasión, propuso el primero a la joven que huyese con él y como no lo consiguió, la mató. La canción terminaba con la llegada años después de un romero, que se postra de hinojos ante la sepultura de la víctima; y con las siguientes palabras:

"Perdóname santa mártir!
E intercede a Dios por mí!.
"Perdonarte, vil verdugo?
Nol... Sigue así hasta tu fin.„

Logia Independiente de Teósofos



—¡Cuitados ambos, ay de mí!... Si por mal de mis pecados—continó Ermesinda—me casase con otro hombre a la fuerza, lo que ciertamente no ha de ser, ¿se mostraría Guesto conmigo tán exigente, tan cruel, tan duro?

—¡Ah, señora! si él nos cuenta historia tan terrible no es para que le juzguemos de tan mal corazón.

—Tal creo, y en cuanto a mí, segura estoy de que si viniese de tal guisa a mi sepulcro a implorar mi perdón no habría de negárselo.

—Pues yo, señora, a fe, a fe de que le diría como Goda la asesinada: ¡Vete, anda de ahí, ruín verdugo! ¡de mí no tendrás perdón, jamás por jamás! ¡Anatema *marhanata!* ¡Anda, vete de ahí a pagar tu pena en compañía de Judas el traidor! ¡Tráguete la tierra como a Dathan y Abirón, maldito excomulgado!

No replicaba Ermesinda, que parecía no oir las terribles eventuales imprecaciones de su hermana de leche. Serená ya bajo la benigna influencia e impresión del canto, se había operado en ella cierta reacción de abstracción y retraimiento, cierta segregación del alma, hijos no tanto del ningún deseo, sino de la dificultad que a veces se experimenta en comunicar a otros los pensamientos, lo complejo de las sensaciones e imágenes que en lo íntimo se producen. Son combinaciones extrañas de elementos conocidos, impresiones familiares nunca realizadas en la vida positiva sino a intervalos y con grandes quebrantos. Parecía languidez de ánimo y no lo era en verdad; pues si por ventura hay instantes en las almas elevadas en que desembarazado el espíritu se avivan recuerdos de un mundo mejor, vagos e indefinidos sí, pero radiantes,

Logia Independiente de Teósofos



deleitoisos y henchidos de melodía....; seguramente estaba Ermesinda en uno de esos momentos.

De repente se oyeron pasos desde fuera.

La hija del conde despertó de su momentáneo abstraimiento.

Alguien paró, pareció vacilar y por fin llàmó a la puerta.

—¡Santos del Paraiso! ¡El conde! —exclamó aterrada la doncella.

Fué a abrir Astrildi, y un hombre se detuvo inmóvil en el umbral.

—¡Misericordia! ¡El es! —murmuró a media voz la collàza al volverse corriendo hacia su señora.

—¡Mi padre! Bien me lo decía mi asustado corazón.

—Ya no hay duda, fué él quien os estuvo escuchando vuestra conversación —continuó Astrildi muy quedito.

—¿Quién? ¿mi padre?

—¿Dije yo tal cosa? —Ahí tienes a Ekaredo Gondemires.

—¡Ekaredo Gondemires! —repitió asombrada la doncella.

No se impresionó sin motivo. Cuando aquella noche aludía al hijo de Gondemir, asociando su imagen con el accidente que tanto le asustó, estaba lejos de suponer posible lo que instintivamente le había dictado su espíritu. Al ver ahora al hombre que creía tan distante, comprendió luego que tenía ante sí al espía de la cuesta del Bustillo y se persuadió a la vez que él había revelado a su padre lo que ella tanto anhelaba ocultarle.

—¡Ekaredo Gondemires! — volvió a decir Ermesinda.

Logia Independiente de Teósofos



—El mismo, señora, para serviros—respondió el recién venido en tono pulido y llano y acercándose con cortesana reverencia.

Ekaredo representaba poco más o menos la misma edad de Guesto Ansures. Su tez era morena, sus ojos negros, sus cabellos largos y de igual color, su estatura mediana, sus formas bien proporcionadas, aire desembarazado y agradable continente. Por estas cualidades exteriores érale favorable la primera impresión que producía.

—Viene a saludar—continuó el mancebo—a la flor más aromática de estos perfumados valles, a la más brillante perla de toda Galicia, desde el mar y sus riberas hasta las que baña el Sil. No le permitía su corazón que dejase de venir a pedir nuevas suyas antes de pedírselas al conde.

Al oir estas plabras últimas respiró más libremente la doncella y le preguntó:

—¡Ah! ¿No le vísteis aún?

—¿Para quién había de ser mi primer pensamiento sino para vos, en quien siempre lo tengo puesto como señora que sois de él?

—A la verdad, caballero, no os suponía tan cerca de nosotros: os creía en Pravia.

—De allí salí hace unos seis días con órdenes del rey para mi padre y también para el vuestro. A la vez debo preveniros que traigo además otro negocio, en cuanto a mí de grande empeño, que proponer a Froya Gutherez.

—¿A qué prevenirme de eso?

—Porque os atañe.

—Veamos, pues, y explicaos. ¿Es el caso?

—Que autorizado por mi padre, voy a pedir al

Logia Independiente de Teósofos



vuestro la mano de su hija, si para ello, claro es, me dais licencia.

—¿Váis a pedir.... mi mano? ¡Gran novedad, caballero! ¿Es que quizá ignoráis mi firme resolución de no casarme?

—Es que, señora, no siempre van las palabras acordes con la voluntad—contestó Ekaredo, sonriéndose con algo de ironía—y si os place, deciros hé quién ha logrado rendir vuestra firmeza.

—Hablemos ya sin rebozo, que podéis excusar por vuestra parte, pues, si, por lo que se ve, no tuvísteis empacho para ser escucha, menos debéis tenerlo para confesarlo.

—Ningún empacho me impedirá una confesión que no debe abochornarme, habiendo sido el hecho como ahora vais a oir: Venía subiendo a Folgoso conducido por mis pensamientos que más ligeros que mi cuerpo estaban ya a vuestros pies, cuando al dirigir mi vista al otro lado de la ladera divisé una especie de hada llena de esbeltez que cuál ligera corza desapareció en un credo por la espesura del bosque. Estos ojos con presteza más que conoceros os adivinaron, y descabalgar yo del ginete e irme en vuestro seguimiento, fué todo uno. Me interné en aquellas fragosidades y me detuve un rato a llamar al dulce nombre que la voz pueblo, que os bendice, repite y hace resonar tan a menudo desde aquellos valles hasta sus altas montañas, cuando en el mismo momento llegó a mis oídos un susurro que me llevó a la parte de donde provenía. Entonces vi a la que me era más cara que estos ojos que la miran, sentada junto a un hombre. Yo presté atención; y de esto no debéis extrañaros, y sí maravillaros de cómo supe contener-

Logia Independiente de Teósofos



me al escuchar la plática que mantuvísteis con Guesto Ansures.

Cada miembro del discurso proferido con énfasis y pausa intencional, sosiego del gesto, suavidad intencionada de la voz y sarcástica sonrisa de los labios, causaba por grados mayor enojo y molestia en Ermesinda y aumentaba a la par su turbación.

Siguióse un intervalo de silencio. La joven se decidió a interrumpirlo preguntando con timidez:

—¿Queréis decirme qué uso pensais hacer de lo que descubrísteis?

—A vos incumbe resolver si me he de callar como tan sólo se callan los muertos, o si debe ser el conde partícipe conmigo de esta novedad. Del hijo de Ansur nunca puede ser esposa la hija de Froya Gutherez, tamaña es la desavenencia de ambos padres que más fácil sería a las aguas del Valcarce el unirse con las del Navia, que unirse el uno y el otro magnate. No ignorais en cambio cuanto, con nuestro enlace, se pagaría el noble Froya.

La doncella exclamó con súbita energía:

—¡Nunca, nunca consentiré en ser vuestra, hijo de Gondemir!

—No irritéis con ese desdén a quién por vuestro amor es, para conseguiros, capaz de todo..... Por tí daría la vida;.....—y Ekaredo en un arrebato de pasión, se arrojó a los pies de la joven—por tí... sí, por tí... por una sola hora en tu compañía... ¡me vendería a la condenación eterna...!

—Amén de enloquecer, no blasfemés, Ekaredo.

—Ten compasión de tu esclavo; dame una sola palabra de esperanza.

—Erguíos, caballero, y no me pidais lo que no

Logia Independiente de Teósofos



puedo ni os quiero dar. Renuncio ya a mi esperanza; debéis vos renunciar a la vuestra.

—¡Antes renunciar la vida!.. ¡Oh, Ermesinda, acepta mi obsequio y llegaré, como sea tu esposo, hasta matarme por complacerte y hacerte feliz!

—¡No! Jamás os aceptaré aunque os creais poderoso para rodearme de las delicias que dicen brotan de los mismos ladrillos en el alcázar de Córdoba—respondió sin tomar aliento y repeliéndole con nervioso ademán.

Ekaredo se levantó impetuosamente Estaba frenético.

—¡Mirad por vos,—rugió—y sino por aquel que se interpuso entre mí y la mujer que idolatro! ¡Temblad por él!

—No penséis amoldar mi voluntad con fieras amenazas, ya que no pudísteis con alhagüeñas promesas. El peñasco que a vera mar no siente las caricias de la brisa blanda, tranquila y suave del estío, más fácilmente se rie del desesperado batir de embravecidas olas que rugen de furor en día de tempestad invernal. Si revelais a mi padre lo que sabeis, yo como pudiere sustentaré el peso de su cólera. En cuanto al hijo de Ansur ¿qué debo temer? Lo que por celosa envidia digais contra él será voz en el desierto. ¿Qué mal le podéis hacer? Fíase él de su esforzado brazo; no de pie fino que pisa silencioso ni de ojos que miran a distancia y a lo oculto.

—Estáme pareciendo—replicó Ekaredo, ya más señor de sí, aunque sintiéndose herido por el sarcasmo—que si Froya Gutherez sospechase siquiera que el hombre a quien amais se llama Guesto Ansures y que ese vuestro ídolo camina a Sámanos para verse

Logia Independiente de Teósofos



con amigos y parciales de Alfonso con evidente fin de armar alevosía al rey y atentar quizá contra su vida;... quiéreme parecer, repito, que el noble Froya así por ser vuestro padre como por su cargo y movido de la lealtad, sabría ordenar las cosas de modo tal que quedasen cogidos de pies y manos esos traidores.

—La alevosía es invención vuestra, es obra maliciosa fraguada en vuestra imaginación. En actos feos y torpes nunca tomará parte el hijo de Ansur, y, aún digo más, ni el mismo Alfonso, pues es incapaz de hacer nada reprobable, y, por lo tanto, de romper el juramento con que se ligó en Pravia.

Así habló Ermesinda; pero a la par surgían en su interior nuevos temores por la suerte de Guesto. Preocupada hasta allí con la idea de habérsela descubierto el secreto de su corazón, había perdido de vista que tal descubrimiento envolvía el destino del trovador su amado.

—Enhorabuena—añadió irónicamente Ekáredo—cuando veáis a Guesto en poder de vuestro padre decídle a éste eso mismo, y, a no dudarlo, os atenderá.

—¡Oh, no os creo tan cruel!—exclamó Ermesinda sumamente agitada, retorciéndose los dedos de las manos y dando algunos pasos a uno y otro lado de la habitación.—¡No pondréis por obra, no, vuestra amenaza!

—¡Dios lo impida! Aunque no es menester apelar a tan alta potencia; un concierto entre nosotros basta.

—Proceder así no sería propio de tan noble caballero, cual vos lo sois.

—Por vuestro amor quiero seguir siéndolo. Un acuerdo os lo afianzará.

—Ceded a mis ruegos, y yo en cambio os prometo

Logia Independiente de Teósofos



una amistad tan firme, tan entera, tan constante, que durará cuanto dure la vida que Dios se digne concederme.

—¡Amistad!... ¿Conformarme con que la flor mimosa ha de crecer a mi pie, lúcida y fresca, y yo sin poder cogerla ni absorber su fragancia? Antes no verla nunca. Amor con amor se paga y con nada más

—El amor no se puede partir.

—Entiendo: me recordáis que el vuestro está en otra parte. Eso llega al colmo las penas de mi alma, que siento revuelta allá dentro agitándose entre mil rencores... ¡Aún así y todo busco por vuestro amor el medio de apaciguaros! Os lo diré. He aquí el que por no exigir, sin embargo, un milagro por vuestra parte, me atrevo a proponeros bajo la esperanza de que lo aceptaréis: Vea yo salir de las nubes del desamor y desvío que me mostráis una sola ráfaga de luz y se sosegará para siempre el motín que se me subleva en el pecho. Sed mía, y cuando lo seáis, llegaré por vos hasta convertirme en amigo de quien me pone en riesgo de hacer de mí lo que no quisiera.

—Esa condición es imposible.

—Ya que así lo queréis, me revolveré contra él y...

—¡Ah, no habléis de venganza! Concededme la gracia que imploro y yo jamás pondré la vista en él. Os lo prometo.

—Promesa es de que no me fío, y más aún por ser excusada. No seré yo, Ermesinda, quien os exponga a quebrantarla.

Esta respuesta la dió el mancebo con sorna cruel; y la joven al interpretar las palabras que acababa de oir como una nueva y encubierta amenaza de revelarlo todo, dijo, transida por el temor:

Logia Independiente de Teósofos



—¿No tendréis corazón que se compadezca de las terribles angustias de una desdichada?...—Cayó al suelo, se doblegó ante su pretendiente, y exclamó:—¡Oh, Ekaredo!...

—¡En pie, señora!—respondió interrumpiéndola y obligándola a levantarse—cuando aún ahora mismo estuve en esa postura y también a vuestros pies, me repelísteis con desprecio; y yo, no obstante, quiero darme por vencido. Ya no pediré en este momento vuestro amor, ya que el mío es tan grande, tan tenaz, tan seguro y confiado de sí propio; quiero dar al tuyo el tiempo por auxiliar, a fin de lograr, no lo dudo, atraeros durante él con mis súplicas y llevaros en su trascurso a sentimientos iguales a los míos. A este efecto, me contento con rogaros, que desde luego y por de pronto tan sólo seais mi mujer.

—¡Iluso sois! El vínculo aceptado por apremio, nunca se convierte en lazo de afección.

—Quiero poner a prueba esa vuestra máxima. El riesgo sea mío.

—Eso no puede ser. Aceptad mi amistad sin ningún otro compromiso y la tendréis eterna.

—Acepto, sí, vuestra amistad; pero la acepto bendecida por la Iglesia.

—Juré no pertenecer a otro que no sea Guesto.

—Acabas ya de renunciar a ese hombre.

—Renuncié a él, mas no a mi juramento, y no hay poder que me obligue a quebrantarlo.

—Si estais firme en vuestro propósito e insistir en él, me veréis también firme en el mío. ¡Temblad por el objeto de vuestro amor y de mi odio!

—¡Ekaredo Gondemires, sois un infame! Id pues adelante en vuestra obra, propia de un demonio.

Logia Independiente de Teósofos



—Seré un demonio y cuanto digáis de mí; lo séré ya que así lo quisísteis y no que fuese cual lo pudísteis haber conseguido, un modelo de todas las virtudes. Conste que os he prevenido que sería por vos capaz de todo.

—Vileza y pequeñez fué en mí bajarme a rogar e implorar a quien muestra tanta villanía; que nunca hombre inclinado a la virtud cual vos presumís serlo, es, como vos lo sois, un vil y un cobarde.

—¡Ah! ¿soy cobarde?—bramó furioso Ekaredo, herido en lo más vivo con ese epíteto lanzado por la boca de la que amaba, y se dirigió arrebatadamente a la puerta.—Eso es—dijo—lo que no se perdona jamás.

Astrildi se le había atravesado en el camino caída de rodillas.

—¡Oh noble caballero: no curéis de esas palabras hijas sólo de la desesperación! Quien de veras trae rendido el corazón, mucho se enternece por la que ama y quiere para ella todo bien. ¿Habréis vos de soltar el vendaval furioso sobre la tierna flor que vuestro pecho quería agasajar? ¡Oh, eso no puede ser, no es propio de quien sois!

—¿A tanto te atreves tú? ¡Cállate, sierva! No te metas en lo que no te atañe—respondió desabrido separando de sí a la collaza.

Este incidente fué propicio para dar otro curso a los impulsos de la hija del conde. La indignación que al último se había apoderado de ella, llegó a constituir una reacción de los sentimientos que le eran naturales, antipáticos a cuanto fuese bajeza; pero ahora, viendo de nuevo tan eminente la crisis, se mostró ante todo mujer.

En la mujer impera el corazón. La mujer que de veras ama, es, al menos en cuanto le dura ese estado, la criatura más sublime salida de manos del Omnipotente, y el hombre que la es infiel y la engaña es el ente más vil y abyecto de la creación. Sólo en la mujer

Logia Independiente de Teósofos



se realiza el desinterés absoluto, sólo ella se purifica de la última partícula del egoismo para identificarse con el objeto amado. En esas condiciones no tienen límite sus impulsos, la objetividad es suprema y el crimen hasta puede figurársele virtud. Dios que con juicio entero todo lo escudriña, sabe cuántas veces son irresponsables las condenadas por el hombre.

No estaba Ermesinda en trance tan delicado y aflictivo. Se contuvo un poco, dejóse caer sobre las almohadas, y con voz apagada dijo:

—Hijo de Gondemir, dadme algún tiempo al menos para meditar vuestra propuesta.

—¡Ah! ¿Pedís tiempo? Luego aún no es cosa de desesperar—respondió ya al otro lado del umbral, y regresó ligero y alborazado. Después se paró de repente, y con aire meditabundo, hablando consigo mismo, murmuró.—¡Cuidado! ¡cuidado! Ella tal vez quiere holgura para sacar de ahí algún provecho... para que el lobo, ya en el redil, no se pueda coger... ¡Bien!... Un día más, no importa; no saldrá Guesto tan presto de Sámanos, *dado el caso de que allá hubiese podido llegar*.—Alzó entonces la voz y dijo:—Ermesinda: no quiero romper del todo, ni quedar así con vos. Ese primer rayo de esperanza que me envías viene a consolarme algo en mi tristeza. Acepto el augurio. Os concedo todo el día de mañana, para que, según vuestro juicio, decidais; y al siguiente, entre horas de tercia y sexta, vendré a saber lo que hubiéreis determinado.

Pidió Ermesinda un plazo mayor, sin conseguirlo, y, con la resignación de un náufrago, se acogió la noble doncella en el aprieto en que se veía, a esas pocas horas medidas tan parcamente, como si esperase encontrar en ellas cual tabla de salvación, no un alivio pasajero y sí un evento favorable, pronto y decisivo a las dificultades que la rodeaban.

Logia Independiente de Teósofos

## VIII

# EL MUZÁRABE

> Pois não vemos que toda a juventud christan, de aspecto grave, no discurso fluente, distincta pelo vestir e pelo gosto, eminente na erudição e eloquencia gentílica, se entrega con avidez ao estudo e leitura dos libros arabes?...
>
> **Alvaro de Córdova**
>
> (Indiculus Luminosus).

El interior de los palacios del Castro conservaba aún las formas y en gran parte la arquitectura de la época romana de su construcción. Así al vestíbulo se seguía un patio cuadrilateral, cuyos lados mayores corrían de Norte a Sur, ornado de columnatas y galerías cubiertas. Se pasaba después a una larga pieza, que, de su primitivo destino de archivos y documentos *(tablinum)* quedó reducida a simple paso para el peristilo que, siendo más espacioso que el patio, tenía su mayor anchura en sentido transversal a éste. En las cuatro galerías del peristilo había puertas que daban a diversas salas y aposentos interiores del edificio. Las que ocupaba Ermesinda estaban al lado occidental, dándoles tránsito una sala que probablemente había sido en tiempos pasados *triclinium* o casa de comer.

Al despedirse de la doncella se dirigió Ekaredo al

Logia Independiente de Teósofos



patio que también tenía algunas puertas en dos de sus lados principales y por una de ellas se entraba a lo que, por el aspecto de los que estaban allí, parecía ser cuarto de guardia o de gente de servicio. A estos dió Ekaredo a conocer que precisaba hablar al conde, y Ranemiro le contestó oponiéndole dificultades. Excusado es decir el pequeño altercado entablado entre ambos ya que el lector sabe que por fin se prestó el sayón a pasar aviso, siendo el único entre todos que se había atrevido a interrumpir al conde. En tanto que se adelantó Ranemiro a dar el recado le siguió el hijo de Gondemir acompañado de uno de los sirvientes, el mismo que a su llegada le había enseñado las habitaciones de su joven ama, y volvió a atravesar el patio o peristilo hasta la galería del Norte, donde fué introducido en un salón para esperar a Froya o su respuesta.

Ekaredo era de pura sangre goda. Pertenecía su padre a una de aquellas familias nobles que se habían conservado en el país natal sujetas al dominio de los conquistadores árabes y en el goce de los privilegios que los dominadores les concedían a precio de tributo y de la sumisión política, privilegios que les daban derechos a una especie de autonomía civil, religiosa y doméstica. Oriundo de la culta Córdoba, había cursado Gondemir en escuelas que aparte de las de los sarracenos, estaban regidas por cristianos y de ordinario por eclesiásticos. Esto no obstante y a pesar de los privilegios, el contacto de los orientales los casamientos mixtos que se habían hecho frecuentes algún tiempo después de la invasión musulmana, produjeron su efecto, contribuyendo a que los cristianos adaptasen poco a poco algunas de las costumbres y mucho de la cultura y hasta de la lengua de la raza dominado-

Logia Independiente de Teósofos



ra. De ahí le vino la denominación de *muzárabes* o "imitadores de los árabes„, aplicable a todas las clases y a todas las razas cristianas sujetas a la dominación oriental, y no sólo a las familias sin mezcla de sangre sarracena sino a las que la tuviesen.

Nacido en Córdoba, aún pudo Ekaredo aprovecharse de las ventajas locales de disciplina y educación hasta que circunstancias, que no conduce a nuestro propósito particularizar, indujeron a su padre a emigrar y a establecerse hacía ya quince años en el reino de Asturias con motivo de la proclamación del rey Silo, que le protegió y le confió un gobierno que envolvía la dignidad de conde. El último y más alto grado a que llegó la fortuna e influencia de Gondemir, había coincidido con la usupación de Mauregato en la que tuvo parte, valiendo esto el favor del príncipe y un lugar en su curia de la que era uno de los principales magnates.

Con ocasión de la visita a la sede del gobierno que el año anterior hizo Froya Gutherez, se halló éste en frecuente trato con el valido muzárabe, llegando a ser por motivos de mutua convivencia política cordialísimas las relaciones de uno y otro, a pesar de las prevenciones de Froya contra los muzárabes en general y los de clases elevadas en particular. A su regreso le acompañó Ekaredo hasta Lugo, donde éste vió y se prendó de Ermesinda. Habría consentido Froya de buena voluntad en este casamiento; pero su ambición, que apreciaba las ventajas de semejante enlace, había cedido ante las protestas de antipatía y aversión manifestadas por su hija que, a causa tal vez del contraste de caracteres, ejercía un cierto influjo en el genio rudo e incivil de su progenitor, cuya afección hacia ella

Logia Independiente de Teósofos



participaba del respeto que instintivamente se tributa a la superioridad moral.

Las frecuentes salidas al peristilo a ver si había alguna novedad, lo agitado y continuado del paso y las recias pisadas del muzárabe, denotaban su impaciencia. Una leve contracción de facciones por lo demás simétricas bosquejaba en él una cierta habitual sonrisa a menudo vaga y sin sentido que, en más de una ocasión, tenía algo así como de desdeñosa e insultante. Unido a esto la expresión inquieta y movilidad de sus ojos en los que se notaba tendencia al estrabismo, o, acaso mejor, a no fijarse en los objetos, inducía a surgir en la mente de quien lo mirase y observase alguna perplejidad en determinar si en el natural de ese hombre sobresalía la liviandad o el disimulo. A nosotros, que hace ya un instante que le conocemos, no nos faltan elementos para formar más seguro juicio.

El conde Froya al verlo en su presencia, le dijo en tono algo brusco, si bien acompañado de amigable sonrisa:

—Bien venido sea Ekaredo Gondemires, que, a causa de sus prisas me encontrará algún tanto de mal humor... Veamos qué nuevas son esas que con tanta impaciencia venís a comunicarme.

—Yo sí que siento haber tenido que caminar así tarde y llegar tan a deshora. Caiga la culpa en mi alazán. En cuanto a tu mal humor ¿vine inoportuno—preguntó con finos modales y airoso desembarazo—a despertarta a mi pesar de un agradable sueño?

—De un sueño pudo ser—y Froya soltó una risotada.—Trabajaba en amoldar a la mano una sierva un tanto arisca al servicio..., y a la verdad ya no me pesa;

Logia Independiente de Teósofos



mudé de parecer y pienso que acaso fué mejor no haberlo conseguido debido a tu interrupción... ¡Sus! anda ya, cuéntame todo, que me revienta el cuerpo el deseo de saber...—Espera, que no ha de ser así en pie—y le condujo Froya a un sillón de inclinado y redondeado respaldo y asiento orlado en curva, y acercándose una silla se colocó próximo al joven muzárabe.

—Por tu hija no pregunto; fuí ya a saludarla y puedes imaginar mi alegría al verla bien de salud y tan bella como siempre.

—¿Qué tal te recibió?—preguntó con interés.

—Como a difunto o ausente no deseado, que todo es uno.

—No me admira que al principio se sorprendiese al verte ¿y después?

—Fué rosa mimosa con espinas que se encogía para herir. La despedida, sí me encantó; parecióme aromática flor al abrirse sus pétalos.

—¿De veras? Bien, Ekaredo, eso ya no fué poco. En las mujeres el desamor que se ablanda es fortaleza que consiente en parlamentar la rendición; y ten entendido que muchas veces se convierte en pasión tanto más estable cuanto más se haya retardado en declarar..... Dejemos esto a un lado y vamos a las nuevas que me traes. ¿Cómo dejaste al rey?

—En la prisión de Dios.

—El la saque de ella y le sostenga.

—¡Hubiese tal esperanza! La curia no la tiene y todos prevén el luto. Esto te lo digo en secreto.

—De esta vez, va la cosa seria, por lo visto.

—Tan séria que con ella se relaciona si de ella no salió el negocio que me llevo a Lugo y me trae aquí.

Logia Independiente de Teósofos



—¿Tu padre está allí contento?

—¿Por qué no ha de estarlo?

—Pues qué, ¿no se apartó del palacio obligado o por desavenencias con la curia?

—En el sentido que hablas, no fué obligado. Mi padre—respondió el muzárabe con cierta ufanía—está hoy tan alto en el concepto de la curia como lo estuvo siempre. Tu contrario juicio no me extraña, porque lo cierto es que no podías adivinar lo que aún no te he revelado. Antes de hacerlo te prevengo el mayor sigilo.

—No se halla más escondido el topo en la tierra que el secreto en el pecho de Froya Gutherez..

—Nadie duda de tí, amigo conde, amén de que tú tienes parte en el negocio. Por dos motivos pasó ahora Gondemir a Lugo: uno para vigilar.....

—¡Vigilar! Por más hombre de acción y avisado tenía yo a tu padre que largar el timón en Pravia para ir de vigía a Lugo, y pasar de mayordomo a sirviente, no lo haría yo.

—Nada fué de eso que imaginas. Escucha, conde. Consta desde hace poco en la curia que Alfonso desapareció de Amurrio sin saberse a qué lugar, y como quiera que Lugo es además del asiento de Bermudo, el nido de la mayor parte de sus adeptos, se sospechó que a esa ciudad o sus contornos sería su destino....

—¡Ah! ya me explico ahora el motivo de la desbandada.....

—No me interrumpas y escucha hasta el fin que, como verás, el tiempo urge. Esta noticia coincidió con la dolencia de Mauregato. No ignoras el propósito que hay en Pravia de aclamar allí y en los principales puntos del reino a su hijo Hermenegildo sin arriesgar una

Logia Independiente de Teósofos



elección, y tampoco ignoras que de hacer esto en cuanto fallezca el rey, están encargados algunos de los más adictos y fieles.

—Aquí—dijo Froya, dándose un fuerte golpe en el pecho—tengo guardado el secreto como en un sepulcro.

—Resolvió, pues, la curia que ya había llegado la ocasión oportuna de obrar; y lo primero que para eso hubo de surgir y tratarse en el seno de la corporación fué de la necesidad de colocar en Lugo con toda urgencia (ruégote, Froya, no te enojes) un hombre de más confianza suya que el conde Tructesindo.

—Mi cuñado no merecía tal afrenta.

—No hubo tal idea de afrenta, y tanto no la hubo que por eso mismo lo trasladaron a Mondumeto. Veo, según parece, que ignoras la estrecha amistad que tu cuñado trabó con Bermudo y que ya se da por cosa corriente que tu Tructesindo se ha tornado más blando, más.....

—¡Mentira! ¡Eso es una calumnia! Su odio a Alfonso corre parejas con el mío.

—Ahora que tú lo afirmas, también lo creo. Mas como Tructesindo no estaba enterado del secreto, se explica que por cautela, que yo juzgo ahora sin fundamento razonable, no quisieran confiárselo. Asentóse pues, que fuese a Lugo uno de los hombres de la curia que tuviese mayor privanza y autoridad.

—Y fué tu padre el escogido.

—Quiso rehuir el encargo, pero cedió a las repetidas instancias, y resultó así, según bien dijiste, obligado en cierto modo. La comisión que trajo es muy ardua, a pesar de venir acompañado de gente de armas, además de la guarnición de la ciudad. Tiene también el difícil cometido de vigilar al diácono sin tratar

Logia Independiente de Teósofos



con él ni molestarle; y además la peligrosa empresa de aclamar a Hermenegildo tan pronto reciba orden de la curia. Además de esto, tiene por último la delicada encomienda de estar con ojo avizor sobre Alfonso y aprovecharse de toda estratagema para haberlo a las manos. Como ves, no es de envidiar la tarea; y a fin de cumplirla, necesita el hombre ojos de camaleón que vean a un mismo tiempo a todos lados, orejas de coruja y sedosas alas de murciélago para oir y sentir a larga distancia, y piernas de pulga para rápida y silenciosamente tirarse a los sediosos. ¡Guárdense de la mano del viejo!

—¡Grandes novedades son, hijo de Gondemir!

—Vamos al punto principal—continuó éste.—El día en que por lo que acabo de contarte salí de Pravia, llegó aviso confirmando la sospecha de la venida de Alfonso camino de Lugo acompañado de Theudas y de un tal Ariulfo, que se presume sea nada menos que la propia madre...

—¿La reina Munia?

—Sí; Munia, disfrazada de hombre. Vas a ver: Se había perdido la pista de Alfonso, y en León volvieron a dar con ella debido a la demora que, por haber enfermado el llamado Ariulfo, se vieron los fugitivos obligados a hacer allí. Por una fregona de la casa en que pararon, se supo que el doliente no era hombre y sí mujer. ¿Quién otra podía ser que necesitase disfrazarse, se preguntaron, como no sea la viuda de Froila? Esta deducción pareció más procedente a todos al saber que representaba ser un hombre joven, lo que equivale a una mujer de mediana edad.

—En efecto, Munia no pasará de los cuarenta y siete años. ¿A qué vendrá? Me parece que si viene

Logia Independiente de Teósofos



con intención de revolucionar el país, mejor servicio habría hecho a su hijo si se quedase en Amurrio. Puede también ser que naciese el intento de ella.

—Ese fardel o impedimenta que traen consigo es para nosotros paramento de mejor augurio.

—Malo fué que la curia supiese eso tan tarde y peor que Alfonso hubiese hallado amigos en León.

No hay mal que por bien no venga. Ese su paso por León sirvió para que no hubiese duda respecto a su ruta y destino. A juzgar por los acuerdos que, en su vista, tomó inmediatamente la curia, muy experta ha de ser la zorra para no caer en la trampa, aunque ahora exija el negocio no perder tiempo ni malgastarlo. Al efecto, está ya prevenido el conde Sesnando que gobierna en el Naviense, y sólo falta que tú lo estés igualmente.

—Dí ya; y fíense de mí.

—Desde el Vierzo sólo tiene Alfonso—continuó Ekãredo—una salida y tres caminos para llegar a tierras de Lugo: Si por ser jornada más corta aunque de piso más escabroso y difícil tránsito por el mal servicio de las barcas de pasaje de los ríos (45) tomase Alfonso por el puerto de Piedrafita, encontrará allí un destacamento de Sesnando con orden de proseguir hasta Villa Franca, y en tanto el propio conde con el resto de la fuerza permanece de atalaya en la torre romana, paso forzoso a Lugo. Mas, si no obstante el gran rodeo, eligiese por más suave y por tener a menudo puentes, la entrada romana o viniese por el camino de los montes vía de Dragante y Corrales, a tí, conde Froya, pertenece frustrarle el paso distribuyendo destacamentos en varios sitios según te parezca, pues conoces la tierra mejor que nosotros.

Logia Independiente de Teósofos



El conde Froya después de meditar un poco, preguntó:

—¿Cuántos vienen con Alfonso?

—Lo que se sabe es que entró en León acompañado sólo de los dos que te dije, Theudas y el fingido Ariulfo, y que vieron después otros seis, que se sospecha fuesen acostados suyos, y le precedieron a la salida de la ciudad, acaso para reunírseles más adelante.

—Son tan pocos que no dan cuidado.

—Mas como es posible que se le unan otros en el camino, pide la urgencia que les tomes a tiempo la delantera.

—Así es. Voy a disponer pronto las cosas. Mandaré orden a Astarico Osoris que lleve una partida a sierra Golada, que para lo que hemos de hacer es el punto mejor de la estrada romana, y al efecto, avisándole ahora mismo, podrá ya salir esta madrugada de la torre de Quiroga, en tanto que yo tomo esta noche el camino de Dragante.

—Tú no, que tu presencia puede ser aquí mucho más necesaria y hasta imprescindible.

—¿Por qué?

—Porque entre Lugo y el Castro me deparó la casualidad unas noticias que me inducen a creer que no es a Lugo a donde se dirige Alfonso.

—¿Cómo no a Lugo si aún poco ha que dijiste...

—El lugar en que sospecho, más cerca está de aquí seguramente...

—¿Sales ahora con esas? ¿Qué lugar es ese?

—No puedo responderte categóricamente en este momento sin faltar a mi palabra.

—¿A quién y por qué diste esa palabra?

—Eso menos aún te lo puedo revelar.

Logia Independiente de Teósofos



—¡Por los huesos de San Martín!... ¡No me hagas perder la paciencia!...¿Qué misterios son esos, y a qué vienen? ¿Debe bajo ningún pretexto haberlos entre nosotros y más en tan apurado trance?

—Mi secreto nada tiene que ver con lo que más urge. Ya vaya en dirección a Lugo, ya en la del sitio que sospecho, tendrá Alfonso que seguir uno de los tres indicados caminos, y por ahora sólo se trata de cortarle el paso. En cuanto a lo que llamas misterios, envié a descubrirlos hombres de mi escolta y aguardo el resultado, y si se confirma lo que presumo, decidiremos entonces lo que haya de hacerse. Esa es la poderosa razón que tengo para que permanezcas aquí con parte de tu gente y ese el motivo por qué debes hacerlo.

—Ciertamente, ni con esa luz que pretendes darme, veo más clâro.

—Tienes razón, y perdóname; que las partículas que dan claridad suelen quedarse encerradas en la mente distraída y yo me distraje; pero ahora que me has llamado la atención, te diré que pensaba en que si Alfonso se acoge hoy entre aquellos que le aguardan en cualquier punto, en la estrada de Piedrafita pongo por caso, podrá mañana o al día siguiente hallarse en el paràje que ahora no puedo nombrar; y estando tú aquí, a tí solo cabría la gloria de cogerlo. ¿Estás satisfecho?

—¡Vaya si estoy! Si me lo garantizas, te perdono todo lo demás que quisieras hacer en mi obsequio, y aún me consideraré tu deudor.

—Te lo afianzo, conde, con tal que los fugitivos se acojan allí. Esto, con tener un poco de paciencia, luego lo sabremos. Aunque viniesen por el camino de abajo

Logia Independiente de Teósofos



o por los montes, sería lo mismo, pues en tal evento cumple a los tuyos darte cuenta.

—Voy a toda prisa a despachar en seguida á mi teniente Sigulfo Gundesindes—dijo el conde, que, al llegar a la puerta se paró de repente.—No esperaba yo de la fortuna un regalo como este que me cayó en casa; y lo que siento es que por mezquindad, ando mal provisto de gente, que con estas paces dimos en negligencia, y en el castro no pasa de cuarenta hombres el presidio.....

—Pues para que otra vez te corrijas, te quedarás ahora con sólo quince, y el resto lo despacharás con tu teniente. Traigo conmigo algunos bucelarios, y ellos y los tuyos que se queden, serán la bastante fuerza para lo que pueda ocurrir.

—¡Convenido!, y dicho y hecho. Ahora por de pronto voy a disponer que te den de cenar, y si la cena te aprovécha, puedes después ir á dormir y descansar un poco.

—Acepto el envite; que ya me bamboleo con el hambre y cansancio de las buenas quince leguas que anduve hoy.

El conde y su huésped salieron en seguida del salón.

Logia Independiente de Teósofos

# IX

# EL PRESOR

—Pois para que he o villão?
—Todos nós vimos d'Adão;
. . . . . .
—Dom villão, comigo irés
. . . . . .
—Nós somos vida das gentes,
e morte de nossas vidas;
a tyrannos—pacientes,
que á unhas y á dentes
nos tem as almas roídas.
. . . . . .
Na igreja bradão com elle,
porqu' assoviou a hum cão;
e logo excommunhão na pelle.
O fidalgo maçar nelle,
ata o mais triste rascão.
Se não levam torta á mão
Não lhe acham nenhum direito.
Muito atribulados são;
Cada hum pella o villão
por seu geito.

Gil Vicente

(Auto da barca do Purgatorio).

Dejamos a Guesto en la morada del presbítero, donde pernoctó. Al amanecer del día siguiente fueron ambos a la heredad de Tolsun, donde por influencia de Osoredo compró un caballo el trovador. Después continuó su jornada. Iba muy pensativo. Cuando no pensaba en Ermesinda, revolvía en la mente la aventura

Logia Independiente de Teósofos



de la víspera, cuyo misterio forcejeaba por aclarar sin encontrarle explicación plausible; y apenas se le ocurrió si pudiera sér uno mismo el espía de la ladera del Bustillo y el autor o mandante del asalto. ¿Quién sería ese hombre? ¿Qué se propuso al atentar contra mi vida? No hallaba respuesta.

El camino se abría en la sierra por la falda de la cuesta, más de una leguà siempre en subida hasta llegar un poco abajo de las cumbres, de las que la más avanzada es Peña Redonda, y seguir después de vencidas esas alturas a un plano nivel de pocos palmos de ancho y bastantes vueltas y revueltas o recodos que torneaban las salientes de sus curvas.

A la derecha era magnífico el panorama de montes y valles, que presentaba el aspecto del mar encabritado: los montes de la sierra formaban diversas hileras que parecía se precipitaban por las pendientes hasta llegar allá abajo donde corría el Lózara en aquel profundo y desde lo alto amenazador abismo para el caminante a quien faltase el pie. Al atravesar después una planicie en dirección N. O., comenzó Guesto a descender y á poder contemplar a cierta distancia de sus ojos el florido valle del Cabe, conocido hoy como tierra o país de los Incios. Tiene una extensión de dos o más leguas y es de forma triangular con el ángulo agudo al S. O. y la base constituída, al menos en parte, por el Cabe al lado Sur del triángulo.

Lanzó Guesto la vista sobre esta extensa y por demás accidentada bajada, y observó que predominaban allí los indicios de la vida pastoril al ver dispersos por los matorrales de pasturaje rebaños y manadas de toda especie de ganado. De trecho en trecho había también algunas tierras roturadas y algún que otro

Logia Independiente de Teósofos



grupo de caserío, que conoció eran "villas„ de las familias serviles establecidas allí por el señorío; las tierras y pastos adyacentes a algunas de esas "villas„ estaban cerradas de vallados.

Una de las variadas perspectivas del paisaje era el basto arbolado que en ciertos lugares, mayormente en los extremos, formaban verdaderos bosques cerrados, verdaderas espesuras. Otra perspectiva muy característica del sitio: la de las ruinas de edificios y fortificaciones antiguas esparcidas en grupos diversos, mudos, pero elocuentes testigos de una civilización que en época más o menos remota había venido a beneficiar aquella comarca. Es evidente que el hierro, allí tan abundante, se había explotado durante mucho tiempo en el período de la dominación romana.

Nos lejos del ángulo S. O. al pie del Alto de Santa Bárbara había un basto terreno murado en todo su circuito y en su interior huertas y pomares, envueltos con bosques, pastos y tierras labradías.

Fuera de la cerca, en la margen izquierda del río, cuya corriente marcha al S. O., aparecía sobre una pequeña eminencia próxima a un cúmulo de derruídos edificios romanos una iglesita de lisas paredes con dos ventanas de lado y puerta al Occidente arqueadas esta y aquellas, por más que el tejado estaba dispuesto en forma de ángulo obtuso. En lugar de ábside o hemiciclo había al E. un anejo cuadrilateral, y entre éste y el cuerpo principal, una torre pequeña con remate piramidal de cuatro faces. Las ventanas en lugar de vidrios, aun no en uso, estaban guarnecidas de láminas de mármol finas y delgadísimas reducidas casi a la transparencia por el pulimento. A par de la iglesia estaba el "asciterio„ o vivienda de los monjes o sa-

Logia Independiente de Teósofos



cerdotes. Este edificio era de sencilla construcción y de un solo piso a ras del suelo.

A raíz del otero y al borde del agua se veía un molino; un poco arriba de éste los cangilones de una noria, y algo más allá, a intervalos, las nasas de algunas pesqueras.

Del otro lado del Cabe subía el terreno ora gradual ora accidentadamente, y en lo alto de la cuesta estaba situada la casa principal, bastante espaciosa aunque de un solo piso. En el declive entre esta y el río se explayaba el "asentamiento„ que se componía de establos, corrales, bodegas, etc. Cerca de aquí estaban, ya agrupadas, ya dispersas, las casuchas de la "familia„, o sea, de los siervos, no los colonizados que por estado adquirían mayor libertad, sino los que el común señor de todos tenía junto a sí para que cuidasen la finca habitada por él mismo.

Próximo a Peña Redonda, donde nace el Cabe, tenía éste poca anchura y era fácil vadearlo en la estación del otoño. La estrada en la margen izquierda, pasando por el molino, seguía al extremo S. O. del valle, donde, salvado el río, se dirigía al Norte, perdiéndose de vista en las laderas que se presentaban por aquella banda.

Inmediato al molino en la margen derecha y dentro del muro había un grupo compuesto en su mayoría por hombres vestidos con traje montañés de pieles de cabra o carnero, deteriorados por el uso o la falta de limpieza. Traían generalmente al desnudo los brazos y las piernas, a pesar de que ya se acercaba el invierno. Tenían rasurado el pelo. Su rostro inculto y su barba corta y descuida les daba aspecto de fiereza al que, tal vez, no en todos correspondería el carácter.

Logia Independiente de Teósofos



Uno de ellos, hombre de sus sesenta años, se distinguía por el traje de lana y un manto de piel que cubría sus hombros, y por su porte que denunciaba autoridad.

—Por lo visto y según eso estás resuelto a separar al padre de la hija—le decía uno a cuyo brazo se agarraba una joven de veinte años—y no reparas en apartar de tí a un siervo fiel que fiado en tus promesas vino buenamente contigo de Spania, como lo podrán testimoniar algunos que aún viven de los que te acompañaron. ¿Qué nos prometiste bajo juramento? En tierra de agarenos éramos tuyos de todo; te pertenecíamos, Donani, hasta con nuestro cuerpo, y podías vendernos a tu talante como al ganado del corral; pero no tenías derecho ni poder bastante para, ni por grado ni por fuerza, conducirnos al Norte. Nosotros por nuestra voluntad venimos contigo en la creencia de que se nos acababa aquella opresión y de que tendríamos suelo señalado por el que te pagaríamos el quiñón de señorío, prestándote nada más que el debido servicio. Somos de la tierra, no somos tuyos. Si quieres vender ésta de Villa-Caío puedes hacerlo a tu antojo, pues tuya es; pero sacarme de ella..., eso no.

—Eso de decirme si tengo derecho o no lo tengo, si tengo poder o no lo tengo para esto, para lo otro o para lo demás allá, es sandez y tontería. Puedo como señor que soy de todo esto, hacer lo que me dé la gana y quisiera ver quién es el guapo capaz de impedírmelo—respondió el *presor* Donani con serena calma y profiriendo las últimas palabras en tono de ironía—; lo que tú, Caio, con más verdad debías decir es que, por haber tenido en mí un buen amo siempre amigo y tolerante, sientes ahora soledades y pesadumbre al

Logia Independiente de Teósofos



saber que me hallo obligado a deshacerme de tí. Por esto y porque conozco tus sentimientos sé que es una locura pedirte y esperar de tí que nades contra la corriente y por tanto he decidido que has de ir aunque sea amarrado.

Representaba Caio la misma edad del presor y en las líneas de su fisonomía dejaba ver su procedencia romana.

—Acuérdate—replicó—de la avenencia pactada entre tú y los siervos que te dieron su pláceme para acompañarte.

—Terco y bellaco eres—repuso el presor ya algo alterado y confuso—; ¿a qué vienen esos recuerdos? ¿no te he dicho y repetido que al hacer tu traspaso no obedezco a ningún capricho y sólo sí al voto que hice? En cuanto a lo demás no queda tan lejos tu hija que no puedas venir a verla muchas veces, pues la distancia no llega a dos leguas a mucho llegar.

—¡Oh Donani, mi buen Donani!—exclamó la joven echándose a los pies del preso.—No destierres al que más estimaste siempre de todos tus siervos, y si tal hicieres, destiérrame también a mí en su compañía. Sé que ha de coagulárseme la sangre en las venas, que el miedo me ha de aterir al verme en manos del extraño, más duras que las del esqueleto y bajo su mirada más fría que la del viento aquilón; pero al lado de mi padre lo prefiero todo, antes que permanecer aquí agasajada en el nido del que para siempre quieres aventarlo. Diré adiós a estos hermosos vallés que me vieron crecer y holgar alegre y risueña, e iré triste y llorosa a despedirme allí al almacavar (47) a regar de llanto la tumba de mi madre y a cubrirla de flores. Yo, aunque al último beso de estos aires amigos se apague perpé-

Logia Independiente de Teósofos



tuamente la sonrisa de mis labios, quiero irme con mi amadísimo padre.

—No te aflijas, Leodaka—dijo Donani acariciando con la mano la cabeza de la suplicante.—Lo que te digo, no me separaré de tí por nada del mundo, quisiera poder decir lo mismo a tu buen padre. Sé que han de llorar por él hasta las mismas viñas y que el zumo de las uvas ha de saber a lágrimas.

—Entonces insisto—replicó Leodaka y se levantó esperanzada—te lo pido por el bendito nombre de San Pedro, insiste con los piadosos hermanos a fin de que te desliguen del voto, y ellos que son buenos y temerosos de Dios atenderán a tus ruegos.

—¡No puede ser!... ¿Crees que voy a vender mi alma por nada de este mundo? Basta de charlas. ¡Vamos ya! Llevadme a Caio a buen recaudo, que yo os iré siguiendo.

Leodaka, entonces, aferrando con sus brazos los de su padre, clamó fuera de sí:

—No irá sin mí a no ser que a cercén me cortes las manos.

En tanto, los otros siervos murmurando, parecían vacilar, y algunas mujeres allí presentes intercedían a favor de su compañera.

—No te cercenaré las manos, tontina, y sí haré que te suelte de sí tu mismo padre...—E irritado el presor comenzó a golpear al siervo con un palo, en medio del griterío de las mujeres y el lloriqueo de las criaturas.

Leodaka se desprendió de su padre, retrocedió algunos pasos, e incendiado el rostro por la ira, gritó:

—¡Basta! ¡No le mates por causa mía!... ¡Mis ojos nunca te han visto pegarle y lo ven ahora por vez

Logia Independiente de Teósofos



primera! ¿Abriste por fin las alas a la tiranía y al despotismo cruel? ¿Lo haces hoy porque vas a dejarlo y lo tienes ya en tu cuenta como bestia agena? ¡Está bien!... Cúmplase la voluntad del déspota... Partirá mi padre... ¡yo, por no poder evitarlo, me quedaré aquí, pero ten por seguro que será en tu daño. Si hasta hoy valía algo a tus ojos, yo misma haré que a lo adelante me hallen despreciable y no vean nada en mí; haré sí con pies y manos cuanto me mandes, y llevaré el ganado al pasto, y cavaré la tierra, pero lo que en mí tenías como cosa la más primorosa y principal lo perdiste para siempre y sin remedio.

En este preciso momento llamó la atención de todos la llegada de Guesto Ansures. Este a la par que ciñendo las riendas paraba el caballo, saludó al presor en esta forma:

—¡Manténgaos Dios en su gracia, amigo mío! Veo —añadió— que andais de brega con vuestros siervos.

— Dios os bendiga, caballero, — respondió Donani — sed bien venido a vuestra casa, que está allá arriba y a ella podéis ir a descansar mientras yo sujeto a mi obediencia esta chusma de amotinados.

—¡Noble caballero: por el amor de tu madre, por su santa memoria interceded por nosotros! — dijo Leodaka, cayendo ante él de rodillas y cruzando las manos en ademán suplicante. — ¡Mira que me quieren llevar a mi padre! ¡Intercede por mí; yo te lo imploro con toda mi alma!

Guesto fijó sus ojos en Leodaka, y quedó maravillado de la gentileza y hermosura que, aún dentro de aquellas circunstancias tan poco a propósito, ostentaba la joven sierva.

Su morena tez era fina y tersa; sus ojos grandes y

Logia Independiente de Teósofos



negros, guarnecidos de amplias y abundantes pestañas sedosas y suaves como el terciopelo resguardadas por pobladas cejas de igual hermoso matiz, reflejaban en ella una mezcla de sentimientos descordes: bajo un cierto aire de recogimiento y melancolía, ya que no de frialdad, parecía latirle un fuego encubierto, secreto y oculto; a la par de la energía y la fuerza, se manifestaban la debilidad y la ternura, la vehemencia de la pasión que allí por momentos relampagueaba, denotaba la capacidad de poder trocarse en ascética resignación y nunca en maldad ni nada innoble.

Sus negros, blondos y lustrosos cabellos la caían por la faz formando ricas y bastas madejas. Vestía un corto ropón o chaqueta de lana azul con mangas del mismo color y una saya bermeja, como las medias, que la llegaba hasta abajo de las rodillas. Por encima del cuello de la chaqueta subía la orla de albo lino del "kamiso„ o camisa como hoy diríamos. Aunque no era muy fina la materia de su traje se notaba en él tal aseo, lo mismo que en toda la persona de la joven sierva, que contrastaba con el enojoso aspecto de la mayor parte de sus compañeros de servidumbre, diferencia notable debida sin duda a que la economizaban los duros trabajos propios de la gente de su clase.

—¿Qué puedo hacer en tu favor si no tengo poder alguno sobre el que creo es tu amo? Mas si lo que pides es justo, haré un esfuerzo, por amor y simpatía a tanta belleza, para atraerlo a mayor blandura—y dirigiéndose al señor de la tierra, prosiguió:—Sé que estamos en el lugar de San Pedro y deduzo que quizá por fortuna me halle ahora hablando con el honrado presor Donani Zalamisi.

—Para serviros, caballero.

Logia Independiente de Teósofos



—Estimando; aunque sólo fuese para deciros cuanto mi paladar debe confesarse vuestro deudor, ya que esta misma noche pasada probé del muy sabroso vino de vuestra cosecha. ¡Buenas viñas tenéis, honrado Donani!

—Es cierto. No las hay mejores entre Sárria y Sil, incluso Valdeorras, a mi parecer.

—Yo así lo creo. Rara vez se bebe vino como ese, y a fe qué es de los que se prestan a ser puestos en galletas o vinajeras para ser utilizados en el Santo Sacrificio de la Misa.

La expresión del presor daba bien a entender cuánto crecía en su concepto con esas alabanzas el noble caballero.

—Ya que tenéis tan buen paladar, no permitiré que paséis por San Pedro sin mojarlo y sin matar la sed en la misma fuente. ¡Venid! —y se adelantó Donani para conducir a su huésped hacia la casa, o mejor, la bodega que aún estaba más próxima.

Guesto le siguió unos cuantos pasos y se paró de repente y dijo:

—Perdonadme, honrado presor, que os pregunte por qué sois así duro con aquella joven sierva tan gentil y tan linda.

—Engañado andáis, caballero; nunca otra sierva fué tratada por mi con mayor mimo, ni podía serlo mejor aunque fuese hija mía por la sangre, ni estar más agasajada.

—Es una rara criatura; no parece de su clase y condición.

—Leodaka es hija de Caio, el que ves allí, hombre de mi "familia„. Estuvo casado con una agarena llamada Selima, que, con otros despojos, me cupo en suerte

Logia Independiente de Teósofos



en las particiones verificadas en el último "fonsado„ a que nos llamó el rey Froila. Tenía Selima singulares conocimientos en la ciencia de las virtudes de las yerbas é hizo grandes curas en su tiempo. Dos años cumplidos hace que murió, dejando bien instruída a su hija en los secretos de su arte. No acaba aquí lo maravilloso de Leodaka: no tenía aún quince años y ejercía ya, por sus peregrinos modales, notoria influencia y causaba impresión irresistible en cuantos le rodeaban y a todos dominaba, especialmente a los de su casta. Yo he sacado mucho provecho de su prestigio sobre los demás y ella ha encontrado en mí demostraciones del cariño especial que la profeso.

—¿De dónde y por qué tanto prestigio?

—No lo sé, ni si es amor o miedo lo que sienten por esa mujer; lo que sí por fortuna mía, es un hecho, que yo la utilizo hasta el punto de que, cuando llega el caso, me domestica con una sola mirada al siervo más rebelde. Suele a veces desaparecer de Villa-Caio donde habita con su padre, y nadie sabe a dónde va; pero a mí eso nada me importa ni me da cuidado.

—Ya que la dejasteis adquirir en el ánimo de vuestra "fàmilia„ tanta superioridad, no debéis, a mi entender, contrariarla. ¿No veis que de ahí puede resultar algún daño para vos?

—Conozco que estáis en lo cierto, y a lo adelante àndaré más precavido por lo que pueda suceder. Yo, a deciros verdad, estoy tan contrariado como ella y repugno interiormente separarla de su padre. ¿Como puedo evitarlo y qué remedio tengo para no hacerlo si prometí hacer traspaso de Caio a los venerables hermanos de Sámanos?

—¿A los de Sámanos?

Logia Independiente de Teósofos



—A los mismos, como vais a ver: Adquirió Caio en Spania y trajo de allí gran arte en el trato y cultivo de la viña, y más aún en lo concerniente a la fabricación del vino...

—Por eso, sin duda, lo tenéis tan superior.

—Así es. Las viñas exquisitas no se ven desde aquí. Bueno es este llano, mas no se presta para ellas; están río abajo en la cuesta de tras de la sierra, en la "villa„ que (48) compré con su "familia„ por buenos talentos de oro a los herederos de Hermiario, hermano del Obispo Odoario. La mandé murar y poner plantío en ella y le dí el nombre de Caio al que ordené que con su mujer e hijos pasase allí, sin importarme las protestas de la "familia„ que Odoario colocó en aquel sitio cuando empezó a poblarlo, aunque la dejé habitando también en el lugar, pero sugeta al mismo Caio. Lo innegable es que no hay en todos estos contornos otro suelo para viñas como aquél, ni otro siervo como éste que se dé tanta maña para sacarle provecho y utilidad y aumentar su valor.

—Y bien ¿cuál es el motivo y la razón del traspaso—le interrumpió Guesto al ver que por las trazas ya el buen hombre *daba en los broqueles* (50).

—A ello voy. Tiempo ha que el abad Argerico me indicaba sus deseos de que le cediese a mi siervo Caio, a lo que yo me hacía remolón y ponía oídos de mercader, y un día, al notar que no me daba por entendido, se decidió a proponerme, por medio de emisario, que se lo entregase a cambio de un caballo raudo y alfaraz (51) con sillín y freno de plata, por un manto lobuno y por un azor de color de perdiz. Estas ofertas os harán comprender lo mucho que apreciaba a mi siervo, y lo bien que me lo pagaba está a la vista,

Logia Independiente de Teósofos



aunque para mí la ganancia es lo de menos... Yo rehusé, no lo quería vender a ningún precio, y me disculpé como pude, alegando que no está en mi mano sacarlo de su "villa„, y que venderle ésta sería (52) *poner señorío extraño de arcas* y *mamoas adentro*. El bueno del abad no volvió a insistir. A poco tiempo enfermó una hija mía de una postema que la puso a las puertas de la muerte y yo dí en cavilar y en pensar de que podía ser castigo del cielo, y acudí a las oraciones de aquellos virtuosos y respetables hermanos e hice voto de entregarles al padre de Leodaka ya que ésta nada pudo conseguir con sus trabajos y cataplasmas de yerbas. Oyó el Señor las preces de aquellos píos varones, y ahora a mí me toca, en vista del milagro, cumplir, agradecido, mi promesa. De haber, pues, de perder al siervo de mi mayor estima, prefiero y pláceme hacer de él donación a los hermanos, y así quedaré perdonado delante de Dios y tendré más fácil entrada y relaciones más íntimas en el monasterio. Bien veis por lo dicho de cuántas dificultades ando rodeado en este negocio.

—A mi parecer no le veo salida ni cura. En ese convenio es la conciencia parte interesada y no acierto a darle disculpa por más que la rebusque... ¡Aguardad! ¡Una idea se me ocurre!... Dejad en paz a Caio hasta que manden por él los del monasterio.

—El caso es que ya les previne que lo llevaría hoy mismo.

—No importa. Eso queda de mi cuenta.

—¿Tenéis, a lo que veo, valimiento en Sámanos?

—Ninguno; pero como Argerico me distingue algún tanto con su amistad, intentaré con él que se acomode a que alguna que otra vez le prestéis a Caio

Logia Independiente de Teósofos



mientras les enseña el arte en que es tan apto. ¿Tendréis escrúpulo en pasar por esto?

—No, ciertamente. La dificultad estriba en que haya allí discípulo capaz de aprender y con la disposición natural que sólo Dios concede, pues no teniéndolo no hay enseñanza que valga, y la prueba está en que ni aún los mismos hijos de Caio han podido igualarle en su cometido. En cuanto a mí me vendría muy ancho que mi siervo, con tal de quedarme con él, fuese a Sámanos siempre y cuando placiese al abad y cuantas veces lo mandase; que a mí, claro es, más me conviene eso que deshacerme de Caio, por más que algo me estorbe no poder contar siempre con él. ¿Y el voto?

—Pueden absolveros los mismos hermanos de su cumplimiento.

—Si tal consiguieseis, siempre y mucho más me tendrías obligadísimo deudor vuestro.

—Convenido está. Si de aquí a dos días no recibieseis recado negativo del abad, seguro podéis estar de haber sido relevado de vuestra votiva promesa. Y ahora, a la paz de Dios y El os mantenga, honrado Donani, que yo debo ya sin más demora, seguir mi camino de Sámanos.

—Venid primero a probar el vino.

—Para la vuelta queda. Vos ahora no perdáis tiempo y acudid pronto a sosegar aquella gente.

A ella volvieron ambos.

—Caio—dijo el presor—ya puedes retirarte enhorabuena, que no partirás ni hoy ni mañana, ni tal vez nunca, y si tal sucede se lo debes, Leodaka, a este caballero, que va a pedir por nosotros.

—¡Oh, gentil caballero—dijo ésta arrodillándose

Logia Independiente de Teósofos



ante el trovador—en el corazón de la pobre sierva se grabó tu imagen y no se borrará jamás, y aunque viva cien años, su cuerpo se consuma y se arrugue está cara como se encogen y se secan las hojas en el otoño; aquí—señalando al seno—se conservará viva y fresca hasta la vida de la eternidad. Quien como tú escucha y atiende los lamentos de los humildes y cautivos de la desgracia, debe ser un ángel de bondad disfrazado con hábito de hombre. ¡Dios te bendiga!

La joven que en sus hermosos ojos humedecidos por las lágrimas y fijos en su defensor, le daba testimonio elocuente de su ternura y cariño, se parecía á la graciosa y ligera hada por la voluptuosidad de su cuerpo y la natural gentileza y donaire de su postura y ademán.

—¿Quién no se apiadaría de tan preciosa y linda criatura—respondió el mancebo, animándola á la vez con amable sonrisa y acariciando, inclinado, con leve y alhagadora mano los suaves rizos de su hermosa cabellera.—¡Ten fe, confía en Dios, Leodaka, y que El te conserve siempre tan encantadora y bella!

Hizo Guesto a Donani señal de despedida, espoleó el caballo, y, atravesando el río, siguió a galope hasta tornar a vadearlo más abajo y perderse de vista a los pocos minutos por los recodos que hacía el camino en la subida de los oteros.

Entonces el presor se retiró despacio a su casa y comenzó a disolverse la reunión.

Aún se demoraban los más reacios cuando vieron de pronto un perro que atravesaba el río.

He ahí el loco de Subrego que viene acercándose—dijo uno.

En efecto, el perro era Alpe. Tras él por el mismo

Logia Independiente de Teósofos



camino y en sentido contrario al que Guesto acababa de tomar, apareció nuestro conocido Octavio, y a los pocos momentos se reunió al grupo de rezagados.

Era de baja estatura, pero membrudo. Representaba unos cuarenta años de edad. Su semblante, aunque duro y severo, no era repulsivo y sí todo lo contrario, pues llamaba la atención en él lo mucho que se separaba de lo vulgar, cualidad esta que nos atrae como atrae la fuerza y virtud del magnetismo. En medio de su despejada frente se notaba a simple vista una gruesa vena que subía bifurcando hasta perderse en las espesuras de su cabello negro, corto y muy poblado. Su naríz aguileña, era prominente y ancha en su dorso; la boca, regular y de labios apretados, delgados y finos; sus ojos castaños y muy hundidos brillaban con dudosa luz debajo de la sombra de sus espesas cejas. Por poco seductora que fuese la expresión de su ancha cara, la fisonomía en conjunto no era de aquellas que pasan desapercibidas y fácilmente oculta la multitud o sume la turba.

—¿Qué te trae por aquí tan temprano hombre de las bufonadas y sandeces?

Alguien chacoteándose le dió así la bienvenida, mientras otros acogían también al molinero con dicharachos y gestos burlescos y zumbones. Calo y unos pocos no tomaron parte en esta jocosa manifestación, destituídos no obstante, de intencionada malevolencia.

El molinero les correspondió con una risilla de fingida innocencia y unas cuantas grotescas muecas que afearon su rostro y provocaron las cărcajadas de los circunstantes, a los que dijo:

—Gasté la noche en la sierra, vengo dèl Monte Agudo y voy a Subrego.

Logia Independiente de Teósofos



Los del grupo le preguntaron:

—¿A qué fuiste?

—A ver caer las bendiciones del sol en Pico Pájaro; pero las recibió Peña Redonda.

—¡Uy!—dijo uno—El Pico casó con la Peña y, rogado tú, acudiste a la boda, y fuíste a parar más lejos... ¿No es así?

—Eso lo dices tú, amigo mío, que yo no te dí ese rumbo—replicó riéndose.—La verdad es que mañana madrugaré en la Peña. Si quieres ver, mira, y verás más claro; y añadirte he que bien pudiera ser que veamos en breve parado de noche el sol en el tope de muchas cumbres que no llegan tan alto como Monte Agudo o Peña Redonda...

—¡Oh, trapacero arrapiezo! ¿Veremos tal vez el sol de noche?

—Así lo espero. El sol hará muchos soles y cada uno de éstos hará claridad de las tinieblas y tendremos noche-día como ya se vió día-noche—volvió a replicar el de Subrego, aludiendo a cierto eclipse de sol que había quedado en la memoria de aquellas gentes, y continuó:—Esto es ni más ni menos lo que soñé en la cocina del Agudo.

—De cara a la luna dormiste sin duda en aquel alto, y por lo mismo queremos que nos cuentes cómo vino esa luna a posarse en tu nariz.

—Buen sitio tendría aquí, que la penca no es tan chica—contestó Octavio, refregándose burlesco aquella prominencia de su cara, y continuó:—No acabé todavía, ¡oigan!: Vi los cabezos y son muchos, en que han de asomar las parcelas del sol. Deben morir; pero antes que se apague su último destello, asomará otro sol que jamás ha de ponerse. Acordaos de lo que hoy os digo.

Logia Independiente de Teósofos



—¿Quieres saber lo que saco en limpio de todo lo que nos cuentas? Que, según eso, además de un sol como el de ahora, tendremos en ese que permanece sin ocultarse, un nuevo trabajo, sin el descanso que con este, que sale y se pone, nos envía Dios. ¡Muchas gracias por el regalo!

—¡Descanse!—dijo otro de los del corro.—¡Voto a mil diablos con el buen descanso que tenemos a merced de esos que a más de aporrearnos, nos venden como a bestias. ¡Lástima fué que no llegases un poco antes por si alguien que sólo escapó por un tris te lo agradecía!

—¿Qué nuevas hay?—preguntó el molinero—¿Maldijo alguno de su amo o robó en su huerta? ¿le zurraron por eso la badana o le midieron las costillas? ¿eh?

—Llevó y llevó de firme—le contestaron.

—¡Bien hecho!, que no maldijese y sobre todo que no robase; que de esas hay, para quien se quiera divertir, que dan más grano y menos mondas.

—Pregunta a Caio si le gustó la fiesta.

El padre de Leodaka le contó entonces lo que le acababa de suceder.

—¿No hallàs que la historia tuvo mal desenlace?

Esto preguntó el mismo que había iniciado la conversación. Después aproximándose a Caio, gesticulaba y le escarnecía con cierto aire de remedo teatral, y sin dejar de mirar también a Octavio, prosiguió:

—¡Oh Caio zurrado, Caio vil y mísero siervo! Eres en gusarapo, una hormigueja; Dios Nuestro Señor estampó en tí el ferrete de la ignominia y fulminote con su maldición. ¿A qué quejarse la sabandija de que la pisen y estrujen, si hasta el buey

Logia Independiente de Teósofos



y el caballo, que, comparados con ella, son unos jigantes, llevan yugo o cuévanos, y sendos pinchazos de ahijada y duros golpes y sendos latigazos?... Una voz me sopla en el oído y me habla muchas y grandes cosas que no veo ni entiendo. Escuchémosla: "Tu quiñón, siervo, lo constituyen los dolores y las penas; el gozo y el placer te son extraños y a tu amo pertenecen... En vivar se soterra el conejo, y más valiente la liebre duerme al rocío bajo las estrellas del cielo; el siervo nace desnudo de plumas como nace el pichón, y el amo nace vestido y adornado con ellas cada hombre está, como cada bicho viviente, destinado para aquello a que Dios le crió: Dios sabe lo que hace...

—¡Sí, Dios sabe lo que hace!—bramó Octavio con voz tan rígida, tan siniestro mirar y con vehemencia tanta, que se sobresaltaron casi todos los oyentes—; cierto que hace Dios con una sola mirada, cuanto le parece y quiere. Muchas de sus obras caen fuera del alcance de la vista del cuerpo y quien no tenga la del espíritu no las verá ni las conocerá hasta que llegue el tiempo... Mas... ¡Adiós! Quiero descansar si no me lo negáis, y la señal de que me lo permitís será que os retiréis y me dejéis a solas con Caio.

En esto fué a sentarse bajo un árbol a corta distancia.

—¡Válgame Dios, qué furioso viene hoy el alocado! Nunca le he visto así ni imaginé verle.

Así habló el que al llegar se había chacoteado de Octavio, al retirarse con los demás también admirados de la súbita mudanza operada en el molinero.

Caio, después de algunos minutos de conversa-

Logia Independiente de Teósofos



ción con el siervo de Subrego, se despidió y dirigió a las cabañas seguido de su hija, que había estado esperándolo. Esta se paró al oir que llamaba Octavio.

—No te vayas, Leodaka; ven aquí a sentarte a mi lado.

Se mostró poco dispuesta a complacerle; pero obediente a una indicación de su padre, hubo de acceder a la nueva súplica del molinero y se detuvo.

—Acabo de estar en Villa-Caio y supe allí por tu hermano Marco que habían venido de madrugada a llamar a tu padre de orden de Donani, sin que estuviese al tanto del objeto, y que tú le habías acompañado. Yo acá vine para hablar con vosotros.

—¿Qué me quieres? Conozco que te trae alguna novedad por la de tus modales hace poco.

—Tienes que acogerte al monte.

—¿Para qué, y cuándo?—preguntó la joven con cierto tedio.

—Esta misma noche.

—¡Oh, no puede ser! Aún esta misma luna nueva estuvimos allí.

—Yo no estuve.

—¡Ya! Si nunca allá vas, nada me extraña que tampoco fueses esa noche.

—De esta vez iré, y hā de sèr hoy precisamente.

—¿Por qué? ¿qué tenemos de nuevo? Nada me dijiste.

—Allí lo sabrás.

—¿Quieres acabar conmigo? ¿no consideras que apenas me hallo aún repuesta del afán de la otra noche?

—La debilidad y la flaqueza de tu cuerpo halla compensación en la fortaleza de tu alma.

Logia Independiente de Teósofos



—¡De mi alma!... ¿Por qué no dices mejor, del poder oculto que se apodera de ella? Mal sabes tú cuánto me hace sufrir esa sujeción y cuanto, al volver en mí, aborrezco ese poder que en aquella situación me domina.

—Esa sujeción te sirve para escapar de otra peor, cual es la que a nosotros nos oprime. Dime, hija mía, si es cosa de tenerse en poco el respeto y el amor que todos nuestros hermanos te profesan. ¿No te sientes orgullosa y feliz, no te sientes reina cuando en la sierra, a la hora en que los poderosos duermen, te hallas en medio de los nuestros que, a fuer de suplicantes, ponen en tí sus ojos y su esperanza, escuchan tu palabra consoladora y recurren a tu arte para encontrar remedio y lenitivo a sus males y dolencias? Dime, Leodaka, ¿hay ventura cual la que tu alcanzas a tales horas como no sea la de la libertad y del amor?

—Pregunta al águila lo que vé en el sol cuando al volar por los espacios fija los ojos en él; pregúntale cuál es el resplandor y cuáles son los secretos que percibe y no sabrá decírtelo; pues yo tampoco te puedo contar lo que siento en mí ni lo que veo en aquellas horas. Soy otra muy distinta de lo que soy ahora. Entonces se me avivan las fuerzas del alma, que leve y ligera sube cual sube la llama de la hoguera en que el cáñamo arde, cual suben las hebras del azafrán y el aroma del vizco y el muérdago que aspiro bajo el frondoso arbolado... Entonces se me duplica la vista y veo tales cosas... ¡y las veo tan claro!... ¡tan claro!... Después vuelven las tinieblas... y después... ¡la fatiga, el cansancio....! ¿Quién me da aquella fuerza, aquel poder? ¿De dónde viene

Logia Independiente de Teósofos



la fe que sé tiene en mí cuando me hallo en aquella situación?

No eran preguntas formales, ni las hacía dirigiéndose a otro; eran pensamientos que consigo mismo platicaba. Su compañero, no obstante, respondió como si él fuese el interrogado:

—Hija: es porque en aquellos instantes te hallas inspirada y eres escogido instrumento para alivio de los que padecen, y la virtud de tus remedios tiene muchos testigos; es porque cuando se eleva tu espíritu a las alturas para otros inacesibles, revelas la esperanza en lo futuro. En suma, tal es la voluntad de....

—¡Del demonio!—dijo ella estremeciéndose.

—De Dios iba a decir; pero si así no es, y el otro nos proteje, venga su auxilio, que a mi me es igual venga de donde viniere, pues como las uvas estén en sazón y sepan bien, nada me importa que la viña, si quiere, extienda sus raíces hasta el fuego del infierno.

—¡Ah, Octavio, a dónde me has conducido!—dijo la joven con voz temblorosa, jadeante y cansada y cubriéndosela el rostro de visible palidez.

—Culpemos a nuestros hados—respondió Octavio, que continuó.—Oprimidos siempre nosotros por los señores de la tierra y con mano y pie más duros desde que en días de Aurelio se malogró la sublevación, mirados de sobre ojo hasta por aquellos que a sí mismos se llaman siervos de Dios y a su vez parece habernos también desamparado ¿qué maravilla es que, considerándenos abandonados hasta del Altísimo, nos acojamos al abrigo de otros, al parecer, más benignos poderes?

Logia Independiente de Teósofos



La sierva, inclinada la cabeza sobre el suspiró triste y abatida, como quien resignada, asiente a todo.

—Sabrás—prosiguió el molinero—que no iremos a Peña Redonda y que ha de ser más largo nuestro viaje. Iremos a Pico Pájaro en el Seixo da Cruz.

—Estoy quebrantadísima; déjalo—respondió con el hastío del enfado—para otra noche.

No insistas más, Leodaka; el caso no sufre demora; pequeño ha de ser tu sacrificio y cansancio, porque si Dios quiere no has de volver a San Pedro.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo digo por ahora, que me den reclamos y acudirán los pájaros. Ya verás cómo cantan conmigo.

—¿En qué piensas, Octavio? ¿Qué proyectas? ¿Qué pretende hacer el alocado de Subrego?

—¡Sobre eso ni tus ni mus! ¡Sogiégate, hija mía! Cuando la manzana esté madura, cójanla antes que se pudra. Con tu padre ya me entendí para las cosas de por acá.

Hubo una pausa. La expresión habitualmente dura del molinero, cuando no sufría el ataque de la alegría de los ineptos, se resolvió en blanda sonrisa acompañada de la ternura que aparecía como grabada en sus ojos de un modo significativo. Este inusitado aspecto le metamorfoseó y convirtió en otro hombre a la manera que los ásperos, desnudos y abruptos cabezos, se trasforman en oteros risueños y apacibles al vestirse de césped y adornarse de frondosa arboleda.

Octavio no había proferido nunca a la hija de Selima una sola palabra que pudiera revelarle la intensa pasión que en su interior ardía; pero ella no era la primera vez que lo vió así trasmutado, ni ahora

Logia Independiente de Teósofos



tampoco dejó de reparar en la manera peregrina e insistente con que la miraba.

—¡Bien está, Octavio! Se hará tu voluntad—le dijo friamente, y se levantó.

El molinero no hizo ademán alguno para detenerla, y, poniéndose en pie, se limitó a decirla:

—¡Confío, pues en tí, Leodaka! ¡Hasta luego!

Hizo ésta una señal de asentimiento y se retiró. El molinero de San Miguel, después de contemplar algunos momentos la airosa marcha de la hermosa sierva, se volvió, atravesó el río y se dirigió a la izquierda seguido de Alpe.

Logia Independiente de Teósofos

# X

# EL AMONTADO

E olhando viu vir um grande usso.

Bernardim Ribeiro
(Menina e moça).

Las faldas occidentales de Pico Pájaro hasta Valle-Escuro, caen en muy abrupto descenso, tornándose después menos escabroso con descansos y quebradas dé algunas pequeñas llanuras, hondonadas o vallecillos, de los que son los tres mayores contando de arriba abajo: Fonte dos Cervos, Seixo y Cavana. Si dividiésemos esa amplísima cuesta en seis partes iguales, quedarían estas tres llanuras en la segunda zona inferior.

El Seixo difiere de los otros dos sitios, no por su mayor área, sino por su configuración que se asemeja bastante a un tejado angular invertido con inclinación más suave a uno de sus lados, el de la parte del Abezul, al largo de cuyas raíces corre en declive este vallecillo, revistiendo la forma bien marcada de thalweg. Su extremo inferior, que acaba en una especie de natural terrado o terraplén de superficie también cóncava, aunque de nivel más elevado, está asentado sobre el alcantil de Susfurado a que nos hemos referido en el capítulo I. Cerca del otro extremo y al lado opuesto de las faldas del Abezul, corre casi a mitad de su largo un como paredón de roca viva y de altura que varía de ocho a diez metros.

En el tiempo de que tratamos había, en la mitad de

Logia Independiente de Teósofos



la bajada, al lado del thalweg, una piedra sin labrar de seis palmos de largo por tres de ancho y uno de alto, y sobrepuesto en ella una cruz de tosca fábrica y también de granito. De ahí el nombre popular que se daba al sitio: "Seixo da Cruz„.

Casi al cerrar el mismo día en que tuvieron lugar los incidentes que se acaban de referir, vamos a encontrar sentado a Savarigo sobre aquel paredón de rocas. El disco del sol había perdido su brillo radiante de bruñido oro y, encogiendo sus rayos, se envolvía en un manto de fuego que difundía claridad multicolor por los confines de su próximo ocaso.

El siervo del fisco tenía la cara vuelta al poniente y la actitud de observar aquel disco amortecido que parecía desprenderse sobre la cumbre de la sierra Miranda, línea del horizonte desde donde venía a reflejarse en las copas del basto arbolado que cerraba la garganta del Folgoso. Tal vez el apasionado mancebo dirigía entonces sus pensamientos y también su vista a la cárcel de Mariame, al propio Castro que, aunque invisible desde allí, dejaba aparecer la cúspide de la gran torre un poco más abajo a la derecha por cima del boscaje vestido de escarpas o terreras que atravesaban la ladera por su base desde la sierra de Ferreiros a la Ribanceira. Así se explican los hondos suspiros que de cuando en cuando exhalaba de su pecho y la acerba expresión de dolor y sobresalto que sombreaba su semblante.

Absorto así un buen rato en ese inquieto meditar del hombre atrabiliario, oyó de repente tras de sí un extraño ruído que le hizo volver la cabeza. ¡Cuál no fué su espanto al ver a obra de unos cincuenta pasos un enorme oso que habiendo trepado por los peñascos, venía derecho a él!

Logia Independiente de Teósofos



Aunque traía navaja en faja y varapalo en mano no le pasó por mientes hacer rostro a la fiera, y lo que hizo en un volver de ojos fué echar a correr a uno de los árboles más inmediatos.

El oso, bramando espantosamente, se lanzó rápido con ímpetu terrible sobre el despavorido siervo. Este, ya por instinto, inteligencia experta, conocimiento práctico o lo que fuese, en vez de bajar el paredón para después trepar al árbol, se tiró sin vacilar al espacio que se abría delante de sí y con tanto acierto o tanta fortuna que sus manos fueron a apretar una de las gruesas ramas.

Izar el cuerpo colgado hasta conseguir asiento fué obra de un instante para el robusto mozo. Sólo entonces, jadeante, anhelante y aterrorizado, se atrevió a mirar atento al enemigo, y vió con asombro cuán a pique estuvo de caer bajo sus uñas, pues el bruto ya estaba a la orilla del paredón, doblado sobre sí con manos y pies juntos en posición de saltar. No llegó a ponerlo en práctica, que más fácil es a la inteligencia el errar que al instinto, cuyo gobierno, dentro del reducido campo de su acción, es, en el apuro, más cierto y acertado. Bien lo había previsto el rabadán, que, viéndose ya fuera de peligro, dió de mano al recelo.

El oso andaba a uno y otro lado, ora midiendo con ojos que rebosaban ira el hondo y ancho espacio que mediaba entre él y el árbol, ora clavando la vista con furor imponente en el resguardado mancebo. Después, sentándose le pasó la saña y restregaba las manos, sacudía la cabeza y abría la boca con ademanes más propios de resignado filósofo que de ceguera brutal. Así parecía, en efecto, tanto que Sabarigo se entretenía en

Logia Independiente de Teósofos



hacerle señas con ademanes de gracejo y dirigirle palabras de divertido entremés.

Poco tiempo duró este episodio. Dió la fiera dos horrísonos bramidos que se prolongaron por las quebradas, se levantó de súpito, giró sobre sí misma y descendió por donde había subido. Al tocar el llano se dirigió a paso acelerado en dirección al árbol en busca del rabadán.

El amontado siervo, conocedor de los hábitos de estos animales, previó el conflicto que entre él y el obstinado oso iba a entablarse y previó también que éste no desistiría del ataque. En efecto, al llegar la fiera al pie del tronco, que tendría unos cinco palmos de diámetro, le apretó entre sus pujantes brazos y sirviéndose de las patas traseras como de apoyo, comenzó a subir por él con seguridad y confianza de mal agüero.

En el semblante de Sabarigo no se veía ningún signo de perturbación ni aturdimiento. El progreso que a escala vista (permítase en este caso el uso de la expresión) hacía el enemigo en su asalto no consentía demora en prepararse para el decisivo momento, por lo que, corriéndose el siervo de bruces sobre pies y manos por la rama en que estaba, al tocar el tronco trepó por él arriba ligero cual la gineta y se encaramó e hizo firme en otra rama superior dos órdenes a más altura de la que había ocupado.

Entonces toma la navaja, la abre y la coloca entre los dientes, desciñe su faja de piel o cuero sin curtir y da tres vueltas de largo descontados el nudo y los extremos, y asegaró uno de éstos en la parte media de la rama. Hecho esto, descendió de prisa descolgándose por la misma faja hasta la otra rama que estaba inmediatamente debajo de la anterior y tomó asiento en

Logia Independiente de Teósofos



ella, teniendo sujeto entre las manos el otro extremo del ceñidor.

A este tiempo ya tocaba el oso con la cabeza en la rama que sostenía a Sabarigo, y mal terminaba éste de tomar su posición cuando se vió frente a frente del feroz bruto.

Bajo tan excesivo peso comenzó la rama a dar dudosos balanceos y el prudente oso a moderar el ímpetu que traía. El siervo reculó un poco, y el enemigo dió algunos pasos adelante y con tal cuidadosa lentitud que parecía calcular el peso de cada uno. Tornó el joven a retroceder y se paró donde la rama se bifurcaba y perdía mucho de su grosor. Esta ya se encorvaba como un arco, El oso dudó y miró hacia bajo como quien recela; después encaró la presa que tenía tan a uñas, y, por fin, soltando unos gruñidos sonoros se adelantó otros dos pasos...; uno más le ponía al alcance del novio de Mariame. Mas este, que había conservado hasta allí un silencio sepulcral, dió ahora un grito de desafío y se apartó rápido y retiró a una de las ramillas a que había llegado. Oyóse un estallido y a la vez se sentía que la rama daba de si. El oso, acobardado de veras, hizo un movimiento para retroceder; era tarde: el estallido se repitió con estruendo... se partió la rama, y fué precipitada la fiera a más de quince metros de profundidad. Entretanto Sabarigo se balanceaba en el aire suspendido en la faja.

Subir por ésta y descender por el árbol abajo fué para él un esfuerzo de pronta y fácil ejecución.

El animal yacía en el suelo pedregoso y se agitaba convulso, deshaciéndose en quejumbrosos bramidos arrancados por el dolor. Tan maltrecho quedó de la caída y tan imposibilitado para erguirse que fué tarea

Logia Independiente de Teósofos



muy fácil al rabadán rematarlo del todo, hundiéndole la navaja en el pecho.

Examinó entonces con atencióu el cuerpo del vencido y comenzó la operación de cortarle las manos y arrancarle la piel.

—¡Já! ¡já!—decía jocosamente al compás que operaba con la navaja—¡ah! ¡ah!, amigo oso, pensabas ponerme las uñas encima y darme uno de esos tus amorosos abrazos que sofocan al que los recibe... ¿eh? Ahora, yo soy el que te voy a descepar las manos, no para el señor de la tierra (54), que de esta vez no sé las pagaré, sino para asarlas en el fuego y, mojadas en miel, comérmelas a mi gusto. De aquí a tres días he de dormirme sobre tu piel.

—No, Sabarigo, no será así; dormirás en mejor cama—le respondió una voz, al paso que le caía en el hombro el peso de una mano, al pronto desconocida por el rabadán.

Volvió la cara y se halló en presencia de Octavio.

Logia Independiente de Teósofos

## XI

# SEMPRONIO

> Quão facil he ao corpo a sepultura:
> quaesquer ondas do mar, quaesquer outeiros
> estraños, assi mesmo como aos mossos,
> receberão de todo o illustre os ossos.
>
> Camoes
> (Lusiadas).

Dos horas más tarde ya estaba aquél yermo poblado de muchos hombres de la clase servil, provistos todos de diversos instrumentos caseros o de labranza que se adaptaban lo mismo para ser utilizados en las faenas agrícolas y trabajo manual, que como arma de guerra. Llegaron en varios y separados grupos acompañados cada uno de su respectivo guía. En el momento que los presentamos formaban un desordenado numeroso conjunto situado en frente y por bajo del paredón de la roca desde donde Sabarigo les dirigía la palabra:

—Y sucedió—dijo al terminar su discurso—que en el mismo momento en que el siervo de Dios iba a echarnos las bendiciones nupciales, me fué arrebatada la novia por Ranemiro el sayón, desalmado carcelero convertido en alcahuete, para llevarla de barragana al conde Froya.

A la manera que en medio de una procelosa tormenta al suspenderse momentáneamente el silbido del viento revientan con furia los borrascosos turbiones,

Logia Independiente de Teósofos



que parece suenan a un tiempo desde todos los lados del horizonte, así prorrumpió en una tempestad de improperios aquella reunión de siervos soliviantados por la narración del desposado de Mariame.

—¿Hasta cuándo, compañeros de infortunio, hemos de sufrir tales malos tratos y ultrajes?—continuó Sabarigo animado a ello por la simpática acogida del auditorio.—No se hartan los poderosos de molernos a palos y tajarnos las costillas con el zurriago, ni de llevar en quiñón lo que bien les place, ni de separarnos del terruño natal y de nuestros hijos, como hoy mismo iban a hacerlo con Caio, según acabáis de oir; sino que aún quieren más:... quieren robarnos nuestras propias mujeres, nuestras novias para gozar a su antojo cual si fueran ganado de sus alquerías... ¡Oh, siervos! ¿Seremos nosotros más flojos y cobardes que la perdiz que, a pesar de su timidez, se tira al hocico del perro, cuando éste se llega a la nidada? ¡No, míseros camaradas no suframos ni aguentemos mas tanta tiranía, y hagamos un esfuerzo supremo como lo hace aquella ave que, dentro de su debilidad, nos da tal ejemplo de fortaleza! Seamos osos y jabalíes que hasta la muerte defienden a sus hijos. Formemos apretado enjambre como lo forman las abejas cuando la babosa les invade la colmena de donde nunca vuelve a salir; pues allí la matan y allí la guardan, ya que no se pudre, embalsamada en miel. ¡Matemos a nuestros tiranos, y a éstos que se le pudran los cuerpos y sean pasto de los buitres! ¡Venganza oh siervos! ¡Venganza y aforria!

El grito fué correspondido por una gran parte de la asamblea, no por toda, que algunos de los siervos dieron muestras de desaprobación. El más conspícuo

Logia Independiente de Teósofos



de estos era un hombre de gigantesca estatura que estaba junto al paredón por bajo de Sabarigo.

—Ten paciencia, hombre, y no siembres la miés en suelo ajeno. Quien nos aplazó para esta noche fué la hija de Selima y ella sabrá por qué y solamente de ella querèmos saberlo. Aguardemos a que venga, que no debe tardar.

—Tienes razón, Gonzàrri, —respondió sumisamente el siervo del fisco —No me pertenece proponer, solamente seguir. En la hija de Selima está nuestro remedio.

—¡Leodaka, Leodaka!

—¡Venga nuestra protectora, nuestro amparo!

—¡Cuánto tarda esa tortolilla de Dios, esa golondrina de los oprimidos!

—Es nuestra; nuestra es, y no por inmigración!

Continuaban los clamores de los circunstantes. A poco rato se les oyó gritar:

—¡Allí está!... ¡Aquí viene nuestro ángel!

Al dorso de los roquedos asomó la esbelta figura de la sierva de San Pedro y se detuvo inmóvil un instante. Los rayos de la Luna la daban de lleno en el rostro y comunicaban a su tez una palidez suave, que, si no fuese por la profunda tristeza reflejada en su semblante que la privaba del propio risueño aspecto del celeste mensajero, pudiérase sospechar que en verdad era lo que acababa de anunciar la exclamación última.

Misterioso recogimiento se apoderó de todos. Uno sólo se atrevió a interrumpir el repentino silencio en que habían quedado los allí presentes y fué Sabarigo.

—¡Oh tú, que sabes escudriñar con la vista las cosas más ocultas, tú que con el licor de las plantas ci-

Logia Independiente de Teósofos



catrizas las heridas, mueves la ajena voluntad, ablandas o embraveces el corazón de los hombres; tú de quien no huyen las aves que tu paciencia sabe domesticar y arrancarles sus secretos; tú que dispones de un poder que Dios negó a sus mismos ministros; tú la escogida del ángel bueno:... protéjenos! ¡Te pido auxilio en mi tribulación, en mi desgracia!

—En la niebla se oculta la estrella. Cuando cae de las nubes—respondióle Leodaka—el llanto de los ángeles no canta el pajarillo. Durante el sueño los ojos no ven, los oídos no perciben la armonía de las canciones, en la lengua no hay sabor, y la carne queda insensible porque el espíritu conduce consigo la vida hasta muy cerca de Dios, quien manda el sopor al cuerpo para que éste no desfallezca ni sienta el hambre. Me hallo ahora cual la serpiente cuando los copos blanquean el suelo: helada, entorpecida, inerte y con la vista apagada y mortecina. Así lo quiere hoy la misma mano que en otras ocasiones me da alientos y ahora me oprime y enerva. En *mí* no hay salvación para la novia, nada en *mí* puedes esperar.

—¿Conque—¡oh hija de Selima!—nos abandonas en tamaño apuro? ¿No tienes algún brevaje—preguntó uno de los del corro—que adormezca a Freya Gutherez y le haga mudar de voluntad?

—No hay brevaje,—protestó Sabarigo—ni cosa que lo valga, ya lo veis, en caso como éste. ¡Creí que hallaría en Leodaka mejor ayuda y consejo!

—Para daros precisamente consejo, que para más ya os dije, no tengo hoy fuerza ni poder, aplacé esta noche. En lo descampado oye a lo lejos el perro vigilante, en lo agreste su oído se debilita. En las orillas de la floresta viven las fieras y las serpientes y viven

Logia Independiente de Teósofos



también rebaños de onagros y venados: lo que mata y lo que huye; en sus profundidades reinan la soledad y el silencio, pues por temor nadie las habita ni transita por ellas. Yo estoy allí en las mayores espesuras y nada oigo ni puedo oir, y bien sabéis que sólo oyendo yo y siendo oída, hallaréis remedio en mí. Hoy, vuestro auxilio está en otro.

—¿Hay hombre o mujer—preguntó alguien—que tenga más poder que tú?

—Hay un hombre, muy conocido de todos vosotros y que, a pesar de esto, vosotros mismos no conocéis bien todavía. Esperando siempre que llegase este día precursor de otros mejores, hizo como la zorra, que se esconde, engaña y hace perder la pista; pero al obrar así, no le impulsó como a este astuto animal le impulsa, propia y natural inclinación a la maldad...: en él no fué malignidad, fué caso de artificio que le fué enseñado a poner para bien vuestro por...; por aquel que aún vive en la memoria de los siervos y cuyo nombre repiten las madres a los hijos....

—¡Sempronio! ¡Sempronio!

—El mismo.

—¿Murió o aún vive, como algunos creen?

—Eso tan sólo puede decíroslo aquel que conoce el secreto, el secreto de tan grande hombre al que tuvo por maestro.

—¿Quién es? ¡Nómbralo, nómbralo—se oía gritar por todos lados a la multitud!

—¡Dilo, dilo!

La joven, extendiendo el brazo y apuntando con la diestra mano al interior del Seixo respondió:

—Allá, al pie de la cruz, está el que puede y quiere ser vuestro auxiliador. Cuando le hayáis escuchado,

Logia Independiente de Teósofos



no desconfiéis de él, ni de lo que os diga; acordaos de lo que me oísteis. Hay pedazo de hombre que por su arrogancia siniestra y aspecto bravucón causa espanto y pavor a quien de improviso aparece, y que no obstante es, mirado con detenimiento, como la luciérnega vista al sol, pobre e inofensivo gusanillo; el de ahora no es así, es todo lo contrario, y a este gusano lo veréis pronto trasformar en hombre de prez que os dará luz de noche y luz de día. Atended bien a lo que tenga a bien deciros... ¡Adios, hermanos; fe y buen ánimo!

Desapareció Leodaka por el otro lado del paredón. Guiada por Gonzarri fué la turba, andando siempre ceñida a las rocas hasta llegar al extremo superior de ellas, y entonces, rodeándolas, siguió hacia abajo. Ya muy cerca del Seixo da Cruz, exclamó uno de los de delante.

—¡El molinero de Subrego! —y añadió otro: —¡El alocado!... ¡Qué quisicosa venimos a encontrar!

Se oyeron sordos y coléricos ladridos. Octavio estaba recostado sobre la piedra con su perro al lado, y descanzaba su brazo derecho sobre el dorso del animal.

Otro siervo de los de la turba dijo despreciativamente:

—Este avechucho no puede ser la persona de quien Leodaka nos acaba de hablar. Para cosa que lo valga, ¿nos ha de servir el arrapiezo?

El fiero mastín hizo, al ver la chusma, un movimiento de arrojarse a ella.

—¡Quieto, Alpe! —gritó Octavio, agarrándole del pastorejo.

—Lo cierto que, cual Leodaks nos lo dijo, está al pie de la cruz; pero si en esto no hay engaño, o ella es la que se engaña o ella la que nos engaña.

Logia Independiente de Teósofos



—Leodaka no se engaña y menos engaña a nadie, que esto es ruindad—dijo Gonzarri, y, señalando al molinero añadió:—Este y no otro es nuestro hombre; yo lo afirmo y os aseguro que podéis echar a un lado vuestras dudas y recelos. Aunque es de noche ya llegó la hora en que veréis más claro: no hay sol, pero tendréis luz. Amigos: prestad oídos a este hombre, que parece loco y no lo fué nunca; y si así lo hacéis, lo veréis dar de sí tan buena cuenta que ninguno se irá sin bien quererle y prestarle la confianza que a todos nos debe merecer y ya merece a alguno de nosotros.

—Eso es verdad, yo lo confirmo—dijo uno al lado de Gonzarri.

—¡Y yo!... ¡Y yo!... ¡Y yo!

Fueron bastantes las voces que repetían estas exclamaciones; y entonces gritó la multitud:

—¡Pues que hable!... ¡¡Que hable!!

Significado así el asentimiento de la turba, se puso Octavio en pie y dijo:

—Compañeros y hermanos míos por el vínculo de la desgracia. Las maneras grotescas que extrañábais en mí, muchos con desprecio y algunos tal vez con odio, fueron la capa con que me cubría para ocultarme de los poderosos y ponerme al abrigo de la traición de los tibios y cobardes. Bien sabían esto, como veis, algunos de vosotros. Ya es tiempo que me descubra a todos; porque aquí sólo estáis reunidos los fuertes y los decididos a no sufrir más la opresión que nos martiriza, y únicamente a vosotros los valientes, se os ha reunido, según lo convenido con los que os condujeron a este lugar y cuyo convenio creo han cumplido exactamente. Mucho ha que se agitan nuestros hermanos bajo el peso de la tiranía, cual se agitan las

Logia Independiente de Teósofos



ramas de los pinos azotadas por el viento. Estas, cuando forman arbustos separados y aislados, se doblan y también a veces se desgajan; mas si forman un basto pinar, un solo cuerpo, resisten firmes los embates del furioso huracán: y nosotros, unidos todos, tampoco jamás inclinaremos la cerviz... Ya sabéis que a Caio el de San Pedro iban a convertirle en buey de feria y a separarlo y arrancarlo de su hija, vuestra Leodaka, ángel protector de cuantos gemimos en la servidumbre...

Una explosión de imprecaciones interrumpió al orador.

—Amén de esto, visteis arrebatada a la novia en presencia de su mismo padre, y conducida y arrastrada como yegua nueva al puesto del Castro...

—¡Venganza! ¡venganza!—rugió Sabarigo, como una fiera, apoyado por una nueva manifestación de la chusma, menos vigorosa y espontánea que la precedente.

—¿En qué villa, villar, heredad, degana o alquería de esta tierra, no se oyen plagas, maldiciones, sollozos y lamentos? Vemos que en todas partes, aunque poco, está labrando el fuego como lo está en las cuevas de los carboneros, y que solamente falta desahogarlo y darle salida para que estalle en llamaradas. En cuanto lleguen a estallar, haremos como los alacranes que heridos por el calor, se arrojan a lo más acceso de las llamas; y no nos arrojaremos como ellos, poseídos de rabia y desesperación a morir abrasados, ya que ese fuego no tendrá tal poder sobre nosotros y sí sobre los hombres de larga cabellera, a los cuales hemos de arrojar en él para cebarlo y alimentarlo con sus carnes. El Hijo de Dios se valió de la voz de los humildes

Logia Independiente de Teósofos



sacados de un pueblo el más mínimo, abatido y sujeto, y llevó al mundo entero tras de sí. Enseñanza es ésta de todos los predicadores... Vosotros sois los escogidos de Dios para llevar esta tierra a la aforria.

—Somos muy pequeños—indicó uno—para llegar a tan alto.

Octavio, recordando lo que al citar a Salomón, había oído a sus amos en algunos sermones, replicó:

—La mostaza es la más pequeña de las semillas, y, no obstante es el mostazo el gigante de los árabes.

Otro insistió:

—Aún somos pocos para tamaña obra.

—¿Pocos?—y el molinero continuó:—Sin las chispas no se enciendé el fuego, esto es verdad, y también lo es que si la leña está seca, basta una de aquéllas para inflamarlo. La leña está seca, sequísima, y la chispa no falta, lo que falta es la mano que la saque del pedernal. ¡Nos falta Sempronio!

—¡Ah de aquellos si él nos acudiese! Fué el tutor de los caballeros y presores.

—El matador de los fuertes.

—El alfange de los siervos.

Estos elogios salieron de la multitud, que a la vez gritaba:

—¡Venga! ¡Venga Sempronio!

—Si estuviese vivo, no aguardaba a que le llamásemos—dijo uno, y con acento de desdén y pesadumbre, continuó en voz alta:—¡Esperen sentados a que venga, que a buen seguro no vendrá!

—Tened fe, hermanos, que Sempronio no está lejos.

Muy diverso efecto produjeron en los de la chusma estas palabras de Octavio; pero prevalecía el del escarnio y la incredulidad; y muchos voceando decían:

Logia Independiente de Teósofos



—¡En lidia estamos con un rematado loco!

—¡Cuidado, amigos, que un loco hace ciento!

—De loco trafe, y bellacón es el aviso. Si nos guíamos por él iremos a caza con hurón muerto.

—Tal vez el arrapiezo se tenga a sí por el mismísimo Sempronio. ¡Tendría que ver!

Gonzarri, ceñando con la mano a la turba, gritó:

—Sosegaos, amigos; acordaos del consejo de Leodaka; dejadlo acabar.

—La garza hace de estaca cuando quiere, pero no engaña a los espertos—dijo el molinero.—Gonzarri, Caio, Alosto y sin duda algunos más entre vosotros vieron y conocieron en su tiempo al buen Sempronio y de él conservan grata memoria; mas lo que ninguno sabe es decir lo que aconteció a ese vuestro padre de tan gloriosa recordación. Eso lo sé yo sólamente, y la prueba es que, acostado en estos mis brazos, entró a dormir el último sueño.

Uno de los circunstantes observó:

—¿Ahora vienes con eso, y nos acabas de decir que estaba cerca?

—Cerca, sí, más no de los vivos. Diez y cuatro veces cayeron las hojas desde que Sempronio entregó el alma a Dios, el cuerpo a la tierra, y a mí, en depósito, la herencia para sus hijos. ¿Sabéis que herencia?... *La aforria...* Me prometió estar conmigo en el tiempo azaroso y lo cumplió, apareciéndoseme dos veces: la primera en días de Silo cuando la gente libre se alzó contra los hombres nuevos. Juzgué que aquella era buena ocasión de sacudir el yugo corriendo en auxilio de los sublevados. La liebre y la perdiz escapan a la vista por parecerse a la mata en el color y por eso no veía yo los peligros que veían otros ojos de vista más

Logia Independiente de Teósofos



penetrante que los míos, y entonces, cuando hice hincapié en llevar el hecho adelante, se me apareció Sempronio corajudo y airado y me dijo: ¡No arrastres mis hijos a la matanza! Aguarda el día de la victoria! ¡Desgraciado de mí y desgraciados los míos, si yo no hubiese obedecido al gran Sempronio! ¡Admiraos!... Seguidamente tuvo lugar la gran derrota, y las nieves de Cuperio se tiñeron de sangre. Pasaron años. No pasó la fe que, después de aquellas horas de triste recuerdo, había nacido en mí y que nunca sentí flaquear. Esperé. Hace tres noches, a la hora que las almas errantes suelen visitar a los parientes, a la hora de la *compaña* (56) sentí un estremecimiento en todo mi cuerpo; y luego asomó el bulto de Sempronio a modo de vapor esplendendente de luz, dejando más negras y obscuras las tinieblas que me envolvían... Llegó la hora, con el robo de la novia, me dijo la sombra y se sumió sin estruendo como relumbrón en noche del estío.

Al terminar Octavio esta narración se siguió un buen intervalo de silencio. En el auditorio hubo a poco quien se atrevió a interrumpirlo en tono de rechifla.

—¡Soñaba el ciego que veía!... ¿Quién responde de las visiones de un loco de atar?

—¡Aquí está quien responde! —dijo Sabarigo, que continuó: —Ahora sí que me doy cuenta de lo que le oí en la aceña la pasada noche y que en aquella ocasión sólo me pareció agüero y sueño. Me contestó, que ya le había sido anunciado el robo de la novia.

—Dudan aún, y no me maravilla... Dudó Santo Tomás hasta que puso el dedo en las llagas de Jesucristo... Si vieseis el cuerpo de Sempronio ¿dudaríais? ¿Qué diréis si os lo muestro?

Logia Independiente de Teósofos



Ahora no se atrevió nadie a nueva provocación. Los últimos vislumbres de la incredulidad, desaparecieron. De desprecio e irrisión no había ya señal.

Octavio indicó entonces con el dedo la losa en que estaba sobrepuesta la cruz, y dijo en tono solemne:

—¡AQUÍ YACE SEMPRONIO! Poneos todos en rueda, y vosotros todos los que alcanzásteis a ver vivo al capitán de los siervos, avanzad al frente.

El círculo se formó en medio de aquel sordo y contenido murmullo en que se mueven las grandes concurrencias, dominadas por la espectación de un acontecimiento extraordinario.

—Ayúdame, Gonzarri y tú también, Alvito, quë no estarás de más. Esta piedra pude antes ponerla yo solo; pero el tiempo suele ser unas veces destructor, y otras buen constructor de fuertes cimientos.

Era Gonzarri, como Octavio, siervo de San Miguel de Subrego, y Alvito lo era de una propiedad del conde Froya situada en la cuesta septentrional de la sierra de Ferreirós.

Octavio, ayudado de ambos, pudo dislocar la piedra, removerla y colocarla algunos palmos de donde se asentaba.

En lo que había quedado al descubierto no se veía más que arena fina de grano muy ténue que empezaron a tirar, formando con ella montón al lado de la cueva, y así continuaron trabajando hasta que vieron aparecer en breve en el fondo y al descubierto un cuerpo humano fajado con tiras de tela de lino, que despedía de sí un leve aromático olor.

—El tamaño—observó Gonzarri—me recuerda al del cid Sempronio.

—Era así—añadió Alvito—opulento como lo es éste.

Logia Independiente de Teósofos



—Vedlo aquí—confirmó el padre de Leodaka, que al lado de éste miraba por cima de los hombros de Octavio.—¡Está como si viviera!

El molinero, de rodillas, dió en este instante fin a su tarea de desplegar las vendas que envolvían el rostro del cadáver. Entonces exclamaron a un tiempo Alvito, Gonzarri y otros:

—¡Sempronio! ¡Cid Sempronio!

—¡Amigos!: muérame de mal ojo,—dijo Gonzarri —si lo que aquí vemos no es el mismísimo cuerpo del antiguo Cid.

Alvito, llorando y juntando su cara a la del muerto decía:

—¡Oh mi rico Sempronio, mi querido Sempronio!, tenía fe de verte en esta vida, mas no así en este sueño cuyo principio no se recuerda por ser de tanta duración.

—¡Cantad, cantad oh siervos; alegraos y danzad conmigo; festejad este día feliz en que vemos que los hombres que bajo sus caligas de hierro nos magullan, no tuvieron poder sobre nuestro amado Sempronio! ¡Cantemos, bailemos, saltemos llenos de gozo y placer—y el agigantado cosiervo de Subrego corría y cabriolaba como un insensato al redor del túmulo, atropellando, poseído de silvestre alegría, a cuantos le impedían el paso.

El contagio se difundió entre la chusma y puso toda la concurrencia en tumultuoso movimiento, siguiéndose una escena digna del pincel de un Rubens si no faltasen en ella las formas femeninas representadas únicamente por Leodaka, que, distanciada de la turbamulta, apenas si asistía como mera espectadora a tan ruidosa manifestación.

En medio del yermo casi hasta los topes y, digá-

Logia Independiente de Teósofos



moslo así, hasta las grímpolas de la sierra se agitaba a la claridad de la luna un mar de hombres semibárbaros, gritando, danzando, empujándose, codeándose, forcejando para ver las facciones de Sempronio que algunos habían conocido otros días y que los demás querían contemplar con igual fervor instigados por la aureola que cercaba la memoria del héroe de los siervos.

En la cueva abierta reinaba por el contrario la silenciosa inmovilidad de la muerte: veíanse en el muerto perfiles aún distintos, aunque apergaminados y acartonados por sueño de catorce años de inerte quietud. Era una cara de romanas facciones cuyo contorno visto de frente remembraba casi el cuadrado; su testa era baja, la nariz prominente y aguileña, la barba redonda y la boca grande.

Por el silencio y recogimiento que había precedido al acto de descubrir el cuerpo se tendría aquella escena por nocturno entierro de un mártir, cuyo cadáver acabasen los correligionarios de sustraer del cadalso en los primitivos días de las persecuciones de la Iglesia. Por el desorden y casi conflicto que le siguió se recordaría una bandada de gnomos agitándose en el azul pálido del lunar y profanando el remanso del cementerio ávidos de arrancarse unos a otros los restos de algún recién sepultado.

Al fin se restableció el orden.

Octavio era ya en aquella asamblea todo un personaje. La exhibición del despojo mortal del celebrado Sempronio fué de un prodigioso efecto en beneficio del que ya sin contestación era reputado por único depositario del testamento político, llamémosle así, dejado por aquel, según ellos, protomártir de la libertad.

Logia Independiente de Teósofos



En respuesta a preguntas que se le hicieron, les reveló Octavio lo que vamos a resumir:

Después de haber resistido Sempronio bastante tiempo a los esfuerzos que para debelar la sublevación de los siervos, hicieron los ricos imperantes y poderosos señores, cayó por fin en manos de éstos en la fatal ocasión en que seguido de insignificante escolta realizaba uno de sus descensos de la montaña al valle, ignorante, por culpa y descuido de los vigías y exploradores, de que hubiese próxima fuerza enemiga. Capturado el jefe, llegó pronto la rebelión a desastroso término. Destinado por Aurelio a sufrir ante sus compañeros en la derrota una muerte pública y ejemplar, encontró, por fortuna suya, medio de huir y ocultar en la sierra del Caurel, y una vez allí, anduvo errante de vericueto en vericueto, hasta que, no bien trascurridos dos años, murió en el algar o caverna que habitaba entonces no lejos del del Seixo. Mientras vivió así amortado, los únicos que lo sabían eran Selima y el narrador que ya constantemente le había acompañado en los últimos tiempos de sus triunfos y que después a menudo le excitaba, ganándole así con esta adhesión su confianza, o mejor confirmándose en la que ya antes le había merecido.

—En esos días de dolor y negro recuerdo—continuó narrando Octavio—no tuvo el taciturno y melancólico Sempronio otra compañía humana sino la mía, que hasta al sueño robaba las horas para pasarlas a su lado. En aquellas ocasiones de intimidad me hizo arca cerrada de sus secretos y paño de lágrimas de sus penas y amarguras, que era toda su única viña. Muchas veces le ví llorar la destrucción de su obra, la puesta de un sol de tan poca dura que apenas le había

Logia Independiente de Teósofos



alumbrado y que bien presentía no saldría para él; y en los hilos de su blanquecina barba se detenían aquellas lágrimas, para brillar como brilla el rocío en las espinas del trigo al nacer el gran astro, bien común a todos, pues a todos ilumina sin distinciones ni preferencias. Cuando pensaba en nosotros y veía al niño que crecía en edad se alegraba como se alegran los padres al bendecir a los hijos en que se ven reflejados; entonces parecía que la luz del medio día iluminaba su faz. Cuando entregó su alma, estaba la luna llena, y como ésta, en este estado, llama aprisa la podredumbre, corrí a todo correr a San Pedro y avisé a Selima para que viniese a fajar el cuerpo de Sempronio y por trazas de sus hierbas lo hurtase a los gusanos de la muerte. En esto cumplí el primero de sus encargos aceptados todos por mí; pues el fallecido quiso que este túmulo, dando testimonio de mi verdad, diese vida, precio y valor a lo demás perteneciente a la herencia que nos dejaba.

Concluída esta narración hubo una pausa que duró hasta que Leodaka, dirigiéndose a la asamblea, la habló en estos términos:

—Si queréis que los ricos y poderosos no os opriman y os den vida más holgada, no debe extrañaros por lo que vísteis y acabáis de oir, que os diga que sólo a Octavio le es dado guiar vuestros deseos, llevarlos a buen efecto y encaminaros enseñándoos seguro paso para atajar terreno y evitar azares. No sé los secretos del consejo que haya meditado y tenga intención de proponeros; pero sí sé que si se lo aprobáis, haréis bien en cometerle el mando alzándole por sucesor de Sempronio.

Invitado por diversos concurrentes a explicarse lo hizo así el molinero:

Logia Independiente de Teósofos



—Por ahora y hasta que os resolváis no sabréis lo que ya tengo hecho ni cómo se hará lo que está por hacer, y sólo os adelantaré que fuera de esta tierra hay algunos de los nuestros que están en todo y por todo de acuerdo conmigo. ¿De dónde nacía en éste,—y apuntó al cadáver—la mayor fuerza y poder? De la fe que en él teníamos. ¿De qué fuente nacía esa fe? De la verdad que con nosotros usaba. Aquello que Sempronio prometía acontecía tan ciertamente como el nacer del sol. Por eso era parco en prometer y seco en palabras.

—Promete siempre en duda, pues a dar nadie te ayuda—recordó uno.

A esto respondió Octavio:

—Yo sólo prometo cuando no dudo; en la duda, no.

—Eso es de hombre avisado. ¿Tienes promesa pronta?

—Os prometo que al ser la hora de alba, desde aquí a la sierra Lózara, desde Peña Redonda hasta el Cuperio toda la tierra ha de alzarse; nuestros hermanos que aún dormirán esta noche el sueño del cautiverio, no madrugarán hoy para las penalidades del trabajo y sí para venir en nuestro auxilio y, a fuer de hombres libres, apoderarnos y tener a nuestra merced las villas y heredades. Entonces pasarán a nuestras manos las armas de los señores de la tierra para vibrarlas nosotros en nuestra propia defensa. Si así lo deseáis, bástaos decírmelo y veréis los siervos cual hojas de mata de fresca verdura en pleno verano; y veréis a los tiranos cual hojas de mata después de los estragos del viento otoñal.

Logia Independiente de Teósofos



—¿Cómo es posible—le preguntó Alvito—que todo eso se haga tan pronto?

—¿Veis el pico allá arriba?—y Octavio apuntaba a la cumbre de la montaña.—En él tienen puesta la vista muchos hombres de estofa y de superior calidad, y en cuanto vean arder y brillar la llamarada, sabrán lo qué eso es y lo que eso pide; y si el sol apaga las estrellas la luz de nuestra hoguera dará a otras vida, y antes que acabe la noche se iluminará toda la sierra con los faros de nuestro propio *aforramiento.*

—¡Ay de nosotros si vienen los caballeros!

A esta exclamación que partió de uno de los concurrentes, contestó Octavio continuando su discurso:

—El viento no puede soplar mejor, nos es favorable y no veo matorrales de donde haya de salir el lobo. La gente que queda en el Castro no es nada; casi toda la llevó Sigulfo Gundesindes. De la tierra de Quiroga salió también Astarico Osoris con la mayor parte del presidio. La proa, no sé por qué, la pusieron con dirección al Vierzo, y ciertamente no volverán tan pronto. Nuestro peligro está en Lugo, pero antes de que venga estaremos ya fuera de su alcance.

—Parece mentira—observó Alvito—que te hayas olvidado de otro muy digno de tenerse en cuenta, y muy terrible: de mi amo, hombre de tan duras y bien templadas aldabas. ¿De tan poca monta crees al conde de la tierra, bravo león a quien nunca logró ninguno hacer temblar sus carnes?

—Dejadme a Froya Gutherez, que de él, Dios mediante, no nos vendrá ningún embarazo. No temáis

Logia Independiente de Teósofos



que por causa de ese hombre haga yo parcela de mis promesas ni que renuncie a lo ofrecido.

—¿Por qué no nos dicés en esta duda cómo piënsas habértelas—insistió Alvito—para librarnos de su furor?

—Conténtate ahora con saber que tu misma mano abrirá las zanjas por donde se encaminarán las llamaradas al estanque de fuego en que ha de morir. Lo demás os lo diré cuando andemos nadando todos en un solo oleaje.

—¡Confianza en Octavio, amigos míos—gritó Sabarigo.—Gordo va el oso al invernadero y de él sale magro en la primavera. La escualidez que al siervo produjo su largo invernar pronto se ha de invertir en robustez de carnes y su hambre en hartura, si tomamos a Octavio por nuestro caudillo. El milagro sólamente se hará a su voz.

—¡Viva Octavio! ¡Viva el Cid!—exclamó Gonzarri secundando al siervo del fisco.

—¡Viva Octavio nuestro capitán!—clamó à su vez el padre de Leodaka.

Esas aclamacienes encontraron eco en la multitud, y se oían ya con el título de capitán, ya con el de *Cid*, su equivalente en árabe, o sea *señor*, menos intensas al principio y estallando al fin ruidosas como agitado turbión, del que surgió graduado de jefe del movimiento el molinero de Subrego.

—Ya que dais así vuestro pláceme a la elección que de mí hizo nuestro llorado Sempronio, acepto el cargo; pero bajo condición de que me prestéis entera obediencia hasta que logremos someter a los poderosos y hasta que mis promesas se cumplan. Confirmádmelo así con juramento ante esta preciosa reliquia,

Logia Independiente de Teósofos



y, como es vuestro deber, tomando a Dios por testigo.

El juramento se prestó estrepitosamente ante el cuerpo de Sempronio. Terminada esta ceremonia, dijo el ya capitán de los siervos:

—Cerremos, pues, esta sepultura de modo que nunca vuelva a abrirse hasta el día de las últimas pruebas ante Dios, hasta nuestras postrimerías. Ahora hagamos esto..... Después, hijos míos, manos a la obra.

Logia Independiente de Teósofos

## XII

# LAS ARRAS DEL CAPITÁN

Avante estava logo parecendo
hum incendio, que tanto levantaba
o denegrido fumo, e fogo horrendo,
que com rasão parece que admiraba·

Rolim de Moura
(Os Novissimos).

Algunas horas antes del alba en que aún brillaba la luna sobre el horizonte, bajó con golpe pesado y estridente el puente levadizo de Castro Folgoso para dejar pasar una compañía de caballeros. La salida daba al mediodía, y el único camino que presentaba se dirigía diagonalmente a la izquierda; pero un poco más allá de la línea que formaba la muralla del E., se ofrecía otro, un mero rastro o senda que, bifurcándose también a la izquierda, conducía a la sierra de Ferreirós. Por allí siguió la tropa.

Marchaban al frente Froya y Ekaredo, aquél sin armadura, éste con armas de malla, y ambos con espada al lado, y escudo y clava pendientes del arzón de la silla. Los otros guerreros de la comitiva, que mostraba pertener a una clase inferior, iban armados ofensiva y defensivamente.

Galopaban a prisa por un terreno costanero; al internarse en la sierra se tornó tan agreste la ladera, que tuvieron que moderar el paso.

—Si según nos dijo el siervo van ya tan adelan-

Logia Independiente de Teósofos



tadas las hogueras, ya estará convertida en ceniza Villa Cencirigo—dijo el muzárabe platicando aparte con el conde.

—Hallaré allí a los malvados que la prendieron fuego. Prometo hartarme de sangre de siervos; por más que son mías la *villa* y *degana* a ella anexa. A nadie he de perdonar excepto al fiel Alvito que con tanta prontitud vino a darnos aviso de la revuelta. Necesitan un castigo ejemplar, para evitar que los atrevidos, que ya son muchos, lleguen a formar chusma.

—Haga Dios que no sea esto rebato de mayor cosa, y que los perros que ahora ladran no hallen apoyo en las tierras vecinas.

—Pierde cuidado, que esta misma noche dejaré a la jauría tan limpia de la sarna perruna que la come, que la epidemia ha de morir al nacer.

—¡Dios provea y nos dé buen paradero! Se me antoja, sin embargo, que la cosa tiene más importancia de la que tu confianza te permite sospechar. A mí, por el contrario, me parece que no habrían sido tan osados los siervos de la *villa*, si, antes de alzarse, no se hubiesen puesto de acuerdo con otros de su casta. Si, según dices, no pasa Cencirigo de ser un mal villorio puesto allí por tu misma mano, mayor y más incomprensible me resulta el descomedimiento y arrojo de los villanos. Tal es el fundado motivo de mis recelos.

—Debían darte asiento en la curia, que bien merecido lo tiene tu prudencia—le replicó Froya en tono despectivo acompañado de sarcasmo y gracejo.—¿Acaso crees que si yo mando apellidar la tierra, no pondrían pronto fin los hombres libres a cualquiera tenta-

Logia Independiente de Teósofos



tiva de rebelión? Sin intimárselo, también lo harían. En cuanto a cogernos por sorpresa, no son capaces de hacerlo los siervos, aunque los acaudille el mismo Demonio.

—Entre los que vinieron de Spania, hechos ya hombres, hay algunos, especialmente entre los menestrales, a quienes juzgo aptos para competir en sutilezas con el mismo Satanás.

—Muy pocos son esos, y son los que reciben mejor trato y estimación.

—No por ser de oro pesan menos los *braciles* o *algemas*, conde Froya; y los cuervos son ruines, y por eso malos de domesticar aunque los mime a la mano un buën cetrero. No andemos al descuido con los siervos, que bien puede ser que hallasen quien los dirija. No les demos razón para tanto.

—¿No la tuvieron ya? ¿por qué no aprovecharon la revuelta que hubo en Galicia en tiempo de Silo?

—Estaba reciente la lección que les dió Aurelio y andaban aún muy abatidos de espíritu. Además el alzamiento de los hombres libres poco duró merced a la victoria obtenida en Monte Cuperio. De esto ya van allá más de diez años, y desde el levantamiento de la clase servil unos diez y seis, tiempo bastante para que hayan recobrado y aumentado sus fuerzas, lo que ya se da a conocer por la misma osadía con que se atreven a demostrar su descontento. Casos como el que tienes ahora cerca de tu casa, son repetición de otros que se dieron en más condados. ¡No sea esta la voz del turbión que venga a despertarnos de nuestra ceguera!

—¡A fe, caballero, que ese tono basta para entibiar el denuédo de los más valientes y esforzados! No ha-

Logia Independiente de Teósofos



blaban así los guerreros que en mi mocedad se aparejaban para el *fonsado*. Un puñado de hombres, armados de la confianza en su valor, se lanzaban de rebato a la ventura en medio de los campos y poblados de los infieles, sin cuidarse de los óbices que iban a afrontar ni de los que les cerrarían el paso a su regreso (57). Muchos años ha que nos falta rey que tome la cruz de manos del Obispo, y el pendón del magnate queda arrinconado, para nuestra vergüenza, como trasto viejo, inútil e inservible. Buenos tiempos eran aquellos en que el hombre del Maghreb, armado de cimitarra y lanza de haya de cuarenta palmos, envidiaba con todo el lanzón de fresno, que el valiente astur endurecía al calor del fuego del horno tan a costa suya, y el temple y rigidez de los alfanjes y aceradas láminas del Al-Guf. como suelen decir los moradores de allá. Buenos tiempos fueron aquellos en que el gran Alfonso trasponía, cual azote de Dios, ríos y montes, y conquistaba ciudades y pueblos, y llevó la tea de la venganza hasta las murallas de Viseu y anegó los Campos Góticos en la sangre impura de los hijos de Agar. Vimarano le siguió las pisadas, hasta que por celos de gloria y del amor que por ésta le profesaban cuantos le asistían, entre los cuales yo me hallaba, le dió el hermano muerte traidora y cobarde.

—Te cuentan en el número de los que le vengaste—dijo el muzárabe en tono de aprobación, que cambió después en sarcástico, y añadió:—No pongo en duda, amigo conde, esas jactanciosas hazañas; mas es el caso, que, mientras los mastines se despedazan entre sí, halla el lobo en el redil, más fácil entrada. Grandes revueltas se sucedieron en esos tiempos entre los pueblos de Al Keblah. Casi aún no abatida, después

Logia Independiente de Teósofos



de obstinada resistencia, la blanca alfarena de los omniadas ante el negro estandarte de los abasidas, ya los fetimitas aparecen en el campo con los colores verdes desplegados al viento. Quizá ahora no llegaban tan lejos nuestras arrerías, aún teniendo al frente otro Alfonso u otro Vimarano.

—Los hombres de Spania, no son, menos aficionados a la paz, Ekaredo Gondemires, que lo somos los de acá. La rebelión de los hijos de Yussuf se mantuvo dos años. Desde que Hixem empuñó el cetro ha visto contra sí en armas a dos hermanos suyos. Si hace poco se le rindió Abdallah y con él la ciudad de Toledo, refugiado está Soleiman en tierra de Tadmir, y lo desafía con numerosa hueste. ¿No me referiste hoy tú mismo que el joven Alhakin había sido enviado contra él por su padre? Mientras tanto se halla convertida en un verdadero campo de Agramante toda la comarca de los francos; Gerona, Ausona y Urgel han caído en manos de Said-Ben-Husein, walí de Tortosa, a la vez que acaban en Zaragoza de unirse al bando Bahlul-ben-Makluc los de Barcelona, Tarragona y Huesca. Ya ves qué bien aparejadas se hallan las cosas en Spania, y que ahora parece que están llamando por nosotros. Repito que han variado los tiempos; y tú, como no alcanzaste los hombres de entonces, mal puedes saber lo qué harían, si dominasen hoy. Hablas al son de los que actualmente mandan. En aquellos días, ya lejanos, no teníamos aún con nosotros en el gobierno a los....

Froya calló de repente.

—*Advenedizos* o *muzárabes*—concluyó Ekaredo, dando voz al pensamiento del conde, y riéndose de buen humor, cuando menos en apariencia.—Sin recelo

Logia Independiente de Teósofos



de ofenderme, pudiste decirlo. Los verdaderos amigos deben saber hacer caso omiso de lo que pertenece al diverso modo de sentir y yo lo hago. Los que bien se quieren, pueden tener distinta opinión; que la estima no obliga a una total conformidad. Mi padre y yo, en cuanto a nuestra amistad contigo y con la que tú nos distingues, la damos precisamente más valor, por lo mismo que conocemos vuestros sentimientos para con los venidos de allende la frontera. Lo que sí quiero es desengañarte, con tú permiso, de un error que, según parece, se ha enseñoreado de tí. Si huímos de la guerra no es por cobardía. Abrigan los de Mahoma una creencia muy arraigada en ellos: imaginan llevar escrito en la frente el signo del lugar y la hora en que cada uno fatalmente ha de morir, y esto hace que no conozcan el miedo ni el pavor; pero esta su valentía, consecuencia de su desprecio a la vida, no nos hace temblar a nosotros, ni por eso les tememos, ni con ellos procuramos la paz; la procuramos, sí, porque entendemos que mantener con ellos trato, nos es muy útil, en cuanto de él podemos aprovecharnos, aprendiendo sus industrias, sus artes, sus ciencias en que son maestros, de todo cuanto en los pueblos de por acá se nota carencia absoluta. ¿Qué se nos da a nosotros de que ellos, como incrédulos que son, hagan de un paraíso una estancia de goces corporales, infernales diré con permiso de Satanás? En buen hora, encorvados al hado, digan ellos, *¡está escrito!*, si con decirlo nada pueden contra lo que es, y nosotros nos quedamos firmes con nuestra creencia en una vida futura, incorpórea y espiritual. En tanto, nosotros, dejando a Dios lo que es del cielo, y tomando à cargo nuestro lo que es del mundo, mantenemos alianza con los sa-

Logia Independiente de Teósofos



rracenos para aprender de ellos y hurtarles las mañas de medrar en riqueza y fuerza. Una vez hayamos conseguido esto, habrá llegado la oportunidad de alzarnos y reivindicar territorios que fueron de nuestros abuelos, implantando allí de nuevo y dominante la Fe de Cristo.

—Malo es el lebrel que deja de seguir caza a la vista y se va por rodeos y atajos. ¡A ese vuestro paso, ni de aquí a cien años!

—¿Qué importa ese reparo? Lo que al presente no es cazada, lo será a lo porvenir. Si ahora no podemos llegar a la meta, podrán tocarla nuestros hijos, nuestros nietos o nuestros biznietos. Tal es el punto de vista y tal la política de nosotros los *advenedizos*.

En este momento llegaban al punto culminante del camino, y se presentaba delante de ellos una cuesta muy accidentada y, en lo que de ella era visible, casi toda cubierta de bosque. Al terminar la subida apareció por tras de un espolón o saliente de la sierra que cortaba la vista del fondo del valle del Lor, una columna de humo y el reflejo de un incendio.

—Parece estar en su auge—dijo el conde, recogiendo las riendas.—La villa queda muy allá del cabezo, y por el resplandor que se nota se conoce que están ardiendo todos los caseríos. ¡Ah, perros: ya se apagará con vuestra sangre!

—¡Mejor servidos estaríamos con la salamandra que pasaría bien por aquel fuego y lo apagaría con la saliva! La dificultad está en haber a mano esa salamandra—gracejó Ekaredo en tono poco consolador.

La cabalgata, a pesar del mal paso, realizó la bajada a paso rápido hasta llegar no lejos del referido cabezo o saliente, del que los separaba una garganta

Logia Independiente de Teósofos



en subida, muy sombreada de cerrado y espeso matorral.

Una estrecha senda, áspera y tortuosa, entre anfructuosidades aprovechadas para este fin, daba ingreso al tránsito por la angostura. Por ella, ceñidas las riendas a los caballos y marchando a la desfilada, iban los guerreros, y se vieron de repente en una casi completa obscuridad, tal era de basto el arbolado cuyo verde follaje conserva perenne la humedad en sitio tan sombrío.

Llevaba ya casi vencido el punto más elevado de la garganta donde iba a comenzar el descenso hacia el opuesto lado, cuando de pronto un sonido agudo, resonó una sola vez en la floresta, seguida de un estruendoso crujir de ramaje, al paso que de las zarzas, brezos y jarales que crecían al pie de los árboles, surgieron como por encanto a ambos lados de la senda numerosos bultos humanos, cuya aparición fué tan repentina, tan sin ruído y silenciosa sin grito alguno, que parecía realizarse la leyenda de aquellos fantasmas silvestres que los antiguos romanceros ponían a disposición de sus poderosos mágicos. Los guerreros se encontraron tan sobrecogidos que no se dieron, por de pronto, cuenta de lo que les pasaba. A poco volvieron en su acuerdo, a pesar del vigoroso ataque que sufrían y que se generalizó en un instante, viéndose acometidos por uno y otro lado desde la cabeza al pie de la fila que formaban.

Antes que Froya tuviese tiempo de apoderarse de la clava, ya estaba sujeto su caballo de la brida, recibía un golpe mortal en el corazón y venía a tierra con el conde que quedó sujeto por una pierna debajo del moribundo animal.

Logia Independiente de Teósofos



—¡Hazaña ruín! ¡Los siervos se amotinan!

Las palabras del magnate fueron ahogadas por una mano pesada y ruda, y malogrados sus esfuerzos para levantarse, ante el vigor con que instantáneamente fué amarrado por una rueda de hombres, que le ataron los brazos a la espalda y lo llevaron, o mejor, arrastraron hasta el tope de la subida, internándose después en el breñal.

La boca no se la taparon y la tenía bien libre, pero el sonido de las palabras que profería no podían superar al infernal ruído y vocería que subía del lugar en que se había dado la celada.

Al llegar a un sitio más abierto, hicieron alto e invitaron al prisionero a que se sentase.

—¿No me conoces, conde?—le preguntó uno de los siervos.

—¡El sí que os conocía! Pronto, muy pronto se verificaron las predicciones del muzárabe. ¡Yo tuve la culpa, yo solo! Esta humillación y abatimiento son hijos de mi ceguera. ¡Caí en la trampa, que ni el lobo cae mejor!—esto se decía el conde, hablando consigo mismo y moviendo la cabeza con la desesperación de un toro acorralado.

—¡Froya Gutherez! ¿qué has hecho de Mariame?—volvió a interrogarle de nuevo el mismo, sacudiendo el hombro al prócer.

—¡Fuera manos, siervo! ¿Quién es el atrevido que me pide cuentas?

—Uno que tiene derecho a pedírselas al ladrón de su novia.

—¡Ah! ¿Eres tú?... ¿Quieres un consejo? Vete al Castro y pregúntaselo a ella—respondió Froya con escarnio.

Logia Independiente de Teósofos



El rabadán se le puso delante resueltamente.

—Pon tiento, conde, en lo que dices. Ese tono te sentaría bien si te hallases en lo alto de tu morada, en tu grande torre; mas desde aquí no te hará ningún provecho. Piensa en que cualquiera que allá abajo sea la suerte de los tuyos, tú ya estás preso en el lazo que te tendimos, fuera de todo alcance y sin esperanza de socorro. ¿Quién, pues, puede impedirme llegarte al corazón con esta navaja?

—¡Entiérrala de una vez, miserable, y entiérrala bien hondo!.. ¡Pintado ha de ser quien haga temblar la barba de Froya Gutherez!...

—Algo hay peor que la muerte. Los tormentos pueden armarse en la tierra lo mismo que en los infiernos.

—Armense enhorabuena. Vosotros podéis hacer de mi cuerpo cuanto os sople el diablo; pero de mi espíritu nada podéis hacer, ni aún sofocar en él, el desprecio en que os tiene a todos.

—Froya Gutherez: te apoderaste de la que amo, me la arrancásteis cruelmente, cuando iba a ser mi mujer; y por esa infamia, es tanto lo que te odio, que sólo muriéndome podrá cesar el aborrecimiento que me inspiras. Ayer eras fuerte y poderoso, y hoy puedo aplastarte como se aplasta una babosa. Puedo y no quiero hacerlo, y sí asegurarte que de enemigo tuyo llegaré a convertirme en tu escudo y defensor, si me juras no haber hecho ningún entuerto a Mariame.

Froya se desató en carcajadas.

—¡Qué gloria la mía tenerte por defensor! ¿No sería más adecuado y propio que tú te considerases obligado a mí, y me estuvieses agradecido por la honra que te quise hacer?

Logia Independiente de Teósofos



—¡Muere, pues! —bramó fuera de sí Sabarigo, arremetiendo al conde.

Los compañeros al quite le sujetaron y arrancaron el arma, y uno le dijo:

—Acuérdate, Sabarigo, de lo que mandó el capiián y de la promesa que le hiciste.

El furioso rabadán volvió sobre sí al instante.

—¡Pobre casca ciruelas; pobre arrapiezo! ¡Buena era la rodela que iba hallar en tí, si ni aún valor has tenido para hacer lo que te jactaste! —dijo Froya que, impasible, ni el más mínimo movimiento había hecho para evitar el golpe.

—¡Señor conde! —balbuceó Sabarigo, arrojándose a los pies del impávido magnate: —Ni amenazas ni promesas te haré; sólamente de rodillas te imploro que digas por caridad, cómo te podré hablar de Mariame para que yo logre saber qué uso has hecho de ella.

Froya iba a soltar otra injuria. Contúvose cuando ya le rozaba en los labios. Estuvo unos momentos silencioso y después respondió.

—Ya que veo que ahora caíste algo en tu seso, pláceme satisfacerte a voluntad. Mariame está como lo deseas.

—¡Benditas palabras! —exclamó Sabarigo, levantándose gozoso, y añadió con fervor y entusiasmo: ¡Acércate, capitán, acércate! ¡Ahora sí que por tí beberé los vientos!

—¿Qué capitán es ese? ¿en qué acertó? —preguntó el conde.

Una explosión estruendosa de voces vino a cortar la conversación. Eran bramidos de triunfo que subían del desfiladero. Se hizo el silencio, y se oyó una fuerte voz que decía.

Logia Independiente de Teósofos



—Id arriba ahora mismo a encender el fuego, señal de nuestra victoria. En cuanto la vean los que están en el pico, la anunciarán a toda la tierra. Son las arras que os doy de mi promesa.

—¡Viva el capitán! ¡Viva el cid! —y el caudillo de los siervos fué saludado con estrepitosas aclamaciones por los compañeros que estaban con él, a las que correspondió desde arriba la guardia del prisionero.

—¡Puso la suya en el hito! ¡Qué hombre! ¡qué hombre! ¡Consigue siempre lo que quiere! ¡Fué Dios qnien nos lo ha enviado—dijo Sabarigo poseído de entusiasmo.

—¡Basta!—gritó el conde lleno de indignación. ¡Esta es la sublevación de los siervos del condado. ¡El incendio de la villa..

—Eso fué lo mejor de la fiesta—dijo uno interrumpiéndole alegremente—fué la añagaza para que el águila saliese del nido.

—Por miedo al azor, saben hacer bando los pajarillos—añadió otro.

—Y se tiran al mochuelo que se atreve a salir de día, y nosotros nos hemos tirado a tí haciéndote salir de noche—aumentó un tercero.

—Viste únicamente la claridad de una sola hoguera—afirmó un cuarto.

—Cencirigo debe estar roncado en cama—sugirió un quinto, riéndose.

—¡Burlado, vencido, humillado, y por la villanaje, por la escoria de la tierra!—exclamó el conde herido acerbamente en su orgullo.—¿Por qué, miserables, me conservásteis la vida? ¿Qué me queréis?

—Eso no va con nosotros; pregúnteselo al capitán, que ya llega—le respondieron.

Logia Independiente de Teósofos



Siguióse un silencio bastante prolongado. Froya parecía abatido, mortificado y entregado a sus pensamientos.

—Tenéis puesto vuestro intento en el ejemplo de Sempronio—dijo al cabo de un rato—pero acordáos del corto tiempo que su reinado duró, del fin desastroso que tuvo y del desengaño en que a la postre vinieron a parar las esperanzas de vuestros padres.

—Con reveses suele Dios fortalecer a sus elegidos—respondióle un hombre que seguido de otros se aproximaba.—Entre el sol de la esperanza y la noche del desengaño media el *lusco*, fusco de la incertidumbre. Resbalar no es caer; y quien se levanta después de la caída, no está perdido.

—¡El alocado de Subrego!—dijo el conde, admirado; y riéndose con escarnio, añadió:—¿Conque aquí tenemos al pregonado capitán!

Octavio, no obstante prosiguió flemáticamente:—Despertamos de una horrenda pesadilla. Para nosotros fué noche de agonía, tan lenta, que parecía no habría de tener fin. Para vosotros brillaba siempre el sol; no creíais en su ocaso. En vuestro mundo no había horizonte.

—¡Qué ofuscación la vuestra, que os arrastra a poner vuestras esperanzas en este hombre sin seso!—volvió a decirles Froya a los siervos, cuyo número aumentaba cada vez más.

—A él, empero, es a quien debes la vida.

—Dígnate, pues, decirme por qué te debo esa merced, muy alto y poderoso Octavio—preguntó el conde en el mismo sarcástico tono.

—Secretos hay que con el tiempo salen a la superficie de la tierra, y también los hay que allí yacen sepultados hasta el día del juicio.

—¿Ese arcano, es vedado para mi?

Logia Independiente de Teósofos



—No está en mi poder decirte lo que el tiempo hará. Mientras tanto te contaré una visión que tuve...: Sobre un lago dilatado y angosto estaba suspensa una nube tan baja que casi rozaba el suelo, tan negra y densa que no se veía ni una veta de luz que la atravesase. Por bajo había un hormiguero de hombres y la nube los oprimía con su peso, como la piedra al gusano...; pero su número era sin cuento. Entre ellos había una actividad, un trabajo incesante, y se arremolidaban y removían como las aguas del Occéano. Los ayes, los gritos de dolor retumbaban en los abovedados antros y en la triste soledad. Los estallidos del látigo y del zurriago semejábanse a los que produce el chisporroteo del fuego alimentado a menudo con haces de leña verde. Las lágrimas encharcaban los campos, escurriendo por los regatos abiertos a golpes de azadón. Los frutos de la tierra tenían sabor a sal, porque estaban regados con el llanto, y el grano brotaba humedecido por él, y de él nacía el zumo de la uva... Allá en las alturas que cercaban el valle de la aflicción se veían otros hombres enfatuados en la vanidad y soberbia y eran pocos en comparación de los abajo; que los árboles de fruta granada, menos dan. La bóveda celeste se les presentaba límpida y los rayos de un sol espléndido iluminaban su rostro; a porfía saltaban en sus ojos la alegría y el contento, y vivía el gozo en el contorno de sus labios. Acortaban la luz del día con regocijos y huelgas, y entretenían la noche con el torbellino de sus orgías; el canto y el sonido de los instrumentos llenaban sus estrados; las vigas se estremecían bajo los incesantes pasos de los bailadores, y encorvábanse las mesas con el peso de los manjares. Los varones de larga cabellera habitaban a un lado; los de toca morisca y enegrecida tez, al otro. Estos para aquéllos, y aquéllos para éstos,

Logia Independiente de Teósofos



erán tigres y leones. En cuanto se aburrían del regalo y pasatiempo, cruzaban miradas henchidas de hiel y malquerencia, y el olor de la sangre los embriagaba. La tierra temblaba entonces hasta en sus concavidades, y la nube gemía, y con el peso del tropel de los enfurecidos guerreros se abatía más y más sobre los supeditados moradores, que se encorvaban aplastados y lucían trémulos en bandadas y a montón. Y las llamas voraces venían a la estela de los lidiadores; y el suelo del llano quedaba convertido en tremedal humeante de sangre y cenizas. Eso lo vi tres veces en mis sueños. La primera y la segunda desperté entre los inermes, picado por los alfaraces de los combatientes en su carrera infernal. La tercera, el *forado* había llegado a su término. Los hombres de toca no se veían ya; y los hombres de abundante cabellera, habían caído sumidos en sueño tan intenso como el de la luna llena, pues dormían, dormían y dormían sin despertar; pero la nube no perdía su peso, que los durmientes, aunque durmiendo, andaban a pie zurriago mano. Cuando volví en mí, ya los habitantes de la tierra llana trepaban armados, y alcanzaban las alturas donde los guerreros todavía dormían a pierna suelta.

Eran de ver el gesto y la voz que acompañaron a ese discurso y el efecto con él producido en el ánimo de los insurgentes, pendientes de los labios del orador y apretando poco a poco el círculo que formaban alrededor de él y del conde y como absorbiendo ansiosos con varia expresión, aunque en silencio, cada palabra por él proferida.

Aún bien no llegó a la última, un loco frenesí se apoderó de la multitud. Vociferando y gesticulando expresaba cada cual sus sentimientos dominantes, fundados, ya en la espectativa de la repartición y posesión de los bienes de sus amos, ya en la del descanso sin

Logia Independiente de Teósofos



trabajos, ya en la de los goces que trae consigo la libertad, ya también en la de la satisfacción de la venganza de ultrajes más o menos antiguos o recientes, ya en la de otros recuerdos y anhelos que les venían a su fantasía excitada. Froya Gutherez, absolutamente nada intimidado por la actitud tumultuosa de la turba, se mantuvo firme e inmóvil en el centro de la algazara, hasta que Octavio le dijo, hablándole a media voz:

—Señor conde: te hablaré luego en sitio menos reducido e incómodo. Irás entretanto a lugar seguro. Aquí no sabría responder de tu vida.

—No cuides, siervo rebelde y traicionero, que Froya Gutherez sea hombre para torcer el rostro a este pejugal de villanos descarriados—respondió el magnate con altivez.—Acuérdate que como yo hay otros muchos. Revueltas ya hubo varias; pero el siervo no pudo nunca medirse con el hombre libre. Cuando quiebra el yugo que Dios le impuso, la carrera es corta, tan corta como la del astro que se desprende y huye del lugar en que le colocó el Creador; consigue correr por el espacio un momento, y... nada más. El puerco, siempre va a parar a la pocilga.

—Si tienes ánimo, conde, y te muestras fuerte ante el peligro, muéstrate también firme en la paciencia.

—Ya bien sabes dónde has de llevarlo. ¡Ea! ¡Fuera con él!—dijo Octavio dirigiéndose a Sabarigo, que no tomaba parte en las demostraciones de la chusma.

Partió el conde cercado de la escolta que obedecía las órdenes del siervo fiel. Después, en menos de media hora, estaba el sitio entregado a su acostumbrada soledad y silencio, que sólo al nacer el día fué roto por el batir de las alas y el graznido y crujido de cuervos y buitres que venían famélicos al festín, allá abajo en la sombría garganta de Ferreirós.

Logia Independiente de Teósofos

## XIII

# EL ASUNTO DEL DÍA

> Haviam seu assado de carneiro, e vaca e galinha, e seu desfeito, e vaca cozida, e seu toucinho, ou marraan..... e picheis..... com vinho, e taças para beberem.
>
> **Pedro de Sousa**
> (Carta ao duque de Bragança).

En el valle de Lousata, a dos leguas de donde en la sierra de Oribio nace el Sárria, yérguese en la margen izquierda el grandioso edificio del monasterio de Samos, como hoy se llama, cuyos *alizagues* y cimientos del lado septentrional se bañan en las cristalinas ondas de aquel río piscatorio y poético, flexible y sinuoso en su curso, como la anguila en que abunda.

El sitio es de lo más retirado que imaginarse puede. Se halla sumido en medio de montes que le cercan por todos lados en limitada arca, como a nuestro Lorvão, con la diferencia de que las elevadas cuestas de la sierra se revisten en éste de jarales y zarzas, al paso que las más accidentadas de Samos ostentan bellas matas y en el suelo de la bajada una vegetación variada y opulenta. El sitio de Lorvão es majestuoso en su bravura; el de Samos más florido y violento. Tanto uno como otro se asemejan también en lo recóndito de su situación, que los oculta de la vista, y en lo ale-

Logia Independiente de Teósofos



jados que están del bullicio de la vida humana, por más que hoy la población que se ha aglomerado al pie del monasterio gallego, sea más importante que la aldea dependiente del convento portugués.

Por lo que respecta a sus dimensiones y a su trazado cuadrilateral se parece más el edificio del valle de Lousata al de Alcobaça, que el conjunto menos regular y menos vasto, aunque más vetusto, de Lorvão. La construcción actual del primero, el monasterio de Samos, pertenece al tiempo de los Felipes al igual que el majestuoso templo a él anexo, excepto una parte del claustro inferior que es del siglo XV y una escalera que conduce al de arriba, cuyo estilo es del XII. Del primitivo nada existe hoy, como no sea una pequeña iglesia, antiquísima por cierto, que se halla un poco apartada de la moderna fábrica.

Es indudable y está bien comprobado que la primera fundación del monasterio fué anterior al séptimo siglo. Destruído después completamente hacia los años de 716 por los sarracenos, volvió a reedificarse entre los 756 y 768, en que tuvo por primer abad a Argerico, emigrante o refugiado de las tierras hispanoárabes.

En el tiempo, pues, de nuestra historia, el cenobio de *Samanos*, como entonces se decía, apenas contaba en su condición de restaurado veinte a treinta años de existencia. Cercado de un muro que rodeaba la iglesia, que sospechamos fuese, al menos en cuanto a los cimientos, la de pequeña estructura mencionada arriba, ocupaba un sitio un poco más río abajo que el actual monasterio, un tanto más separado de la margen. Aún cuando supongamos que no tuviese entonces la grandeza arquitectónica que adquirió más tarde, no por eso

Logia Independiente de Teósofos



dejaba ya su Comunidad de estar liberalmente dotada de bienes y poseer tierras en diversas partes de Galicia hasta el río Sil y algunas en el mismo país del Vierzo, como consta de los diplomas. Fuera de la cerca había en aquel tiempo una alberguería u hospicio en que los monjes ofrecían agasajo a los pobres y a los viajantes.

En este retirado lugar es donde nos cumple pasar algunas horas.

Cerramos el último capítulo al abrir el día, y abrimos éste poco después de cerrar la noche inmediata. Cenábase en el monasterio de Samos.

La cena era, como es sabido, la principal, sino la única comida en forma, de nuestros mayores de entonces, correspondiendo a la del medio día de hoy y de los tiempos próximos a nosotros. No es en el refectorio común donde hemos de introducir al lector y sí en la sala en que en ocasiones extraordinarias solía el abad disponer hospitalidad obsequiosa.

Por bajo de una serie de pequeñas candelas que ardían alimentadas por aceite, suspendidas del techo, se abría en medio círculo una mesa que apenas alzaba del suelo unos dos palmos. Los convidados estaban del lado convevo y el cóncavo quedaba libre para el servicio, que se hacía por una puerta frontera.

Terminaba la entrada de los caldos, de la vaca y de la gallina, carne ésta predilecta en aquellos tiempos. Los trincheros, panes de trinchar, a los que han venido a sustituir los modernos platos, se componía de una masa escura y compacta que conservaba la dureza suficiente, resultante de hallarse cocidos días antes, para no sentir aún el efecto de los mojes y salsas, que dentro de poco habrían de ablandarlos. Con frecuencia en

Logia Independiente de Teósofos



muchos casos se veia consumido ya en parte el pan blanco "de boca„ que cada huésped tenía junto a sí, pan cocido al rescoldo. De las copas o picheles contenían pocas intacto su complemento de vino, y algunos, tal vez, se habían vuelto a llenar, después de haberlo apurado.

Componían los comensales unas treinta y tantas personas sentadas sobre colchonetas.

El asiento del medio estaba ocupado por un hombre de elevada estatura y bella presencia, cuya edad no pasaría de veinte y siete a veinte y ocho años. Por cima de la vestidura de fina lana, traía una capa o palatina de marta, sobre la que le caían los largos cabellos cuidadosamente peinados. Se le notaba cierta reserva, si no melancolía, en su mirada, suavizada agradablemente por la majestad de su porte y de su gesto.

A la derecha de este personaje se sentaba otro que, al parecer, le llevaba de ventaja veinte o veinticinco años y cuyo cabello iba ya tomando cierto tinte gris. Tenían ambos una cierta semejanza de facciones. Menos alto de cuerpo que aquél, reflejaba en su meditaba fisonomía más blando y bondadoso carácter. Vestía de eclesiástico.

También pertenecía a la iglesia el comensal que le quedaba a la derecha mano. Hombre de mediana edad, de cara colorada y llena, mostraba en su aspecto un contentamiento vecino a la alegría.

De la misma clase y edad era aquel que se veía a la izquierda del personaje principal. Toda su persona, de estatura mediana, tenía por su delgadez un aire de ascetismo que armonizaba con el retraimiento de su fisonomía, más austera que benigna y más tranquila, no obstante, que severa o dura.

Logia Independiente de Teósofos



El que le seguía, vestía hábito monástico y era un anciano de avanzada edad y aspecto sereno y venerable.

A continuación se sentaba un caballero, aún en el vigor de los años, de complexión robusta, sana, activa y ágil. Tenía cabello rubio y ojos garzos, de llana, franca y abierta expresión que revelaban los sentimientos de un alma que no contaba con las fuerzas del cuerpo sino para valerse de ellas como mero auxilio y nunca para el abuso; así se nos figura que un león domado ignora su propia pujanza.

Los demás del resto de la mesa hasta los dos extremos, eran todos caballeros también. Entre ellos, en el cuarto asiento, a continuación del mencionado en último lugar, estaba nuestro trovador Guesto, el hijo de Ansur.

Entraban algunos monjes y servidores que en cuencas y esportillas de madera traían diversos manjares que, humeantes, emitían aromáticos y apetitosos olores. Se colocó todo en la mesa.

—Señor—dijo el anciano—servíos probar este onagro asado en su moje y salpicado de pimienta. Gustad del chicharrón del cerdo. ¿Os placerá, si no, la perdiz sazonada con hierbas dulces?

—Tomaré, Argerico, con vuestra venia algo de estas frutas, que muy frescas deben venir de vuestro Sárria. Me apetecen así, en su envoltura de corteza o de granillos del nuevo pan que inventaron los francos.

—Es el bizcocho, o *biscuit*, como ellos le llaman. Nos llegó hace poco la receta, obsequio que debemos al noble diácono—contestó Argerico, abad de Samos.

—Sabía, primo mío, que érais buen apreciador de los códices, e ignoraba que también lo fuéseis de los

Logia Independiente de Teósofos



manjares, según veo—dijo el otro, sonriéndose, al paso que tomaba con los dedos una de las frutas que puso en su trinchero de masa.

—Ciertamente, Alfonso,—respondió aquél que estaba a su derecha—que con los códices apacentamos el espíritu; pero éstos de nada sirven para apacentar el paladar de nuestros huéspedes y cumplir este deber que también nos obliga al estudio del arts culinario, con que a veces entretenemos nuestros ocios. Por de pronto os recomiendo las zanahorias aderezadas con miel.

—¿No coméis, Beato?—preguntó Argerico al eclesiástico que se sentaba entre él y el príncipe.

—Estoy satisfecho—respondió el abad de San Martín (hoy Santo Toribio) de Liébana, masticando un poco de pan bazo—mas por complaceros, probaré de esas habas, o de esas berzas cocidas con sal.

—Celebro que os guste el capón, abad Fidel—continuó Argerico al fijar la vista en el sacerdote colorado que se hallaba a la derecha del diácono Bermudo.

—Es suculento—dijo cuando ya encetaba la mitad de una pechuga del ave—y la menta le realza el gusto.

—Yo probaré de este lomo de zebra, que me parece ternera de tan tierna que está—dijo un viejo guerrero inmediato a Fidel.

—Os gustará, conde Roderico Ordóñez, que es res nueva, muerta hace tres días en los breñales de Oribio.

—¿Vos, amigo Thendas, cómo no coméis de ese lechón con relleno de pasas e higos?

—Voy a tirarme al pastel de venado con mermelada, cuando fuere servido que así sea el conde. Ero Luderigues—fué la respuesta que el abad recibió de su vecino el caballero robusto que aludía a otro dos

Logia Independiente de Teósofos



asientos más abajo, que llenaba el trinchero con trazas de dar cabo a todo el pastel.

Argerico, después, miró a uno y otro lado y vió que el resto de la compañía se cuidaba bien, sin necesitar convite y que se servían algunos con voracidad poco edificante, y todos a su voluntad, de las diversas viandas que se les ofrecían con variada abundancia y condimentadas acaso no todas al gusto de nuestro siglo. Entonces ya el buen Abad trató de sí, y por no rehuir el deber del ejemplo a que obliga la hospitalidad, probó uno de los sustanciosos platos, sin por eso, excusarse de su acostumbrada y cotidiana porción de guisado de cebollas y predilecta bebida la *celia*, cerveza, contenida en un pichel de barro y no de plata como eran los del príncipe, el diácono y los otros dos abades.

—¿Qué nuevas me dais—preguntó el príncipe—de vuestra hermana Sara y de Vimaredo?

—Guesto Ansures, que anteayer estuvo en Subrego, me las trajo buenas—respondió el abad de Samos.

—Efectivamente, bien sano y dispuesto quedaba el Prior, sólo viejo para quien conoce su edad; y en cuanto a la gran sierva de Dios, es indudable que la tomó el Señor bajo su especial amparo, pues sólo así se explica la poca y ninguna alteración que los años y trabajos causan en Sara—dijo Guesto.

—De ello mucho me complazco, por el amor que les profeso en correspondencia del sincero cariño de que les soy deudor. ¿Te acuerdas, Argerico, de la primera vez que me has hecho partir a Subrego?

—No tendría disculpa si olvidase lo que vos recordáis que os pasó cuando aún os hallábais en la edad de la inocencia. Sucedió eso inmediatamente después

Logia Independiente de Teósofos



de la huída y regreso de vuestra madre a Alava, cuando García Ramirez y su bando andaban como sabuesos con pista perdida buscándoos por estos montes y valles. Receloso que tuviesen noticia del paradero de tan precioso depósito y que su atrevimiento los llevase a violar los pasales del coto, os hice conducir en puridad a San Miguel de Subrego. La verdad era que no había más seguridad en aquel lugar que en este; pero tenía la ventaja de adormecer las sospechas, y esto sólo, el desorientar a vuestros progenitores, ya era por sí un tercio de victoria sobre ellos.

—¿Qué razón tuvísteis para apartar de vuestra compañía la hermana que os acompañó desde Spania, siendo ella mediera, según he oído, de los bienes donados por Froila?—preguntó Ero Luderigues.

—Cierto que el rey nos mandó dar, a los dos y en común, posesión de las tierras del antiguo reducido monasterio—respondió Argerico—y que por lo tanto, era nuestro intento fundar aquí en Samos un nuevo cenobio duplex de hermanos y hermanas, a semejanza del de Tabanos cerca de Córdoba; pero ya comenzadas las obras, se opuso a que continuasen el Obispo Odoario, manifestándome cuán perjudicial y dañoso sería llevar adelante una tan grande novedad, que haría perder la memoria de casa tan antigua que por tanto tiempo floreció en virtudes y en todas las excelencias de la vida religiosa. Huí de mantener reyertas con hombre tan poderoso y opté por aguardar las determinaciones que adoptase el donador. Aceptóse por fin que se observase la regla y disciplina de otros tiempos en la restauración del cenobio. Entonces fué cuando con el beneplácito del rey y del Obispo fundamos el convento en el castro romano de Subrego, con Sara

Logia Independiente de Teósofos



por Abadesa, instituyéndola señora de las "villas„ en Riba Lor, y para que a ella y a las Hermanas que con ella estaban las sirviesen de mejor amparo, las dí por Prior sujeto a Sara al primo de Vimaredo, acompañado de algunos hombres dedicados a la vida religiosa, que habían venido con nosotros desde la tierra de los ismaelitas.

—En Riba-Narla—dijo el conde Ero—hay un asciterio en la heredad de Rezín Sesnandes, mi vecino, hombre hace ya tiempo venido de Spania, y en él viven vida religiosa algunos siervos y siervas de Dios, la mayor parte de su parentela, y los demás de su "familia„, gente puesta allí por su mano y regidos todos por él, aunque sin sujeción a regla, que yo sepa.

—Entre los asciterios que se encuentran por esas tierras fuera—dijo el diácono Bermudo—hay algunos que se hallan en las mismas condiciones qué dijísteis conde Ero, aunque son pocos. De conventos sobre sí de duple comunidad hay menos aún, y el primero que se constituyó en Galicia, fué San Miguel de Subrego. Aparte de ese, conozco sólo los de Chantada en Riba-Asma y el de Castro Verde en tierra de Chamoso. Esa novedad nos vino de los países del Oriente. Aceptada allí desde hace largo tiempo, ahora parece haberse vuelto contraria la opinión a tal orden de vida; porque en el concilio que dos años ha hubo en Nicea, constituyeron los Padres asistentes a él, prohibición terminante contra los cenobios duplex.

—Seguramente habría sido debida esa prohibición a que decayeron las buenas costumbres—observó Guesto—; si fuesen allí como en Subrego, no habría a que prohibirlos. ¡Qué santa es esa vida, qué santamente la observan en San Miguel! Allí ellos y ellas

Logia Independiente de Teósofos



parecen todos hermanos por la sangre y como tales viven, entregados a las prácticas de la más pura virtud.

—Dios los mantenga así a todos ellos y les sustente en el buen camino que les ha trazado, y les guarde y defienda también de cualquier daño que los siervos pretendan hacerles—dijo Alfonso, y continuó:—La rebelión de que esta tarde nos llegó noticia me infunde algún recelo de que pueda suceder cualquier desaguisado a ese rebaño del Señor. Yo, a buen seguro, correría a su defensa, si la tuviese inmediata, por más que creo que el conde Froya, que la tiene, no ha de faltarles con ella. Aún con esto, si no fuese el conde Froya quien gobernase allí, yo, a pesar de todo, os acompañaría de buen grado mañana de madrugada, conde Roderico Ordoñes.

—Eso y entregaros vos mismo, señor, a quien no abriga más deseos que teneros en su poder, sería una misma cosa, o sería obligarnos a dar batalla en defensa vuestra, al mismo a quien ahora y en todo este evento de la sublevación, pensamos auxiliar—y riendo continuó diciendo el viejo magnate en otros tiempos de la regia curia:—Con estos caballeros sobre quienes me disteis el mando y poder de capitán iré a ver si al lado de Froya Gutherez, damos fin de la revuelta antes que alcance a más lejos la llamarada. Lo peor es que el mal ya hecho no puede remediarse.

—La fuerza de la hoguera trabaja allá del lado de donde cae Peña Redonda—dijo el abad de Samos—hacia—esta banda de la sierra no hubo nada, aparte de la matanza de San Pedro, de que ya tenéis noticia. Ahora mismo acaba de llegarme la confirmación del suceso.

—¡Pobre Donani!—exclamó Guesto Ansures.—Ayer mismo todavía, le ví tan satisfecho y contento, afanad o

Logia Independiente de Teósofos



tan sólo por cumplir con su voto y promesa. — y mudando de conversación continuó: — Estoy en que Froya Gutherez con la fuerza que tiene en el Castro y en la torre de Quiroga ha de reducir a los amotinados a la obediencia y más pronto con el socorro que vamos a llevarle.

No todos los comensales participaban de esta conversación; muchos, en grupos separados, hablaban de asuntos diversos.

— Ahora vean si hay quién quiera decirme, si puede haber mejor vida que esta del cenobio entre cuantas se le ocurrió ordenar al Ser Supremo para su servicio — dijo un guerrero de proporciones hercúleas que estaba a la derecha del conde Roderico, atareado a la vez en rasgar con manos y dientes un pato asado relleno de nabos y castañas.

— Arropaos en los paños, Guther Menendes; que mozos sois aún y en buenas condiciones para el noviciado — arguyó alegremente Fidel, engulléndose el último bocado de capón.

— No puedo, porque a ello, como si yo fuese gafo, habría de oponerse el pio Argerico.

— Esa no es dificultad; yo seré para con él intercesor vuestro.

— Sea, y os lo agradeceré como especial favor.

— Me parece que nuestro amigo Guther — observó el Diácono, interviniendo momentáneamente — pondrá el punto en otro lugar si por acaso echa una mirada al refectorio donde los hermanos, si no acabaron ya, continuarán como todos los demás días refocilándose con su acostumbrado guisado de cebollas y la consabida hemina de celia o media hemina cuando es de vino, que en esto de suavizar el gaznate, son más parcos aún que los benedictinos. Hoy, que precisamente

Logia Independiente de Teósofos



no es día de pitanza para ellos, podéis, Guther Mendo, comprobarlo, y aún cuando es de los que repican gordo, y de éstos les caen pocos en libra, no les dan, si están sanos, extraordinario de carne.

Así, en tono ameno, concluyó Bermudo, y pasó a prestar atención a lo que se conversaba a su izquierda.

—¡Desisto!—siguió diciendo Guther.—Mucho más me place el quebrantamiento que por amor al hospedaje y deber de cortesía hacen en nuestro obsequio hoy de la regla, que la rigurosa observancia de ésta, buena para que la cumplan entre sí. ¡Guarden ellos la suya muchos años, que yo a la mía me tengo; cada uno es para lo que Dios le destinó!

—Lo más penoso para mí, no sería precisamente este mal pasar de pitanza—ponderó el vecino de Guther, hombre rehecho y sanguíneo, de cabello rubio y labios gruesos, que deleitaba su paladar con un plato de manos de oso, remojadas en miel—como el mal pasar sin algo también apetitoso.

—¿Qué es ello, Pelagio Gundesindes?—preguntó Guther.

—Son unas palabras o versos escritos en aquella piedra que se ve allá fuera a la entrada de la cerca del monasterio.

—¡Alta novedad es esta para mí, que no tenía por sabedor de letras,—gracejó uno—ni te conocía por otro Guesto Ansures.

—De letras ni miaja; pero como Guesto y yo somos amigos me los leyó todos, y sólo uno de tales versos se me quedó aquí—y se daba en la frente.

Anda dílo ya—insistió Guther apoyado por otros dos caballeros, que sentados a la derecha del rubio despedazaban una gallina, adobada en salsa de salvia.

Logia Independiente de Teósofos



—El sentido reza así: *nunca entre aquí mujer*. Sólo este precepto basta y sobra, para quitarme de cuajo las ganas de vivir con estos santos varones—dijo Pelagio lamiéndose los sensuales labios untados de miel.

Del pequeño grupo salieron algunas carcajadas.

—Que no te oiga nuestro casto Alfonso—murmuró uno intencionadamente.

—Creí que nos ibas a decir alguna novedad que nos admirase—dijo Guther a Pelagio—eso ya pasa de sabido, y prueba de ello es que Munia se quedó fuera de puertas en la hospedería.

A este medio tiempo, la plática entablada entre los comensales inmediatos al príncipe tomaba un rumbo que atraía poco la atención general.

—Mucho sentimos la ausencia del joven Obispo de Osma—decía Alfonso—a quien mi madre y yo veníamos con la esperanza de ver en Samos, y lo que más siento es el motivo que nos ha privado de encontrarlo aquí.

—Por fortuna, como os he dicho—observó Beato—dejé a Etherio fuera ya de todo peligro y con propósito de ponerse en jornada en cuanto se restablezca.

—También yo ando pesaroso, y ya echaba mis cuentas en tenerlo presente entre nosotros;—dijo Fidel—que ya hace casi cuatro años que nos vimos los tres por última vez en Pravia y fué cuando tomó el hábito la reina Adosinda (58). Después de la carta de Elipando que entonces os comuniqué...

—Lanzando contra Etherio y contra mí—recordó Beato, interrumpiéndole—la nota de herejía, a la que respondimos como Dios se ha servido inspirárnoslo.

—También os he enviado el traslado de otras...

Logia Independiente de Teósofos



—Que tampoco han podido abatir en lo más mínimo nuestras convicciones.

—Aún no hace mucho recibí otra de Elipando en que trata todas las cuestiones, sin entenderse con vuestras personas. Prometime darme el gusto de leérosla a ambos; pero ya que no vino Etherio será para vos sólo y cuando tuvieres vagar, pues la carta, Beato, es larga y tendida.

—Mañana, pasada la hora de tercia, estaré a vuestra disposición—contestó el abad de San Martín.

—Me placería estar presente,—dijo Alfodso—algo he oído de esa controversia, y quisiera estar de ella más enterado.

—Del origen de la cuestión aún apenas me he ocupado;—añadió Bermudo—pero lo que al leer algunas cartas del Arzobispo de Toledo, noto en ellas y más que en ninguna en aquella que escribió contra Beato y Etherio, es que su lenguaje vislumbra más calor del que conviene a un sacerdote revestido de tan alta dignidad.

—No os lo discuto. No obstante, en mi concepto, merece alguna disculpa por el celo con que abrazó la doctrina de Félix de Urgel y la enérgica oposición que encontró en Beato y Etherio—así habló el abad Fidel

—En lo que están conformes con el concilio de Narbona, que, el año pasado, condenó como heréticas las opiniones del Obispo Félix—replicó el diácono.

—Los Padres del Concilio son hombres como nosotros; y la pasión es madre de la ceguera.

—De eso es grande ejemplo el mismo Elipando—contrareplicó Bermudo.—Si no fué de la pasión, ¿de dónde le vino el soberbio tono con que se lanzó a sus contrarios, no pudiendo tolerar que hombres habitan-

Logia Independiente de Teósofos



tes en las breñas de Liébana tuviesen la presunción y atrevimiento de adoctrinar a aquel que ocupa la sede de Toledo?

—No debéis suponer, noble Bermudo, que por aprobar la doctrina del discurso, me agrada siempre su afeite; pues este puede ser de mal gusto. La cabeza debe conservarse fresca; mas como el sol de Toledo es abrasador, bien puede disculpársele que dé suelta a algunos destellos y no tomárselos a mala cuenta. Yo le tengo aconsejado mayor moderación.

—Y para pagaros en la moneda más de su aprecio, abad Fidel, os ha tildado de falto de energía y a mayor abundamiento os ha amenazado con delegar en otro discípulo, según él más apto que vos, la propaganda de sus ideas.

—El obrará como Dios sea servido inspirarlo; y yo ni aún por eso levantaría mano de tanta santa causa. En el corazón de todo hombre late algo de vanidad, que es imprudencia irritar; ni veo tampoco a qué se ha de recordar a los que se hallan bajo nosotros una superioridad que están prontos a confesar por sí mismos. Va mucho en el tono y gesto que se usa; sucede como cuando entonamos un himno, que si guardamos tiempo y compás os deleita los oídos, y os los ofende cuando el tono es falso: hay desagrado, donde debía haber armonía.

—Maestros sois en retórica, abad Fidel, mas ni por esas, nos persuadiréis que estén Beato y Etherio en el número de los herejes.

—¡Dios aparte de mí ese intento! No todos los errores envuelven herejía.

—El error—continuó el diácono—debe estar del lado de Elipando; lo declaró el Concilio. Mucho me

Logia Independiente de Teósofos



apena que el Arzobispo que supo extinguir hasta el último resto de la herejía del impostor Migesio, quiera ahora en su vejez oponerse a los Padres de la Iglesia con su equivocada interpretación de las sagradas escrituras. No pretendo, con esto, entiéndase bien, asimilar sus opiniones a las blasfemias de Migesio.

—Elipando—repuso Fidel—no se opone a los Padres de la Iglesia; y la prueba es que desafía a sus impugnadores a que le demuestren que Atanasio, Hilario, Ambrosio, Agustín o Isidoro dan testimonio de que la adopción de la verdadera naturaleza humana, no se manifestase en el hijo de Dios. Se dará por vencido si lo prueban.

—La doctrina de vuestro maestro no es otra cosa sino la profesada por Nestorio, pasa ya de tres siglos y medio. Estoy seguro que Beato me dará la razón.

—Hasta ahí, no puedo acompañaros, Bermudo—respondió el de Liébana.—En otro tiempo fué ese también mi parecer; pero, después, esclarecidos por la controversia ciertos puntos, me obligó la buena fe a modificarlo en parte. Lo que Nestorio enseñaba era que Cristo se componía no sólo de dos naturalezas, sino también de dos personas; esto es, que Dios se unía al hombre Jesús, demorándose en el cuerpo como en un templo a fin de inspirarle los actos. Esta fué la única especie de unión consentida por Nestorio. El lenguaje de Elipando se confunde con esa doctrina; mas como, no obstante, todavía parezca reconocer una sola persona y así lo declaren, no sería justo acusarle de nestorianismo con propósito deliberado, por más que su enseñanza, fundada unas veces en textos viciados y otras en interpretaciones erróneas, se halle impregnada y contagiada, y no poco, en aquella herejía.

Logia Independiente de Teósofos



—He oído decir—manifestó Alfonso—que estas novedades son hijas del contacto del clero cristiano con los doctores árabes de Córdoba. Para ganar la voluntad de éstos y de sus correligionarios que sólo ven un profeta en Nuestro Señor Jesucristo, conciliaron los llamados *adopcianos,* que decían que el Salvador por el cuerpo sería apenas hombre. Quede consignado, en honor de la verdad, que no todos los Obispos de Spania se dejaron llevar de la corriente; además de Etherio que, electo en Asturias, nunca tuvo la posesión efectiva de su villa de Osma, tenemos a Theodulo, Obispo de Sevilla, que se mantiene firme en la fe como buen hijo de la Iglesia.

—No es poco para nosotros, señor, poder oponer a vuestro Theodulo—dijo Fidel—y frente a él, a nuestro Obispo de Braga, aquel Ascario qué todos respetan y que tantos ha atraído a nuestra causa, que, con vuestra venia, os recordaré que tuvo principio en Felix, Obispo de Urgel, y que no nació, por lo tanto, en Córdoba, y sí, en Cataluña, donde impera Carlos, rey de los Francos, tan amigo de la Iglesia, cuanto invencible en las armas. Creedme, señor, que esa calumnia que nos levantan, es una saeta que no nos hiere. ¿Cómo podía haber compromiso ni concomitancia con los ismaelitas, si éstos sólo cuentan a Jesucristo como hombre y nosotros sustentamos con toda la Iglesia la dividad del Hijo de Dios? Nada, pues, les concedemos, y nuestro empeño único es tornar más clara y evidente la *adopción* de la naturaleza humada.

—Esa evidencia es precisamente la que no veo y la que quisiera me explicases mejor.

—Al obedeceros, señor, obedezco a la vez mi encargo: Lo que ante todo nos importa es ser bien en-

Logia Independiente de Teósofos



tendidos. Elipando se acuesta a los ya mencionados Padres de la Iglesia y a otros más, como son Jerónimo y el Papa León, y afirma estar de acuerdo con ellos. Dice él: es vulgar confundirse en Cristo la naturaleza divina con la humana, por parte de los que no se compenetran del sentido de ciertos trozos de las Sagradas Escrituras. Estas se refieren a Cristo unas veces en su entidad divina, otras en su aspecto humano. Así cuando Dios dice a Cristo que irá delante de él, que rasgará las montañas, que le dará tesoros escondidos, a fin de que se sepa que es su Dios..., no le tiene en la cuenta de igual; en tales casos, habla el hombre Jesús. Cuando éste dice que El y el Padre son uno, se refiere a su propia naturaleza divina, al paso que, teniendo presente sólo la humana, afirma que su Padre es mayor que El. La condición humana está tan unida al Verbo en Cristo que forma una sola persona *donde existen dos*. Sólo el hombre cargó con la cruz, mas por motivo de aquella unión, se dice que Dios cargó con ella. Si Cristo fué llamado hijo de David, es evidente que en cuanto a su naturaleza humana, sólo podía ser Hijo de Dios por *adopción*, no en cuanto a la sustancia divina; en esta fué engendrado del Padre antes de los siglos. Mas, puesto que esa unión de las dos naturalezas, fuese inseparable e indivisa en sus operaciones, conviene discernirlas por los efectos, distinguiendo en éstos los que procedían de la humildad de la carne, de aquellos a que se inclinaba la grandeza de la deidad. Sin la potencia del Verbo, no habría Nuestro Señor curado los enfermos ni resucitado los muertos. Sin la actualidad de la carne, ¿qué precisión tenía de matar el hambre con los alimentos y qué necesidad de restaurarse con el sueño? Sin la pujanza e influjo del

Logia Independiente de Teósofos



Verbo que no habrían los Magos adorado al Niño que les había indicado la estrella; y faltando la actualidad de la carne, no habría por qué ocultarlo a la vista de Heredes o llevarlo a Egipto. El Hijo de Dios es inmutable y coeterno con su Padre; pero solo en el Verbo. El Hijo de Dios padeció y fué sepultado más sólamente en su fórma *adoptiva*. Para no cansaros, como suele cansar lo que viene fuera de tiempo, concluiré diciendo que el Arzobispo recomienda mucho que se aplique a las palabras el sentido que las es propio, cuando discutimos al Hijo de Dios. En la asunción o *adopción* del hombre, no se aumentó por eso el número de personas; se mantuvo la Trinidad. Así como en cualquiera de nosotros subsiste el alma y el cuerpo en una sola persona, así también en Cristo constituyen una sola persona el Verbo y el hombre *adoptivo* y *prohijado*.

—Estamos conformes en un punto,—dijo Beato—en el de que no es tiempo ahora de discutir la materia sujeta a controversia. Los reparos que tengo de hacer y algunas incoherencias que he de apuntar respecto a lo que acabáis de exponer, quedan reservados para mañana después de leída la carta de Elipando.

—Si no me lo embarazase la presencia de tan ilustres teólogos, me habría atrevido a pedir la venia para aventurar un observación—dijo Guesto, aprovechando un momento del silencio general de toda la compañía de comensales, convertida ya en atento auditorio.

La cena tocaba a su término. Apenas si alguno que otro convidado se regalaba aún con alguna golosina tal como requesón, leche cuajada, "caldo amarillo„ hecho de yema de huevos, o frutas.

—¿Y por qué no?... Guesto Ansures tiene derecho

Logia Independiente de Teósofos



a usar del privilegio asignado a los que sin obligación igualan a los obligados. En textos sagrados y en doctrina de los Santos Padres es más leído él, que muchos que han recibido órdenes de sacerdocio—habló Beato.

—Respondo de eso, y de que me consta que en lo concerniente a esta discusión no hay nada escrito de parte a parte a que no haya echado la vista encima Guesto Ansures—tales fueron las palabras del diácono para confirmarle la licencia concedida al joven trovador.

—Díganos, pues, lo que tiene que decirnos nuestro fiel y leal Guesto Ansures—y el príncipe se sonrió con benevolencia.

—A poco se reduce, señor, y temo que mucho más poco sea lo que valga—dijo Guesto, y comenzó de esta manera:—Mi duda no es de hoy; y ahora, la conclusión del abad Fidel vino a darla una forma más precisa, y más fácil, por tanto, de comunicarla a la inteligencia ajena. Elipando en su novísima carta recomienda, a lo que parece, que apliquemos a las palabras el sentido que realmente las pertenezca; por lo que, se me figura, que podemos devolverle la petición y recambiar la instancia, aconsejándole que medite la palabra en que levantó su edificio. ¿Quién oyó jamás que se *adoptase* por hijo a quien no fuese extraño al adoptante? Sería lo mismo y valiera tanto como si un señor de tierras hablase de "sesicas„ cuando el molino o el árbol los tuviese en su propio suelo; pues siendo como es, un derecho correlativo a una servidumbre, sólo tiene razón de ser con referencia a árboles o molinos, sitos en terreno ajeno. ¿Prohijó alguien alguna vez por ventura, a su propio hijo? Dice Elipando,

Logia Independiente de Teósofos



es verdad, que siendo Cristo hijo de Dios en el Verbo, no lo cree bajo su aspecto humano; y olvida, pues, o parece olvidar, que no bajo ese aspecto fué obra de la generación, que si lo fuese, aún podría tener alguna fuerza su argumento; olvida también que la entidad llamada Cristo fué obra de la unión hipostática, misterio impenetrable a las humanas luces, que implica más incompatibilidad todavía con la noción de cualquiera existencia originariamente extraña al Dios Padre, cualidad sin la que no podría haber adopción. Digo más: la adopción no concibo que pueda recaer en la naturaleza o substancia del adoptado, y sí solamente en su persona. Así es como adopta un hombre al hijo de su amigo o el del desconocido, haciéndolo su heredero, y no objeto de utilidad propia o granjería. Es elección de amor y caridad que hasta se ve en los brutos; pues la golondrina adopta a los huérfanos de su vecina y reparte sus desvelos entre la nidada propia y la desamparada. Cuando se trata de la substancia, cabe mejor la *apropiación:* apropiamos el esclavo a nuestro uso, y si lo prohijásemos, ya no sería siervo. La adopción es sólo aplicable a la *persona,* en el caso en cuestión; el sujeto es Jesús que se resuelve en Cristo, y que, separado de Cristo, no sería Jesús.

Difícil sería describir el efecto de estas palabras sobre el auditorio en que predominaba el elemento guerrero. Esos caballeros, en su mayor parte de aspecto brusco y rudo y aún turbulento, y que ciertamente poco entendían de lo que habían escuchado con profundo silencio, contemplaban a su compañero con admiración y deferencia. Si Guesto fuese un joven entregado tan sólo al estudio, lo habrían considerado

Logia Independiente de Teósofos



con el desdén que se tributa a quien desconoce las exigencias de su esfera. Lo reputaban por tan buen caballero como todos ellos, y de aquí la complacencia con que le habían visto tomando tan buena parte en aquella teológica polémica.

Tan sólo tres mostraban disentir del sentimiento general: el conde Ruderico, Guther Menéndez y Pelagio el Rubio, éste ya un tanto embriagado. Cambiaron los tres algunas sonrisas, guiñadas y motejos, cuya significación habría sido evidente a quien les hubiese prestado atención. Nadie les atendió. El trovador era ahora el blanco de todos.

De envidia sí que no había señales, ni asomo siquiera. Guesto era para sus compañeros una individualidad aparte, que sólo podía hacerles sombra en el campo de las armas, y en las condiciones actuales de la vida del país se daba muy rara o ninguna coyuntura el ostentar la valentía y capacidad militar. Ante el éxito obtenido por su compañero, predominó, al contrario de la emulación y de la envidia, un tanto de orgullo o lo que fuese al ver entre eclesiásticos pacientes el modo con que acojían el discurso conciso y sustancial del caballero poeta, manifestando envueltas con la sorpresa y la admiración, la benevolencia y la estima.

Guesto no se había pronunciado a favor de una ni otra parcialidad, y sin faltar a la modestia, se limitó a condenar la *fórmula* de los *adopcionistas*, acertando a hacerlo en términos tan moderados y, digámoslo así, bajo un aspecto tan nuevo, que era difícil apreciar cuál de los dos bandos había quedado más complacido, si el representado por Fidel, o el representado por Beato y Bermudo.

Logia Independiente de Teósofos



—Me place ver que una inteligencia tan excepcional nos haya exonerado de la nota de herejía, y, sintiendo no poder acompañar en todo a Guesto Ansures, preveo que nos hemos de entender—dijo Fidel, restregándose las manos de contento.

—"Yo ya sabía—dijo conmovido el diácono, que era tan fuerte de cabeza como leal de corazón, y aún así, a mí mismo me dejó maravillado.

Beato, con voz benigna y mirada penetrante salida de la honda cavidad formada por el ángulo saliente de su frente despejada y alta, le dijo:

—Hijo mío: vuestra exposión tan concisa y a la vez nutrida y llena, es claridad que viene a derramar sobre este asunto una luz, a mi parecer desconocida y que puede ser muy provechosa. Pero seamos prudentes; que esa luz aún está baja en el horizonte. Observaré... Pensaré en eso...—y movía la cabeza con semblante meditabundo.

—Sabíamos, Guesto Ansures, que erais caballero leal y valeroso, y no os conocíamos igual como inventor de cantares y romances, y sólo nos faltaba ahora ver tributaros elogios y encomios entusiastas a los sabios de la Iglesia. Tengo curiosidad de conocer cómo tuvísteis tiempo para estudiar tanto y tan sólidamente—dijo Alfonso con gesto de benévolo.

—Eso es D. de Dios—, advirtió Bermudo, al paso que Guesto daba muestras de su gratitud con una profunda inclinación de cabeza.—Dios distribuye el tiempo con igualdad a todos. Algunos lo aprecian en poco, procuran acortarlo, y dan consigo en la morosidad y en el tedio; otros lo consideran de subido valor y sacan gran provecho de él, conservando en la

Logia Independiente de Teósofos



mano el compás para medirlo. Para éstos es veloz su curso, para éstos no existe el hastío.

Transcurrido un momento de silencio se dirigió el príncipe a Argerico:

—Si os parece, venerable abad, pasaremos ahora al hospicio. Allí nos espera mi madre.

Minutos después quedaba desierta la sala del banquete.

Logia Independiente de Teósofos

## XIV

# LA APARICIÓN

Conheçeo-o a rainha.

Livro Velho das Linhagens

(Lenda do rei Ramiro em Foz d'Ancora)

De allí a breve rato estaban todos reunidos en una sala del albergue donde también se hallaba la madre de Alfonso.

Munia aún se conservaba restos de su gran hermosura. Los caracteres salientes de su fisonomía eran la sinceridad y la firmeza sin rigidez. Su traje se diferenciaba poco de aquel que vimos en la hija del conde Froya. Era blanco del todo, y del mismo color una toca de lino, especie de lienzo que desde la cabeza pendía de los hombros con borde ondeante y dentellado de perfil, toca que apenas la dejaba al descubierto el rostro y la garganta y que aseguraba por medio de un pequeño birrete sin borla ni adornos.

La reina viuda ocupaba un asiento en la extremidad del salón, frente a una puerta abierta. La acompañaban Alfonso, sentado a su izquierda y Bermudo a su derecha.

Al lado de éste, con un intervalo de por medio, ocupaban sillas los tres abades y algunos caballeros de los más distinguidos. Los otros, sentados la mayor parte en bancos de pino, se hallaban al lado opuesto. En este número aparecía Guesto. Los dos ringles de

Logia Independiente de Teósofos



asientos formaban dos curvas que casi se encontraban en los extremos, y cerca de la mitad de la sala quedaba un espacio libre fuera de la línea de aquéllos.

Theudas, el amigo y valido del príncipe, estaba en pie recostado a la pared, detrás de su amo.

Munia continuaba su discurso y decía:

—Admiraos de que, habiéndonos entregado a tan larga y peligrosa jornada, en la que Dios proveyó en todo, librándonos de nuestros enemigos y conduciéndonos a este asilo de paz y seguridad, tan deleitoso a mi hijo...

—En donde, señora, dejó tantas soledades a los que de entre nosotros—dijo Argerico—le llegamos a conocer.

—No son menos—dijo Alfonso—las que conservo de vosotros, venerable abad, que bien puedo llamar mi segundo padre. Los años que pasé aquí y en Subrego, fueron para mí el despertar a un día sin nubes; éstas comenzaron cuando me separé de vuestra compañía.

—A Dios plazca—contestó el abad—que sea vuestro regreso preludio bonancible para vos y los que en vos tienen puesta su esperanza.

—Muy cierto es que si Bermudo fué quien acabó la obra, también fuísteis vos los hermanos de Samos, los primeros escogidos para amoldar el corazón de mi hijo al amor de Dios y sus santos mandamientos, y los que perfeccionásteis tanto el terreno ya bien dispuesto por sí mismo, que en él no ha podido hallar vida ninguna semilla ruín. Pero como os iba diciendo, padres y caballeros amigos míos, no os fué dado atinar con el motivo que nos hizo anteponer este arriesgado viaje, y preferirlo a llamar a algunos de vosotros para

Logia Independiente de Teósofos



servir de medianeros en lo que cumplía. Ahora lo veréis. Sé que para algunos no es un secreto la dolencia de Mauregato; pero tal vez sepan pocos que no tiene cura. Ahí está quien puede certificaros—e indicó a Beato.

—Podéis creer lo que os dice la reina. Los de la curia forcejan para ocultar la gravedad eminente, y para ello les ayudan los intervalos que de aparente salud se dan en el enfermo. Es un mal de las entrañas acompañado de postración que va conmoviendo al usurpador y empeorándolo más y más en cada recaída. De esta no se levantó aún, y hay quien piensa que ha de ser la última.

—En parte tenéis ahí el por qué de nuestra venida—continuó Munia.—Nos pareció conveniente adelantar el intento, poniéndonos en medio de los que han de tener, cuando llegue el suceso, la principal voz y acción, aguardando aquí entre vosotros el tiempo asequible para ponerlo por obra, que será cuando Nuestro Señor fuere servido llevar al intruso de esta a la otra vida. Aparte, además, de este cuidado, nos obligó también...

—Mis amigos y yo—dijo el conde Roderico, interrumpiendo áspera y bruscamente a la reina—creíamos que nos habían llamado a consejo para oir propuesta que exigiese acción y ánimo y diese ocasión de poder dar testimonio con obras de muestra a vuestro hijo, que ya fué nuestro rey y volverá a serlo, Dios mediante. Pero viendo estoy, señora, que nos reservais la parte que el Creador ha destinado a los cuervos, que ventean de lejos al buey o al rocín cuando éstos están próximos a dar el último pataleo.

—Y cuando les da chasco la muerte—añadió el

Logia Independiente de Teósofos



conde Ero en el mismo tono—se van de vuelta, llevándose sólo su hambre asquerosa y torpe. ¡No queremos asaltar cadáveres, y sí habérnosla con hombres vivos!

—¡Olfatear en la podredumbre no es nuestro oficio, y sí otro más alto!—bramó Guther Menéndez.

—¡A tal festín no voy yo! De comer ya estoy harto... ¡Venga vino, que aún no maté la sed! .. Venga vino!—vociferó el caballero rubio, levantándose en desorden con gesticulaciones y ademanes intempestivos, propios de ebrio, que dieron causa a una interrupción, mientras los próximos a él no le apaciguaron.

—Sosegaos, amigos—dijo Alfonso, a la vez que a los labios de la reina asomaba una sonrisa que indicaba todo menos desagrado.—Bien sabemos de cuánto sois capaces en pro de nuestra causa y os lo agradecemos muy de verdad. Adivino también vuestro pensamiento, y siento no poder aprobarlo. Nada tendrá fuerza para determinarme a ser fementido. Eso es propio del que ahora se llama rey. Yo por eso no he de seguir su ejemplo y su felonía, para alcanzar yo ventaja en detrimento suyo y en mi descrédito. Nuestro propósito tiene otro fin más noble y de mayor provecho. Que hable mi madre.

—No me dejásteis, como veis, llegar al punto que más importa; pero antes de proponeros lo que cumple hacer, voy a exigiros una prueba...

—En cuanto a mí, podéis estar segura de que mi vida entera—dijo Guesto—la pondré a vuestros pies.

Análogos ofrecimientos se dejaron oir desde diversos lados.

—Os quedo obligada, nobles caballeros, aunque de cuantos están aquí, sea uno solo, al que toque res-

Logia Independiente de Teósofos



ponder a mi petición—dijo Munia, volviéndose al diácono—. Prometedme, primo, que si esta asamblea acepta mi proposición, vos la aceptaréis también, y no habéis de oponeros a la parte que os cupiere, y que la cumpliréis puntualmente sin objección alguna.

—No os creo capaz de proponerme nada que haya de entrar en conflicto con mi conciencia. En tal caso no me obligaría.

—No es caso de conciencia, y quizás en el de la duda, venga ésta en socorro y apoyo de mi proposición.

—¿Por qué exigís un compromiso anticipado y solamente lo exigís de mí?

—No me lo preguntéis, Bermudo; y fiaos de nosotros. Si faltase la aprobación general, quedaréis desobligado. ¿No os basta?

—Pues bien, con la reserva hecha, prometo estar y pasar por lo que resuèlvan los abades, condes, próceres y caballeros aquí presentes.

—De esta manera, Alfonso mío, venciste ya algunas gradas del trono—dijo la reina viuda con manifiesta satisfacción—ahora os cedo la palabra.

—No, amada madre; hablad vos.

—Hablaré si así lo queréis, y procuraré ser breve... Reverendos abades, nobles condes, distinguidos primates, capitanes fieles y caballeros amigos y leales; lo que tengo que deciros cabe en tantas palabras, cuantos fueron los días de la creación. Muerto Mauregato, sea electo rey, Bermudo.

—¡Yo!... exclamó éste levantándose consternado.

—¡Vos lo seréis! Yo mismo, cuando el tiempo llegue, daré el primer grito a favor de Bermudo, rey de las Asturias—dijo Alfonso con voz recia y enfática.

Logia Independiente de Teósofos



—¡Queremos a Bermudo por nuestro rey!—bramó más que dijo, Theudas, adelantándose victoriosamente.

—¡Apruebo!—asintió Guesto, levantándose y volviendo a sentarse en seguida.

Estos fueron los únicos que se apresuraron a asentir a la manifestación de Munia.

Un prolongado murmullo, corrió por los bancos de los legos. Los eclesiásticos, parecían consultarse en voz baja; y finalmente Argerico dejó oir estas palabras:

—¡Aprobamos la propuesta!

Beato y Fidel aprobaron el voto asintiendo.

—¡Nosotros la rechazamos!—dijo el conde Roderico Ordóñez, con voz fuerte y malhumorado semblante.

—Por el placet de los godos, no puede ser rey ningún clérigo—añadió el conde Ero Luderigues.

—Así dicen que está escrito en el Fuero de los Jueces; y aunque no le estuviese, sería siempre golpe mortal para el reino, la elección de un tonsurado, después de tantos años de paz. ¡Eso no ha de ser!—concluyó Guther Menéndez, con el brazo extendido cerrado el puño en actitud de veto.

—Paz y sujeción cobarde, que no tendría fin. ¡Venimos de tan lejos para traernos clérigo en el fardel!...

—¡Eso no tiene pies, ni cabeza! ¡Bermudo no ha de ser rey, no lo será jamás!—y centelleaban los ojos del caballero, que agitaba las manos y golpeaba furioso con el pie.

Algunos más les siguieron y hablaron contra la propuesta en términos lacónicos y sin visos de argumentación. Por último un ruidoso y general voceo, manifestó claramente que la oposición era casi unánime.

Logia Independiente de Teósofos



Al cabo de un rato, después de que se serenó la tempestad, dijo Guesto:

—Si me queréis atender, os diré porque apruebo la propuesta de la reina, haciéndome socio del noble Theudas y de los venerables abades...

—De ese color es vuestro paño, Guesto Ansures—dijo Roderico, cortándole la palabra, y en tono sarcástico;—quien toma parte en banderías de clérigos, no admira que los quiera ver con la corona de alto relieve y no tan sólo con la rasa de la tonsura.

—Es como decís, conde. El es masa de ese trigo. Nació para vestido sedeño, *sobrazar* breviario, rezar maitines en diurno y cantar en los antifonales. Es desertor de la clase sacerdotal; y errado anduvo cuando se puso a vestir loriga, blandir espada y enristrar lanza—añadió Guther con desprecio brutal.

—Fuera de aquí, en cualquier otro lugar os haré ver en plaza que mentís como un bellaco—respondió indignado Guesto Ansures.

—Aquí, ahora mismo! Espacio para hacer campo lo tenemos, y jueces tampoco faltan. ¡Vamos ya!—y el caballero agigantado, tiró de la espada, se salió fuera del recinto y tomó postura de reto.

—Esto es desacato a la reina y a esta casa... iba diciendo Guesto al dirigirse al provocador.

—¡Cobarde! ¡Si tuvieses pelo en la barba te la mesaría así—bramó Pelagio, cuyo rostro tenía el color del vino, y se lanzó súbito contra el trovador, echándole mano a la cara.

Antes que consiguiese efectuar por completo tan gravísima injuriosa acción, sintió su ya extendido brazo desviado con violencia, por virtud de una fuerte

Logia Independiente de Teósofos



bofetada recibida del ofendido y dada con tal acierto que el agresor, medio ebrio, cayó al suelo de golpe.

—¡A nosotros ahora!—dijo Guther adelantándose.

Aún Guesto no desenvainaba la espada para defenderse, cuando volvía a él de mano armada el caballero rubio que ya presto se había levantado. Este en vez de herir el cuerpo a que tiraba el mandoble, encontró detenida su espada por la de Theudas, que acudió en defensa de Guesto, al verlo amenazado de dos adversarios en lucha desigual.

En cuanto, pues, el valido y Pelagio cruzaron sus hierros, hacían otro tanto Guther y el trovador.

La asamblea estaba en tumulto.

Munia manifestaba menos susto que contrariedad, y Alfonso y Beato se aproximaron a un tiempo a la escena del combate.

—¡Caballeros—dijo el último arrojándose entre Guesto y Guther, expuesto a haber sido víctima de un tajo que partía de éste, sin la oportunidad de uno de los circunstantes que le echó mano y le retiró del peligro—¡caballeros, tened respeto a la imagen de Aquel que predicó la paz y la concordia entre los hombres—y apuntaba a un crucifijo que pendía de la pared.

—¡Theudas! ¡Pelagio!—rugió el príncipe:—envainad vuestras espadas; que morada de religiosos, no debe ser convertida en campo de batalla.

Con la simultánea intervención de diversos caballeros, señaladamente la del conde Roderico, conocedor y pesaroso de su culpa como primer promovedor del incidente, se consiguió en breve restablecer el orden.

—Mucho me disgusta, amigos míos—dijo Alfonso después de que cada uno había vuelto a su lugar—que

Logia Independiente de Teósofos



haya entre vosotros motivo de desavenencia, y más me disgusta, porque, a mi entender, nacieron esos motivos de semilla sembrada en otro campo, no en éste. Menos me desagradaría y bien quisiera hallar la causa de la brega en las palabras de Guesto Ansures; pues ellas no han podido dar causa a semejante alboroto, ya que en ellas es imposible encontrar ni sombra plausible para tan gran sinrazón.

—No sé—respondió Guesto—ni me explico la causa de la malquerencia que he merecido de algunos de los caballeros aquí presentes como no sea, según parece, por haber emitido mi opinión. Yo creo que el hombre debe tener alguna razón para cuanto diga o haga y que hasta para la sinrazón debe haber algún motivo que la produzca. No seré quien diga o pueda decir el que otros han tenido ahora para proceder así; pero si sólo fué la discordancia de sentimiento, flaco motivo es, por ser hijo de la pasión que ciega, no del juicio sereno que desvanece la obscuridad. Bien quisierà aún daros cuenta de los argumentos que me movieron a la aprobación de la propuesta de la reina; pero no lo haré, porque sospecho que me los oiríais de mala gana y con prevención.

—¡Hablad! ¡Hablad!—dijeron muchos, a modo de protesta.

—Aunque mi madre—dijo el príncipe—no os dió a conocer los motivos de su propuesta, oiremos antes, sin embargo, a los que quieran hablar, cada uno por su vez y orden, y Guesto Ansures, si os place, será el primero.

—Caballeros y amigos—dijo el trovador, viendo que nadie le disputaba la palabra—. En aquellos mismos sitios en que todo dormía antes bajo un manto de

Logia Independiente de Teósofos



blancas nieves, anhela después la vista, al presentarse la primavera, la verdura y el matíz; la fruta que invernal vendría como intrusa, insípida al paladar, nos apetece más después en el auge de los calores estivales. En la floresta, el rugir de las fieras alegra y anima al cazador; en el bosque, al pie de casa, anhelamos el armonioso canto de los pajarillos. Lo que viene fuera de tiempo y de lugar, algo malo trae consigo, ya en ajeno daño. La reina presintió que sería prematuro pedir la elección para su hijo, y éste pensó del mismo modo. Nosotros no tenemos fuerza ni poder bastante, para transformar en confianza y amor el recelo y el odio que gobiernan el ánimo de gran número de aquellos que tienen voz en la elección de rey. En ellos no tendrán influjo, las palabras y promesas, y sí las obras y la realidad. Es menester que el regio Alfonso, ya que de la otra vez no le dieron tiempo para ello, haga ahora su noviciado, antes de que se le vista el manto de rey. Nada lo precisa para él; pero es necesario para enseñanza de los que le son contrarios o le tienen miedo. Mejor le serviremos si previamente sentamos en el solio a quien para ese fin le abra y allane el camino. De la estirpe de Pelagio, sólo nos queda sin mancha de bastardía, aparte, se entiende, del real Alfonso, nuestro Bermudo, al que ahora no han de faltar los sufragios, cual ya los tuvo en la otra ocasión. Su elección es indudable, si además de sus exclusivos amigos, le proponemos también los amigos de su primo nuestro Alfonso, uniéndonos así los partidarios de uno y otro y formando un solo y compacto núcleo electoral. ¿Quién ignora el respeto y la afección que siempre ha merecido a todos el noble diácono? ¿Cuántos hombres no se acuerdan aún de las buenas mues-

Logia Independiente de Teósofos



tras que dió de sí Bermudo como guerrero y capitán de hueste, antes de haber tenido la vocación del sacerdocio? ¿Quién dudará que puesto en el trono, no sepa cumplir con los deberes de rey? No nos sirva de impedimento la ley de nuestros abuelos; que así como ellos la hicieron, nosotros podemos deshacerla. Lo que la mano levantó, puede arrasarlo la mano. ¿Qué novedad veríais en eso? ¿cuántas de esas leyes e instituciones que hicieron los antiguos, han caducado por la fuerza de las cosas? Lo que bien sentaba en Toledo, no siempre hemos podido mantenerlo en Cangas o Pravia, cuando teníamos al frente los adversarios de la cruz y a la espalda el bramido del océano. Si David cantaba en la paz las alabanzas al Señor de los Ejércitos, también exterminaba en la guerra a los enemigos de Dios y de su pueblo y dejaba a su hijo muy aumentado el reino en riquezas y opulencias. También nosotros, si obramos como os he dicho, tendremos en Bermudo nuestro David y en el hijo de Froila nuestro Salomón.

—¡Bien hablásteis! Guesto Ansures—dijo la reina—y si yo no hubiese conseguido modificar el anterior sentir de muchos, creo que para lo que ahora voy a decirles, quedaremos, Dios mediante, todos conformes en un mismo parecer.

—Perdonad, Munia—interrumpió Bermudo—la propuesta la desapruebo, y mi promesa ya no me obliga, por faltarle la condición previa, cual fué la del asentimiento de esta asamblea. El cetro lo rehusé hace muchos años, y para escapar al riesgo de tener que renunciarlo segunda vez, tomé las órdenes sagradas, satisfecho con permanecer en el tercer grado de las mismas, bastante al fin que me propuse y

Logia Independiente de Teósofos



apropiado para quien, como yo, se considera indigno de subir.....

—Esa humildad—dijo Beato—debiera ser fuerte argumento para contrariar tanta abnegación, si fuere preciso.

—¡Ah! si hubiese medio de convencerlo y moverlo, ya sería a estas fechas no sólo presbítero sino Obispo, al mayor servicio y gloria de Dios—segundó Argerico.

—Os agradezco, hermano, la favorable opinión que tenéis de mi persona. Ahora no tratemos de eso; y sí de que para no subir al más alto grado del trono entre los terrenos, me basta conservarme en el ínfimo del altar; y aquí me afirmaré hasta la muerte.

—Tengo para mí—dijo el príncipe—que nuestro amigo ha de mudar de opinión; y espero que cuando a ejemplo de Guesto Ansures, se hagan oir algunas más, será para dar testimonio de que no me equivoqué en mi conjetura. Entonces, Bermudo, no tendréis razonable disculpa para no respetar vuestra promesa, y habrá llegado el caso no sólo de aceptar el trono, sino de hacer por vuestra parte y por vuestra cuenta cuanto sea preciso a ese fin, solicitando la previa dispensa, y permiso de dejar los hábitos clericales, que no se os negará a vos en concilio de prelados y grandes de la tierra, en consideración a que la fuerza de las circunstancias del tiempo os llaman a donde habéis de prestar mayores servicios a la causa de Dios y de la patria.

—De vos depende, Bermudo, el bien del reino—dijo Munia—y no sería conveniente ni conforme a la voluntad de Dios que persistais en el recogimiento que tan a vuestro gusto habéis escogido y en el que con tanto agrado pensabais permanecer. Cumple ahora

Logia Independiente de Teósofos



que os sacrifiquéis. Sólo está en vuestra mano abrir en beneficio de mi hijo, último descendiente de Pelagio, el camino del trono. Si lo rehusáis, se lo abriréis a Hermenegildo, el hijo del bastardo, el nieto de la sierva de Caso; pues él tendrá por apoyo a todos los advenedizos y a los enemigos de Alfonso. Si dais vuestro pláceme, vuestra elección será un hecho; porque todos os elegirán, a excepción de dichos advenedizos, entre los cuales aún habrá algunos que se unan a nosotros al ver que el hijo de Mauregato se queda sin más arrimo que el de ellos solamente. Una vez elegido vos y después que seais aclamado, podéis entonces llamar a Alfonso a vuestro lado y ponerlo en contacto con los hombres de la curia y con los que tienen intervención en los negocios públicos, y de esa manera irá mi hijo aprendiendo las obligaciones de rey y al mismo tiempo se dará a conocer y a estimar por sus obras. Sucederá, pues, que cuando Dios sea servido en llamaros a la biénaventuranza, lo que para nuestro bien no quiera en muchos años, recaerá la elección sin esfuerzo, sin la menor dificultad y como de por sí, en esta última prole de la regia estirpe.

—¡Señora! —dijo el conde Roderico— si hubiéramos podido adivinar el fin a que se encaminaba vuestro discurso, no habríais presenciado la escena en que vino a parar nuestro acaloramiento, que ahora veo fué desaguisado y sin razón. Variada así la forma de vuestra propuesta, buena me parece con tal que Bermudo sea dispensado de las órdenes.

—Y tome sobre sí el compromiso de gobernar como rey enemigo de los incrédulos e infieles y defensor de la Iglesia, y aún para esto, olvidándose de que fué clérigo —sugirió Ero Luderigues.

Logia Independiente de Teósofos



—Y prometa ahuyentar de la curia a los advenedizos y no separarse nunca de la compañía de nuestro Alfonso, que ya fué rey, y volverá a serlo cuando Dios quiera. Si así lo promete Bermudo y lo tiene a bien, yo a mi vez le prometo el apoyo de todos mis amigos tanto en Castro de Rey, y su *alfoz* como en toda la tierra de Meira, y, allá del Miño hasta Riba-Anlo. *¡Sinon, non!*—dijo Guther Menéndez, golpeándo con el pie.

—*¡Sinon, non!*—segundó su vecino Pelagio, tal vez sin tener idea bien precisa de lo que se trataba, por no hallarse en sus cabales a juzgar por lo que bostezaba.

—El lobo muda de pelo, pero no de hábito—dijo con aire de duda un caballero.

—Mas con Alfonso por fiador, fiarnos podemos de él—indicó otro.

—Llevada la sirga por tal sol, aceptaremos esa luna por remedio—dijo un tercero.

—Mejor nos salía el pleito si el sol viniese siempre a la estela de la luna, como suele acontecer a veces en el cielo, y así andaría más sumisa—repitió un cuarto.

—Protesto contra esas desconfianzas y ultrajes a Bermudo, que es hombre de palabra—afirmó un quinto.

—No faltará nunca a lo que prometa. Para ponerlo en el trono, basta que consienta ser depuesto del altar—dijo otro de los caballeros.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Nada más se le pide! ¡Estamos contentos! ¡Eso es lo suficiente!—clamaron varios.

—De entereza y desintirés, nos dió buena prueba cuando renunció el cetro. Debe merecernos confianza—insistió el que habló en quinto lugar.

—No estaba aún tonsurado en ese tiempo—objetó el primero.

Logia Independiente de Teósofos



—Ya lo estaba en espíritu. Su amor a la paz, le indujo a la renuncia—dijo el segundo.

—De una oveja no se hace un león—añadió el tercero, apoyándolo.

En este lacónico estilo continuaron otros opinantes, benignos la mayor parte en sus comentos. A poco y en ese favorable sentido intervinieron Roderico, Ero, Guther y varios de los más influyentes, y quedaron reducidos los desconfiados a una pequeñísima minoría, y así y todo sin rehusar por eso sus votos a Bermudo.

Manifestada finalmente la unanimidad en la asamblea, habló el diácono, diciendo:

—Rindome a la voluntad que Dios se ha servido manifestarme por intermedio de los parciales de mi primo. Exigísteis de mí que me comprometa a tenerlo siempre a mi lado; yo voy todavía más allá. Lo asociaré conmigo al gobierno hasta que haga el tiempo lo que falta y cumple. En cuanto yo vea que llega a ser scepto a todos cuantos hoy recelan de él, y disipada, por lo tanto, la nube que oculta sus virtudes al pueblo, habré por terminada la misión que Nuestro Señor parece ha querido imponerme, y volveré a renunciar al mundo, y bajaré del trono, dejándoselo Alfonso desembarazado y libre.

Un sentimiento de respeto y admiración se apoderó de la asamblea al oir este breve discurso proferido en tono que llevaba al ánimo de los oyentes la convicción de su sinceridad realzada por el gesto suave y benigno del orador. Entre los caballeros mismos, que aún ahorà acababan de mostrarse rudos en su franqueza, no hubo por acaso, uno sólo que, en este momento, no diese alguna señal, siquiera fuese muda, de pertur-

Logia Independiente de Teósofos



bación pesarosa o de excusa, al paso que un murmullo de aplauso general circulaba por el salón.

—¡Ah, Bermudo,—exclamó el príncipe—si hubiese muchos hombres como vos y no fuesen tan pocos como son, estarían menos manchadas de ejemplos nefandos de la humana ambición, las páginas de la historia! El tiempo, como digísteis, y vuestro propio juicio serán los inspiradores de vuestros actos. En mí hallaréis siempre un hijo obediente y afectuoso.

En el semblante de Munia, que, en aquel momento daba muestra y testimonio de la felicidad que embargaba su alma, apareció de repente el sentimiento que denota el temor o el recelo, sentimiento que dió a conocer con estas palabras:

—Bermudo: la revelación de vuestro propósito, tendrá funestas consecuencias, si llega a pasar de aquella puerta, y estorbaría quizá vuestra ellección, y por esto, me pesa que hayais descubierto tan llana y cumplidamente vuestra magnanimidad; pero lo dicho no tiene ya otro remedio, si no lo hallamos en la promesa del secreto y su cumplimiento por parte de todos los presentes.

Estas palabras fueron acogidas con expresivas protestas de conformidad y adhesión. Se levantó Beato y dijo:

—Hermanos míos, condes y caballeros: esas manifestaciones no bastan, no son suficientes, en esta coyuntura; y yo os propongo un juramento solemne, que nos ligue a todos, prestado ante la cruz.

Aprobado el arbitrio por aclamación unánime se cumplió en el acto con todas las formalidades acostumbradas; y tomando el abad de Samos el crucifijo suspenso en la pared, lo llevó a los labios de cada uno de los juramentados.

Logia Independiente de Teósofos



Estaba llenado el objeto de la reunión, y comprometidos los asistentes a unir sus esfuerzos para la ulterior ejecución de lo ajustado: la elección de Bermudo.

El diácono y los tres abades se despidieron y recogieron al monasterio.

El resto de la compañía estaba a punto de dispersarse, cuando la reina, que no cabía en sí de contento, si bien lo mostraba con recato y dignidad, dijo sonriente:

—Despachados ya los negocios, estamos en el caso de festejar la satisfacción que nos han causado la paz y concordia a que al fin llegamos todos, imitando a los ángeles que con canciones suelen celebrarla. En atención, no obstante, a que nos falta aquella superior facultad, aquella superior aptitud de poder todos en un sólo conjunto armónico mover la tonada en coro de celestiales melódicas voces, y que, por esa carencia nuestra de aptitud suficiente, recelo que, en esa forma, dé otra vez nuestro concierto en desconcierto, conferiremos el encargo al que de derecho le pertenece, a nuestro trovador el hijo de Ansur. De vuestros solos he oído más de uno, pero siempre entonados por ajenas voces; y ahora deseo que nos deis el gusto de oirlos cantar a la voz misma, Guesto Ansures, de quien los inventó.

La idea y acuerdo de la reina, fueron muy aplaudidos por todos los presentes. Accedió Guesto; se quedó algunos instantes en la actitud de quien reconcentra los sentidos y después dijo:

—Señora: la merced con que me honráis, dignándoos querer oir por vez primera a vuestro servidor, exige que yo haga un nuevo mayor esfuerzo a fin de ofreceros un cantar virgen, no percibido aún por oído

Logia Independiente de Teósofos



alguno. Si así os place, señora, no me faltarán alientos, aunque me falten el ingenio y la habilidad.

Obtenido el regio beneplácito, se colocó el trovador en uno de los últimos asientos, vuelto hacia Munia, y de espaldas a la puerta recitó en tono la composición siguiente:

—Llegada á su fin la guerra,
acabóse de cansada;
lloraba yo todo el día,
ay! triste de mí, cuitada
por lo que vía y no vía,
por la mi casa quemada,
como fija a par de hermana,
a más por un amor lloraba,
elo viene un caballero,
venía con su mesnada
en ginetes andariegos,
alfarena desplegada.
—¿Por qué lloras tú, doncella
sin amparo y sin posada?
Orfanica, ¿sin propincuos
andas tan desconsolada?
—Padre tuve y tres hermanos;
era aquí nuestra morada;
y pasados unos días,
había de ser casada;
todo estaba en alegrías
desde horas de alborada.
Padre, hermanos, degollaron,
nuestra casa fué quemada;
y de aquél que más quería,
mal pecado! no sé nada!

Logia Independiente de Teósofos



—No más llorarás, doncella,
De estos sitios linda fada;
padre, hermanos, no prometo,
palacios sí por morada;
y pasados unos días,
has, queriendo ser casada;
volverán las alegrías
de esas horas de alborada.
—Pasa! Sigue tu camino,
al no pido, desgraciada;
mano que asoló mi tierra,
de esa yo no acepto nada;
mano que mató los míos,
sólo me lleva apresada!
—Mis palabras no eran dichas
y ya me llevan, cuitada!
Por las sierras, por los valles,
por las matas y quebradas;
y lloraba, y más agora
lo perdido me membraba.
Cerca ya de la frontera,
Dios nos armó una emboscada.
—Alto allá! Por la cautiva
pecharme habréis la sacada;
qué sólo, aquí, la moneda,
corre en su busto acuñada!
—He ahí al que yo plañía!
Ah ¡cuál fuye la mesnada!
En ancas del su caballo
finaré la mi jornada.
—Ven esposa prometida,
mía sois por bien ganada,
en ancas del mi caballo

Logia Independiente de Teósofos



finarás la tu jornada!
—Fuye! Fuye a buen correr!
No te fíes ya de espada;
aguijando al tu caballo
me tendrás por bien ganada.
—Mal pesar del mío querido,
Adur me toma abrazada,
se revuelven los fuídos,
caballero y su mesnada!
Y otra vez más soy asida
de mi bien desapartada;
elo a caer mal ferido
su testa en sangre bañada!
Aún amor brilla en sus ojos,
ya su vida era acabada;
y a mí, penando mi alma,
me llevan por desmayada!....

Interrumpamos por un momento el romance de Guesto Ansures para dar cuenta de las impresiones que iba produciendo entre los oyentes.

Apenas comenzado ya se manifestaban en la reina señales de interés que aumentaba a la par del desarrollo del asunto. Ora se sonrojaba su faz, ora palidencia, y cada vez se mantenía al parecer más alborozada por los recuerdos que súbitos la asaltaban, que airada por el atrevimiento de quien los despertaba al trovarlos.

Algunos de los caballeros asistentes cambiaron miradas sugestivas, unos de enojo y otros de expresivas cautelosas sonrisas de gracejo y aún, alguna vez, de malicia disimulada. Los había también que denotaban su ignorancia de la fuente en que se inspiraba el

Logia Independiente de Teósofos



poeta; éstos eran pocos. Pelagio dormía el sueño de Baco, más que el de Morfeo.

Alfonso se mostró inquieto e impaciente y se contuvo a una señal de su madre. Theudas, contemplaba ahora insistente al trovador, fijándose en él de hito en hito con semblante contrariado, airado y amenazador.

El trovador, el que atraía la vista y atención de cuantos con emoción distinta le escuchaban, proseguía por completo abstraído en su tarea, sin percibir en lo más mínimo el efecto que producía en sus oyentes. Mal inspirado por una de aquellas pasajeras aberraciones que se apoderan en alguna fatal ocasión de las más privilegiadas inteligencias, ni por pienso se le ocurrió que cometía una inconveniencia, y se dejaba ver absorto del todo en su improvisación.

Al llegar al final del referido trozo, la reina, presa de un vahido, resbaló y cayó sobre el respaldo del sillón. El príncipe se levantó colérico, y el valido Theudas se adelantó con ímpetu. Munia impuso con su gesto imperativo y a la par tranquilizador, silencio a todos, como intimándoles enérgica, que deseaba oir hasta el fin.

Alfonso tornó a sentarse, y Theudas volvió a su lugar; en tanto que el trovador, sin la pausa que le impusimos mal de nuestro grado, iba, elevado en su estro poético, soltando sus versos:

—Palacios, jardín me dieron,
más prisión que no morada;
collares, paños de oro
los vestía de enojada;
dueñas para me tocaren
despedía de enfadada;
pajes cuantos yo quería,

Logia Independiente de Teósofos



de ellos no quería nada.
Si venía el caballero,
tremía a la su llegada;
si la mano me pedía
de esposa, lo rechazaba.
Pasan días, pasan noches,
no me daba por premada;
más tanto, tanto apretó,
que al fin dije: "¡sí, me agrada!"
al retornar de la iglesia,
ay, triste de mí, cuitada!
Del amante ví la sombra,
viniendo a mí, desposada,
vide en palor de su testa,
vide yo temorizada,
vide allí la cicatriz
gilba de la cuchillada.

—¡Elo, allí que viene! ¡Guay de nosotros! ¡Ello allí, con el chirlo en su testa... —clamó Munia a voz en grito.

El trovador volvió en su acuerdo, bajó de repente al mundo de las realidades.

Vió a la reina en pie, su cuerpo erguido e inmóvil, sus ojos fijos y despavoridos, apuntando con el indice en dirección a la puerta. Allí se dirigía también la vista de Alfonso, y de Theudas y de todos los caballeros que de pie o sentados en diversas posturas y como otras tantas estatuas, parecían petrificados por subitáneo terror y asombro.

Guesto se volvió hacia la puerta; pero apenas pudo ver en el umbral el blanco y fluctante ropaje de un bulto humano que se retiraba y que luego desapareció.

Logia Independiente de Teósofos

## XV

# EL SOCORRO

> Entendo que taes sodes vos que bem posso ser escusado d'esta fazenda por vos, mas eu quero hi seer.
>
> Conde D. Pedro
>
> (Nobiliario).

Poco después del incidente con que cerramos el último capítulo, rodeaba el Sárria una cabalgata y en seguida emprendía la subida de la cuesta de los montes que circudaban el valle de Samos de Norte a Sur. En ella iban el príncipe Alfonso y sus acostados, y además la gente menuda a sus órdenes con la que formaban un cuerpo que pasaba de cincuenta individuos bien armados.

Atravesada la sierra, el terreno aunque accidentado, tenía piso más fácil a causa de la mayor suavidad de los declives de los montes, ya de poca elevación.

Cuando alcanzaron una planicie que permitió a los caballeros salirse de la fila y aproximarse más en pelotón y a voluntad, les dijo Alfonso:

—Nuestro Señor, permita que lleguemos a tiempo. No quisiera yo, a pesar del poco amor que ella y su padre, a quien Dios perdone, nos profesan, que sucediese algún desastre a la hija de Froya Gutherez.

—No os profesa ningún desamor, nada de eso; y

Logia Independiente de Teósofos



me consta, príncipe, que muy bien os quiere la noble Ermesinda—respondió Guesto.

—Arrufadia, desgaire y maldiciones de mujeres no me dan cuidado—interrumpió Pelagio el rubio, ya restablecido de los efectos del vino—pues siempre dije, una golondrina no hace verano, y partidaria o enemiga, de buena voluntad reventaría diez caballos por llegar en ocasión de enjugar las lágrimas a cualquiera hermosura.

—Por escasez del tiempo—dijo Theudas—y lo largo del camino, veo el negocio mal parado, si ya los rebeldes hubiesen podido entrar en el castro.

—El llanto de la doncella correrá por amor a su padre, a causa de la muerte de éste; pero confío—observó el trovador—que a mano de los siervos no habrá padecido nada; que mucho la estiman los pueblos de Riba-Lor. ¡Quién puede no obstante prever lo que suceda en un asalto!

—No bastan pocas horas para tomar por asalto tan fuerte lugar, aunque sólo estuviese defendido por mujeres—ponderó el conde Roderico—y muchas más hacen falta, estando también por unos cuantos hombres, que, según dicen, quedaron allí. Es muy cierto que las estratagemas traicioneras y engañosas son propias de la gente vil; pero ¿qué habrán podido levantar y hacer los siervos contra aquellas altas murallas? ¿Tendrán—añadió desdeñoso—ariete y trabuquete con que derrumbarlas?

—Asiento a vuestro parecer—dijo a su vez el conde Ero—pero no quisiera darles todo un día cabal a campo libre; porque mucho puede la fuerza del número unida a la desesperación. Nos dicen que tienen los rebeldes su guarida y principal escondrijo en las

Logia Independiente de Teósofos



faldas del Pájaro, y como la única fácil entrada a estas es la garganta del Folgoso, y ésta se halla defendida por el Castro, lo natural y probable es que los perros se tiren rabiosos contra las murallas de éste, quizá a escala vista, aunque tengan que hacer los escabeles con sus propios cuerpos.

—Así lo creo, y un bien de la fortuna fué que tan a tiempo nos llegase el aviso y tan temprano—dijo Alfonso—y por cierto que mal sabría a donde debía acudir con preferencia, si estuviese San Miguel en igual prematura y aprieto que Folgoso. Mas, presumo que por merced de Dios los siervos de Subrego, después de su malograda intentona, dejarían en paz a la Comunidad religiosa.

—Y los dejarían también, porque el sitio es más elevado y cae mucho más a plomo que el de Folgoso —sugirió Guesto—y las murallas en cuyo medio se asienta el convento, aunque más en ruinas, son algo más altas e inaccesibles. Aparte de eso, tampoco tienen los siervos mucho motivo para proponerse apoderarse de ellas, pues para el fin de dar camino abierto a los de la banda del Cuperio y montes del contorno que vayan a reunírseles, cuentan no muy lejos de Subrego, y agua arriba, con el castro Mogoche, de muros aún sanos y bien conservados, que por hallarse abandonado desde el tiempo de los ismaelitas y sin alma viva que lo habite, no tienen a qué temer que nadie les dispute el ingreso.

La conversación tuvo que cesar a causa de la velocidad de la carrera. Al sosegar esta por tenerla que moderar en una pendiente del terreno, rompió el silencio el conde Rodérico.

—Mantengo mi opinión: no fué prudente juicio ve-

Logia Independiente de Teósofos



nir vos, señor, en nuestra compañía. Sólo Dios sabe los peligros en que podéis hallaros si por desventura viniesen enemigos vuestros entre los socorros que pronto llegarán a nuestro lado.

—No os dé cuidado eso, conde—respondió Alfonso—; autorizado por mí, sois el que tenéis mando, poder y voz de capitán, en esta empresa y ciñéndome yo a desempeñar en ella el simple papel de caballero, no correré peligro mayor que cualquier otro. Soy como oveja trasquilada, desconocida así hasta de su mismo hijito; el recuerdo único que hay de mí es el de un joven imberbe, y confío que de los pocos que ahora en mi actual mudanza pudieran conocerme ninguno habrá de venir a recorrer estas fragosidades. Además, en el caso que lleguen los socorros, les cederemos el campo, a no ser que vuestros bucelarios y los de otros nuestros caballeros que los mandaron llamar vengan antes y en bastante número que nos permita hacernos respetar de quien pretenda oponérsenos.

—Los de mi servicio prometo que se hallarán en Folgoso en la noche de mañana, por tener yo más cérca la casa que la de estos señores. Aunque no muchos, siempre será un arrimo de una docena más—dijo Guesto.

—Entretanto sería cobardía—dijo el príncipe—abandonar a los inermes a la misericordia de esta suelta y levantisca servidumbre que de seguro no se acordará de practicar aquella virtud durante la tormenta de sus pasiones.

—Eso, aún así, debía haberse dejado a cuenta nuestra—insistió Roderico.

—Es indudable que con tan esforzados caballeros como lo sois vosotros, con menos habría bastante

Logia Independiente de Teósofos



para salir bien de esta empresa; pero yo, que no soy más que una espiga en la gavilla, quise ser partícipe en vuestras aventuras. Lo demás corra por mi cuenta.

—¿Quién nos dice que al llegar al castro no nos encontraremos en él, muy sosegado y tranquilo al conde Froya, y bien abastecido además de hombres de fosado y de defensa? Si aquella sombra era la de un maligno espíritu vendido a la venganza que sufrió en él por amor a nuestra reina, es de creer que su recado sea todo al revés del que por el portero nos dejó con las buenas noches. ¡Buen chasco nos daría en premio de nuestra credulidad! —observó Guther.

—No sabemos cómo se dió el caso— dijo Guesto.— Solamente nos dejó la noticia de que Froya murió a mano de los siervos, y que el castro quedó sin defensores. El que le dió no era, en mi opinión, ni sombra ni espantajo; aquellos modos no eran los propios de almas errantes. Dejarse ver de santos; huir cual gacela despavorida; faltarle poder para, si quería, llegar a los oídos de la reina y a nadie más y manifestarle sólo a ella y ocultarse a los ojos del resto de los circunstantes... ¿es adecuado esto a una verdadera aparición de un espíritu? ¿A qué, si fuese fantasma, apelaría al médio de confiar su mensajé al portero como tímido pajecillo mandado por su amo? Lo que vísteis era de carne y hueso como cualquiera de nosotros. Creédmelo, señores.

—No era tal—dijo el conde Ero persignándose;— apareció y se sumió como no será capaz de hacerlo ninguno de nosotros.

—Aquello no tenía cara de hombre vivo—dijo Alfonso con recogimiento respetuoso;—y lo que me impide toda duda es la afirmación de mi madre.

Logia Independiente de Teósofos



—Tendría que ver que Guesto Ansures, causa del prodigio con sus evocaciones—dijo Guther,—pretendiese ahora echarlo a barato haciéndonoslo pasar por ilusión. Es afán perdido. Sabemos que tiene el privilegio de saber mucho de las cosas de este mundo; y no debía haber venido a probarnos que también sabe de las del otro, evocando los espíritus.

—Fué ligereza—dijo Theudas con cierto arrebatamiento—que sólo podía haber salido del caletre atolondrado de un maniático soñador.

—El ultraje sí que es ligereza—respondió Guesto vivamente resentido—pero como resentirme ahora con vos sería gran desaguisado a los que hoy todo lo esperan de nosotros, no me quejo ahora del vuestro.

—¡Por Dios, caballeros!—exclamó el príncipe;—no haya rencillas entre vosotros, ni hagáis con ellas que se quebrante y disminuya nuestra fuerza, ya tan manguada. Vuestro recuerdo, Theudas, fué inoportuno e inconveniente, después de las disculpas y explicaciones que Guesto Ansures nos dió a la reina y a mí... Pero mirad! ¡mirad allá las tristes arras del furor diabólico de los siervos!

En efecto, la vanguardia de la expedición llegaba ya al tope de la colina desde donde se divisaban los restos humeantes de la que había sido villa del presor muzárabe, ya conocido de Guesto. Estaba todo convertido en un montón de cenizas. Sólo quedaban en pie la iglesia y el convento al lado de la estrada, donde (después de haber perdido de vista aquel destrozo al descender la colina por la cuesta de fuera y vadeado el río) se pararon los caballeros un momento, antes de seguir adelante para contemplar la escena más de cerca. No aparecía cosa con vida, ni se percibía el

Logia Independiente de Teósofos



menor ruido ni sonido alguno, aparte del murmurar de las aguas del Cabe. En lo demás, era un desierto.

Corramos un velo sobre este y otros cuadros del mismo tenor que se presentaron a los ojos de Alfonso y su comitiva en el decurso de la jornada, y lleguemos con ellos al término de la misma.

Apenas rayaba el alba, dejando aún todo en la sombra por bajo de los castañares de Folgoso. Los guerreros, arma al brazo y aguijando los caballos subieron la cuesta a todo escape. Se oyeron algunos gritos en la espesura, señal cierta de la vigilancia de los siervos Cuando forzados a moderar la marcha por tornarse más abrupta la subida, llegaron los caballeros a la vera del llano en explanada que daba acceso al castro, vieron una chusma de bultos indistintos que parecía esperarlos a pie firme.

A los pocos momentos se trabó un combate. Los rebeldes tenían la ventaja del terreno, que para llegar al primer plano que arriba ocupaban presentaba desfiladeros ingremes y escabrosos, y que se hallaba también dominado por la otra planicie más en la cúspide formada al lado del foso o cava de la fortaleza, sobre la que mantenían un refuerzo de gente.

Los caballeros se separaron en dos divisiones bajo el respectivo mando de los condes Roderico y Ero, y atacaron simultáneamente al enemigo por los dos lados de la explanada. La resistencia fué mayor de lo que era dado esperar de tales adversarios, por lo general mal armados, excepto algunos pocos que embrazado el escudo, vibravan dardos, lanzas, espadas y clavas, despojo al parecer del saqueo a las casas de los amos.

A pesar del auxilio que les prestó la gente de la

Logia Independiente de Teósofos



retaguardia formada en la planicie inferior, flaqueó la resistencia cuando los caballeros consiguieron llegar, y afirmarse en la explanada; y lo que puso fin a ella convirtiéndola en completa derrota, fué la salida que hizo del castro un pequeño grupo de peones que atacó por la espalda a los siervos.

De éstos sucumbieron bastantes y la mortandad habría sido mucho mayor, si los fugitivos tirándose por las laderas abajo no hubieran escapado a la persecución, cobijándose en las breñas y cortaduras de las quebradas y entre las espesuras de muy desarrollados y duros urces y altos tojos, donde no se atrevieron a aventurarse los hombres a caballo.

Después de haber entrado en el castro los caballeros, pasaron revista a la fuerza y notaron la falta de uno o dos guerreros. Del resto de los de la expedición, muchos entraron con las lobrigas melladas, los yelmos abollados y los cuerpos menos sanos que a la salida de Samos.

Logia Independiente de Teósofos

# XVI

# EL SENTENCIADO

Se não quereis seguir-nos, seja
pelo menos vosso o mando.

Discurso de Glanvilla, na carta de Osbern

(Testemunha ocular da tomada
de Lisboa em 1147).

Cuando en el capítulo X, dimos una idea general de las faldas occidentales de Pico Pájaro, apenas cupo en el cuadro introducir un hombre que se había amontado en aquel yermo.

Ahora en ese gran palco pasaba una escena del todo diversa.

Cerrada del lado meridional por la ramificación que culmina en el alto del Abezul y del lado Norte por la sierra de Ferreirós, la inmensa cuesta que muy occidentada va, como devantal, adquiriendo mayor anchura a medida que desciende, comenzó, al iniciarse la alborada, a dar señales de cuanto allí abunda la vida.

En abrigo que forma la naturaleza, se veían en los descampados del matorral, ora chocas de follaje ya construídas ya en construcción, ora simples enramadas en las que se cobijaban hombres, mujeres y criaturas, y aquí y allí diversos grupos de gente al relente en el llano o bajo el techado que les ofrecía alguna proyección de las rocas u otro accidente del suelo. Esas chusmas se iban desperezando poco a poco y muchos

Logia Independiente de Teósofos



de los que las componían paseaban inquietos de uno al otro lado, como sacudiendo el sueño.

En medio de la multitud y también en las orlas de esa cerca emparedada de montañas donde la sierra se hacía más agreste, se avistaba toda clase de ganado reposando en el húmedo suelo, o pastando en los zarzales o abrevándose en los frigidísimos y cristalinos arroyos que entonces, como hoy, corrían en todos los sentidos.

En derredor de esas moradas improvisadas o en sus inmediaciones había gran desorden, debido a la variedad de objetos de que estaba cubierto el terreno, esparcidos unos y amontonados en cúmulos otros y compuestos de enseres tanto de uso doméstico como de labranza, confusión aumentada con algunos carros que aquí y allí se destacaban, y encima y debajo de los mismos se acurrucaban los que no habían hallado mejor abrigo y habitación. La víspera había recorrido la diosa Ate los valles del condado y por este motivo aparecían aquí parte de los restos de las heredades saqueadas.

En el espacio, en suma, que media del uno al otro día, se transformó la soledad en un verdadero campamento, por no decir en un poblado bullicioso.

En esa hora, en Seixo da Cruz y en la especie de terrado de su extremo inferior, que, como el castillo de proa de un navío, dominaba la pendiente, teniendo por base el *alcantil* del Susfurado, se hallaba el jefe de la insurrección. A la vez venía acercándose a éste por el lado del paredón de los roquedos el siervo Gonzarri.

Desde ese punto abarcaba la vista todo el campamento superior y una grande extensión de las laderas

Logia Independiente de Teósofos



subyacentes. Unos *cómaros* o caballones de tierra cubiertos de arbolado que corrían de la sierra de Ferreirós a más de media anchura a través de las faldas del Pájaro y formaban allí garganta, estrechaban el pasaje y entorpecían la vista, dejando, no obstante, a descubierto la sumidad de la torre de atalaya del castro.

En la bajada del Seixo se había formado una aldehuela de chozas del mismo género de las arriba descritas, algunas ya construídas y otras bastante adelantadas o apenas en sus comienzos, y el suelo que las separaba se había convertido también en depósito del despojo de las propiedades robadas.

Entre las cabañas concluídas se notaba mejor y sobresalía una por sus mayores dimensiones y por hallarse algún tanto separada de las demás. El medio del recinto se presentaba abierto y desembarazada toda su extensión, tal vez en testimonio de respeto al túmulo de Sempronio situado allí solo y aparte como menhir (59) derribado, puesto en el centro de un cromlek (60).

Por la parte de afuera al margen del ribazo y frente al alcantil estaban aglomerados unos doscientos rebeldes.

—¡Ya el sol está dando de cabeza en el Pico, y esos gallos están todavía en el gallinero!—dijo Octavio impaciente, dirigiéndose al siervo de San Miguel, que llegaba.

—No debes echarme la culpa. Ya eran tinieblas de coruja cuando empecé el giro, y me parece—respondió Gonzarri—que no anduve perezoso. Allí van viniendo aún—y apuntaba en dirección a algunos grupos que convergían por diversas partes de la sierra y bajaban al Seixo.—La cansera de ayer fué a no poder más, y

Logia Independiente de Teósofos



se les pegó el sueño a los ojos como sanguijuela a pierna hinchada.

—Nada les prometí, y menos lo haría ahora. Lo dicho: si no llegamos a tiempo de desaguzarnos en el castro, culpa será de Alvito, y como tal suceda yo le prometo castigarle con mano pesada. ¿Quién le mandó intentar ayer noche a primeras horas el asalto y con tan poca gente? Fué cacareo prematuro que tal vez haga que el huevo salga huero. Debieron haberse aguantado allí a la espera, ya que tú para eso los colocaste en aquel lugar...

—Ya sé que anduve mal; ya me lo dijiste, Cid. No vuelvas sobre eso; que la cantinela pasa de marca—dijo mal humorado Gonzarri.

—Si hubieseis permanecido ocultos en la espesura de los matorrales, lo habríais acertado. ¡Qué idea, hombre, cercar el castro, y a la vista, como buitres en redor de matadero! ¡Buena lección para que no vuelvas a meterte en cosas que a mí me pertenecen!

—¿Por qué gruñes contra mí, y a qué riñes conmigo? ¿Porqué me tomaste, entonces, por tu ayudador?—replicó Gonzarri con acrimonia y reprimiendo con trabajo la cólera que empezaba a arder.

—Valerme de otro, nada me hubiera aprovechado, ya que tampoco lo haría mejor que tú. ¿Si el ganado es ruín, cómo será buena la mejor cabeza? En suma: a pesar de lo dicho, no me pesa nada ni me arrepiento de haber acudido a tí; pues debía hacerlo, ya que fuiste el primero en comprenderme y en darme la mano. Yo precisaba un hombre de confianza para que fuese mi brazo derecho, y en ninguno la tenía más completa. No tomes el mulo por el rabo, amigo, y apéate de él y no te amostaces. La fuerza del río la

Logia Independiente de Teósofos



toma de aguas extrañas y no de su fuente; y no obstante, sólo es ésta la que sabe por qué lado hará la corriente... ¡Basta! Vamos a otra cosa. Por Vimara y Zoleima me llega ahora la noticia de que Sigulo Gundesindes y su bando, se estaban aprestando a tomar el camino de vuelta; y quiero cortarles el paso en Formigueiros, en cuanto el castro caiga en nuestro poder. ¿Están prontas las escalas?

El tono de este discurso que de brusco se convirtió en amable y halagüeño, produjo el efecto de calmar la irritación de Gonzarri.

—Allí iremos a buscarlas—respondió éste indicando la loma de los matorrales—son largas y fuertes; y ya van viniendo brazos de oso para asegurarlas, pies de gineta para treparlas, y un pecho de león para abrir camino; aquí lo tienes presente.

—Me place, Gonzarri, oír eso. Así ya no será un vuelo de pájaros reducido tan sólo a batir las alas sobre el muro, será... Pero ¿qué es? ¿qué pasa? ¿No oyes el ruído que viene allá de abajo?

—¿Qué novedad es ésta? No puede ser—dijo Gonzarri—que Alvito se acordase...

—¡Guárdelo Dios de eso—exclamó Octavio con voz de trueno y un gesto tal de imperiosa arrogancia, que hizo retroceder a su compañero, y comunicaba al aspecto del caudillo un aire de feroz energía, por no decir de agreste majestad—. Ha de saber cuánto puedo, y servirá de terrible escarmiento si la empresa se malograse... ¡Aquí los tenemos ya! ¡Vamos!—añadió, moderándose de repente al ver que llegaba el primero de los cuerpos que venía del campamento y que iba a reunirse a los que ya estaban allí.

No tardaron los restantes. A poco tiempo ascendía

Logia Independiente de Teósofos



la fuerza a un total de más de setecientos hombres, que con Octavio y Gonzarri al frente, se pusieroa en marcha a paso acelerado.

La vocería que poco a poco se tornaba más distinta, subiendo de la garganta del Folgoso, vino á mezclarse al crugido de las armas. No cabía dudar lo que significaba.

Antes que Octavio y los suyos hubiesen llegado a los caballones, aparecieron trepando el ribazo de la izquierda, algunos fugitivos, seguidos muy luego de otros que crecían en número.

Informaron a Octavio de la llegada de caballeros y del resultado del combate que se siguió.

—No los esperaba tan temprano—dijo el caudillo sin inmutarse ni enojarse—ni sabía de nido alguno que los abrigase tan aquí cerca. De Lugo estoy seguro que no vinieron; pues no son águilas para volar y poder venir por los aires. Mas a mí de eso no se me da un bledo, ni pizca me importa. Dejémosles con el castro y ahí está todo.

—¡Si no te importaba eso, haberlo dicho antes! —bramó Alvito que llegaba en aquel momento y no cabía en sí de rabia.—Si hubieses acudido más pronto, cosa muy distinta habría sido. Yo hice cuanto pude.

—Ayer hiciste de más—respondió Octavio.—Te ordenó Gonzarri que no asaltases el castro y estuvieses sólo a la mira y tú hiciste lo que te dió la gana. Debías haberle obedecido como si fuese mi mandato.

—¡Tres higas para tu mando!—y acomodó Alvito la acción a las palabras.—¿Estamos obligados a ir en todo tras del cencerro? Lo que veo es que estás más inflado que la cabeza de la serpiente cuando está poseída de safia. Tu soberbia ya no sufre que la arran-

Logia Independiente de Teósofos



quen ni pelo de mando; quieres contonearte y hacer el papel de conde de la tierra. ¡Perdiste el castro! ¿Vendrás aún con promesas de sobremesa?

En cuanto Alvito hablaba, se levantó murmullo entre algunos de los circunstantes.

—¿Aprobáis?—exclamó secamente el caudillo, dirigiéndose a ellos.

—Quien promete, debe—respondió uno.

—¿Acaso os prometí el castro?

—Eso no—replicaron otros.

—Más circunspectas y en demasía fueron tus palabras y parco anduviste en ellas—dijo uno.

—¿Con cuántas promesas salí al campo?

—Con dos—respondieron en coro.

—La una—prosiguió Octavio—que ayer mismo estaría toda la sierra en pie desde aquí hasta el territorio de Lózara; desde Peña Redonda hasta el Cuperio.

—A la raya.

—A toda prisa.

—Fué deshecho temporal.

—Todo se llevó de cuajo.

—Fué blanca nube que ni las aves presentieron. ¡Ah! ¡Ah!

Esas y otras respuestas semejantes salieron de la turba.

—La segunda y última—continuó Octavio:—que cuando llegase la próxima luna llena tendré entonces toda la sierra puesta ya en estado de defensa y de tal modo que nos permita rechazar a cuantos vinieran a atacarla, aunque venga el mismo Mauregato en persona, como vino Aurelio en tiempo de Sempronio. Faltan todavía dos noches para que el plazo se cumpla, y hasta que hayan pasado tenéis deber vosotros

Logia Independiente de Teósofos



de acostaros a mí y de seguirme en todo. Fué así lo convenido. ¿Digo bien?

—Bien dices.

—Nos fiamos de tí.

—No hay para que pujarle la palabra.

Tales fueron las expresivas protestas que, entre otras, se dejaron oir.

—No quise haceros la promesa de cautivaros al conde, y, sin embargo, aquí lo tenemos puesto entre el suelo y los calcañares. Si no lo aprovechamos como rehén, nos servía para saciar nuestra venganza arrancándole el corazón en cualquier tiempo. Para llegar a la cumbre hay caminos de sobra. La zorra nunca sigue la misma senda para volver a su cubil; y yo, si topo barrancos, me desvío, pero sigo adelante. Si Froya Gutherez hubiese escapado al armadijo que le puse, me habría hecho dar otra vuelta, pero seguiría adelante hasta atraparlo. Eso mismo os digo hoy con respecto al castro: si se nos cerró ese atajo, otros tengo por donde guiaros si queréis seguirme.

—¡Sigámosle!

—¡Adelante!

—¡Dios está contigo!

—¡A quien Dios quiere, el viento le recoge la leña!

—¡Bien está! —dijo el caudillo—; pero haceos cargo que a una sola ave sigue el bando que vuela con los picos dirigidos a morada nueva. No os doy traila ni os la pido; pero no quiero que me la quitéis.

—Buenamente contigo iremos atraillados.

—El mandar no quiere par.

—Donde muchos hablan, pocos obran.

—Manda cuanto te se antoje, manda tú solamente.

Si al principio empezó ya a manifestarse alguna

Logia Independiente de Teósofos



excitación por parte de la chusma y después se generalizaron más sus aclamaciones, ahora rompían los aires por todos lados.

—Pues para comenzar, prendédme a ese hombre —dijo Octavio indicando a Alvito.

Este huyó a todo correr.

—Cuidado, Octavio, con tus violencias; no abuses de opresiones, y ten en cuenta que con la voz de Alvito otros muchos te han de hablar.

Estas palabras de Gonzarri, aunque dichas aparte, no dejaron de ser oídas por los que estaban más próximos.

—No te llamé a par de mí para que me dieses enseñanza—respondió el jefe en tono áspero.

—No es enseñanza, es consejo—observó Gonzarri,

—Pues, amiguito mío, guarda el consejo para cuando te lo pidiere.

—Engalletado estás y engriéndote vas de veras. El rey mismo, según dicen, no se excusa de consejo.

—Haga el rey lo que se le antoje; a mí me tiene sin cuidado. Yo consejo, sólo lo quiero pedido. ¡Ni una palabra más!

Se calló Gonzarri, pero su incendiado rostro denunciaba el despecho que sentía en su interior.

Recordemos de pasada que formaban los rebeldes un agregado de elementos heterogéneos, en el que nada había de común sino la condición servil, motivo por el que la rivalidad y divergencia de sentimientos surgían más de una vez y con más o menos fuerza. Los tres individuos que acabamos de mentar eran tres modelos de tres tipos muy diversos. Octavio, del de la raza romana; Alvito, de la goda; y Gonzarri, de la goda-arábiga. La sangre romana, predominaba algo más entre la turba; la goda, la céltica, la árabe, mez-

Logia Independiente de Teósofos



cladas entre sí en más o menos grados de proporción, se aparecían en menor escala y mayormente la última. Dominar una masa de gente tan disconforme por origen y carácter, no era cosa fácil. Octavio procuraba a su modo dar cima a la ímproba tarea; y para eso, uno de los puntos cardinales de lo que podría llamarse su política, consistía en procurar que todos los grupos en que se dividía ese ayuntamiento tan complejo, estuviesen representados no una sino muchas veces por los cabos de que se había rodeado desde la primera hora de la sublevación. Si el ex molinero acertaba en este punto, en cambio atacaba en otro estos cimientos de su edificio, y los atacaba por su desabrimiento y engreimiento, orgullosa altivez que lo ponía en grave riesgo de enajenarse la simpatía de sus adictos, y de ese modo, ahuyentándolos, se exponía a verse solo sin notarlo en el pináculo del poder, alentado apenas y sostenido por el desvanecimiento de la propia suficiencia. Es la ceguera que con frecuencia acomete a los abortos del genio favorecidos por la fortuna.

En el entretanto era conducido preso Alvito, a la presencia del jefe. Este, después de haber acabado así de restablecer su prestigio en riesgo de disminución momentos antes, pasó a dirigir a su gente unas palabras. Les dijo que, teniendo ya defensores el castro, no era oportuno embestirlo; que, por otro lado, esa fuerza enemiga no le inquietaba, y mucho menos ahora, por venir a contrarrestarla los nuevos compañeros que llegaban a engrosar la insurrección. Dicho esto, les invitó a que tomasen alguna refección, para luego emprender y comenzar las obras de defensa.

Satisfecha esa necesidad, partieron todos sierra arriba.

Logia Independiente de Teósofos



Octavio y aquellos que más de cerca le acompañaban, emparejaban ya con el Susfurado, cuando se hizo oir una voz anunciando la prisión de un caballero. De hecho seguía atrás un grupo de rebeldes del partido de Alvito, conduciendo un detenido cuya cualidad se conocía por su traje guerrero.

—Es abono que nos envía Nuestro Señor capaz para dar cosechá hasta en peñascos o tierra calva—dijo el ex molinero, sonriéndose de satisfacción.

—Mano llena de semilla en gran campo que sembrar de poco o nada puede servir. Seguramente que Cid Sempronio no se dará por pagado con medida tan mal atestada—respondió Gonzarri en tono de desdén.

—Aquel abono es fruto de cosecha ya recogida; y las primicias son rescate que no se estiman por precio ni se miden a brazo encorvado. Sempronio no lo rechazará.

El caudillo mientras replicaba así, atravesó la ribaza y fué a sentarse sobre uno de los carros que había junto al paredón de roquedos. Por cima de éste desde el lado del Seixo hasta el terrado Susfurado se veían en lo alto mujeres, criaturas y algunos ancianos, atraídos al parecer por mera curiosidad.

Pasó un cuarto de hora o algo más.

Al aparecer el prisionero en medio de los que le custodiaban, se manifestó una conmoción especial en el semblante de Octavio. Cuando ya el guerrero trasponía la ribaza exclamó el caudillo:

—¡El amigo de Vimaredo!

—¡El caballero de Samos!—clamó Caio, admirado.

—Veo que me reconoces—dijo Guesto;—ya sé, por habérmelo dicho, que hablo con el capitán.

—En los días que pasaste en San Miguel, y pocos van desde entonces, tú nobleza no tenía ojos, bien se

Logia Independiente de Teósofos



deja ver, para percibir este gusano que rastreaba; pero este gusano levanta hoy la cabeza y ya no se deja pisar de nadie. Soy demasiado grueso para caber entre la tierra y el pie de ninguno.

—Engañado estás; que bien reconozco en tí al alocado de Subrego—respondió el trovador.

—Veo que no estás herido, y esto me complace —observó Octavio.

—No estoy herido; y si me tienes aquí, fué por mi caballo que me arrastró en su caída al fondo de un barranco.

—Mi mano izquierda daría yo, porque fuese cualquiera otro y no tú quien hubiese caído en nuestro poder. Tu mirada, si no acariña, no repele, ni suscita el odio, como la mayor parte de los tuyos.

—Este caballero fué mi valedor—dijo un romano-celta, que era cabo de una de las divisiones del gran cuerpo de los rebeldes, que se aproximaba en esta coyuntura en que proyectaba Octavio la toma del castro—. ¿No te acuerdas de Avolino—añadió—y de su mujer y sus hijos?

—¿Avolino? ¡Ah! ¿eres tú?

—El mismo, aquel porquero de Subrego, al que le ardió la casa pasa ya de tres meses, cuando veniste por primera vez al convento. Muriéronme quince cabezas de la piara, y por amor de tí, me las perdonó la abadesa, y tú, por amor de Dios, me diste a mayores diez sueldos de plata kasimos con los que recompuse la casa y aún me sobró algo. ¿Se vió en Riba-Lor limosna como ésta?... Capitán, esto no puede ser; se le debe el perdón.

—¡Bien merece el perdón! ¡Ponlo en libertad, déjalo ir enhorabuena!—exclamó Caio.

Logia Independiente de Teósofos



—¡Pluguiera a Dios que fuese otro y no él!—respondió Octavio, que, a pesar de hablar así, se mostraba más contrariado que satisfecho de esas intercesiones inspiradas por la gratitud. Cuando iba a continuar, le interrumpió Guesto, y dijo:

—No sé, ni llego a explicarme en qué pena pude incurrir, ni de qué me habéis de perdonar, a no ser que todos los hombres de mi condición, tengan la culpa de vuestro odio.

—Si sólo fuese ese el motivo, ya estarías libre y te habríamos dejado ir en paz; pero fuiste entregado por Dios y El te eligió como víctima expiatoria de los crímenes de los tuyos. No se ha de ir contra la voluntad de Aquél que hasta de Su Hijo no tuvo dolor, para que redimiese en la cruz la impiedad de los hombres.

—Por lo que veo, condenado estoy a muerte. Era de prever. No creáis, no os hagáis la ilusión de que si Dios en su insondable sabiduría, me abandonare a mi mala suerte, sea cierto por eso que vosotros obedecéis sus decretos, no; que aún en este caso, lo que vosotros obedecéis, son las sugestiones del diablo.

—Te pido—insistió Caio—que por amor de Leodaka le perdones la vida.

—Era capaz de dar por él, uno de mis hijos—segundó Avolino. ¡Rayo de Dios, ni esto desarma vuestra crueldad!—exclamó. Se dejaron oir, aunque de pocos, algunas señales de asentimiento.

—No os alcéis contra lo que determinásteis vosotros mismos—dijo Octavio, dominando con su voz todas esas manifestaciones—no perdamos tiempo, que es poco para lo mucho que tenemos que hacer á fin de cerrar la sierra a la caballería; pues en ésta está nuestro peligro. Antes que la sombra vire de bordo,

Logia Independiente de Teósofos



hemos de marchàr a Formigueiros àlgunos de nosotros. Primeramente, sin embargo, se ha de cumplir nuestro juramento, por más que nos cueste mucho ver morir a este buen caballero. La cabeza está encima del corazón y debe dominarlo.

—Tiene razón el cid—protestó Gonzarri—no podemos romper el juramento, si no queremos por ende, que Dios se torne en contra de nosotros.

Las palabras del jefe, apoyadas por su teniente, no sólo acabaron con la insignificante oposión que había surgido, sino que fueron secundadas por un coro de gritos que daba mueras al pobre Guesto.

—Y ahora, caballero—prosiguió Octavio—si tienes algo que disponer y encomendarme, prometo dar cumplimiento a tu deseo si en mí cupiese; y sea esta mi oferta señal de lo mucho que me apesadumbra tener que poner en práctica aquello a que estamos obligados por juramento.

—Un juramento prestado en tales condiciones—respondió el prisionero—un compromiso de ese orden, aún pactado ante Dios, no liga la conciencia; porque el impulso fué pravedad o superstitución, y Dios lejos de exigir su cumplimiento, ha de reprobarlo, como reprueba siempre cuanto infringe sus leyes de amor y caridad.....

—¡Adiós—dijo el jefe con un movimiento brusco, apeándose del carro en que estaba sentado—. No tenemos tiempo para oirte el sermón, y tú pierdes el tuyo, si juzgas poder apartarnos de lo que tenemos resuelto. Si quieres aprovechar mi oferta, dilo pronto; si no....

—Pues bien; vive con tus ilusiones. Yo acepto tu oferta—dijo el mancebo—. Cuando me veáis cadáver,

Logia Independiente de Teósofos



córtame un mechón de mis cabellos y ordena que lo entreguen en el castro a la hija de Froya Gutherez, rogándola que lo acepte como último recuerdo de Guesto Ansures. Os pido además a todos vosotros que si la hija de Froya cayese en vuestro poder, no la hagáis mal...

El discurso-testamento verbal del guerrero poeta fué interrumpido por los clamores de las mujeres qué se habían apiñado por cima de los roquedos.

—¡Ah, quién haría mal a aquel ángel! —dijo una.

—¡Cuánto la ama el cuitado!

—¡Gran pérdida es para la pobrecilla!

—¡Qué guapo y comedido es!

—¡Qué tranquilo mira el sueño de la muerte!

—¡Quién tiene tripas para matar a tal hombre!

—¡Eso es no tener conciencia!

—¡Cómo ha de quedarse su novia, la buenísima Ermesinda!

—¡Me parece que estoy viéndolã de rodillas, rezando por el caballero!

—¡Que no muera!... ¡Que viva!... ¡Perdónale!.. ¡Te pedimos la vida del caballero!

—¡Silencio, mujeres! —rugió el molinero—. Por el alma de Sempronio, os repito que el juramento no se ha de quebrantar. Sería poner a Dios en contra de nosotros.

—¡Libremos de eso el mismo Dios! —dijo Gonzarri—. La sangre tiene que regar la tumba de nuestro antiguo cid. Es menester que así sea.

—¡Muera el caballero! ¡Muera! ¡Muera!... ¡Muera! —clamaron muchos con estruendo imponente.

—¡Adelante, pues, adelante! —rugió tambión Octavio con voz terrible.

Logia Independiente de Teósofos



El trovador fué conducido dando vuelta al paredón y acompañado o mejor escoltado y seguido hasta abajo del interior del Seixo por el jefe, sus cabos y otros muchos. El resto de la chusma se colocó como pudo, rodeando por completo el monumento a Sempronio, para contemplar la escena que iba a tener lugar.

En cuanto llegó al túmulo, se arrodilló Guesto ante la cruz, oró un instante en voz baja en medio de un silencio solemne y levantándose dijo:

—Ahora haced de mí lo que os parezca. En este calvario diré con Nuestro Señor: ¡Padre mío, perdónalos!

A una señal de Octavio le hicieron tomar una posición en pie sobre la losa de la sepultura; le desnudaron de la loriga, dejando al descubierto la camisa de lana que le abrigaba el cuerpo.

Entonces el caudillo de los siervos llamó a uno de los circunstantes y le dijo:

—¡Que el golpe sea certero, y derecho al corazón!

El hombre, llevando en la mano un dardo ibérico que tenía de largo cuatro palmos y medio fué a colocarse doce pasos al frente del hijo de Ansur que, resignado, se mantenía firme, inmóvil, y, al parecer, libre de toda conmoción; lo que no podía decirse de algunos de los espectadores, en cuyos ánimos iba produciendo extraordinario abatimiento el noble porte y la tranquilidad serena de la víctima.

El brazo del verdugo se levanta ya para vibrar el arma destinada a satisfacer antes la superstitución que la venganza de los rebeldes siervos, cuando un grito de angustia y terror, agudo y penetrante, suspendió la atención de todos; y con la rapidez de ligero

Logia Independiente de Teósofos



esquife al cortar las aguas que le impelen se abrió camino entre la multitud y se arrojó con ímpetu una mujer a Guesto, resguardándole el cuerpo con el suyo, cual si anticipase (61) el acto que en tiempos más modernos dió fama a la joven india Pocahontas.

—Tu dañado propósito no se ha de cumplir, Octavio—gritó dirigiéndose a éste.

—¡Apártate, Leodaka! Deja hacer la voluntad de Dios.

—¡Del demonio querrás decir! Mucho ha que la acatamos y cumplimos; pero no será de esta vez.

—La promesa a Dios se hizo; y sólo con la sangre de nuestro cautivo puede redimirse.

—Blasfemas del buen Dios, que no quiere sacrificios de sangre. El padre de la mentira es quien los reclama, para de ese modo arrebatarnos al fuego en donde arde eternamente con los ángeles malditos.

Un murmullo recorrió la turba, como la súbita ondulación bajo la primera ráfaga que toca la mar tranquila.

—No solías hablar así, Leodaka, cuando en el silencio de la noche animabas a los tristes y afligidos, a los débiles y temerosos. ¿Qué pretendes? Si quieres deshacer en un día la obra de tantos otros en que tuviste grande y muy buena parte; si quieres con espantajo ahuyentar las aves que con tanto afán conseguimos reunir en bando; si quieres que vayamos a besar la tierra ante los pies de los hombres de largo cabello; si quieres que ellos nos vuelvan a bajar las bragas y tajarnos las costillas con el zurriago; si quieres que corra nuestra sangre en lugar de la de este caballero... entonces, sí, ven y enseña a nuestros hoy libres hermanos a que pierdan la fe en aquel que tomaron por capitán.

Logia Independiente de Teósofos



—Nada de eso quiero; y sólo pido, Octavio, que, no se degüelle un inocente. Si se comete este horroroso crimen, ten por cierto que el día de hoy, que amaneció tan lleno de esperanza, acabará en noche sin fin.

—Ante la cruz que ahí está—arguyó Octavio—prestamos juramento solemne de inmolar a los manes de nuestro antiguo capitán cuantos cautivos de largo cabello nos deparase el primer combate, fuese uno solo, fuesen cien, fuesen mil. Cúponos ese que dice llamarse Guesto Ansures; y si cada uno de los muchos, sería parcela de la deuda, perdonar a éste solo, de los únicos, será rasgar toda la deuda de medio a medio y es engañar a aquél a quien, después de Dios, todo lo debemos. ¡El espíritu de Sempronio, está con nosotros! ¡Para que no se retire; retírate tú, mujer!

—¡Octavio!—respondió la joven colocándose bien delante y bien ceñida al prisionero;—ya que no he de arrancarte la tenaz ceguedad en que te afirma el ángel malo, manda disparar sobre nosotros dos y el mismo golpe nos matará a ambos.

—¡Esto no lo quiero yo, ni lo permito!—dijo Guesto, procurando apartarla de sí.

—¡Atrás todo el mundo! ¡A mi hija, nadie me la ha de matar!—gritó Caio, lleno de furor, poniéndose a su lado—.¡Guay de quien lo hiciere!... ¡Ay de aquél que lo mande!

—¡Hágase la voluntad de Leodaka!—dijo Gonzarri—. Lo que ella tiene por mal, debe ser mal; vé mejor y vé de más lejos que todos nosotros. Demos suelta a este hombre. ¡No ha de morir, digo yo también!

—¿Quién eres tú, que me vienes aquí con esas infulas de mando?—dijo Octavio despreciativo y desdeñoso.

Logia Independiente de Teósofos



—¿Y qué serías hoy tú, si no fuese la hija de Selima, por no decir también, sin lo que a mí me debes? —contestó Gonzarri, ya enojado y provocante.

—¿Qué sería?—replicó el molinero—. Sería araña que trayendo en su seno los materiales de la propia casa, andaría aún en busca de donde suspender las telas. Y vosotros todos en vez de libres y holgados, estaríais hoy durmientes y estúpidos como canes que viven presos; tristes y mohinos como sapos de la tierra. ¿Qué se me da a mí de quién os abrió los ojos? Que sé lo agradezcan los que de ahí sacaron su provecho. Yo, sólo yo, soy padre de vuestra libertad. Con tiempo y trabajo la dí la forma; la cría es mía.

—Verdad dice—manifestaron algunos.

—Y la cría es muy nueva aún—observó alguien.

—Sólo el padre puede tener arte para defendérnosla y hacer que toma carnes—sugerió un tercero.

—Si esta cría pide mano más hábil, venga a tomar cuenta de ella—dijo el caudillo con simulado desprendimiento—¡Hombres libres!: Tal amor tengo a esta niña de mis ojos que si para salvarla fuese necesario andar yo arrastro tras de vosotros, arrastro andaría buenamente. Tomad tiento y meditad lo conveniente que es que todos os comportéis como hermanos de ella, de esa cría, y en que, si queréis que crezca de cabo a rabo y sin temores, debéis imitar a los cachorros de la osa que nunca saben volverse contra la madre aunque les dé en la cara con la mano. ¡Ura, sus! ¡determinaos de una vez! ¿De quién queréis ser hijos? ¿queréis serlo míos ya que me tenéis desde antes reconocido por padre, o de Gonzarri que parece inclinado a no andar conmigo a las buenas?

A estas palabras dichas con energía y rigidez y con

Logia Independiente de Teósofos



voz tan imperiosa y tonante que se oyeron a lo lejos, rugieron desde todo el ámbito del concurso, gritos de protesta contra semejante mudanza y de aclamación en pro de Octavio.

—¿Oiste, Gonzarri?—dijo sosegadamente y con irónica sonrisa.—Quedarás, pues, sabiendo que tu voluntad es como vergueta que debe doblarse al primer toque de la mía; que tu voluntad, salvo en mi ausencia, no tiene más fuerza, poder y valor, que las voluntades de esas mujerzuelas y chiquillos. Que eso te baste, que ya no es poco. Te tomé para ayudarme y no para que me cruzases el rostro. Así como te puse encima de todos los demás, puedo bajarte hasta los últimos.

Gonzarri se apartó silencioso; pero la sangre del desierto que circulaba por sus venas, no sufría sin amotinarse la amarga lección que acababa de recibir y a más sin motivo ni causa suficiente y excesivamente agria y severa. El despecho y envidia de otra hora, se convertían ya en odio y en rencor.

Octavio entretanto se dirigió a la joven y la dijo:

—Bien sabes que no tengo sed de sangre ni obedezco al demonio de la venganza...; que lo digan los hermanos de San Miguel. Bien sabes, todos lo saben, el valor que doy a tus consejos, cuando habla en ellos el juicio iluminado por los poderes benéficos que te eligieron como medianera nuestra; pero el caso es que hoy nos aconsejás un sacrilegio, la rotura de un juramento... ¡Ah! lo que te mueve a eso, no es la cabeza, es el corazón!

—Es la una y el otro—respondió Leodaka, a quien no había escapado desapercibido lo que quiera que fuese de celos en la mirada que su admirador lanzaba

Logia Independiente de Teósofos



al prisionero—. El juicio sin corazón, no desacierta menos que el corazón a que falte juicio. El ala del halcón sería mal servida de las plumas reales sin las coberteras.

—¿Te atreverías a tomar de tu cuenta y riesgo el rompimiento de lo jurado a que nos incitas?

—¡Caiga sobre mí todo el daño que de ahí provenga, y sobre nadie más!—respondió uniendo las manos y levantando los ojos al cielo.

—¡Bien! Mas no se ha de resolver así de pronto, y sin condiciones. La duda está en cuál de nosotros ha de tener razón; y esa duda vamos a sujetarla a una prueba, y hacer un pacto. Ese que protejes, quedará por ahora bajo buena guardia. Si venciésemos a Sifulgo Gundesindes en Formigueiros, la victoria será también para tí, y el caballero irá a donde bien quisiere; pero si fuésemos derrotados, o si faltando armadijo, llegase al castro el pájaro que vamos a cazar, éste que ya atrapamos ha de luego perecer. ¿Estás por eso, Leodaka?

Vaciló un instante, y los colores huyeron de su cara; pero recobrando el ánimo, respondió resuelta y arrebatadamente:

—¡Estoy por eso! ¡Acepto el convenio!

Estas palabras fueron acogidas por las mujeres con estrepitosos aplausos, y a ellas solo se asoció una parte del auditorio masculino.

—Caio—dijo entonces el jefe de los rebeldes—lleva el prisionero a la cueva del Alto, y déjalo allí entregado al desposeído novio Sabarigo.

Logia Independiente de Teósofos

## XVII

# EL ALTO DE FOLGOSO

E aquelle conde..... matou-o.

Conde D. Pedro
(Nobiliario).

Guesto Ansures, maniatado y escoltado por Caio y algunos guardias, se puso en marcha en dirección a lo más agreste de la montaña, que tardaron más de una hora en vencer. Era tan abrupta la última parte de la cuesta y de tan difícil paso a causa del espeso y áspero matorral, que los caminantes se vieron obligados a descansar más de una vez para tomar aliento.

La cumbre consta de tres picos divididos por dos depresiones de poco fondo. La diferencia de elevación es casi imperceptible en los tres, por más que el del medio, o sea el que lleva propiamente el nombre de Pico del Pájaro, aventaja un poco a los otros dos, de los que el del Sur, se llama Alto de Folgoso.

Vencido el pico del medio, se demoró Guesto un instante para contemplar el paisaje, que era de imponente majestad, de sublime, aunque silvestre, magnificencia. Abarcaba todo el círculo del horizonte a muchas leguas de distancia, y penetraba la vista hasta el fondo de los valles en redor en los que las chozas aparecían como nueces y los animales en el pasto recordaban las moscas, ya quietas, ya deslizándose sobre una mesa que atrae su golosina. Raros ejemplos de

Logia Independiente de Teósofos



estos se presentaban ahora, en que toda la vida de los lugares circunvecinos, poblados poco antes, se encontraba en el campamento que cubría buena parte de la inmensa ladera al poniente del observador.

Guesto notó que las hiladas de las montañas eran lo mismo al Sur que al naciente y al poniente, atento a su forma casi aplanada, inaccesibles, a bien decir, a no ser por la abertura donde comienza la sierra de Ferreirós. Aquí, poco abajo de las cumbres, se ofrece, en efecto, una salida a los valles y pasos que les siguen de una parte, en dirección NE. hasta el Capeloso y el Cuperic, y de la otra, a través de las gargantas del Formigueiros, en dirección SE. en una serie de quebradas y vertientes transitables que corren a este mismo aire por la serranía *d'os Cabalos,* y conducen al fertilísimo torreón de Valdeorras en las riberas del Sil.

Además de las profundidades que diseñaban la base de la montaña, se seguía un nunca acabar de serranías que, aumentando de volumen, se erguían unas después de otras, o se cruzaban por todos los ángulos cual océano en marea alta. El castro estaba al descubierto, y allá en su interior se percibían, moviéndose en diversos sentidos, diminutos bultos, como en palco escénico de un teatrillo de fantoches.

De Pico Pájaro encaminaron a Guesto por la bajada o depresión que separaba este pico del otro, Alto de Folgoso, donde al descender doce pasos había un gran peñasco achatado. Junto a éste se hallaban Sabarigo y algunos compañeros. Una pared de troncos y ramaje tapaba el frente del peñasco. Por una abertura de la misma peña hicieron pasar al prisionero.

La transición repentina de la claridad del día a la

Logia Independiente de Teósofos



semioscuridad, le ofuscó durante los primeros momentos, y antes de recuperar la vista, fué su oído saludado por una voz cercana que decía:

—¡Un caballero! ¡Preso! No viene, pues, a hacerme una visita y sacarme por un rato del hastio en que me consumo; viene a ser mi compañero en esta soledad. ¡Al menos eso...!

—Por poco tiempo será tal vez—respondió el mancebo.

—¿Quién sois?

—Un condenado a...

—¡Qué veo! ¡El hijo de Ansur!

El trovador que gradualmente empezaba a distinguir lo que le rodeaba, pudo apreciar que se hallaba en una cueva o antro de pequeñas dimensiones y de paredes, parte de tierra y parte de roca, y percibir a un hombre echado sobre una piel de oso, y que tenía los puños atados y presos los tobillos por una cuerda cuyo extremo se hallaba sujeto fuera de la gruta. Reconoció al padre de Ermesinda.

—¡Loado sea Dios, que no has muerto, como nos hicieron creer, conde Froya!

—¡Tripas de Satanás! ¿Qué os importa?

Ante un acogimiento tan brutal y atentas las circunstancias, inesperado, nada replicó por el momento. Se sentó arrimado a la pared de enfrente lo más separado que pudo de su compañero, y aún así, bastante cerca, por exigirlo la estrechez del lugar. Poco después dijo:

—Yo, por mi parte, conde, a pesar de vuestra mal querencia, os correspondo en pago, queriéndoos bien. Soy sincero, y os repito que os quiero bien; porque si mi padre fué competidor vuestro en la curia y en el

Logia Independiente de Teósofos



valimiento de Aurelio, ya murió, y murió sin dejarme como herencia en los bienes el encargo de perpetuar el rencor que existía entre vosotros. ¿Qué podéis tener, pues, con el hijo del que ya no os ha de hacer sombra?

—Aborrece uno también, sin poder evitarlo, lo que despierta y aviva el recuerdo del antiguo odio.

—Eso es nada más que antojo de antipatía, sin fundamento plausible. Reflexionad, Froya Gutherez, que ahora es importunidad ponernos de punta. Ignoro si estáis en riesgo inminente; yo lo estoy y sé que mi vida depende del resultado del encuentro que se espera con un tal Sigulfo...

—¿Qué nuevas hay de él?

—Viene no sé de dónde. Los siervos, según pude percibir, lo esperan a su paso por Formigueiros.

—Yo, con esos datos, todo lo comprendo y me lo explico. Tal vez muramos juntos, o uno en pos de otro como dos carneros en matadero. Sé que la guardia del exterior tiene orden de degollarme en cuanto sea invadida la sierra.

—Somos, pues, parceros en un mismo peligro, y por esto, bien se deja conocer la voluntad de Dios, que haya entre nosotros paz y amistad.

—¡Amistad! ¿Cómo puede haberla con quien anda tan apegado a Alfonso? Sólo pluguiendo a Dios hacer un gran milagro.

—El milagro confío en que se hará; y lo espero cuando conozcáis mejor a nuestro Alfonso.

—¡Adiós! Si para allá me la guardas larga va la cosa; que más próximo para nosotros dos está el día del juicio—respondió el conde con una risotada.

—Bien se deja ver sin duda alguna que no sabéis

Logia Independiente de Teósofos



que el hijo del rey Froila aprovechó las lecciones de su primo Bermudo, tan leído en libros como conocedor de los hombres; y por eso habláis así.

—Sé que estuvieron juntos algún tiempo.

—Pues ahora, sabed además, que aquellas lecciones calcaron en el pecho de Alfonso dos verdades, hoy en él tan indelebles cuanto lo son los artículos de la Fe. La primera fué la de que el escogido para el reino, no puede imponerse en tirano sin arriesgar la vida en un país como el nuestro, tornado en coto de hombres, que, por independientes y altivos, rehusaron sufrir el yugo de los hijos de Agar. Sabe él que con manto y corona le damos espada para dominar en la guerra y subyugar al enemigo; no para empuñarla como cetro al modo de Roderico, oprimiéndonos a su talante. Sabe también que sería llamar sobre sí la suerte de su padre si le siguiese las pisadas.

—¡Por el alma del gran Alfonso, si yo tuviese certeza de lo que decís, os juro, que odiaría menos al nieto a quien pusieron su nombre!

—Podéis creérmelo tanto, cuantas fueron las muchas veces que me lo ha afirmado Bermudo. Me parece que no sois de los más adversarios del diácono.

—Tan no lo soy, que le dí mi coto a la muerte de Aurelio, y de él tan sólo me aparté cuando se inclinó a su primo. De mentir no lo creo capaz, por nada ni por nadie.

—Yo, a mi vez, no conozco hombre de palabra más veráz. Ahora me resta deciros cuál fué la otra lección que enseñó a su discípulo. Fué ésta: que el sentimiento de venganza debe arrancarse del corazón de un soberano, siguiendo en esto la doctrina del Evangelio y no los preceptos de la Antigua Ley; porque ese senti-

Logia Independiente de Teósofos



miento nada cristiano, aunque sea tolerado por el común de los hombres, aprobado con su debida alabanza por algunos, y hasta autorizado el acto por las costumbres y aún por varios edictos, daría pretexto a frecuentes revueltas y a veces a la ruina de la cosa pública, si fuese ejercido por el príncipe, cuya prorrogativa más sublime, después de la clemencia, en dispensar justicia en el tribunal. Esta lección también la aprovechó Alfonso, y renunció a la vindicta; pues no quiere ser juez en causa propia. De él no tienen que temer los siete condes...

—¡Temer ellos! —¿Quién osa decir —exclamó altivo el magnate —que teman ser penados por el castigo que impusieron a Froya a causa de su crimen y sus tiranías? Nunca se consideraron reos de homicidio los siete condes ni se considerarán jamás y si se envanecen y envanecerán de haber sido jueces y autores de una sentencia justa y valerosos ejecutores de ella.

—Lo sé, y sé que para participar por igual de la gloria y loor de ese acto, se comprometieron y juramentaron los siete a guardar secreto sobre quien...

—¡Ah! ¿cómo sabéis eso? —gritó el procer incorporándose a medias.

Guesto continuó como sin darse cuenta de la interrupción y como quien no responde; y con lentitud intencional dijo:

—Fué convenido que de los siete condes, aquel que primero se hallase a solas con el rey, lo debía apuñalar y no descubrir nunca que su mano había ejecutado el hecho ni aún a los mismos conjurados y menos aún a cualquier extraña persona.

—¡Por los huesos de San Martín; perjuro hubo sin duda!... ¿Cómo si no os vino tal noticia?

Logia Independiente de Teósofos



—No tengo a qué encubrirlo. El diácono Bermudo me la dió.

—¿De dónde la tuvo él?

Lo ignoro.

—¿Cómo pudo Bermudo penetrar tan grande y principal parte de nuestro secreto?

—Lo ignoro, conde.

—Yo no creo, no puedo creer que ninguno de nosotros rompiera tan solemne juramento.

—Lo ignoro, conde—dijo Guesto con una flema y tranquilidad que contrastaba con los modos bruscos y apasionados del magnate.—Lo ignoro y nada más sé, salvo que hallaron el cuerpo en la floresta al pie de Cangas. Sería, pues, en la montería de aquel día mismo —aquí acentuó más Guesto y con igual calma sus palabras—cuando vos, conde Froya...

—¡Yo!—vociferó consternado el padre de Ermesinda, inclinando su cuerpo al de su interlecutor.—¿Y Bermudo fué quien os lo dijo?

—No lo dijo.

—¿Quién fué, pues, el que os denunció lo que sólo yo... no, no digo tal... Lo que sólo uno de nosotros... aquel que dió el golpe...

—Vos, conde Froya, estáis equivocado, estáis en un error. Sosegaos; no hay motivo para que os irriteis—dijo el trovador, sereno y sin darse por entendido.—Me atajásteis la palabra al ir a deciros que debió ser en aquella montería cuando vos *o uno de los otros conjurados,* halló ocasión y medio de matar al rey. Mas cuál fué sólo Dios y él lo saben.

—Ahora sí que, a Dios gracias, vamos juntos en vereda—dijo el conde recomponiéndose a sus anchas en la piel osuna.—Que hubiese sido uno de nosotros,

Logia Independiente de Teósofos



jamás lo hemos negado; y tengo la seguridad de que aquel que asestó el golpe se jactaría de ello como de un hecho justo por la ley del talión y glorioso por el servicio prestado a todos, si se lo consintiese el juramento.

—Lo cierto es que el genio áspero y feroz del rey Froila, lo hizo duro de soportar. El mismo Bermudo lo confiesa, y hasta el mismo hijo reconoce con pesadumbre que los grandes tenían innegables motivos de queja para rebelarse contra tan despótico modo de gobernar. Alfonso, por esto, se ha comprometido con su primo el diácono a aceptar el pasado como pasado, y a olvidarse, si volviese a ser rey, de que fué hijo, para acordarse solamente de que es padre de todos nosotros. No obstante, hijo aún lo será; pero lo será de la Iglesia, dispuesto siempre a guerrear contra los enemigos de la Cruz.

—Ese vuestro Alfonso me va resultando exquisito ejemplo, que mi paladar está ya presto a recibir como mejor vino de la cosecha de vuestro discurso, caballero. Si es tal cual lo pintáis, y debe creerse, pues hombre, según dicen, tan piadoso y casto, no ha de ser disimulado y falaz, haría un digno y grande rey, como lo fué su abuelo el otro Alfonso, que tan buena memoria dejó de sí.

—Mal sabéis cuánto estimo y cuánto me agrada, conde Froya, oiros hablar de esta manera.

—Ahora, Guesto Ansures, venios aquí más a mi lado; acercaos. La tierra es dura y fría; en esta piel hay lugar para ambos, es mácia y de buen agasajo, por ser nueva, todavía de ayer. ¡Eso!... ¡Así, hombre así estamos bien!... Oídme: Yo mismo, y tal vez no lo sospecháseis, sé dónde debe estar Alfonso.

Logia Independiente de Teósofos



—¿De veras?

—Os admiráis; lo comprendo. ¿Vos, acaso, lo sabéis también?

Guesto no respondió.

—Desconfiáis de mí. Tened entendido que cuando quiero, mi pecho es un sepulcro, y por ende, dejaría arrancarme esta lengua antes de que hablase nada contra mi voluntad.

—No desconfío de vos, conde; pero descubrir un secreto que es mío...

—En eso tienes razón. ¿Sabes, hijo de Ansur, que yo ya me preocupo por vuestro Alfonso, y lo cierto es que yo ya estoy por él con algún cuidado? Digo esto, porque, siguiendo el ejemplo que me dais, puedo, sin quebrantar el secreto debido, manifestaros que me consta, que el hijo de Munia está en peligro o en camino para él.

—No tengáis cuidado, conde,—respondió el mancebo, sonriéndose—que, yo manteniendo mi secreto puedo también certificaros de que ya burló Alfonso a sus perseguidores y arribó ya a puerto seguro.

—Quiera Dios que así sea; que si lo es, muy lejos está Froya Gutherez de afligirse por la noticia... ¡Y tan lejos! ¡Vaya si lo está!—dijo el conde mostrando alegre satisfacción.

—Aún puedo añadiros una noticia más, conde, y es ésta: Alfonso está en *el castro*.

—¡En el castro! ¿qué decís? ¿en el castro Folgoso? —exclamó el conde en el colmo de la admiración.

—En castro Folgoso está, y acompañado de amigos y de algún séquito. Acudimos allí en auxilio de vuestra hija Ermesinda. Esta estuvo en gran peligro.

. . . . . .

Logia Independiente de Teósofos



Caio volvió a aparecer media hora antes de ponerse el sol.

—Guesto Ansures, debes acompañarme.

—¿A dónde?

—No tardarás en saberlo.

—¿Tu cid o capitán, volvió ya de Formigueiros? —preguntó Froya, poniéndose en pie.

—No puedo responderte, conde.

—¿Quién venció, vosotros o mi teniente Sigulfo?

—Eso te lo dirá el águila cuando vuelva a la querencia, que no tardará—respondió el siervo, algún tanto desabrido.—El hombre que gobierna aquí no perdona a nadie y menos a la lengua que se desmanda.

—¡Ah! ¡ah! ¡âh!—replicó a risotadas el conde.—¿Conque ya no hace reir el truán de San Miguel; y al contrario os hace estremecer a todos vosotros hasta el punto de que no osáis ahora parlanchinear como hacíais en otro tiempo? ¡En verdad que Dios os deparó un gran tesoro; arregláosla con él!

—El yugo, duro es; pero tiene contados sus días; y por encuanto, escapamos con él, de otro que sólo con la muerte tendría fin.

—Es preciso confesar—dijo Guesto—que los siervos acertaron en la elección de jefe. El hombre es arriscado; le temen todos y sabe hacérse respetar. Eso lo vi yo.

—¿Qué diríais, caballero, si hubiéseis asistido a lo que pasó poco ha, después de vuestra salida del Seixo da Cruz?

—¿Qué fué ello?

—Yo no vi, me lo contaron. Uno de los nuestros llamado Alvito...

—¿Alvito, mi siervo, el de la *degana* en Ferreiros? —preguntó el conde.

Logia Independiente de Teósofos



—El mismo. El capitán se había disgustado con él por su azaña de la víspera, o sea, por haber atacado al castro, sin esperar orden. El negocio no hubiera pasado de ahí, si esta mañana, poseído de rabia por la reprimenda, no se hubiera descompuesto, haciendo de gallo contra Octavio, soltándole palabras cual pedradas y rompiendo riendas a trochemoche. Esto lo acabó de perder, para servir de escarmiento a los demás (62). Se encorraló uno de los toros bravos que aquí tenemos en la sierra, y tiraron dentro a Alvito, y al desdichado se le erizó de terror el cabello y se puso como rastrojo en césped. El toro, caso raro, no le hizo mal alguno, y muy lejos de eso, se puso a lamerle las manos mansamente. Al ver cosa tal, muchos de los presentes proclamaron que era milagro y dieron gritos pidiendo que lo soltasen. Si eso es obra de Dios, en breve lo veremos; y si lo fuere, será perdonado, rugió el capitán. Estaba junto a él su mastín Alpe, que, según hace días creen algunos, es el espíritu de Sempronio, creencia que tomó hoy gran cuerpo, por la parte que le cupo en el suceso que os voy contando. A una señal de su amo, saltó las barreras y se lanzó sobre el toro. Se siguió un combate que parecía el de dos demonios enfurecidos. Todos recelaban y temían por el can, pues aunque fuesen cuatro como él, sería el partido fuera de razón, contra toro tan pujante. Tal recelo no tenía fundamento; pues no se trataba de un animal. ¿Qué había de poder el bruto contra un alma? ¡Era visto! Huyó el toro espumando de miedo y saña, y, en la carrera, al tropezar con la vista en Alvito, lo embistió y llevó en las puntas, lo arrojó al aire, lo recogió y por último lo trasteó y pisoteó hasta dejarlo sin vida. ¡Alpe salió de la pelea sin el menor rasguño!

Logia Independiente de Teósofos



—¡Qué maravilla de can!—gracejó Froya;—en cuanto a Alvito pagó su merecido por la alevosía que me hizo. Más vosotros, tenéis también lo que merecéis. ¡Oh, cascaciruelas: insigne déspota tenéis hoy por amo en vuestro churriburril! ¿No sabéis que el villano con vara en mano es mil veces más tirano y duro que el legítimo señor? No sirvas a quien sirvió, ni pidas a quien pidió, dice el refrán. ¡Id, id adelante y veréis por dónde y para dónde os ha de llevar ese bufón de Belcebu!

Caio sin dignarse responder a Froya, dijo al trovador:

—Vamos, caballero; es tiempo ya.

—¡Adios, conde!—dijo el mancebo.

—¡En mis brazos, Guesto Ansures!—respondió Froya, que al querer como dice Camões, igualar el efecto al pensamiento, volvió de su distracción.—¡Ah, así maniatados para el sacrificio, no tiene cabida mi deseo, ni tampoco hay aquí espacio para realizarlo. Es quizá a la muerte a donde os llevan. A mí me la han de traer después. ¡Dios quiera que en su presencia eterna, se tornen nuestras almas a ver y saludar. Recibid mientras tanto, el adiós que os doy, mi adiós de amigo.

—¡Amigo!—replicó Guesto, retirándose al impulso de Caio;—si como presumo, voy a morir, llevo al menos conmigo una buena dicha de este nuestro encuentro, la satisfacción que me produjo en mi última hora, la certeza de vuestra bienquerencia. ¡Oiga Dios vuestros deseos para la eternidad, y en ella, hasta la vista, conde!

El trovador desaparecía ya en el follaje que cerraba la entrada.

—¡Dios os tenga de su mano!—contestó Froya, cayendo de nuevo sobre el despojo del oso muerto por Sabarigo.

Logia Independiente de Teósofos

## XVIII

# LA HECHICERA

Hum olhar quebrado por baixo dos olhos, e huma mansidão no rosto da boa graça tem tanto poder que faz falar os mudos, e sentir as pedras.

João de Barros
(Clarimundo).

Entre las cabañas que poblaban el interior del Seixo da Cruz, dijimos que una era mayor que las demás y que estabã un tanto apartada de éstas. Se componía de dos divisiones de las que una daba paso a la otra, que como joya encerrada en tosca bujeta causaba sorpresa a quien quiera que entrase en tal imprevista estancia.

La noche comenzaba a caer. En el centro de la habitación péndía una lámpara de plata, cuya mecha estaba encendida.

Dos tapetes de Córdoba cubrían el suelo; el techo estaba forrado de pieles de oso, lobo y zorra, y las paredes de diversos adornos de seda.

El lado de frente a la puerta lo ocupaba un techo de madera, con los competentes accesorios del género de los descritos en otro lugar.

A cada lado de la puerta había un arca, y sin duda alguna por estar ya llena, tenían encima diversas

Logia Independiente de Teósofos



piezas de ropa, puestas en buen orden y dobladas cuidadosamente, entre las que se distinguían vestidos de lana y de seda, adornados algunos de pieles de gris, y de otras también preciosas.

A la izquierda de quien entraba, en el vano, entre la puerta y la única ventana del aposento había una mesa, y al lado opuesto, cerca de la cabecera de la cama, otra más baja de apenas dos palmos de altura, cubierta con un mantel de lino fino más blanco que la nieve. Sobre la mesa grande y en el suelo se veían acumulados, copas, cucharas, picheles, aguamaniles, vacías, vasos y otros objetos para uso u ornato y de diversas formas, algunos de cobre o plata dorada, otras de plata u oro, ya lisos o grabados a buril o con colores de esmalte, y por último otros y no pocos, de madera con figuras de entalladura.

Cuanto se veía en este pequeño recinto era valioso, ya por la materia de los objetos, ya por su trabajo; eran ejemplares de lo que para servicio, comodidad y ornamentación de los ricos y sus casas, suministraba el arte en aquellos tiempos.

Junto a la cama y la mesa pequeña, en la que había una taza de leche y un vaso lleno de miel, se sentaba en el suelo, aunque ya se conocían las sillas, y sobre unas almohadas cubiertas de seda, la joven hechicera.

Tenía en los hombros un manto lobuno o de piel de lobos que la envolvía y resguardaba del frío que se sentía en la sierra. Ese manto, medio abierto por delante, dejaba ver un hermoso collar de piedras finas con que rodeaba y adornaba su cuello, que hacía juego con las manillas de los brazos. En su rostro gentil se notaba una expresión de tristeza e inquietud. Cantaba en voz baja, y se interrumpía de vez en cuando,

Logia Independiente de Teósofos



colocándose en actitud de escuchar, como quien espera a alguien.

Las palabras del canto eran éstas:

Aunque privada de aroma
vive en paz la flor ilustre,
sin querer más que el rocío
y el verde lecho en que duerme.
Mas un día ve crecer
a sus pies un jazmín blanco,
procedente de semilla
que el viento en sus alas trajo.
¡Oh, qué perfumes exhala
el jazmín de su albo seno!
¡Quién pudiera penetrar
de aquella estancia el secreto!
Mas, tarde o temprano aprende
la modesta florecilla
que nunca llegar podrá
a donde está su vecina.
Desde entonces se faz bella
cubrióse de tintas pálidas
y la paz en que vivía
trocóse en dolor y lágrimas.

Bajo la pobre techumbre
del hogar que me cobija,
bastaban para alegrarme
las claras luces del día.
Los sueños que por acaso
mi alma en noche forjaba,
disipábanlos ligeros
los resplandores del alba.
Mas un día extraña luz

Logia Independiente de Teósofos



iluminó mi vivienda,
y en mi vida entró un ensueño
que sin cesar me atormenta.
Reina quisiera yo ser,
de ese sol acariciada...
Al terminarse la noche
la vida real tornaba.
Y, ¡qué horror!... con los gusanos
en sus tristes madrigueras,
es mi vivir entre sombras,
o arrastrándome por tierra.
No te apagues nuevo sol;
si sólo para tu amada
brillas, caliénteme al menos
de tus rayos una ráfaga.
¡Ah! infelice flor silvestre,
tu suerte es ya cual la mía;
tú lloras por ser tan baja,
yo lamento ser mezquina.
Mas veo en tu pesar ondo,
señal de celos o saña;
tú en mí sólo ves amor,
amor que penetra el alma.

—¡Que penetra... que penetra; y con la luz de cada nuevo día penetra más al fondo!

Cayéronla algunas lágrimas. Pasados unos instantes murmuró:

Háblale tú, al que duerme, en el oído,
y lo que quieras soñará el dormido...

—Eran dichos de mi madre... ¿Y después?... Acuérdate... ¡Después yo, ya no tendría voz en sus sueños;

Logia Independiente de Teósofos



ya no sería yo el objeto de sus deliquios amorosos!... Soñará con otra... ¿La odiará?... A la que tenga tal ventura, sólo porque él la ama, no quiero verla penar, ni ser yo la causa de su llanto...

La rama con que se abraza
no desprendas de la higuera,
si la quieres ver dar fruto,
o la quieres ver entera.

—Eran dichos de mi madre... A la bien fadada pertenece desmelar la almena y además recoger el panal... Tan lejos de mí está ese poder como el de derretir las nieves con que en breve se ha de encapotar Pico-Pájaro.

Nieve nunca pierde el frío
ni al fundirse en el estío

solía decir mi madre... También decía: *Quien no se apiade de tan linda criatura...* ¡tendrá sol en los ojos y hielo en el corazón!...

Al agua, en tanto que hierve,
la lumbre no da calor,
ni descanso mientras dura
su estado de agitación.

eso decía mi madre.... y yo digo que en mi pecho arde intenso un fuego abrasador, y en mi cuerpo, una fiebre continúa y sin intermitencia crece sin cesar... *Ten fe, Leodaka* decía, y *Dios te conserve así siempre bella...* ¡Tenía cielo en los ojos, y hielo en el corazón!... ¡Volverá con cara de serafín, y hielo en el corazón!... ¡Mísera nací, y mísera he de morir!...

Logia Independiente de Teósofos



De repente se le inmutó el rostro al oir tres ladridos y los pasos del que se aproximaba.

Entró Alpe retozando junto a la joven, que no hizo caso de él. Una mano apartó el paño de terlíz con bordados de lana y seda, que servía de reportero, y apareció Caio seguido de Guesto Ansures, que hizo un movimiento de sorpresa al dar una ojeada a la estancia. El mastín volvió a salir como para continuar su guardia en el exterior de la casa.

Guesto venía con los brazos libres; pero despojado de armas ofensivas y defensivas, que todas habían quedado en manos de sus aprensores como presa legítima y de gran valía.

—¡Una cámara de reina en lo más agreste de una montaña!—dijo Guesto en tono de admiración.

—Mi hija es reina aquí. El capitán la puso en posesión de las primicias del despojo, sin haber querido reservarse nada para sí, y contentándose con una vivienda de la misma casta de las que cubierta de enramada hemos visto al pasar aquí.

—En tal sitio parece obra de encanto; aunque poco es para reina tan linda y gentil—replicó Guesto cortejando a la joven con galantería.

—Ni esto, caballero, basta para complacerla y distraerla de su tristeza.

—La sangre priva a la miel de todo gusto, y mucho más la amarga, si se derrama la de aquellos bienhechores nuestros, que se me prometió economizar, padre mío.

—¡Dale con lo mismo, y siempre, hija mía, llora que te llora! ¿Qué querías tú que hiciésemos, si él no sufría que se le echase mano como ciervo acorralado, y sólo se dejaba aproximar con armas ofensivas y de ataque?

Logia Independiente de Teósofos



Déjalo ya, cuitada, y que San Pedro le dé buena entrada y Dios lo tenga en su compañía. Donani no puede volver a la vida, y a nosotros no nos sobra el tiempo. Aquí te dejo al caballero. ¡Avíate! El capitán no puede tardar. Se pondrá de un humor de perros y las tomará conmigo por la falta y hasta contigo andará de punta, cuando sepa del combate de hoy.

—¡Ah! ¿volvísteis a las manos? Cuéntame eso—dijo el trovador.

—Estábamos en vía de levantar una gran defensa con valla abierta al exterior, a través de la garganta por cima del Folgoso y ya llegábamos con ella a poco más de la mitad de la altura, cuando, a la hora de nona, los caballeros del castro nos dieron un asalto de algún valer. Como no eran muchos y el vallado también les estorbaba el paso, se retiraron, aunque no sin matar algunos de los nuestros y llevarnos otros prisioneros, entre éstos a Gonzarri, ayudante del capitán, que mucho sentirá esto... Mas, adiós ya, y daros prisa.

Dicho esto, se retiró Caio.

—Tienes un corazón de tórtola, y a la par una alma que no conoce el miedo, Leodaka. Lloras la muerte de tu amo; y expusiste tu vida para salvar la mía. ¡Todo me parece poco para agradecértelo! ¿Por qué me llamaste a tu presencia?

—No fué para que lo agradezcas a tu obligada, hijo de Ansur; fué porque quise verte, y darte mi adiós con la libertad de tu cautiverio y del peligro de muerte que te amenaza. Mi padre será tu guía hasta que dés vista al castro.

—Vi el pacto que hiciste con ese hombre y la brega que sostuviste en mi favor, con ese a quien los tuyos llaman capitán... A fe, que nunca vi uno que se le

Logia Independiente de Teósofos



igual e menos que le supere. Una voluntad así, tan de hierro, y tanto poder en el mando, en persona como esa salida de la nada, ni son obra de Dios, porque no los pone a servicio del bien, obras son del demonio, dado el camino que sigue.

—Tuvo vena de loco, hasta que quiso sanar. Muy bien puede ser lo otro que dices, o sea, un ser diabólico; pero esto sólo Dios lo sabe, así como también el motivo de cuanto hizo y hará ese hombre y lo que se le revuelve en el agitado mar que tiene dentro de sí.

—Si estoy aún en peligro ¿es porque él no conoce tu intento?

—No conoce nada de lo que hago en tu favor.

—¿Y de ahí, vendrá para tí algún riesgo?

—Respecto a eso, Guesto, pierde cuidado y nada temas. El pleito, la cuestión que entre ambos nos viste sostener, fué maleficio que se desvanecerá como se desvanece el olor del ajo o de la ruda. Lo que ahora me importa es que no te halles tú donde pueda llegar el brazo de Octavio, si tornase vencido, pues entonces tu muerte sería cierta y a mí no me quedaría más que morir contigo.

—¡Morir conmigo! ¿Es que eso es serio, Leodaka?

—¿Qué te dijo la sierva cuando cual ángel de la guardia, apareciste en la hora en que querían dejarla en la horfandad? Viviese ella cien años, nunca se le borraría su imagen de su corazón. Para ella será merced de Dios, acompañarte en la muerte, y lo es en vida, ser la última de tus esclavas.

—¿Esclava tú de quien te debe la existencia, bella Leodaka? En buen derecho, señorío tendrás desde hoy adelante, sobre quien te es deudor de todo bien que Dios o el viento favorable te concedan. Mas tu

Logia Independiente de Teósofos



¿por qué no has de abandonar esta vida serrana, tan llena de tribulaciones y acompañada de azares, en que te encuentras? A tu previsión no puede ocultarse que esta empresa es imposible, y que para vosotros ha de tener un término fatal, y un malísimo resultado. Ven, Leodaka, ven conmigo a refugiarte en el castro.

—Si ese riesgo fuese acicate para irme a refugiar, mas lo sería otro mayor en que estoy, en estos momentos, y, sin embargo, no huyo ni me resguardo.

—¿Cuál?

—Un amor odiado, y un compromiso.

—Explícate.

—Estoy apalabrada con el capitán para el día de nuestro triunfo.

—Es plazo que no se acaba, y, por lo tanto, deuda que no se cumple; descuida, Leodaka, que para ese dia tendremos otro Josué—dijo Guesto, gracejando en tono benévolo y cordial.

—No quisiera concederte eso, hijo de Ansur. Nuestro elegido parece tener varita mágica y poderosa, y si bien esta tu sierva no le corresponde y le falta el amor, ponemos todos en él nuestra esperanza. A los señores de la tierra les dejamos el alano; el ventor cupo en suerte a los mezquinos, y no sé que altos hados le dieron tan fino olfato. Es una lucha porfiada y tenáz entre los dos: entre la opresión y la resistencia, entre el señorío y la aforria, cuyo término está en manos de Dios. Mas Octavio, sé, que solo a la muerte dará victoria sobre sí. En el evento que deba éste ya al triunfo, ya al pacto con sus adversarios, yo estoy obligada a darle posesión de mi cuerpo; y entonces, aunque mi alma lo repugne y el corazón han de miti-

Logia Independiente de Teósofos



gar su dolor y su pena, ante el júbilo y la alegría de mis hermanos emancipados.

—Eres una noble criatura, Leodaka; y eso incita más mi voluntad a librarte de ese cautiverio y sacarte de la prisión en que estás encerrada con la llave de tus ilusiones.

—Y aun así, estoy firme y decidida a quedarme y permanecer en mi puesto, apesar, además, de otro nuevo peligro que nos entra por la puerta, más pronto de lo que se pensaba.

—¿Qué nuevo peligro es ese?

—Como luego has de saberlo, no hay peligro alguno en que ya lo sepas ahora; y es que viene de Lugo el conde Gondemir asistido de una porción de hombres que se calcula llegue a unos quinientos o seiscientos. Han de amanecer en el castro.

—Si en eso hablas verdad, no es a vosotros solos a quienes tocará el peligro. ¿De dónde sabes eso?

—De nuestro espionaje, de nuestros espías y exploradores.

—De lo que resulta, ya lo ves, que tu capitán no es águila en la vista, ni acierta ese hombre en todo, al querer tomar la paja por lo fino—dijo Guesto con leve ironía.

—Preveía que vendrían de allí; pero creyó fuese con un día más de respiro para nosotros.

—Debeis temer, por de luego, que sea mañana un día de luto para vosotros y de cruel desengaño, en el que seais entregados al verdugo.

—No será, si Dios quiere, porque el vallado queda pronto a la madrugada para lo que, ahora mismo, a pesar de las tinieblas, se trabaja en él, y la zanja ya tiene agua bastante. En el caso improbable que los ca-

Logia Independiente de Teósofos



balleros rompiesen esas defensas, tendríamos aun a donde ir. No es esta nuestra última acogida ni la más segura.

—En mi ida a Pico Pájaro bien noté que no estáis acorralados, y vi la puerta qua teneis abierta hácia el lado de Formegueiros; pero cuando las nieves se derriten, se enturbia la corriente, y es peligroso. Yo te conjuro, Leodaka, a que no aguardes esa ahora. Ven conmigo.

—Yo soy aquí precisa, y si todo se pierde, perder la vida tanto monta, y además ¿a quién le importará esto?

—Guesto, no respondió con la palabra. Contemplaba en silencio y con admiración a esa jóvea de tan humilde clase y de tan elevados sentimientos.

—No pienses más en mí, hijo de Ansur. En el castro está quién te llama, y a quien debes todo tu desvelo; allí está la hija del conde, la que amas.

—¡Sierva! ¿quién te dijo tanto?—preguntó con súbita aspereza.

—La madeja de tus cabellos, que, si hubieses muerto, le legabas—respondió humildemente.

—¡Ah!... ¡perdona!

—¡Cuán contenta debe estar, y qué feliz debe ser la hija de Froya Gutheres!... ¡Poseer tu corazón es ya una dicha! ¡*saber* que le pertenece! ¡oh, Dios mio, qué será!

Hubo una pausa y continuó, como hablando consigo misma.

—Y ella bien lo sabe... Las tórtolas entre si no tienen secreto... Conocer su ámor, y no amarlo ¿cómo puede ser?... ¡Lo ama! ¡lo ama!... ¡Amar y ser amado,

Logia Independiente de Teósofos



es vida celestial aquí en la tierra!... ¡Amar, sin ser amado, es un penar sin fin!

—Tal es la suerte del pobre Octavio—dijo Guesto con una sonrisa, para dar otro rumbo a la distracción de la joven y modificar una situación que le inspiraba recelo.

—La suerte de Octavio, no es esa; que a su lado tiene con quien alimentar su esperanza—respondió Leodaka, y encendiéndosele de repente el semblante, añadió:—mas, si el demonio echase un vistazo al paraiso, sentiría con mayor intensidad y envidia el precio de lo que perdió.

—Y lo dominarán los celos, la rabia, la desesperación. No quiero creer, Leodaka, que ninguno de estos sentimientos, tuviesen poderío sobre tí.

—Ni rabia, ni desesperación, ni celos, alimenta el alma de la mezquina, hijo de Ansur. Aquí sólo reposa la humildad de aquella que besa la mano que la castiga; la sumisión de la sierva a la que el desprecio es familiar.

—¡Desprecio, no! ¡Despreciarte sería una infamia! ¡Tú, pobrecilla, mereces compasión—respondió Guesto con voz poco firme.

—Quien no se queja del desprecio, pagada está de la compasión, y de la tuya principalmente—y en la encastadora sonrisa de la hija de Selima, se difundía nuevo efluvio de cándida e ingénua ternura.—Tu compasión es el olmo ya seco y muerto a que la hiedra continúa arrimada y aun se apega en su delirio amoroso.

—¡Leodaka! ¡Querida Leodaka!—exclamó el mancebo, adelantándose arrobado y tomando la mano de la joven.

Logia Independiente de Teósofos



—Estamos prontos, caballero, ¡Vamos ya!—gritó Caio, alzando el repostero.

—Sé feliz, hijo de Ansur,—dijo con desfallecimiento Leodaka, y recobrándose poco a poco, en tanto hablaba:—y sea feliz tu Ermesinda. Ella tiene alma de fina tez, a propósito para que allí se grave tu amor. A tu amada daría también mi vida, si me la pidiese, para que con mi sacrificio tuvieseis salud en el corazón, y la risa de la ventura en los labios.

—¡Eres sublime, eres una de las más bellas obras de Dios, hija de Selima! Tienes un alma grande, tan grande, que muchas ilustres damas te debieran envidiar...

—¡Basta ya de tardanza! ¡nada ya de demora! ¡Ay de nosotros si el capitán llegase!—dijo Caio, poseido de impaciencia.

—Adios caballero—dijo la joven conmovida.

—Leodaka: veo que aquí todo se inclina ante tu poder; pero si alguna vez te sobreviniese una desgracia, temieses adversidad o corrieses peligro en que yo o la hija del conde Froya, que en breve sabrá tu devoción y conocerá la nobleza de tu alma, pudiésemos valerte, no receles, te lo suplico, en apelar a nosotros y acudir a nuestro lado. Si no pudieses venir... ¡ah!... si esto acontece... toma, toma, este anillo, hazlo llegar a mí... Entonces, ten por seguro, que aunque estuviese yo en el fondo de Galicia, correré sin detenerme y acudiré en tu auxilio.

—Lo guardaré cual tesoro de preciosa valía y grata membranza—respondió tomándolo y poniéndolo en el dedo.

—Mas ¿prometes usarlo también si llegase la ocasión que temo?

Logia Independiente de Teósofos



—Prometo, si Dios así lo dispone.

Se inclinó Guesto imprimiendo un beso en la frente de aquella a quien debía la vida. Sintió en la mano los labios de la joven y el calor de una lágrima.

—¡Adios, Leodaka, dijo enternecido el trovador y cediendo al impulso de Caio que le empujaba hácia la puerta, y yá fuera de ella, añadió: ¡Adiós hasta un día que vendrá muy luego!

—¡Adiós, Guesto Ansures!—fué la respuesta, y en voz más débil: ¡Adiós, hasta la vida de siempre!

Logia Independiente de Teósofos

## XIX

# EL CASTRO

Vós me preguntades pelo vosso amado;
e eu bem vos digo que e vivo, e sano.

Rei D. Dinis

(Cancioneiro).

Sobre el castro de Folgoso caía la luna en su plenitud con suave claridad y su plateada luz iluminaba los contornos.

Se dejaba ver la muralla que describía un círculo irregular adornada de doce torres de media caña, que se manifestaban también desde el interior de la plaza, situadas a igual distancia unas de otras, y separadas en sus intervalos por un parapeto abierto en saeteras.

En cuatro de esos intervalos al norte, naciente, sur y poniente se reforzaba la muralla con un terraplén, reparo o *agger*, según la terminología latina, en el que la superficie argamasada hacía de terrado. La entrada única que subsistía entonces, quedaba a la hilera occidental del terrado del sur abierta en el muro por bajo de una de las torres, y comunicaba por un puente levadizo con el camino que del otro lado del foso descendía en sentido oblícuo, de suerte que viniendo álguien por él, tenía el castro a su derecha.

La arquitectura de las defensas denunciaba su orígen romano, cuyo primitivo carácter permanecía casi

Logia Independiente de Teósofos



intacto, salvo algunas obras de restauración o aumento de diverso y posterior estilo.

En el interior, no pequeña parte de su área estaba ocupada por un edificio cuadrilateral de un solo piso al nivel del suelo y paredes de cantería de las que la de mejor aspecto externo era la fachada que daba vista al mediodía, constituyendo sus lineamentos algunas gradas de buenas dimensiones y cuatro columnas seguidas de un vestíbulo. Era el palacio condal de cuyo interior dimos una idea en el capítulo octavo.

Hallábase situado al lado norte del recinto tomando allí casi todo el vano de las murallas, aunque separado de ellas por un ancho pasaje que lo rodeaba. En frente de estos palacios, cerca de la muralla del naciente y su respectivo terrado se levantaba una alta torre de atalaya, de albañilería, de forma cuadrada, con tres descansos o pisos alumbrados en sus lados por ventanales o aberturas estrechas, cuyo inferior y primer orden dominaba ya el parapeto. Se denunciaba a primera vista como obra moderna por su estilo, bien diverso y posterior al del edificio romano.

Un grupo de exiguas habitaciones y también de reciente construcción llenaba un buen espacio del resto del recinto; y entre él y los palacios había una pequeña plaza. Mas allá de las habitaciones se dejaba ver otra plaza mayor, igual a un tercio de la superficie total, entre muros del castro, la cual dejaba libre y desembarazada toda la puerta que miraba al Sur.

Dos mujeres salían del vestíbulo; pasaron por medio de aquel grupo de habitaciones, y entraron en la plaza grande, que atravesaron, subiendo después por una escalera estrecha construída contra la pared facial del terrado del medio día.

Logia Independiente de Teósofos



Al llegar allí, y tomando a la derecha, comenzaron a pasear sobre las murallas, cuya solución de continuidad, producida por la abiérta delante de cada torre, se remediaba por unas pequeñas puentes levadizas, o mejor, movedizas, llamadas *itinera contignata* por la ingeniería romana, de manera que el paso se presentaba libre en todo el círculo del adarve, sirviéndonos, para esto, de un término más apropiado a los castillos de la edad media.

—Deja ahora, señora, sosegar aquel tu espíritu que en la estrechez de la cámara se deshacía en fantasías de angustia y de enojo. Ya mudaron tus hados de aspecto. Noche de lunar, y tan linda, llama los sueños de amor a quien amor hálaga... De mí, cuitada, huyen en tropel, y este mascarón tan feo, anda a pleitos con el amor. Reviente el diablo a quien me lo hizo.

—¡Cállate, Astrildi! Aún no es tiempo de reir, ni sé cómo puedes andarte con chistes.

—Ayer llorabas a tu padre, hoy lloras al que Dios te deparó por desposado; y ahora que supimos por los prisioneros que ambos están sanos y vivos ¿hemos de seguir llorando; hemos de andar todavía hechas unas plañideras?

—¿Y tenemos certeza de que escaparán a la venganza de los siervos?

—¿Por qué no? A Sigulfo y su turba se les espera esta noche, y a la hora de alba se forzará el vallado. Entonces, veremos venir a Froya Gutherez y a Guesto Ansures y vendrán a foro de quién trae el corazón en la barriga, y por lo tanto, lo que debemos pensar nosotras es en guisar manjares.

—Acaso digas bien ¡cuitadito!

Logia Independiente de Teósofos



—Además vendrán señores para servir de escudo a la desamparada. Aunque Alfonso y sus acostados tuviesen que abandonar este castillo, ningún recelo tendrás ya de Ekaredo Gondemires... ¿Reparaste en su asombro a la llegada de los caballeros?

—Por cierto que reparé, y vi su gesto de espanto al poner los ojos en Alfonso. ¡Tenía razón de temerle!

—Mas se llegó luego a las faldas de aquel real señor, supo meterse de gorra con él y andan muy ingeridos uno con otro.

—El hijo de Gondemir tiene arte para engañar al mismo satanás, y el de Froila haría bien en no creer en ese santo... Mas, ¿quién tenemos aquí?

Ermesinda y su camarera atendían en este momento o reparo el terrado occidental, el mejor punto de vista de todo el adarve con larga perspectiva del valle del Lor en dirección de su curso. De bruces sobre el parapeto, estaba un hombre acompañado de dos mujeres.

—Sierva de tu obediencia, señora—respondió una de éstas a las últimas palabras de la doncella.

—Es Sahema de Villar-Zendo y su hija. Aquél no lo conozco—dijo—dijo Astrilde.

—Es Zacoi, el preste, siervo de Donani Zalamisa—dijo Sahema.

—Que besa humildemente tus manos, y la tierra, señora, ante tus pies—añadió el sacerdote siervo, haciendo un gran acatamiento.

—¿Qué novedad es esta, Mariame?—preguntó Ermesinda.—Si viniste huyendo de la rebeldía de los tuyos, a buen seguro habrá sido con tu traje propio y usual, no con ropas rozagantes, que si bien veo, ya me vistieron el cuerpo.

Logia Independiente de Teósofos



—Verdad dices, a fe, señora. El conde me las pidió hace tres días—dijo Astrilde.

—¡Ah, señora! A la cordera a quien quitan del pasturaje, para tenerla regalada en el hogar, se la lava y adorna aunque no quiera, y es malogrado el lloro en que se anega por volver a su querido monte—respondió la joven.

—¿Te han traído contra tu voluntad, pobrecilla?

—La mandó traer el conde por mano de Ranemiro—respondió Sahema en lugar de su hija—pero al malvado le llegó por fin la hora de rendir cuentas.

—¡Malvado mi padre!—exclamó Ermesinda indignada y amenazante.

—¡Apárteme Nuestro Señor de pronunciar tal palabra! ¿Sería yo capaz de semejante ofensa? Lo dije, señora, por el sayón que murió ayer en la matanza.

—Mal podía referirse al conde, que no murió, a Dios gracias—dijo Zacoi.

—¡Ya lo sabíamos, Dios sea loado!—y la doncella, mirándole, se la sugirió de súbito una idea:—¡Tú eres siervo! Tú no correrías riesgo alguno yendo a la sierra con un recado mío a saber lo que pretenden los rivales hacer de mi padre, y las condiciones que exigen por su rescate. ¿Quieres ir, padre mío?

—Por lo que a mi acatamiento respecta, si os place, podéis mandarme partir ahora mismo; pero en cuanto a volver con la respuesta, eso, salvo sean tus buenos deseos, depende de los de ellos, y si no me lo consienten, no me será posible venir.

—No dudes ni temas. ¡Todo ha de salirte bien!—dijo Mariame alborozada.—Vete y habla también de paso con Sabarigo y dile que quiero nuevas de él, y

Logia Independiente de Teósofos



así mataremos dos pájaros de una pedrada, y la señora sabrá de quién quiere y de quién ama y yo...

—¡Eso; eso mismo! ¡Bien pensado está! —dijo aprobando Ermesinda.

—Sólo me toca obedecerte, señora, y puedes estar segura de que haré cuanto me sea dable por volver, y que si no volviere, de otro, y no mía, será la culpa; porque yo desde que el carcelero me hizo salir del sótano de la torre, estoy aquí mejor, y ya ni querencia siento de hacer vida con los desvariados de la sierra...

El discurso del clérigo-siervo, fué interrumpido por unas voces que procedían desde el portal del castro. Una de ellas hizo extremecer a Ermesinda. A esta voz, que sólo se distinguía a intervalos, pudo percibírsele estas palabras:

—Soy... ¡del conde Roderico!... noticias de Froya Gutherez!

—¡Ahí está! ¡Infinitas gracias, Dios mío, os doy por esta merced. ¡Corramos, Astrildi! ¡Corramos a su encuentro!

Voló Ermesinda por el adarve, seguida de su sierva; cuando llegaron al terrado meridional pasaba Guesto por bajo y entraba en la plaza.

Llamar por él, fué el impulso a que al instante obedeció la doncella. El joven subió las gradas a toda velocidad, y se halló en un momento al lado de su amada.

—¡De almalafa y almejí! —exclamó reparando en el tocado y vestido blanco y burdo de ambas mujeres, uno y otro distintivos de luto en aquellos tiempos.

—¿Cómo no vestirnos así, si ha poco más de una hora os contaba a tí y a mi padre entre los muertos? ¡Ahora voy en seguida a ponerme el traje de fiesta —respondió Ermesinda alegremente.

Logia Independiente de Teósofos



De la conversación que se siguió entre los dos amantes, huelga dar cuenta al lector, que ya conoce los incidentes sobre qué versaría, como es de suponer.

En efecto, se contaron cuanto les había sucedido desde su separación; y en este cambio de noticias, difundiéronse recíprocamente bastante luz para esclarecer los puntos negros o dudosos que obscurecían hasta allí el limitado horizonte de cada uno; horizonte que, extendiéndose, aparecía iluminado también por el sol de la esperanza.

De lo que había dicho el conde Froya, juzgó el trovador que Ekaredo habría muerto en la matanza de Ferreirós; y ahora vino en conocimiento de que su rival tuvo la suerte de huir ileso en compañía de otros tres o cuatro. Al referirle Ermesinda lo qué pasó la misma noche en que los jóvenes se separaron, entre ella y Ekaredo, dedujo que por éste le había sido armada la emboscada de la subida de Tolsum, que a poco le cuesta la vida, y que del muzárabe sería la gente encargada de la ejecución.

Cuando, por otro lado, supo Ermesinda el riesgo en que estaba su padre de ser asesinado por los siervos si la caballería de los señores invadía por evento el campamento de los sublevados, se le nubló el rostro, y fué sobrecogida de un gran susto y tribulación de espíritu, al recordar que estaba decidido el ataque al amanecer, y comprendió que era de todo punto necesario evitarlo al ménos por de pronto y de la manera convenida.

Finalmente, atento Guesto a la noticia que Leodaka le había dado de la próxima llegada del conde Gondemir, hizo ver a Ermesinda que el primer cuidado de ambos debía ser excogitar un medio a fin de que Al-

Logia Independiente de Teósofos



fonso saliese del castro ocultamente y a la mayor brevedad, pues de no hacerlo así, dada la poca gente con que contaba en el castillo y la mucha que traía su contrario, estaría como pez dentro de nasa a merced de quien tanto empeño tenía en prenderlo. También la hizo ver que, si vencían la dificultad de ponerlo fuera del castro sin que Ekaredo se percatase, podría acogerse al monasterio de Subrego, donde todos eran parciales suyos, y estaría libre de todo peligro, aún en el caso de, una vez allí, descubrirse la verdad de su retirada y la de su presencia en ese lugar de refugio, por ser de árduo acceso y defensa fácil.

—Sobre esto quiero hablar en puridad con el fiel Theudas y el conde Roderico. ¿Dónde están? ¿lo sabes, Ermesinda?

—Cenando con Alfonso y los demás. El hijo de Gondemir está también con ellos. ¡Ten cuidado, Guesto!

—Eso, precisamente, me viene a pedir de boca. No será, pues, menester mandarle citación alguna de emplazamiento, ni mostrarle vara ni bastón, signo de llamamiento judicial. Delante está de *mayorinos* de buena justicia, y de ellos el mayor y más conspicuo, que ya fué rey y lo será. Ahora voy a recurrir ante éste en alzada y queja contra tal Don Trefe, y del pleito saldrá con el estigma de la condena, pintada en el rostro afrentado. No pido más. Esa sentencia será justo remedio para curar al que más cuidado nos daba... ¡Vamos ya!

A los pocos minutos, entraban en los palacios.

Logia Independiente de Teósofos

## XX

# LA DENUNCIA

Ordenamos que sejam submettidos pelo juiz á prova da caldeira.

Código das leis wisigóticas

En un salón que caía sobre la galería del Norte, cenaban el príncipe y sus nobles compañeros. Ocupaba aquél el lugar de honor y tenía a Ekaredo a su derecha y a Theudas del otro lado.

—En cuanto acabemos de cenar iré a darla mi parabién por la buena nueva que tenemos del conde—dijo Alfonso refiriéndose a una precedente conversación.

—¿Y por la buena nueva respecto al otro?—preguntó Guther Menendes con intención maliciosa.—Estoy en que lo apreciará más.

—¡Cáspita! ¡Quién tal hubiera adivinado! Así sí que cualquiera se explica ahora el gran empeño con que el cantor de los salones pedía en Samos la cooperación de todos nosotros—observó con sonrisa irónica el conde Roderico.

—De la empresa, salió el menos bien tratado, y eso que es aquí el más querido de nosotros—insistió Guther.

—Dejo a salvo vuestra opinión, señores; pero según la mía, estáis engañados—interrumpió Ekaredo ruborizándose un poco;—no me parece que la joven

Logia Independiente de Teósofos



Ermesinda haya rendido su corazón al hijo de Ansur, ni causado a su padre el enojo que con ello le causaría.

—A lo que dirán ellos: enójese enhorabuena. La fruta prohibida—respondió riéndose Roderico—es la que sabe mejor. Si por medio no hay amor ¿a qué haberse desmayado después del luto, cuando la noticia del padre ya no estaba tan fresca, al notar la falta de Guesto? ¿No hemos visto entonces a la doncella, como si mostrase las entrañas destrozadas por el dolor?

—Yo sí que estoy muerto por ver esa perla de Galicia—dijo el caballero rubio acabando de despachar un pichel de vino.—Por mi desdicha tardé en entrar en el castro, y apenas pude percibir sino las ropas de esa hermosura cuando la llevaban desmayada a través de la plaza; después de la plática que tuvo con nuestro rey, que fué y lo será si Dios quisiere.

—¡Felices de nosotros, si viésemos llegar ese día! —dijo el muzárabe en tono vibrante, asiéndose a este medio para desviar la conversación.

—¿Quizá para que llegase más en breve, armó tu padre la tramoya?—insinuó irónico Roderico.

—No hubo tal tramoya:—protestó Ekaredo—interpretando mal los motivos del viaje de quien ya fué aclamado y lo volverá a ser, según decís y yo creo, hubo una espera, eso sí; mas, como ya os dije, sin intento de haceros daño, señor—y así hablando se volvió al príncipe.—Esa espera nos la imponía el deber, porque mientras viva vuestro tío, hemos de serle fieles mi padre y yo.

—Proceder así, es seguir buen camino—dijo el príncipe aprobando.

—Si después la elección diese el triunfo a Hermenegildo ¿qué remedio sino conformarnos con la vo-

Logia Independiente de Teósofos



luntad preponderante? Pero, señor, si vos fuéseis alzado rey, en nosotros no tendréis desafectos; y en mí hallaréis toda devoción, todo acatamiento, ¡lo juro por el cuerpo de Dios!

—Eso no lo harías, Ekaredo Gondemires, si tuviesen en el castro una media tiufada; si el mando fuese vuestro y no mío. Sois muy avisado para querer subir al cielo sin alas—dijo Roderico secamente.

—Yo, sin tomar nota de tan temerario juicio respecto a mí, apelo al cielo, seguro de que, aún dando el pasado querella de mi sinceridad, de allí me vendrá mi desagravio—respondió el muzárabe sin mostrar enojo; y volviendo a dirigirse exclusivamente al príncipe añadió: ¿Qué hombre de buenas intenciones, conociéndoos, no se inclinará ante vuestra magnanimidad? Es verdad que yo ya os había visto en otro tiempo; pero sólo hoy he podido conoceros y medir la grandeza de vuestro corazón; ¡un verdadero corazón de verdadero rey! ¡Cuánto más alto se acomoda el nido, más dura y tanto más noble es la casta del ave! El vuestro aún se conserva en el pináculo en que lo construyó Pelagio; el nido en que nació Mauregato, ya lo deshizo la azada del siervo. Su hijo Hermenegildo es un pobre cuervo tibio y sumiso, si se le compara con vos, halcón gerifalte, arrogante y soberbio.

—Al que convenga tener cuervo nidal—respondió Alfonso sonriéndose benigno—tal vez le parezca zafio el halcón noble y airoso. Habéis sido franco conmigo; y yo también os correspondo, siéndolo con vos.

—Quiéralo Dios que así sea—dijo el conde Ero—y en cuanto a nosotros, elegiremos rey, que se dé las manos con los advenedizos. El águila no permite en

Logia Independiente de Teósofos



su nido hijo alguno que no mire derecho al sol. ¡Nosotros queremos guerra con el ismaelita!

—Lo mismo digo—apoyó Guther.

—Todos queremos la guerra contra los hijos de Ismael—asintió el príncipe—y la queremos en cuanto el tiempo amaine y acabe la tormenta que nos amenaza.

—¡Ah, señor, cuánta razón tenéis! Las circunstancias, como indicáis, deben aprovecharse—dijo el muzárabe—con oportunidad; y si yo hubiese sido de la curia, habría votado por la guerra después de la muerte de Abderraman.

—Acertado habría sido—replicó Alfonso—; pero me admira que lo digáis vos.

—Nací en Córdoba, ciertamente; pero allí dejé los muñecos y chucherías propios de aquella edad. Mas extraño os parecerá, que mi padre, que guarda mejor que yo los recuerdos del pasado, sea de igual opinión a la mía, y de todos vosotros; no es de aquellos que aprueban esta paz eterna.

—Cónstanos, sin embargo, que precisamente es el conde Gondemir quien gobierna e influye en la curia.

—No influyen tanto como os imagináis, señor. Aunque así fuese, el hombre más poderoso, no debe despreciar el peso y valer del número, ni prescindir del gusto e inclinación del soberano, si se ha de conformar al fuero y costumbre de la tierra. Somos fieles a nuestro deber, y si las cosas mudasen de rumbo, el deber sería dirigirlas y acompañarlas en pro del bien común. En mi opinión los tiempos presentes nos están convidando a la guerra en la primera ocasión propicia.

—No quiero, Ekaredo, abrigar la duda de que vuestras palabras no las inspire la sinceridad...

—De godos falsos y renegados estamos hartos—

Logia Independiente de Teósofos



protestó Roderico, cortando con esquivez y sin ceremonias, las frases del príncipe —; de esa gentê no queremos ya más a nuestro lado, como no venga para cavar la tierra. Estaríamos mejor servidos en la curia por los mismos agarenos, que por esos sus fiacos imitadores.

El muzárabe disfrazó como pudo la ira que sentía en su interior, y dirigiéndose al príncipe, dijo:

—¿No os parece, señor que no se está en el caso de prescindir por completo de los godos de Spania, que aún se puede obtener de ellos gran provecho? ¿Quién mejor que ellos puede tener facilidad y ocasión de aficionar al gobierno cristiano los territorios que estáis llamados a conquistar?

—Casualmente estaba ahora en eso mismo. ¡Qué coincidencia! —exclamó admirado Alfonso —. Testigo, Theudas, que bien sabe que no es de hoy tan sólo ese mi pensamiento.

—Así es la verdad y añadiré —asintió el valido— qué si tuvieseis ocasión oportuna daríais cuerpo y forma a vuestra opinión de que, si los cristianos que aceptaron la ley de los sarracenos no nos son convenientes aquí, y, por lo tanto, deben quedarse en donde están, pueden no obstante, sernos útiles en el tiempo en que lleguemos allá para con su ayuda, y también en provecho suyo, recuperemos lo que fué herencia de nuestros antepasados y nos corresponde de abolengo.

—Dicen que Gondemir, es una cabeza privilegiada y fuerte; pero el hijo —dijo Alfonso — no le queda atrás y amén de esto, me parece más razonable.

—Favor y encomio que no merezco. La ventaja que llevo, pende de la bienquerencia con que me hon-

Logia Independiente de Teósofos



ráis, señor. Mi tema es este: a cada generación, su obra. A la que está tocado en el remate, para coronar el término, le incumbía rehacer y fomentar las fuerzas que las guerras contínuas de vuestro abuelo dejaron menguadas. Su misión está ya cumplida. Ahora ya todo se halla en sazón para que cuando de nuevo despierte al alba el refulgente astro llamado a difundir la luz, el calor y la vida, sacuda a este pueblo de su luenga somnolencia y frío letargo. Dios marcó el día en el calendario de sus designios, por más que aún no nos lo haya revelado; pero quiso su bondad, que, como se manifiesta la aurora matutina, se manifestase el brillo de ese nuevo sol, antes de su nacimiento a los venturosos madrugadores. ¡Nosotros áquí en vos lo saludamos!

El muzárabe hizo una profunda reverencia al príncipe.

Aunque algunos durante esta peroración conversaban en desdeñoso silencio y entre ellos Guther, Ero y Rodérico, la mayoría de los caballeros acogió con vivos aplausos este breve y sugestivo discurso. Alfonso dijo al oído del favorito:

—¿Qué te parece, Theudas?

—Sin duda alguna hay que convenir en que de buen consejo és el hombre; ¿será de buena confianza?

—Ahí está la duda; y por mucho que la merezca—respondió Theudas—debe siempre sernos sospechoso mientras no se le ponga a prueba y dé muestras de que es acreedor a esa confianza.

Pelagio, que entretanto se había entregado a copiosas libaciones, gritó:

—¿Cuándo diablos aparecerá aquí la reina de la belleza y la claridad de la noche? ¿Cuándo vendrá esa

Logia Independiente de Teósofos



luz suave cual esplendor de la luna en su plenitud a acompañar al casto sol que se levanta fúlgido, ardoroso? ¡Oh, cuánto!

Hubo una explosión de carcajadas.

—Vendrá cuando el día se case con la noche; hasta que este himeneo se celebre, no vendrá—dijo uno.

—Tal vez venga cuando las nubes les arropen la carne—añadió otro.

—O acaso después de pasar el aguacero,—dijo Guther, sentado a la izquierda del caballero rubio—que tardará en pasar; porque las lágrimas se pegan a la carne, como se pega el "kemiso„ o jubón mojado por la lluvia.

—¿A qué esperar a que no llore? ¿qué cosa hay que más atraiga la vista que las lágrimas en los ojos de una mujer hermosa?—replicó Pelagio.

—¿Lo qué; el llanto?

—¡No seas sandio, hombre, no dije eso, y mal me entendiste... ¡El kemiso, quise decir al pegarse a las bellas carnes!... ¡Ve, ve!... ¡Qué manos!... ¡Qué cuello de cisne!... ¡Ay, ay!... ¡Qué líneas tan curvas, tan tiernas, tan firmes!... ¡Vaya, y qué cinturita, camaradas!...

—¡Cautela, amigo, que Alfonso ya frunce el entrecejo—dijo el vecino de la derecha!

—¡Qué remilgos!... ¡Bien se deja ver que tales lindezas nunca...

—¡Cállate, hombre de los diablos!—y el caballero que estaba próximo, aferró el hombro del rubio, cuyo cuerpo balanceaba sacudiéndose.

—¡Que te lleven a tí primero!... ¡Déjame y mira aquellos brazos... delgados, mórbidos!... ¡Si me viera entre ellos!... ¡Ah, Ermesinda!

—¡Atrevido!—bramó el muzárabe, levantándose lívido y trémulo de indignación.

Logia Independiente de Teósofos



Pelagio, procurando ponerse en pie y balanceando y cayéndose en su asiento, vociferó:

—¡El circuncidado! ¡El maldito feto de las malas hierbas! ¿Qué tienes tú con la hija de un hombre de generación?

—¡Mi brazo te lo dirá, hombre bruto, soez y deslenguado—replicó Ekaredo poniendo la mano en los gavilanes de la espada.

—¡Paz, caballero! Considerad su estado. ¿No veis que no sabe lo que se dice?

—¡Qué no sé lo que digo!... ¡Mentira!... Lo sé muy bien, ¡y lo diré cien veces!... ¡Es un liberto de los perros de Mahoma!... Y tú Alfonso, cuida bien de traerlos a la sirga, si no quieres exponerte a andar después a la sirga de esos canes... Eso no se lo sufriremos a nuestro rey... ¿no es así, amigos?... a nuestro rey... ya lo seas tú, ya lo sea Bermudo, pues...

Guther tapándole la boca con la mano, le dijo al oído:

—¡Cállate, demonio en carne viva! ¡Parece que lo tienes en el cuerpo!

—¿Qué dice ese borrachón? ¡Al diablo con él!—gritó Theudas, haciendo un movimiento de susto y temor.

El rubio, debatiéndose con varios que le aseguraban, y cuando a veces podía librar la boca que le tapaban para impedirle hablar, decía:

—Bermudo... es... estaba yo... contra... mas...

—¡Fuera con él! ¡fuera ese energúmeno! ¡Sacadlo de aquí, y que vaya a dormir la borrachera! ¡dejad pasar a ese odre!—gritaron diversos caballeros, y entre ellos algunos que casi se hallaban en el caso de poder aplicárseles estas últimas intimaciones.

Pelagio como un toro se revolvía en la lucha; pero

Logia Independiente de Teósofos



dominado por el número fué arrastrado fuera del salón en medio de sus vociferaciones, o mejor, berridos de beodo y de las palabras sueltas e imprudentes que se le escapaban.

—¡En Samos lo juramos!... Viva... Asturias! fueron las que desde la galería, vinieron a saludar los oídos del príncipe.

—¡Qué dislate!—dijo éste, riéndose, para disimular su contrariedad e irritación.—El vino le puso a bailar los sesos... Va como una cuba...

—Por poco lo estropea todo... le sopló Theudas al oído.

—¡El diablo lleve a ese rapazuelo, que siempre, donde quiera que vaya y tenga vino a su alcance, nos arma tremolinas, bregas y trajines de este jaéz!—dijo Roderico.

—Siento—protestó Ekaredo apologéticamente—haber dado causa a eso. Si me hubiese apercibido a tiempo de su estado, no habría hecho hincapié en lo que quiera dijese.

—Nos fué necesario echarlo fuera de aquí—observó Theudas—, para evitar que, como acostumbra, requiriese la espada y diese en todo y en todos.

—Me pareció poco firme de pies, que para ese juego, hacen tanta falta como dos brazos—respondió Ekaredo con dudosa sonrisa en que el sarcasmo asomaba y se dejaba ver algún tanto.

—Pelagio cuando está de buen humor y el vino le alegra, un solo traguillo a mayores basta para quitarle la fuerza de las piernas, hacerlo tambalear, trastornar su cerebro y perder el juicio; pero después su situación cambia, la sobreexcitación aparece de allí a poco, y en el cuerpo le entra el peso y de rondón todo un

Logia Independiente de Teósofos



infierno de ira y de furor, y entonces, caballero, es un toro con heno en las puntas, arremetiendo bravo y furioso... ¡Darle plaza es menester! — esto dijo el conde Ero, al que no se había escapado la expresión asaz sugestiva e intencionada del muzárabe.

A este punto las cosas, atrajo la atención general el ruído de pasos sobre el pavimento empedrado de la galería. Alguien, sin duda, se dirigía al salón.

El bulto del trovador asomó a la puerta.

Ekaredo se estremeció al verle y con movimiento instintivo se levantó y dirigió al medio de la sala; pero recobrando su acuerdo volvióse a ocupar el asiento, aunque con el pavor asomado a su rostro.

—¡Guesto Ansures! — exclamaron varios. Alfonso, dando muestras muy sinceras de satisfacción, dijo:

—¡Loado sea Dios! ¡Poco ha que supimos que vivías, aunque preso en poder de los siervos; y ahora, casi en seguida, aparecéis entre nosotros!... ¿A qué milagro debemos esta fortuna?

Guesto, adelantándose, respondió:

—Señor, eso luego os lo diré. Se trata ahora de un negocio de otra índole y mayor urgencia.

Al hablar así, paracía que fulminaba con su vista al muzárabe.

—¿Qué novedad tenemos?

—¿Sabéis quién está a vuestro lado?

—Es Ekaredo, hijo de Gondemir. Este se ha mostrado poco afecto a nuestra persona, y el que aquí está, nos manifiesta sus simpatías. Yo le considero hombre de bien sentada cabeza y de un corazón en que anida la verdad. Me fundo en que a la vez que parece inclinarse a nosotros, se conserve fiel al rey que sirve; y en que esto, aquí, en medio de sus con-

Logia Independiente de Teósofos



trarios, lo confiesa franca y noblemente. Hombre de tal contestura tiene valor, y debe, por ende, tener prestigio.

—¡Ese hombre, es: cobarde, alevoso y homicida! ¡Es tres veces infame! Ese hombre os traicionaría si pudiera.

Un sobresalto de supremo espanto e intensa sorpresa, surgió en todos los circunstantes.

—¿Cobarde?... ¿Infame?... ¡Eso os llamo yo! —rugió Ekaredo, poniéndose en pie de un salto y arrancándose para tomar la espada.

—No es tiempo este oportuno para hacer uso de las armas, dejándose llevar de la saña y del rencor— dijo Guesto, y continuó con tranquilidad—; ese tiempo podrá llegar después. Ahora os halláis aquí ante un tribunal que os dará audiencia, y si, en vista de la probanza, decidiendo la causa, os da licencia para someter el hecho al resultado de un combate, me hallaréis pronto a sustentar con la espada la verdad de mis afirmaciones.

—¿A qué traéis—preguntó el príncipe—acusaciones tan graves contra este caballero? ¿En qué podéis fundarlas?

—Digo que Ekaredo Gondemires es cobarde, porque desempeñó el papel de espía, y más cobarde aún y más infame cuando hizo presión, valiéndose de las noticias que había adquirido, para arrancar, por medio del temor, de una débil e indefensa mujer una promesa de casamiento, que ni casi obtuvo gracias a haberse interpuesto el irresistible poder de Dios. Digo más: Ekaredo Gondemires es alevoso e infame, y habría sido hasta asesino si su criminal intento no se hubiese malogrado; porque fué quien hace tres días,

Logia Independiente de Teósofos



cerca de aquí, en la subida de Tolsun, armó contra este fiel servidor vuestro una ruín emboscada de tres bucelarios que, atacándome de improviso en la oscuridad de la noche y a manteniente, me habrían muerto, si no fuese la poderosa intervención con que Nuestro Señor se dignó acudirme en aquel trance.

—¿Acusáis, pues, a este caballero de haber sido el que ordenó la nefanda tentativa de que ha poco nos disteis conocimiento?

—Así lo afirmo y mantengo.

—Del otro hecho de que le acusáis ignoramos aún las particularidades y no sabemos quién sea la mujer a que os referís.

El trovador pasó a narrar los incidentes habidos en la cuesta del Bustillo y cuanto acababa de serle revelado de lo sucedido entre Ermesinda y el muzárabe cuando éste se presentó a ella en sus habitaciones.

—¿Qué tenéis que decir en vuestra defensa, Ekaredo Gondemires?—preguntó el príncipe.

El hijo de Gondemir repuesto ya del estado de abatimiento en que le había colocado la impensada denuncia, respondió con desembarazo:

—El caso se me presentó por sí mismo y me hizo señor del secreto, y en aprovecharme de él como pude no hubo cobardía ni infamia. En el momento en que iba a mostrarme a Ermesinda oí una voz conversando con ella y escuché. ¿Quién no lo haría?

—Aunque eso fuese de alabar y aplaudir—dijo con severidad el príncipe—es lo cierto que proceder como procedísteis, solamente en vuestro provecho y contra una doncella desamparada, no es acción digna de hombre fuerte y brioso.

—Con todo el castro a mi disposición pasé ayer

Logia Independiente de Teósofos



aquí el día por completo y, a pesar de tener ocasión tan propicia y tan buen lazo para mi ventura, nada hice que fuese molesto a la joven, antes al contrario, compadecido en extremo de la aflicción en que la suponía por amor de su padre que se creía muerto, respeté su dolor y no quise valerme de pretexto alguno para hablarla, y menos me pasó por la mente exigirla la respuesta que se había comprometido a darme y cuyo plazo expiró a la hora de sexta.

—¡Buen reparo y buena disculpa! Los pocos hombres que Froya Gutherez dejó aquí, eran todavía muchos y muy bastantes para no consentir entuerto alguno contra la hija de su señor; ¡sabe Dios—observó Guesto—de que ella se habría quejado, si la hubieseis hallado sin esa protección!

—A eso no respondo; que fantasías no son hechos —replicó desdeñosamente Ekaredo, y tomando un tono de gran energía añadió:—en cuanto a la emboscada, de ello no sé pizca.

El príncipe preguntó al trovador:

—En faz de esta negativa ¿qué tenéis que proponer? Al ofendido concierne el cargo de fundamentar su acusación.

—Pruebas evidentes no las tengo; pero todos los hechos, todos los antecedentes, todas las circunstancias, claman a una vez: ¡Mentiste, Ekaredo Gondemires!

—Como no se nos ha puesto plaza, mal puedo parar esa estocada salvo que no sea al son que la tiráis y en el tono que lo hacéis—replicó el muzárabe.

—Queremos saber—dijo Alfonso—en qué fundáis, Guesto, lo que hasta ahora son meras sospechas.

—Voy a explicarme. Si la rivalidad puede darse entre aquel que quiere más bien a quien ama que a sí

Logia Independiente de Teósofos



mismo, y aquel que, creyendo amar, sólo pone la mira en saciar su propia pasión, si puede haber competencia entre el desinterés y el egoismo, entonces, señor, somos rivales yo y el hijo de Gondemir. En esta situación ambos, descubre él, espiándome como vísteis, que yo me proponía ir con el rostro a Samos. Mal pasa una hora y soy asaltado en el camino. En el ínterin va el gran espía, a ponerse en presencia de la dueña de los pensamientos de uno y otro, aunque impelidos por tan distintos nortes. El allí está en tanto sus sicarios se lanzan contra mí, él allí está oprimiendo a la doncella, oprimiendo a la cuitada con ruegos y amenazas, hasta que apremiada por el terror, tomó sobre sí el compromiso que ya conocéis. Yo ahora, pues, estoy en el caso de preguntar: ¿quién sino él podía tener noticia del camino que había de seguir y de la hora en que había de pasar por Tolsun? ¿Quién que no él lograba ventaja alguna con mi muerte y obtenía provecho de ella? ¿Quién que no él, en nombre de Dios pregunto, intentó robarme la vida traicioneramente?

—La verdad es eso, y al menos las presunciones—dijo el príncipe—están contra vos todas, Ekaredo Gondemires.

—¡Están!... ¡Infame!... ¡Fué él!... ¡Alevoso!—Estas y otras voces apoyaron la manifestación del príncipe.

—Por más, señor, que las apariencias clamen contra mí—respondió con deferencia el muzárabe—afirmo que esas apariencias son falsas y mantengo mi negativa. ¡Pintado ha de ser quien pruebe lo contrario!

—Eso no basta;—dijo Guesto—no os vale ateneros a una negativa; que según reza la ley, *o jure o pruebe*, debéis dar pruebas de vuestra inocencia o confirmala con juramento.

Logia Independiente de Teósofos



—¿Y quién respondería de su juramento?—manifestó Roderico acompañándose de una risotada despreciativa.

—Sólo responderá el demonio, al que se arrima el precito, para que le sugiera ese disfraz y disimulo—fué la respuesta igualmente intencionada que anticipó Ero.

—Vuestra parcialidad, señores, y también quizá el odio de que la mayoría de vosotros me habéis dado testimonio evidente, os priva de toda competencia para entender en este negocio—replicó Ekaredo con dignidad, y en el mismo tono continuó expresándose de esta manera:—Es el caso que aún no tenemos juez árbitro o saldador y para tenerlo deben elegirlo los contendientes de conformidad. A este fin, si a mi acusador le place, yo, que hasta ahora no he sido rebelde, seré parte que se aquietará en paz y se someterá sumiso a lo que sentencie el ilustre rey Alfonso, rey nuestro que fué y lo será, si Dios quisiere. En sus manos me entrego: en ninguna de los demás.

—Aquí y solo aquí hay punto de conformidad entre nosotros:—respondió Guesto.—Yo también me someto en todo y por todo a la sentencia que pronuncie quien mejor que otro ninguno ha de hacer verdad y justicia derecha.

—Quisiéramos poder prometéroslo—dijo el príncipe después de meditar un poco—pero la pendencia es tal, que no nos parece sea de las que puedan ir en alzada al humano juicio. En lo referente a los primeros artículos o extremos del libelo, que sin envolver crimen constituyen hechos a eso muy vecinos como hijos que son de la impiedad y generadores de la infamia, ya no no vemos en ellos materia de inquirir, y los damos por confesos. Más respecto a la emboscada con

Logia Independiente de Teósofos



intento de matar, ninguna de las partes apoya su dicho con deposición testifical, y sólo hay de la una, solamente sospechas, que aún dudo sean fundadas, y de la otra una positiva y rotunda negativa y nada más. En caso, pues, de tamaña duda, en que todavía el reo paréce no poder purgarse de la sospecha establecida por el interpelante, que le lleva en esto ventaja, no se nos figura que baste al acusado un simple juramento para convencernos de su inocencia, y, por lo tanto, no lo aceptamos ni lo proponemos como medio legal de justificación. Por todas estas consideraciones sobredichas, y contando como contamos con el pláceme de las partes, hemos tomado conocimiento de la causa hasta donde conocer podemos de ella; y reputándola en estado para definitiva: *fallamos* que habemos por bien entregar, y entregamos la decisión final al Juicio de Dios. Determinamos, ques, en su consecuencia, que, al reo se le administre el juramento y que él lo corrobore con la prueba del agua hirviente, si a tal pena se quiere sujetar, descubriendo al efecto el brazo y sacando con la mano de una sola vez seis guijarritos o pedruscos que previamente han de ser lanzados al fondo de la caldera. Si los sácare, y, después de envuelto el brazo y sellado el envoltorio, no apareciere al cabo de tres días señal de quemadura, será tenido, habido y reputado por inocente y sin mácula. De lo contrario se tendrá el crimen por probado; y lo mismo en el caso de negarse el reo a la prueba de la "ley caldaria„.

Durante esta plática, promulgación solemne de arbitral sentencia, se manifestaron alternativas mudanzas en el aire y apostura de Ekaredo, ya de desembarazo y confianza propia al principio, ya después

Logia Independiente de Teósofos



de cinismo e insolencia; y por último al oir el término de lo que se le exigía, se le vió el aspecto y palidez de la desesperación y la ira. Se separó algunos pasos, cruzó los brazos y perdiendo ya todo el respeto que hasta allí había observado con el príncipe, le lanzó una mirada fulgurante de cólera, odio y desafío.

—Nunca hubo fallo más justo ni más adecuado al caso ni lo habrá que mejor se preste para resolver otros tales—dijo Theudas en medio de un murmullo de aprobación en que se oían otros comentos ratificando aquel parecer.

Los ojos flameantes del muzárabe recorrían y miraban a todos los asistentes y lanzaban el desprecio a todos con rabia y provocación.

—Ekaredo Gondemires—preguntó Alfonso con solemnidad,—¿estáis y pasáis por el acuerdo que ha tomado el tribunal a que os entregásteis?

—¡No!... ¡No estoy, ni me someto!... ¿Queréis más? El autor del asalto fuí yo. Dejaros dudar de esto por más tiempo es para mí privarme de un gozo imponderable; de un gozo que compensa la pena que tengo del malogro del acto de que me confieso autor, si compensación puede haber...

—¡Basta!—bramó Alfonso indignado por tal cinismo—¡Basta! ¡Infamado os declaro, e infamado quedáis ante todos los hombres de valía!

—¡Infame!—gritaron los demás—¡Alevoso! ¡Perro de Mahoma! ¡Ahuyenten ese can! ¡Huye, rabioso, a las malezas de donde veniste!

El muzárabe no se movía; espumaba por la boca; en su cara, un escarnio infernal desafiaba a todos. Parecía a una fiera cuando se revuelve contra los acosadores.

Logia Independiente de Teósofos



—¡Parte de aquí, desgraciado!—dijo Alfonso, indicándole la puerta.—Con nosotros es con quienes no puedes demorarte. El ingenio y las dotes que recibiste del cielo, las has puesto al servicio de los ángeles malditos y rebeldes. Aquí no es tu lugar. Vete a esconder tu vileza a donde Dios te encamine. ¡Ojalá que te arrepientas! ¡Sal del castro!

—Señor—dijo Guesto llegándose al pie del príncipe;—importa que no salga del castro. Ya luego os diré el por qué...

—¡De esta no escaparás, villano!—gritó Ekaredo, cayendo sobre el trovador con la espada desnuda.

Alfonso que vió la acometida tuvo aún lugar de echarse sobre el poseso y arrojarlo al suelo. La punta de la espada apenas había tocado el pecho del mancebo, sin penetrar en las carnes. Sólo a la oportuna intervención del príncipe se debió que el agredido hubiese salido ileso y escapase de un golpe mortal.

Todos de un solo impulso se habían puesto en pie, y Theudas lanzándose sobre el muzárabe en el momento mismo en que éste volvía a levantarse, pujaba ya de puñal para hundírselo, cuando Guesto le contuvo por el brazo, diciéndole:

—¡No le matéis! ¡Desarmarlo, basta!

Logia Independiente de Teósofos

## XXI

# EL MAGNATE DE LA CURIA

Agora, senhora, creo que vos posso lembras para me fazerdes mercê, pois vos não esqueço para vos servirdes de mim.

. . . . . .

Elle morreo....

Francisco de Moraes

(Palmeirim d'Inglaterra)

El siguiente día muy de mañana llegó al castro el padre de Ekaredo, confirmándose la afirmación de los vigías de los rebeldes, aunque un tanto exagerada, pues la fuerza que traía no pasaba de unos trescientos hombres.

Vino en la duda de si encontraría a su hijo vivo o muerto, atentas las imperfectas noticias recibidas en Lugo sobre lo acontecido en Folgoso, y que le decidieron, obedeciendo al impulso del amor paternal, a acudir personalmente y a toda prisa con sólo el socorro que pudo haber a mano, dejando órdenes terminantes para que al día inmediato le siguiese a incorporársele otro cuerpo de tropas. Tal fué, una vez aliviado de sus recelos convertidos en alborozo y satisfacción, la explicación que dió a Ekaredo de su arribo al apearse de su corcél.

—"Esa fué la causa de mi rápida venida; que cierto es—añadió el conde—que sólo tu, amado hijo, tenías

Logia Independiente de Teósofos



fuerza para romper el cordelejo que me prendía a la alcándara en que me habían puesto los halconeros de la curia„.

Gondemir era hombre de cincuenta y tantos años y de noble y bella presencia. Vestía por cima de la armadura, un vistoso manto zebral o sea de piel de zebra, de mucha estimación en aquellos tiempos. Aseguraba el manto por medio de un firmal claveteado de perlas y diamantes al redor de una hermosa esmeralda que tenía en el centro. La pronunciación del magnate denunciaba al extranjero; la del hijo no era así.

No tardó Ekaredo en participar al padre los acontecimientos de los últimos días, pero respecto de algunos, su versión dejaba mucho que desear en punto de veracidad, aún cuando la daba apariencia de tal, pues donde le convenía, alteraba hábilmente el valor de los hechos. Sin que le acompañemos en toda su narración, diremos solamente que el conde vino a saber por ella: que el príncipe había llegado sano y salvo a Samos; que de allí llegó y estuvo en el castro acompañado de su comitiva; que él, Ekaredo, pasó la noche de la víspera en un cuarto en que lo encerraron Guesto y otros amigos de Alfonso, y que en esta situación permaneció hasta que el mismo hijo de Ansur le puso en libertad. También le dijo que el príncipe y los suyos se habían retirado del castro sin que se supiese a dónde; y que de los partidarios de Alfonso apenas había quedado allí nadie más que Guesto Ansures.

Se siguió un coloquio entre los dos muzárabes. Algunas de las informaciones de Ekaredo fueron allí mismo corregidas de un modo tal que poco lo abonaría

Logia Independiente de Teósofos



a los ojos de su padre si éste estuvo menos preocupado y más dispuesto a encarar el comportamiento de su hija a la luz de la moral. El conde parecía tener un solo empeño: descubrir el paradero del príncipe.

Guesto fué seguidamente interrogado. Desdeñóse de mentir, y a la vez rehusó formalmente dar noticia alguna de lo que sabía. El conde, qué al principio se mostraba, al parecer, bien dispuesto para con el mancebo, al ver que éste no cejaba en su actitud, lo mandó encerrar en el mismo cuarto que había servido de prisión a su hijo.

Ermesinda enterada de lo sucedido acudió presurosa a rogar y suplicar en pro de quien con tanta lealtad y abnegación había procedido en todos sus actos.

La delicada cortesía, los modales atentos y benignos con que fué acogida por el conde muzárabe, reveladores de una fina y esmerada educación de que ella había visto tan raros ejemplos entre los hombres que de ordinario rodeaban a su padre, le produjeron una impresión tan agradable y animosa, que ya daba por vencida su causa.

—Dios hizo la mujer y descansó, dice el libro de Islam. Soy buen cristiano, señora, mas vos sois la luz de aquel versículo—así se expresaba él al conducirse a su asiento.

En la conversación que se siguió, aguándosela un poco su confianza, reveló la doncella un hecho que Guesto no había querido mencionar y sobre el que insistía en beneficio de éste, a saber: que en la víspera de aquel día, había el trovador salvado la vida de Ekaredo, a pesar de que éste, un momento, había intentado arrancársela a él.

—Nada tenéis que recelar, señora, por el noble

Logia Independiente de Teósofos



hijo de Ansur—dijo el procer muzárabe en respuesta a una de esas manifestaciones de la joven.—Tan insigne cultivador de las letras, galardón merece y no castigo: así se expresaría el grande Haroun al Baschid, hoy rey de los reyes del Oriente y kalifa de todo el Islam. En mis días escolares de Córdoba aprendí a conocer esas piedas de tan buen toque, y ahora sé mejor cuánto precio tienen, después de haber venido donde tan pocas se encuentran. Pero si el mismo amor tiene que reprimirse ante el deber, si por esta causa no puedo desprenderme y largar de la mano el rubí (63) que hallé sin buscarlo, creedme, señora, que como viejo dragón, lo traeré entre los dientes, no para tritutarlo sino para que me ilumine en la falta de la vista.

—De nada, conde, os aprovechará esa claridad, si de ella intentáis valeros para descubrir el camino que siguió Alfonso; porque la firmeza de Guesto Ansures en el deber y la lealtad la transformará en luz entoldada y tenebrosa. De que él trae su afición puesta en el rey destronado, será esa luz marca y señal que lo dará a conocer.

—¡Y quién eso dice es la hija de Froya Gutherez!

—No os admiréis de ello, conde. El mismo Mauregato puede, tranquilo, entregarse al descanso mientras Dios no le dé el último; que Alfonso tiene muy noble alma para meditar traición.

—No viene a Galicia a cazar lobos; ni la ociosa curiosidad de la pega, ni la mera soledad por su antiguo nido del grajo o de la golondrina lo traen a estas tierras. A ellas viene de agácho como ruiseñor o cogujada con bajo y acautelado vuelo, para que no se le descubra el lugar donde descansa o se detiene.

Logia Independiente de Teósofos



Bien sabéis, señora,—y una irónica sonrisa ondulaba los labios de Gondemir—que el camello huele el agua a una legua de distancia o a más lejos aún.

—Puedo aseguraros que no vino por mal. Reflexionad también que aunque así fuese no tendría de eso la culpa el hijo de Ansur. Mandádlo soltar, conde; hacedme esta merced.

—A vos, señora, pertenece mandar y no pedir, o sólo pedir como pide la rosa en los jardines de Irem el Cheddad cuando el rocío tarda en bajar del cielo, pedir en la certeza de que será servida.

—¡Oh! ¡Mil gracias, conde!

—Mas...

—¡Ah! ¿Os habré entendido mal? ¿Vaciláis? ¡Oh, amigo de mi padre, atended a mis ruegos!

—Vuestros ruegos son emanaciones del más dulce perfume que con la mujer son dos dávidas las más preciosas de todas las que Dios otorgó a los hombres. El perfume, Ermesinda bella, no se rechaza, se aspira.

—¡Oh, cuán obligada os quedo! Bien os adiviné, conde.

—No obstante...

—¿Me engaño acaso?... ¡Ah, si eso fuese, aquí a vnestros pies!...

—¡Por Dios, señora! —exclamó Gondemir acudiendo con la mano—Las flores hasta mueren de pie, y mucho es ya que inclinen la cabeza. No quisiera yo que fuese la pasión...

—No... no me levantaré en tanto no condescendáis con mis súplicas. ¡Ah, noble Gondemir, la hija de vuestro amigo, hoy sola y sin protección, más fiada de vuestro amparo...

—La linda y hermosa palmera de Bellad al djerid

Logia Independiente de Teósofos



no tiene que pedir amparo, lo frece a los que lo buscan, con el refrigerio de su sombra dorada. Todavía...

—¿Rehusáis, pues, según temo?

—Lejos de mí el tilde de descortés. Sólo quise haceros entender que obedeciéndoos yo, me toca a mi desempeñar la misión de suplicante.

—No atino el sentido de vuestras palabras—respondió la doncella, levantándose, ayudada de la mano del prócer.

—En vuestro poder está mandar soltar a Guesto si accedéis a la instancia que voy a poner a vuestros pies.

—Eso no viene a tono de merced concedida, y sí de condición impuesta—replicó Ermesinda entre seria y risueña—. Decid, sin embargo, lo que pretendéis de mí.

—No ignoráis el deseo que abrigamos el conde Froya y yo de ver perpetuada la amistad en nuestros hijos.

—La amistad no es bien de sucesión—indicó la doncella disfrazando su interna agitación en una forzada sonrisa.

—Pero es prenda de eso y quiñón anticipado si es acepto, y tiene además la ventaja de no sufrir descuento o quebranto en la trasmisión.

—Cosa tan primorosa se acepta y muy agradecida como don de Dios; y podéis creer, señor, que hallaréis en mi toda correspondencia.

—Se trata también de mi hijo.

—Así lo entiendo.

—¿Y con la amistad le daréis la mano y a mi la ventura de llamaros hija?

—De vuestra pregunta deduzco, conde Gondemir, que estamos lejos de entendernos.

Logia Independiente de Teósofos



—¡No lo quiera Dios! El talento que en vos anda en competencia con vuestra hermosura es fianza de acierto en vos y de concierto entre nosotros.

—Ekáredo ya sabe que mi corazón nunca puede pertenecerle.

—El caminante del desierto no indaga de dónde sale el agua que va a beber. Si el anillo nupcial es hoy de oro, era de hierro en otros tiempos y no por eso era menor su valía en cuanto a signo de matrimonio. Guardad el corazón, que sólo vuestra mano pedimos por limosna.

—La mano sin el corazón ninguna felicidad aporta, y sí amargura y desdicha.

—El áloe, bella Ermesinda, es amargo, y, no obstante, suspenso en el dintel de la puerta, defiende el hogar de todo maleficio.

—Lo que rehusé a mi padre, no puedo concedéroslo —dijo la doncella, ya enfadada.

—La indulgencia, señora, es roca contra la cual se quiebra la voluntad.

—Bien voy observando que bajo el blando musgo de las palabras encubrís la dureza de los roquedos.

—Los roquedos hablan, señora, y responden a la voz suave con igual blandura.

—¡Pobre Guesto!—exclamó involuntariamente la doncella, ya perdida toda esperanza.

—¡Pobre Guesto!—secundó el prócer muzárabe con una sonrisa—. Vuestro padre, a no dudarlo, no os haría eco de este modo. Bien veis cuán otro sería yo para vos si llegásemos a concierto.

—¡Basta, conde!—exclamó Ermesinda con un rasgo de altivez dirigiéndose a la puerta:—ningún concierto

Logia Independiente de Teósofos



puede haber entre nosotros y nada espero ya de vuestra compasión.

Dicho esto, salió de la estancia.

. . . . . .

Gondemir, por más de un motivo, deseaba sofocar cuanto antes la revuelta; pero, de acuerdo con su hijo, deliberó tentar en primer término los medios pacíficos, despachando un mensajero a la sierra para saber de los siervos lo que pretendían y ofrecerles por de pronto perdón de lo pasado, si volvían a la obediencia y soltaban a Froya Gutherez.

Zacoi fué encargado de esta misión, y el conde aprovechó el tiempo que había de invertirse en las negociaciones, para descansar de las fatigas de la jornada.

Al cabo de cuatro horas regresó el presbítero siervo y habló a Gondemir y a su hijo en el terrado del Sur, donde estaban algunos hombres de la escolta.

Las exigencias del jefe de los sublevados eran en resumen, la libertad para él y sus compañeros, con tierras a cada familia, por las que pagarían pensión, y todo esto confirmado por carta regia; y por último que, como seguridad del pacto, daría y pediría rehenes, debiendo incluirse en éstos el hijo de Gondemir.

—Cid Octavio a quien algunos llaman *al modafer* y otros el *vencedor*—concluyó el clérigo siervo—, y lo llaman así porque en la noche de ayer ganó otra batalla derrotando a Sigulfo Gundesindes en Formegueiros...

—¿De veras? ¡Muy enhoramala!—dijo Ekaredo.

—¿Qué más place al "modafer„?—preguntó el magnate en son de zumba.

—Nada pide—continuó Zacoi—pero manda prevenir al poderoso conde Gondemir de qué si ordenase ir

Logia Independiente de Teósofos



contra él en son de guerra, en cuanto sus caballeros lleguen a la altura de Cavana será degollado sin piedad el conde Froya Gutherez.

—¡Tratamos, pues, con un potentado!—dijo el prócer disfrazando la indignación bajo la apariencia del escarnio, y despidiendo a Zacol añadió:—Está bien, "mohaddi„, puedes retirarte.

Los dos muzárabes se apartaron de los circunstantes, tomaron por el adarve y siguieron hasta el terrado del naciente, dominado por la otra atalaya, donde se hallaron solos. En su conversación empleaban el árabe, aunque de vez en cuando Ekaredo, como olvidado, volvía por momentos a la lengua vulgar que parecía le era más familiar o la preferida.

—El paso es grave por amor de Froya—dijo el conde—pero si el plan que combinásteis mientras yo dormía saliese esta noche con buen suceso, todo quedaría remediado; y yo mañana con la llegada del refuerzo, estaría en disposición de regresar a Lugo.

—Tengo fe en que será certero el golpe, pues el guía es seguro, me lo afianza el demonio de la venganza que lo gobierna. Lo demás también me parece que va por buen camino. Si Alfonso, como sospecho, volvió a Samos, allí estará como lobo en el cubil.

—No es tanto ásí como tú dices; pues allí estará fuera de mi alcance, mientras él no trasponga los umbrales.

—¿Qué importa eso, padre mío? Es cuestión de unos días y poner cerco al monasterio y con buena vigilancia. El otro debe estar también allí.

—¿Qué otro?

—Bermudo.

—¡Que fortuna matar dos águilas de un sólo flechazo!

Logia Independiente de Teósofos



—Cautela tuve, conforme me ordenaste, en ocultar a Froya la premeditada prisión de Bermudo como preludio de la aclamación de Hermenegildo, por más que ahora, mal pecado, está bien lejos de poder oponerse a eso, si, como recelabas, tal propósito le surgiese en la mente.

—Eso no viene ya mucho al caso. Vamos a lo principal. ¿Dónde supiste o nació tu sospecha de la estancia de Bermudo en Samos?

—De lo que salivó un beodo en la mesa de anoche. En las borras del vino crece la verdad, y por eso le dieron con la mano en la boca; pero el secreto se aventa en el esfuerzo que para envolverlo se hace. Hay más...

—¿Qué hay?

—Se tomó en Samos un acuerdo de importancia magna y bajo juramento.

—Dí, pues.

—No caí bien en la razón de lo que dejaba traslucir, pero sospecho que el diácono figuró allí por mucho. Quizá pusieron en él su voto, y en tal caso le dió el suyo el propio Alfonso.

—Posible es todo eso, aunque en buena hora ande Bermudo desligado de las cosas de este mundo, pues aún puede recordarles todavía, para querer que sea su primo quien reporte de ellas más ventaja. Ambos cojean de lo mismo, y cualquiera de ellos, si sube al trono, andará en las mismas muletas.

—Sí, padre mío, cualquiera de ellos, en cuanto a nosotros, daría el toque de difuntos, y nosotros veríamos consumirse en una hora el fruto obtenido en 20 años de paz y buen gobierno.

—¡Dios no lo permita! ¡Dios nos libre de eso!

Logia Independiente de Teósofos



¡Desdichados de nosotros, hijo mío! Las manos de hombres groseros e ignorantes se posesionarían entonces del *leme* del estado, y la nave, derrotándose, iría sin norte a dar consigo en las tinieblas del desconocido Océano.

—El Océano de la guerra, padre mío, a que esas naturalezas brutales se arrojarían codiciosas de sangre, ávidas de pillaje, embriagadas por la misma sensual espectativa de un ulterior goce de pasiones súbitamente desenfrenadas.

—Pero para ahogarse, hijo, como moscas en miel, en el diluvio provocado por la ciega impotencia del aturdimiento!

Este comienzo de profética letanía en que alternaban el padre y el hijo, fué interrumpido por la llegada de un hombre, que, entregando al magnate muzárabe un pequeño pergamino cerrado a "nastro„ o con cinta de lino, le dijo que venía de Pravia por la vía de Lugo, a donde había llegado algunas horas después de la salida de Gondemir.

El magnate, despidiendo al hombre, cortó el "nastro„ con la daga; abrió la misiva, que medía un palmo de largo por dos o tres pulgadas de ancho, y se puso a leer.

Notó Ekaredo el estremecimiento que tuvo su padre y la palidez que le asomó al rostro.

—¡Aviados estamos!—dijo el prócer.

—¿Qué hay de nuevo?

—Oye—y el conde leyó de un tirón no en árabe y sí en lengua vulgar en que venía escrito el documento.

—Perdimos el lobo, que Dios llevó para sí a la hora de prima...

—¿Murió el rey?

Logia Independiente de Teósofos



—Así es, cuál lo dices—y continuó la lectura: aquí pocos lo saben y haremos por guardar la *puridad*, el secreto, durante algunos días. Te recomendamos toda diligencia en el ofrecimiento del cachorro. Si la cazada salió buena, ya no hará la raposa ningún daño, y con el podenco tan bajo mano ponemos nuestra confianza en tus esfuerzos. Del buen o mal fin que tengan, te pedimos pronto aviso.

—Comprendo: el cachorro es Hermenegildo que vas a hacer proclamar en Lugo. Lo peor es que a la raposa no la pudieron levantar, o escapó antes a los monteros; y el podenco, si acerté, no está tanto a tu alcance como estuvo ni volverá a estarlo tan pronto como sería menester. ¿Qué te propones hacer ahora, padre mío?

—Volverme ya a Lugo, llevando conmigo la mitad de la fuerza. La restante te la dejo aquí. Si el golpe dispuesto para esta noche, no hubiese tenido éxito, tu irás paliando la rebelión hasta que tengamos el hecho asegurado en Lugo. Fíjate bien ahora en lo que te digo: Antes debemos llegar a dar la alforría a esos perros amotinados, que arriesgar la sucesión del hijo de Mauregato, que Dios haya; sírvate esto de norma. ¡Esto para nosotros es suprema ley!

Retiráronse los dos muzárabes, ignorando que en el vano de una de las saeteras de la torre de la atalaya estaba quien presenciaba lo que pasaba en el terrado del naciente. Era Astrild, que, sin percibir el sentido de la conversación, había oído y entendido el trozo de la carta que se leyó y los comentos provocados por la lectura.

Logia Independiente de Teósofos

## XXII

# LA FUERZA DE LAS COSAS

Todo preyto que alguem fezer em prysson ou per força ou per medo nom valha...

Rei D. Alfonso III

(Estabelecimentos).

Profundas eran las tinieblas en medio de las que, en el suelo empedrado, resonaban pisadas irregulares que, parando de cuando en cuando, acabaron finalmente por no oirse más.

Aquel silencio lo quebrantó una voz que llenó el oído en el vacío de la vista, con un acento cuyas inflexiones variaban tanto como los intervalos en que se escuchaban. Era, ya un suspiro, ya un gemido de íntimo dolor, ya un eco prolongado de tedio, ya una explosión vibrante de furor e imprecaciones, ya desaliñados fragmentos como escapados de un discurso mental.

—El padre,—decía la voz después de uno de esos intervalos—el padre no me apartó de la luz del día... Volvió... ¿Por qué?... Estaríamos en salvo... Así fué mejor... Si hubiéramos marchado con ellos, nuestra ausencia, la ausencia de ella, sería claridad... Sería haber puesto hachones en el camino de Subrego... ¡Estamos en poder del infame!... Tenía cara de quien viese un espectro... Negó... Tuvo miedo. Perdió el

Logia Independiente de Teósofos



tino... Confesó... Venganza atroz... En esta cárcel, ciego.... Pronostico anticipadamente el gozo.... ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

De repente, después de unos minutos de silencio, se sintió otra voz sorda, seguida de un ruído metálico y del estridor de una llave dando vuelta a la cerradura. Chirriaron los goznes, y la luz se hizo.

Un hombre que llevaba en la mano levantada una candela, introdujo una mujer en la mazmorra, dejó la lámpara en el suelo, y salió sin decir palabra.

El hijo de Ansur y la hija de Froya Gutherez, se hallaban en presencia uno de otro.

—¡Ermesinda!

—¡En qué lecho te sepultó el malvado!—dijo la doncella contrayéndose bajo el contacto del aire miasmático y húmedo de la estrecha, hedionda y obscura estancia.

—Para noviciado de la ceguara o de la muerte—respondió el mancebo sonriéndose con tristeza—no fué mal elegida la clausnra.

—Ya vas a salir de aquí, desdichado amigo. ¡Estás libre!

—¡Estoy libre! ¿Y a ti te lo debo? ¿De quién obtuviste mi libertad, Ermesinda? Sé que Gondemir ya no está en el castro.

—¡Ojalá estuviese y no estabas tú aquí! Tuvo que partir; porque murió Mauregato.

—¿Murió Mauregato?

—Sí; y Gondemir volvió a Lugo con el fin de hacer aclamar a Hermenegildo.

—Bien venida mi libertad, que me permite ir en tal coyuntura a reunirme con mis amigos! Así, con la muerte del intruso es como desaparece el último

Logia Independiente de Teósofos



obstáculo á nuestra felicidad. Del conde Froyã estaba ya casi seguro; ahora juro que será uno de los nuestros... ¡Oh, Ermesinda, qué ventura nos aguarda!... Ya sé, ya lo adivino; ganaste al carcelero; traes la libertad de ambos, y vienes a huir conmigo. ¡Huyamos, vida mía!

—Guesto: no puedo acompañarte—respondió en voz anhelosa y baja.

—¡No puedes acompañarme! ¿Está, pues, sabedor Ekaredo de que vienes a verme y consiente en que me suelten de este calabozo?

—Así es tal cual lo dices.

—¿Y tú permanecerás en el castro?

—No tengo otra elección.

—Si es así, me quedaré yo también.

—Eso no puedes hacerlo. Tu libertad comienza al otro lado del puente.

Hubo un momento de pausa.

Guesto con ironía muy penetrante, y más aún por lo lento de las palabras, preguntó:

—¿Por qué te eligió el hijo de Gondemir para ser la mensajera de *su clemencia?*

—Razón tienes; y confieso que fué mal acuerdo mío tomar sobre mí el encargo, y peor aún, haberlo solicitado.

—Ermesinda: ¿qué razón te movió a eso?

—Verte,—respondió con voz sofocada—y darte un último adiós.

—¡Un *último* adiós! ¿Y tienes cara para confesármelo? ¡Tiembla tu mano; esta mano que me prometiste! Desvías tu mirada, para que no pueda ver en ella la ternura que era para mí un encanto!...

—Mi corazón es tuyo y lo será eternamente.

—¿Por qué, pues, no nos vamos juntos?

Logia Independiente de Teósofos



—¡Guesto!

—¡Marcharme y dejarte aquí!... ¡Eso, jamás!

—Yo no soy libre para salir del castro, y tú solamente saliendo de él puedes serlo.

—¿Por qué y cómo fué, explícamelo, Ermesinda, que pidiendo la libertad para quien sin razón la había perdido, la perdieses tú que la tenías tan entera?

—¡Perdónamel ¿Qué había yo de hacer?

—Dejarme estar aquí. ¿Qué me importa sin tí la libertad?... ¿Bajo qué condición, a qué precio la compraste?

—No lo sabes aún.... Se trataba de tu vida, o renunciar a tí...

—¿Y tomaste tan fatal compromiso?... Pues bien, eso no obsta, nada vale: tuviste miedo; forzaron tu voluntad. Eso anula el pleito, irrita el contrato; no estás ligada por la conciencia.

—Todavía es cosa peor: estoy atada de pies y manos, y sin poder que me venga a desatar el nudo.

—Pues bien—dijo Guesto ya un tanto en desvarío—renuncio a la libertad y a la misma vida... Ya, así estás desobligadă... Te amo más que nunca, Ermesinda... La idea de perderte me mata... Solamente por tí, el susto y el temor me sobresaltaron en estas horas de negra soledad... ¿Quién tiene, a no ser tu padre, derecho a separarnos? Por él yo respondo... Ven, huye junto a las hermanas de San Miguel... Allí estarás segura. ¡Huyamos, adorada mía, huyamos!—y ciñendo el brazo en torno de la cintura de la doncella, quiso arrastrarla fuera de la mazmorra.

—¡Apártate, malaventurado!... ¡Ya no te pertenezco!... ¡Soy de otro!...

—¿Qué me dices?—clamó el mancebo largándola de sí con ímpetu.

Logia Independiente de Teósofos



Ya media desfallecida, cayó de hinojos.

—¡¡Perdónamé!!

—¡¡Barragana del circuncidado!!—gritó el trovador con voz y gesto tal, que el desprecio sobrepujaba a la ira y a la desesperación.

—¡Oh, atroz injuria!—exclamó la noble doncella en el auge de la indignación, y se puso rapidamente en pie, cual si hubiese obedecido a un choque eléctrico, y cruzó los brazos altiva, pálida, convulsa, jadeante; y el fuego flameaba en sus ojos.

Se contemplaron en silencio por un instante, y Guesto mudó de tono.

—¡Perdona! Me equivoqué. ¿Te hicieron ya esposa? Pronto me parece; pero lo explico, porque en la caballeriza hay siempre jinete ensillado, y sacerdote con alba y estola, revestido en la capilla.

—Soy *desposada*.

—¡Ah, desposada! ¿Del hombre de Córdoba? ¿del gentil muzárabe? Os doy el parabién señora... ¡Ekaredo y Ermesinda!... ¡Qué sonoro concierto de nombres!... ¡Ah, ah!... ¡dos tortolillos!

—¡Sin piedad estáis, Guesto!

—¿Cuándo son las nupcias? Quiero ser uno de los testigos en tan noble casamiento... No; seré el padrino... Es poco: seré mejor, en falta de vuestro padre, el que haga vuestra entrega, si me lo permitís.

—¡La ironía, después del ultraje!

—¿Por qué?—prosiguió el trovador con sarcasmo desesperante.—¿No véis que yo os desobligo de la palabra empeñada? ¿Qué más se me puede exigir, si hasta me ofrezco a poneros la mano en la de vuestro amante? Los pretendientes cáninos dan descanso a las dentelladas ante la manifiesta elección de la...

Logia Independiente de Teósofos



Guesto, cayendo en sí, se calló de repente. Había notado la mirada intensamente paralizada, agonizante, llena de terror con que la doncella lo encaraba convulsa.

—¡Oh, Dios de misaricordia, hasta dónde llegará esta provocación! —dijo con voz desmayada y apagada.

—Elegiste un esposo digno de tí; para tí no hay baldón en ello; para tí no hay descenso de clase ni deshonor alguno. Quien agita y mueve el puñal del asesino, es cobarde; y cobarde es la mujer que se rinde ante las amenazas. Sois una pareja; sois tal para cual. ¡Sed felices!...

—¡Feliz yo!... Es el yugo de la desgracia que me impuso la intensidad de mi amor hacia tí.

—Ya no tienes derecho para hablarme de amor; guárdalo para ese a quien te vendiste.

—¡Si me vendí, hombre duro y cruel, si fuí cobarde, fué para salvar tu vida! —gritó, más bien que dijo, la joven con una voz tal de desesperación que traspasaba el corazón y rasgaba las entrañas.

—Debiste dejarme morir —respondió el mancebo, moderándose.

—Guesto: tu anterior ironía me quemaba como brasa ardiente; tu posterior y actual desprecio me mata ahora. Escúchame, Guesto, y cuando supieres todo, condéname o perdóname.

—¡Perdonarte, a tí que, salvándome la vida, me has sumido para siempre en el abismo!...

—¿Imaginas que tu prisión fué para arrancarte el secreto del camino que llevó Alfonso? Sábete, pues, que tenía más oculto fin. Gondemir me ofreció tu libertad sin otra condición que la de desposarme con su hijo.

Logia Independiente de Teósofos



—Y... aceptaste.

—Rehusé.

—No entiendo.

—Oye, pues, y entenderás. ¡Ah, si Gondemir se hubiese demorado, no llegarían las cosas a semejante trance! En su ausencia, no quedó nadie para disputar el poder a Ekaredo. Estábamos ambos a su merced!

—¡Fatal situación!

—Fatal, sí, y los dos a su merced: yo, a quien él persigue con su amor que aborrezco; tú, a quien él detesta como el ángel malo detesta al ángel bueno, odio satánico que te profesa aumentado ahora con mil rencores desde la terrible lección que le diste en la víspera...

—Entre tú y la venganza ¿te dió la preferencia?

—Me dió a escoger, usando, cínico, modales de helada cortesía, entre aceptarlo por marido, o verte yo misma arrancar tus ojos.

—¿Qué valor tenía para mí la vista, sino para ponerla en tí?

—Vacilé; pero al fin llamé en mi auxilio el valor, me mantuvo firme, y rehusé.

—¡Oh, ahí si que te reconozco! ¡Eras verdaderamente mi Ermesinda!... ¿Pero?...

—Entonces fué cuando el monstruo mandó arrojarte en esta cueva. Pasado algún tiempo, se llegó furioso a mí. Nunca lo había visto de ese modo; parecía una fiera endemoniada. O en el acto asentía en ser su mujer, o en el mismo instante te mandaría matar.

—¿No pensaste en que yo no quería la vida, sino para disfrutarla contigo? ¡Aceptaste!... ¡Oh, flaqueza de mujer!...

—Si acepté fué después de haber hecho inauditos

Logia Independiente de Teósofos



esfuerzos parà resistir, y con una condición a que él àcabó por acceder.

—¿Cuál fué?—preguntó el mancebo, en suprema expectativa.

—Bien conozco el móvil que le indujo a concedérmela; fué porqué esta noche...

—Dejemos el porqué—insistió Guesto con impaciencia;—¿cuál fué esa condición?

—La libertad de mi padre.

—¿Y su consentimiento previo a vuestro enlace?—preguntó Guesto con la esperanza pintadada en el rostro.

—Desgraciadamente no fué así; se negó a esto; rehusó en absoluto. Si yo insistía y hacía en ello hincapié, ¿no estaría también mi padre, como lo estamos nosotros, en poder de ese ministro de Satán? ¡Perdóname, Guesto, en nombre de nuestro pasado!

—¡Invocas ese pasado! ¡Ah, pudierà yo arrancarlo de la memoria! ¡Pasado de ilusiones en que imaginaba ver en tí un ente superior a los de tu sexo, y hoy sólo hallo en tí apenas una... mujer!

—¡Humillada, abatida con tanta pena, y que hoy, por caridad, como piadosa limosna, sólo implora tu perdón!—y se cayó a sus pies.

—¿Recuerdas, Ermesinda, lo que poco ha me decías ahí fuera, oyéndotelo las estrellas cuyo brillo iluminaba nuestra felicidad? ¿Recuerdas que me decías que no midiese tu alma por la flaqueza de tu cuerpo, y que serías mía o de ninguno? ¡Y, has de ser... vas a entregarte... a recibir en tus brazos a ese!... ¡Oh, rabia!... ¡Quisiera odiarte; y sólo hallo desprecio para la mujer falsa!...

—¡Esta misma vida, sea, pues, el precio de mi

Logia Independiente de Teósofos



redención! —bramó Ermesinda, en un rasgo de desesperación enérgica, y sacando un puñal que traía oculto en el seno.

Un leve fulgor hirió la vista de Guesto, que, con con un movimiento rapidísimo, aseguró el brazo de la doncella en el instante en que descendía con la homicida arma, de que se posesionó el joven arrojándola de sí.

—Tienes razón—dijo desfallecida,—hacer tal, sería entregarte yo misma al verdugo.

—¡En verdad, Ermesinda, eres de veras digna de compasión! —En la voz del mancebo, no había ya más que tristeza. Después de una pausa prosiguió: —Mucho me cuesta conservar la vida que compraste con el precio de tu cuerpo; pero la guardaré como un tesoro hasta tomar la venganza del infame que nos afrentó a ambos. ¡Adios, Ermesinda!

—¡Oh, Guesto! ¿ni una palabra de perdón?

El caballero se dirigió a la puerta y salió.

—¡Fuese!... ¡Ah, Dios mío!... ¿Será para no verlo más?... ¡Oh, amado mío, mal sabes cuán poco merecía esta desventurada tu resentimiento, tu desprecio, tus contumelias!... En breve sabrás cómo guardé tu fe. En la hora apremiante, en el último extremo, he aquí mi refugio—y en esto, recogió el puñal, que besó, y volvió a ocultar en el seno.

Se disponía a salir del calabozo, cuando de repente, se aparece Guesto.

—¡Oh, Ermesinda! ¡Mi adorada Ermesinda! ¡Perdón, perdón!... Aquí de hinojos te lo pido. Tú eres un ángel de abnegación y de blandura! Yo fuí un salvaje indigno de tí e indigno de lo que vengo a suplicarte! ¡En un momento, en un arrebato de locura me olvidé! La ira es pasión legítima. Dios la dió para indignarnos de lo

Logia Independiente de Teósofos



que es ilícito; pero nos dió también la razón para cohibirla cuando se desmanda. Contra tu heróico sacrificio, no tenía yo derecho de revolverme con tal brutalidad. Y tú, en tu sublimidad, te humillaste ante aquella explosión ferina. ¡Oh, mujer celeste, ¡oh, angelical criatura, el arrepentido te ruega y encarece humilde, le concedas una señal de tu perdón!

—Guesto,—respondió Ermesinda reprimiendo el llanto que le saltaba de los ojos;—sólo tú eres capaz de esta noble acción. No sé ya lo que me dijiste; pero si el perdón te lo puede hacer olvidar como a mí, te lo doy mil y mil veces, y todo cuanto me pertenece te daría, en pago del gran bien que ahora me haces.

—¡Mujer sublime! ¿será posible que Dios te deje consumar este sacrificio?—exclamó el mancebo, levantándose, entregado a la más viva conmoción.

—Confiemos en El, Guesto mío; que contra su voluntad no hay poder que prevalezca, ni valga. Vámonos de aquí; esta demora parecerá demasiada; yo misma, para mi sosiego, quiero verte pasar el portalón del castro.

Con esto, salieron de la mazmorra.

Logia Independiente de Teósofos

## XXIII

# NEGOCIADOR Y ESPÍA

O corvo não pode ser máis
negro que as aas.

Jorge Ferreira de Vasconcellos
(Eufrosina).

Había pasado la hora en que acostumbraba a recogerse la dúplice comunidad de Subrego. En la gran sala todavía velaban los huéspedes del convento, Alfonso y principales personas de su comitiva. Se hallaban también allí un respetable anciano que vestía ropa talar de estameña y una señorà de venerable aspecto cubierta con un traje del mismo paño.

Guesto acababa de llegar y hacer una relación circunstanciada de cuanto le había sucedido desde la víspera de la partida de los caballeros al lugar en que estaban, era aún el blanco de la atención general ejercida en los presentes por el interés despertado en ellos con la narración.

La noticia de la muerte de Mauregato, les causó grande agitación y dió causa a que a algunos se les sugiriese la idea del inmediato regreso a Samos, donde había quedado la madre del príncipe acompañada de Bermudo, que, ya a espera de la conjeturada formal elección, había sido anticipadamente aclamado por los caballeros, apoyando la voz de Alfonso que dió allí el primer grito.

Logia Independiente de Teósofos



Después de un corto debate se acordó retardar la partida hasta la mañana siguiente, por dos consideraciones: la una, porque hallándose en Samos el diácono lo juzgaban en eminente e inmediato peligro; la otra para excogitar medio de salvar a Ermesinda de la arriesgada situación en que estaba, atentos a esto, movidos por el calor con que Guesto abogaba en favor de una causa tan simpática a la inmensa mayoría de los caballeros, si no a todos. En esta ocasión se manifestó con más vehemencia el cambio que ya desde la víspera se había efectuado en el ánimo de algunos, que hasta allí parecía ser hostil a Guesto, señaladamente el de Roderico que ahora, aún oponiéndose a alguna que otra propuesta del trovador, lo hacía sin acritud.

Quería el enamorado joven que ya en esa misma noche se intentase un golpe de mano. Algunos le apoyaron, entre ellos Pelagio y Guther, en otra hora contradictores acérrimos del guerrero poeta; pero la mayoría se opuso a una empresa tan aventurada en presencia de las nuevas condiciones políticas del país, que iban a reclamar todo el desvelo y todos los esfuerzos de los que patrocinaban la candidatura del diácono.

Se asentó por fin y se convino en el expediente de despachar alguien con el propósito de recoger informes sobre la expedición que meditaba contra los siervos; porque si ella tuviese buen éxito, obligaría a la mayor parte de la guarnición a acudir a la sierra para mantenerlos en respeto y hacer efectiva la sumisión. En tal ocasión era cuando debía presentarse en el castro Folgoso la fuerza al mando de Roderico, anunciando la muerte de Mauregato y la candidatura de

Logia Independiente de Teósofos



Bermudo, lo que probablemente daría por resultado que se sometiesen los pocos defensores sin combatir y se asociasen ellos mismos a los que les intimasen la rendición de la fortaleza.

¿Quién había de ser el encargado de una misión, que constituía un acto de espionaje? La cualidad principal que debía de tener el que la realizase, era la de ser un hombre muy conocedor de aquéllos lugares. Guesto, que se ofreció, no fué elegido por faltarle alguna de las condiciones necesarias.

—La reverenda abadesa—indicó el príncipe, dirigiéndose a la señora mencionada arriba—tal véz quiera elegir para este servicio que le pedimos alguno de sus hermanos.

—¿A vos, Vimaredo, qué os parece?—dijo ella al prior.

—Mucho peligro correría si cayese en manos de los rebeldes—respondió—pero... ¡Ah! Aquí tenemos quien, al efecto, puede valernos mejor que ningún otro.

En este momento aparecía un nuevo personaje.

Apenas traspuso el umbral, se paró inmóvil, y contempló la reunión con sorpresa, que, pasado un momento, se convirtió en embarazo. De parte del príncipe y sus compañeros se manifestó el susto y el asombro, aunque luego salieron de él y se serenaron.

—¿Qué tenéis, hermano? ¿Conseguistéis hablar con Octavio?—preguntó el prior al recién venido.

—¿Qué maraña es esta?—dijo Alfonso—¡Buena vaya llevaremos si ésta es la mismísima cara que ya vimos la otra vez!

—¡Oh, sí que la es!—dijo Theudas.—La misma, ni más ni menos, tal cual era en la sorpresa de Samos.

—He ahí el chirto gilbo en la frente—añadió Ro-

Logia Independiente de Teósofos



derico.—¡Bravamente, pues, fuímos chasqueados los que creímos en la aparición! ¡Medrados quedamos!

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡Aquí tenemos, señores, por lo visto, nada menos que la sombra, el espíritu maligno, el fantasma, evocado de las moradas de ultratumba por mi pobre cántar, que a pesar de volver a presentársenos en esta ocasión á la hora acostumbrada de las almas errantes, no por eso causa ya miedo á ninguno! ¡Ya veis que no es el diablo tan feo como le pintan!

Esto diciendo, se aproximó Guesto al que se atraía las miradas de todos.

—Vimaredo: ¿quién en ese hombre?—preguntó el príncipe.

—Osoredo,—respondió el prior—presbítero de San Damián y San Cosme de Tolsun.

—A quien,—añadió Guesto—después de a Dios, soy deudor de la vida y de una noche de muy buen hospedaje.

Osoredo se adelantó, saludando al príncipe respetuosamente y le dijo:

—Este indigno ministro de Dios se inclina muy sumiso ante el regio hijo de Munia.

—Añadiré lo que su modestia no le permite declararos por sí mismo—dijo el trovador:—no os conozco, señor, más decidido partidario, ni amigo más aficionado que este digno sacerdote.

—Así es tal como os lo dice este joven; pero la voz de Osoredo no tiene ningún valor entre los hombres.

—Mucho me holgaría podéroslo agradecer, sin reservas—dijo, usándolas ya, el príncipe Alfonso.—La otra noche causaste a la reina un gran susto: vuestra aparición repentina, y vuestra pronta retirada, exigen alguna explicación.

Logia Independiente de Teósofos



—Yo, señor, ignoraba que os halláseis en Samos con vuestra madre—respondió el presbítero;—sólo sabía que estaban allí muchos caballeros, y fuí a aquel lugar para darles cuenta de lo que pasaba en Riba-Lor y pedirles socorro, por no haber ningún otro más próximo.

—Fué—observó la abadesa—por ser el único capaz de desempeñar aquella misión.

—¿Por qué el único?

—Porque en medio del tumulto que se había levantado por aquellos sitios, cualquier otro hombre libre que hubiese tomado sobre sí la misión hubiese puesto en peligro su vida. No así Osoredo, que desde que hace ya muchos años vino a avecindarse con nosotros, ha sabido merecer el amor de toda clase de gentes, yã por la caridad con que acude a los enfermos, ya por la buena sombra y amabilidad con que recibe a los humildes y los favores que les hace.

—Mejor dirías, hermano—indicó modestamente el presbítero—que si escapé al recíproco odio de clases, fué porque casi soy el único hombre libre en estos sitios que, ni tiene siervos, ni tierras, ni nada que pueda llamar suyo, como no sea apenas un macho que poseo para usarlo en las grandes jornadas.

—¿Sabéis—preguntó el príncipe a la abadesa—de dónde vino este hombre?

—Nunca ha querido decírnoslo.

—¡Presbítero! Amurrio fué vuestra patria; sois aquel a quien la reina creía muerto. ¿No es así?

—Osoredo no mintió jamás, señor; y no ha de negarse hoy a la verdad.

—Lo que no apruebo sólo es que hubiéseis huído con tal azoramiento como el de una fiera de en medio

Logia Independiente de Teósofos



de los monteros que la cercasen. Dejar a mi madre y á todos nosotros poseídos de una tremenda ilusión, fué algo así, me parece, como tener en poca estima la verdad.

—Ni siempre damos buena razón en nuestros actos, y por no percatarnos de ellos pueden dar mala cuenta de nosotros. Esto me sucedió a mí. Fuí dominado en aquel instante por una fuerza oculta. Acantonado hace muchos años en este rincón, al verme entonces a punto de ser descubierto, me asusté. ¡Fué en vano! El pasado es como el crimen, del que aún, a Dios gracias, no tengo que acusarme: deja indeleble su señal, y no perdona. ¡Hágase en todo la divina voluntad!

—No tenéis a que afligiros, amigo presbítero—dijo el príncipe mirándole con acendrada benignidad—ni motivo alguno para recelar contrariedades en la vida que elegísteis y de la que ya no pocos sacaron provecho.

—Ninguno sacó más que nosotros—dijo el prior—. Su intervención fué la que contribuyó más que lo agreste e inaccesible de estos parajes, a que los siervos levantasen el cerco que nos habían puesto.

—No os olvidéis, primo,—corrigió la abadesa—que nuestras vidas no corrieron peligro alguno, al parecer; pues los pobres desvariados vinieron con ojo a la hacienda, y se fueron en horabuena satisfechos con el ganado que hallaron en los cilleros. Basta lo malo, sin pintar lo peor.

—No haremos cuestión de eso, Sara, y vamos a lo que importa—replicó el prior—. Decidme ahora: Osoredo ¿llevásteis lo que la abadesa os encargó en la víspera?

—Sí; y vengo ahora mismo de la sierra.

—¿Por qué tardásteis tanto?

Logia Independiente de Teósofos



—Llegué aún con la luz de la estrella del alba; pero me negaron la entrada más allá del vallado, sin licencia del capitán. Me dijeron que acababa de llegar poco hacía de una facción...

—De Formegueiros, señores, donde había ido a esperar a Sigulfo Gundesindes, como os lo conté ahora mismo, sin saber con todo, cómo salió de su acometida —dijo Guesto, interrumpiendo al presbítero.

—Así mismo fué, según supe más tarde; y desde luego os puedo certificar—continuó Osoredo—que Sigulfo y su turba fué a dar a una celada, y sufrió formidable derrota que le propinó nuestro alocado.

—¡Qué alocado, caballeros!—exclamó asombrado el príncipe.

—Nadie lo creería—confirmó Theudas—si no tuviésemos ya el ejemplo con Froya Gutherez.

—Tendría voluntad de ver a ese héroe—dijo Roderico en un tono que no consiguió tuviese la ironía que se propuso.

—Como iba diciendo—prosiguió Osoredo—no quisieron despertarlo del sueño en que había caído y me invitaron a volver en cuanto pasase la hora de sexta. Cuando regresé salía de allí Zacoi, el clérigo de San Pedro, con la contestación a un mensaje que había llevado de parte del conde Gondemir. Después de esperar mucho tiempo, me trajeron esta soberbia respuesta: Qué el león había mandado intimar la paz al que creía no era más que buitre de una delgada, débil, sin nervio para asegurar presa vivã, apta sólo para la muerte y ya en podredumbe, única à que se atreve arriesgar el cobarde pico. Pero que el león está equivocado, y ha de saber que quien le hace rostro es águila de voz tan terrible como la suya, de ojo tan

Logia Independiente de Teósofos



certero y flamígero que en imponer no le cede, y de garra tan robusta como la del rey del desierto que sólo aferra carnes palpitantes. Que el águila espera allá arriba la réplica del león, y se niega, por considerarlo inútil, a tratar con quien tenga menor representación que él. En suma, para acortar razones, sabréis que sólo después de un recado que le mandé, seguido a una visita que hice al castro, y ya repetidamente instado por mí, fué cuando al fin consintió el alocado en dejarme llegar al Seixo da Cruz, ya muy cerrada la noche.

—¿Qué respuesta nos traes—preguntó la abadesa—de nuestro descaminado Octavio?

—¿Qué respuesta nos traes—preguntó el prior con una mirada de leve censura a la nimia indulgencia de su prima Sara—de aquel marañero de Satanás, que tanto tiempo nos embaucó a todos con sus modales de juglar, ya juguetón, ya triste, pero siempre humilde y amable, un verdadero acólito del padre de la mentira?

—La respuesta no es como la deseáis. Nada conseguí; no pude lograr que desistiese tal hombre de su tema y contumacia.

—¿No le leíste la carta de alforría que le pasé con el prior—preguntó la abadesa—confirmada por todos los hermanos y hermanas de esta casa?

—Desde la cruz a la fecha; pero lo echó todo a barato.

—¡Por lo visto, duda de nosotros! ¿No le hiciste notar—dijo Sara asintiendo—las maldiciones a que nos exponemos si no les cumpliésemos lo concedido?

—Dos veces le leí aquel rol de temibles imprecaciones—respondió el presbítero, sacando de la faja un pergamino que desenvolvió, y leyó en alto:—"Y si alguno de nosotros o de los nuestros, lo que no cree-

Logia Independiente de Teósofos



mos, o algún extraño, fuere contra este nuestro espontáneo acto con intento de romper o anular lo que prometemos en él, sea anatema maranata y sepultado vivo con Dathan y Abirón, y condenado a las penas eternas como el traidor Judas Iscariote, y privado de la luz de la vista en ambos ojos, y acometido de lepra desde la cabeza hasta la planta de los pies, y separado de la comunión del cuerpo y sangre de Jesucristo, y caigan sobre él además todas las maldiciones contenidas en el libro de Moisés por siglos eternos; y pague en doble el daño que hiciere, y al señor de la tierra dos talentos de oro, y sea esta escritura firme hasta el fin del mundo.

—¿Qué más, pues, podía querer?—exclamó indignado el prior—. Amén de que para que tuviese mayor fuerza y firmeza, cuidé en tornar especialmente tremendas las penas en que incurriría el que fuese osado para infringir nuestra carta.

—La duda—continuó el presbítero—no estuvo en eso, y sí en lo que hubiéseis limitado el concedido beneficio a los que pertenecen, o, como él decía, habían pertenecido a Subrego, y ya no eran siervos de ninguno. ¿Imaginas, pues, bramó al final Octavio, cuál si quisiese tomar el cielo con las manos, que, como exiges, he de levantar el campo, abandonando a mis parciales para dejarlos a merced de la misericordia de sus enemigos y marcharnos a Subrego e ir muy holgados a guisa de hombres horros a tomar de presura el alfoz que ahora, por miedo quieren darnos? Sólo los lobos rasgan y comen al compañero que ven caer muerto, y no obstante piden de mí que me olvide de los míos, que están aún vivos y sanos. ¡Eso no lo haré jamás, aunque por hacerlo me hiciesen rey de Pravia!

Logia Independiente de Teósofos



Al decir esto, fué interrumpido su discurso por los gritos de *¡viva el capitán! ¡viva nuestro cid! ¡viva al modafar!* por la mucha gente que se apiñaba al redor de nosotros. Después, añadió Octavio: A mi voz acudieron éstos que hoy son mis hijos. En los peligros seré como la víbora que coge en la boca los pequeñuelos viboreznos que ve amenazados, y que de aquella misma boca despide el arma con que los defiende. Nosotros, antiguos siervos y hoy hombres horros, quedaremos formando con los que aún sufren la servidumbre un solo rebaño. Buey o vaca en yugo no engordan nunca sin parcería; ni ellos, ni nosotros, por otra arte habremos de medrar. Aquí nos hemos juntado, y de aquí nos iremos juntos, o aquí juntos hemos de morir. No hay medio. Si la place, sea la abadesa nuestro avenidor o nuestro compositor amigable, y obtenga ella para todos los demás lo que bien quiso ofrecernos a nosotros, que fuímos y no somos ya siervos suyos. Entonces podrás volver aquí a tratar de la paz y composición; antes, no.

—Noble es la respuesta—dijo el príncipe—y tanto, que no parece venir de tal gente.

—Aún veremos si se puede hacer algo—dijo la abadesa dando un suspiro—. Si todas las ovejas descarriadas fuesen dignas del nuevo pastor que les cupo en suerte, si no se hubiesen vuelto tigres; si no hubiesen matado tantos señores de la tierra, nos sería quizá más fácil la tarea que nos imponen.

—Eso fué lo que me pareció oportuno observar a Octavio,—dijo Osoredo—y él me respondió que el remedio estaba en el Obispo de Lugo y en el propio rey.

—Sobre el caso,—dijo el príncipe—hablaremos con Bermudo.

Logia Independiente de Teósofos



—O yo no lo conozco bastante—manifestó Guesto con convicción—o tengo por cosa cierta que el noble diácono en breve nuestro rey, ha de proceder benignamente con ellos. Alguna disculpa merecen los desgraciados por la crueldad y tiranía con que algunas veces eran perseguidos.

—Entre discurrir cual lo haría un aficionado a disfrutar en paz de la buena sombra de los laureles de Lugo o a leer el breviario en el claustro de Samos, y discurrir, cual tiene que hacerlo, el que trae en la mano el cetro de Asturias, hay, amigo mío, una gran distancia. Son dos oficios—siguió diciendo Theudas, sonriendo al trovador—que, puestos en un solo hombre, pueden partir a éste y hacerlo, de uno, dos.

—*Ingenuar* los siervos,—dijo Roderico, sirviéndose de la expresión hoy arcaica y en uso en aquellos tiempos—*ingenuar* los siervos de todo un condado, no es de prudente político. Lo que mejor debe hacer Bermudo en cuanto se siente en el trono es mandar una sola tiufada, y aún exceso de fuerza me parece, contra esa canalla de revoltosos.

—De ese modo acabaría todo en sangre. ¡Dios nos libre de tal hecatombe!—exclamó la bondadosa Sara,—No era de esa manera como el Divino Salvador llamaba a sí a los infelices extraviados!

—Hay algo peor que eso:—dijo Vimaredo con más flema y menos claridad que su prima.—Si todos o la mayor parte de los siervos perecen en la persecución, ¿quién nos había de labrar las tierras de las "villas„ y *deganas?* Por otro lado, en el otro caso, en el de que el rey les eximiese de la servidumbre, nunca nos convendría que esto lo hiciera pronto, de rondón y de una sola vez, pues, si así lo hiciere entraría el hambre

Logia Independiente de Teósofos



en esta casa del Señor. Esos ladronazos limpiaron del todo los graneros, y allá por fuera dejaron todo convertido en un desierto árido e inculto. Lo que aún, acá en nuestras casas, tenemos en reserva, apenas nos llegará hasta el cuarto menguante y para entonces habremos de sentir la falta de mantenimientos...

Las lamentaciones del Jeremías de Subrego, las interrumpió el príncipe, reclamando a Osoredo el servicio de encargarse de la misión a Folgoso. El presbítero se prestó a ello de buena voluntad; y se acordó que en tanto no volvía a dar cuenta de su cometido, se dispersase la sociedad. Esta lo hizo, retirándose a descansar cada uno de sus individuos en el lugar que se les había designado.

. . . . . .

Durmiendo el sueño de la modorra estaban ya la Comunidad y sus huéspedes, cuando el religioso que servía de portero despertó al ruído de golpes dados en el portal. Supuso fuese Osoredo, regresando ya de cumplir el encargo que había aceptado; pero no fué pequeña, y sí muy grande, su admiración al reconocer nada menos que al conde Froya acompañado de Sabarigo y algunos siervos más.

Logia Independiente de Teósofos

# XXIV

## ALPE

> Por cualquer cousa matava, queimava, destruia; fazia cousas de todo los diabos. Não habia cem homens, que na força de minha cólera me tivessem rosto meya hora. Todos assombrava, todos tremião, onde queira que meu nome soava, fazia espanto, e assí era chamado o segundo Annibal.
>
> **Antonio Ferreira**
>
> (Bristo).

A la misma hora en que Octavio servía de asunto a los comentos que oímos en San Miguel de Subrego, estaba él en persona en la cabaña habitada por Leodaka y su padre.

Estaba recostada en los cojines al pie de la cama, como ya la vimos en otra ocasión.

Caio y el caudillo de los rebeldes estaban sentados junto a la pared con la mesa entre ellos, sobre la que había vasos y un jarro de plata que contenía una bebida fermentada compuesta principalmente de miel y ajenjo diluídos en agua.

El repostero o cortinón estaba levantado recogido en un alzapaño que lo sostenía. Alpe dormía al otro lado de la puerta.

El rostro del padre de Leodaká denotaba mal

Logia Independiente de Teósofos



humor; el de ésta algo así como displicente somnolencia. La desconfianza se trasparentaba en el semblante del molinero, a despecho del esfuerzo que hacía para ocultarla.

—Vuelvo a repetirlo, Leodaka; el acto lo disculparás como te acomode; pero digas lo que digas, siempre será innegable—dijo Octavio quebrantando el silencio en que estaban—que faltaste al compromiso a que estabas obligada.

—Pues sea ya que lo quieres así. El mal a veces sólo con el mal se remedia. El que padece de la rabia se cura totalmente bebiendo sangre y comiendo carne del mismo perro que le mordió.

—Después de todo ¿qué mal hemos hecho?—dijo Caio.—La cosa era igual, mas al fin y al cabo hicimos lo que tú mismo harías al volver. Vino por lo tanto a parar en lo que tú habrías realizado y en nada más.

—Sin duda alguna, dado el resultado que tuvo el suceso; pero supongamos que Sigulfo se me hubiese escapado o nos hubiese vencido ¿qué habríamos podido hacer al volvernos huyendo?

—Es cierto; pero yo—manifestó Leodaka—tenía completa fe en tus hechos protectores, Octavio. Ya lo dije antes y siempre lo diré: en algunas cosas andas inspiradísimo; en otras, no. En esas, en las que obedeces a tu ángel bueno, todo te ha de salir á pedir de boca.

El caudillo perdió un instante su desabrida expresión que deshizo en una sonrisa que tornó más atractivo y simpático su aspecto, sonrisa provocada por el tono levemente alhagador de la hechicera o por un sentimiento de vanidad o tal vez por ambas cosas.

La mudanza duró poco; y con aquella insistencia

Logia Independiente de Teósofos



de los ánimos que reunen a la perspicacia la tenacidad, volvió a la carga.

—Sea así, paraíso mío; pero vayamos de vagar y mansito. Si tenías confianza en mí, si me veías ya aferrando la ralea, como azor a la perdiz ¿por qué no esperaste al fin de la calzada? ¿Por qué no dejaste a nuestro cautivo, sujeto a la estaca, hasta que yo viniese a soltarlo?

Leodaka no se dignó responder.

—Eso es emperrarse tercamente—dijo el padre ya impacientado.—Si mi hija ha de ser tu mujer, no hay mal alguno en que participe del poder que te fué dado; tanto más, cuanto la debes que, de igual a nosotros, te hiciéramos hombre de marca, por elección.

—Por ser quien eres, paso, Câio, y te permito que seas aquí el galgo y yo la liebre y hasta haré lo que ésta hace; huiré de tí o cuando no pueda ser giraré cual peón sobre el rejo puntiagudo como ella gira. ¡Pero aquí, hombre, aquí a solas, y mucho cuidado con lo que dijeres allá fuera! ¡no faltaría más! ¡Vaya! Fíjate que esta advertencia es con ojo a lo pasado. Todo tiene su cuándo, y su cómo y su por qué. Ten, pues, cuidado de no subírteme a las barbas ante los demás. ¡Dios acuda al que pretenda ponerme el pie delante!

—Tú por tu parte—replicó Caio—ten también cuidado de hacer bien tu papel de engallado y soberbio. Es aviso de amigo con ojo a lo porvenir. Eres y siempre lo fuiste, ingrato de cabo a rabo y no conoces la amistad.

—El que de la nada llega a algo, aunque sea por el favor de otro, y se ve colocado en puesto que le impone el deber de velar por la suerte de muchos, se

Logia Independiente de Teósofos



sujeta a un lazo más fuerte que el de la amistad y gratitud y éste no puede ligarnos cuando sirva de estorbo a nuestra obligación de procurar el bien común. ¡Aguantarse, pues, y tener paciencia!

—Algunos hay y no pocos que ya la van perdiendo cansados y molestados de ver que nunca sometes tus negocios al parecer de los centuriones ni consultas tu opinión; y que, inclinándote tan sólo a tu propio consejo, exiges obediencia ciega a tu caprichosa voluntad.

—Eso fué lo convenido; entró en la avenencia.

—¡Adios avenencia! ¡Váyase de paseo y no vuelva, si con ella y tu soberbia y egoismo, hemos de recordar la servidumbre que sacudimos, y recordaría envidiándola y sintiendo soledades por haberla perdido.

—No temo las consecuencias de ese modo de sentir; porque conmigo irán siempre los de mi grey, conmigo han de bramar en todo trance mis hombres de sangre romana que son tantos como todos los demás juntos. A pesar de esto, no quiero que se llegue a paso tal, ni quiero enredos ni disturbios; quiero que, aunque divididos en gavillas y haces como las mieses, me tengan, sin embargo, todos a mí por el vencejo.

—¡Dale con el *quiero y no quiero*, y machacá que machaca con el *quiero* esto y lo otro y *no quiero* aquello y lo de más allá. Ya te lo he dicho: copetudo estás en demasía.

—Ello ha de ser, por más que lo que tú dices, lo digan quizá otros muchos entre dientes. Yo no los engañé con falsas promesas; y como yo acierte en hacer llegar mi barra a la meta, ya verás como el crédito que para ellos tengo hoy, ha de crecer como crecen los días.

—Hasta que con tus bravuconadas llegues a dár un

Logia Independiente de Teósofos



topetazo en la clave de algún arco que no la deje pasar o te deshaga el cráneo.

—Más fácil es que sea arco de triunfo.

—Dígote que al primer desacierto, al primer resbalón vendrás al suelo; porque el amor en reserva y aún llevado a las ancas disimula nuestros tropiezos; pero el miedo es estribo que perdiéndose no perdona la caída. De ella no te levantarás.

—Si del golpe se descoyunta, estoy de acuerdo; más si los huesos no se rompen y la lengua puede hablar, mis hados me han de valer. De esta mano,—y Octavio alzó el puño de la derecha con la arrogante confianza de un emperador romano—no pueden ya libertarse los que por vista y oídos saben cuánto pesa y cuanta fuerza manda.

—¡Eso no!—bramó Caio, levantándose con acelerado ímpetu—aquí ves uno que se niega a esa servidumbre.

Alpe alzó la cabeza, dando un gruñido sordo.

—¡Padre, padre!—exclamó Leodaka pálida de terror, y acudiendo hacia él.—¡Nada de contiendas! Acuérdate de cuánto nos va y cuánto nos interesa ser o parecer unidos y conformes en la voluntad. ¿Qué sería de nosotros, si esto llegase a insobordinación y motín?

El padre cedió y fué, aunque mohino a sentarse a su lugar. El caudillo no se movió ni se dió por ofendido, y sólo dejó notar una sonrisita como del que sufre las rabietas de un chicuelo.

Se siguieron algunos momentos de silencio, que el exmolinero, como endiablado en su pertinacia, interrumpió de repente, dirigiéndose a la joven.

—Ya que estabas tan inclinada a la misericordia, ¿por qué no soltaste también a Froya Gutherez?

—Porque hubiera sido—respondió tranquila—no

Logia Independiente de Teósofos



sólo mutilar tu obra, sino cortarte la mano con que la ordenaste; hubiera sido traicionarte dar libertad al rehén y privarte del precio del rescate, y porque esa libertad anticipada, sería perder la nuestra.

—¡Dije antes, porque al conde nó y sí a Guesto Ansures—replicó el caudillo acompañando a su sardónica sonrisa una mirada de celos—y lo repito! Fortuna fué que, gracias a Dios, nuestro rehén no hubiese atraído tus miradas como el otro lo logró por su garbo. Si tal te hubiese sucedido le habrías abierto la puerta, aunque de tener el pájaro en su jaula dependiese la vida de todos nosotros.

—Eres injusto, Octavio, y olvidas que muchas son las pruebas que ha dado de devoción a nuestra causa... y, a tí.

—¡Huí¡ Veo las orejas a la yegua al saludar la mano que la acaricia. Sé que por las curvas del espinazo da el gato muestras de afección. A cada especie, su modo. Quisiera que me dijese mi amada dónde he de buscar las señales con que responde su agrado al cariño que la profeso.

—En el asentimiento dado a lo que de mí quisiste... hasta donde pudo ser. Dar lo que no se tiene está fuera de nuestro alcance. Te lo prevení, y aceptaste, sin embargo.

—No me preveniste que tenías entregado el corazón en otro lugar. Me das la mano, que es menos que la vida, y esta la das por el caballero.

—En pago, sí, del bien que nos había hecho—dijo Caio, y añadió:—Si tú estás por la ingratitud, hasta ahí no todos podemos acompañarte.

Alpe dió unos sordos ruídos, se levantó y salió de la cabaña.

Logia Independiente de Teósofos



—Excusado es que me vengas con esas tretas, hombre; que bien sé y conozco que tu hija ama al caballero—replicó Octavio con disimulada tranquilidad.—Me consta.

—Como se ama todo cuanto es bueno—dijo la joven.—Aunque tuviese la locura de poner en él mi esperanza ¿la podría tener en su correspondencia? Sería querer del Pico Pájaro que inclinase su soberbia frente ante la pobre iglesia del castro cuya torre aunque algo alta se humilla a sus pies.

—Dices bien: y por eso la torre mira desdeñosa á cuanto la rodea. ¿Crees, Leodaka, que soy ciego? Antes de aquel día en que nos vimos por última vez en San Pedro se fijaban en mí tus ojos, es verdad que sin calor, aunque sí, a lo menos, con la amistad de hermana a hermano. En aquel día..., en aquella misma hora, te convertiste en esquiva, querías huirme, y en tu mirada se cambió en desprecio la amistad... ¡Acababas de ver a Guesto Ansures!

—No sé lo que ví en esa hora—dijo Leodáka con aire distraído y entonación que impresionaba.—Ví un ente a quien ninguno de nosotros podía llegar ni a sus pies, un ente superior, muy por cima de cuanto hasta allí había visto. ¿Qué era yo ante él?... ¿qué mi padre? ¿qué valías tú, Octavio, a su par?.. Fué una visión enviada por Dios mismo... ¡La luz de aquellos ojos procedía del cielo!...

—¿Quieres, mísera, probarme la paciencia?—dijo Octavio poniéndose de pie como si sintiese el aguijonazo del abejón

Caio, receloso por su hija, la escudó con su cuerpo, aunque Octavio en verdad no dió señal alguna de querer agredirla.

Logia Independiente de Teósofos



Esta situación terminó bruscamente por la repentina entrada del mastín, que ladraba de contento, y la de un bulto que a igual paso llegaba ya al vano de la puerta.

—¡Gonzarri!—exclamaron a un tiempo los dos hombres.

—Amigo—preguntó Octavio—¿escapaste por fin del castro?

—Sí—respondió, sentándose fatigado, en lo que mostraba haber andado mucho y muy aprisa—y si no recelase tu genio poco sufrido, te daría un consejo, cid.

—¡Qué fatiga tienes para hablar!... En cuanto descanses quiero oirte el consejo.

—El castro está lleno y no puede contener tanta gente...

—Alguna menos debe haber que esta mañana, pues Gondemir volvió a Lugo con parte de la que había traído.

—Es que aún ahora llegó una partida de caballeros.

—No nos dieron aviso de eso, tantos escuchas como hay allá.

—Recibirás la noticia sin tardanza. Entretanto puedes dar crédito a la mía.

—¿De qué manera pudiste escapar?—preguntó Octavio con aire de desconfiado.

—Por obra de Mariame de quien traigo recado para su Sabarigo.

—¿Y los nuestros que aprisionaron contigo?

—¡Yo qué sé de ellos! Juntos nos tuvieron hasta que ellos cometieron la imprudencia y cayeron en la tentación de decir que yo tenía alguna voz aquí entre los nuestros..., voz macho menor, está claro, que la que se imaginó y supuso el hijo del conde Gondemir,

Logia Independiente de Teósofos



quien era ahora en el castro el poderoso que lo gobierna.

Estas palabras fueron dichas por Gonzarri en un tono y con un gesto de desacostumbrada humildad.

—¿Por qué te apartaron de los otros?

—Por la inquinia que tomó ese mismo a quien llaman Ekaredo a causa de la energía con que tuve la necia ocurrencia de sostener que caería sin remedio entre tus uñas y tus dientes, lo que le irritó sobremanera y le indujo a desfogar su enojo, castigándome con la pena de azotes; y después de sufrida fuí metido en una mazmorra y allí estuve hasta que Mariame vino a abrirme la puerta... Mas ya que me das traza para que te aconseje, digo, que creo que debías entrar en tratos y procurar un concierto o avenencia.

—Hoy mismo vino del castro el preste Zacoi, al que enteré de nuestras condiciones; y como no tuvieron respuesta...

—Bien se conoce que por ventura ignoras que han tomado todos tus hechos como cosa de broma, que hicieron chacota de tus proposiciones y se han burlado de tí. Sé por Mariame que al nacer el sol van a lanzar contra el vallado todo el castro en peso. Estás, pues, prevenido. Estate seguro que de esta vez será una temeridad hacer frente á tanto poder de la caballería.

—Medita—dijo Caio al ex molinero—en lo que te dice Gonzarri. El consejo no debes echarlo en saco roto.

—¡Ya; y apenas comenzada la obra! ¡Ah, corazones mujeriles!—El gesto de soberano desprecio que acompañó a estas palabras, perdió parte de su efecto por la tristeza que había en la mirada del caudillo.

—¡Padre!—exclamó Leodaka con ácento agudo y penetrante, apuntando a Gonzarri—no te fíes de ese

Logia Independiente de Teósofos



hombre. Tú Octavio, ten cuidado con él, y mira por tí. Viene con achaque de poneros sobre aviso, pero con la lengua afilada en la mentira.

—¡Bella hija de Selima, eres nuestro ángel guardián! —dijo el jefe con fervor y renovada energía— el tono falso te ofende los oídos; la cara del disimulo, descubre sus secretos a tus ojos; aventas de lejos el resuello de los vellacos, y en las noches de los fingimientos velas por nosotros como grulla en el tejado.

—¡En mí no hay fingimiento ni mentira! —protestó Gonzarri.—Si no acertares en estorbar el peligro, oirás el turbión como cuando los demonios pisan las nubes en tropel. Tienes toda la noche libre; aprovéchala, y pide para tí lo que bien te pareciere. En el castro se tiene miedo al "modafer„; así me lo aseguró Mariame.

Alpe se tiró de repente a fuera de la cabaña.

—La abadesa de San Miguel—respondió Octavio con ademán desdeñoso—lo hizo mejor: nos envió su carta de alforría ya solemnizada y conclusa, en beneficio de todos nosotros los que fuímos de Subrego. Tú, en mi lugar, habrías presto acudido al cebo sin curarte de nuestros hermanos. ¡Hombre! ¿quieres medirme por la "bitola„ de tu corazón traicionero?

Se oyó un ruído de pasos procedente de la banda del monte Abezul, cuya ladera septentrional venía a morir en el Seixo da Cruz.

—¿Quién viene allá?—exclamó Caio saliendo fuera.

Hubo una pausa momentánea. El caudillo escuchaba con la mano al oído a manera de tornavoz. Sonó de repente el ladrido del mastín. Gonzarri, que había seguido con los ojos los movimientos de Caio hasta que éste desapareció, los volvió de soslayo y lanzó

Logia Independiente de Teósofos



con la rapidez del relámpago una mirada centellante y siniestra sobre su jefe, que, a fin de armarse antes de salir, dió un paso a la pared frontera, donde se veía un hacha de armas.

—¡Gonzarri, eres un traidor! ¡Guárdate, Octavio! —gritó Leodaka, poniéndose en pie.

—¡Soy yo quien manda aquí ahora por el hierro de la venganza! —clamó el miserable tirando de una navaja formidable y arrojándose al caudillo antes que éste consiguiese apoderarse del hacha.

—¡Oh, baba de Judas! ¡Gargajo del Infierno! —vociferó Octavio, enlazando a su gigantesco antagonista e impidiéndole el uso del brazo armado.

—Quieren tu entrega vivo en sus manos; primero has de morir a las mías —dijo Gonzarri forcejando para librar el brazo.

El caudillo, aunque de inferior estatura, no cedía en fuerzas a su contrario; éste, no obstante, mantenía aún libre el brazo izquierdo. Después de un momento de lucha, cayeron al suelo ambos contendientes; y sucedió que, por el choque, se soltó el otro brazo de Gonzarri.

—¡Alpe! ¡Alpe! —gritó aterrada Leodaka.

—¡¡Alpe!! —gritó también Octavio, que ya veía la navaja blandida contra sí. La sintió seguidamente rasgándole las carnes del pecho.—Me has matado, traidor infame!... ¡Más morirás conmigo!

—¡Ah malvado, qué has hecho! ¡Hombre alevoso y satánico, tu obra es vilísima! ¡Qué horror, Dios mío! —exclamó la joven al arrodillarse junto a la víctima; y arrancando a la vez un lienzo de la cama procuró estancar la sangre que salía a borbotones.

—¡Maté un tirano; estoy vengado! —dijo Gonzarri con diabólica satisfacción, levantándose.

Logia Independiente de Teósofos



Aún no estaba firme en los pies y ya se veía faz a faz con otro antagonista.

El mastín llegaba en precipitada carrera, y se detuvo suspenso en la puerta un brevísimo instante. Lanzó una mirada a su amo tendido en el suelo, y vió al asesino al punto mismo de levantarse, navaja en mano y chorreando sangre. Alpe soltó un ahullido estruendoso y aterrador, y se arrojó de golpe sobre Gonzarri.

Este vibró el arma con tal rapidez, que, al descenderla pareció que ya la sepultaba en el cuerpo del pujante animal; pero el brazo cayó inerte, y la navaja en el suelo.

El enorme mastín había clavado y hundido los dientes en el gaznate del matador de su amo y no largaba la presa.

—¡Traición! ¡traición!... ¡Estamos vendidos!... ¡He ahí que vienen los caballeros!.. ¡Aquí del conde!... ¡Aquí del rey!... ¡Qué será de nosotros!... ¡Misericordia!

Estos y otros gritos proferidos en todos los tonos por hombres y mujeres que despavoridos se vieron súbita y violentamente despertados del sueño en que dormían, rompieron y atronaron los aires en todas direcciones hasta perderse y confundirse en el creciente estrépito de pasos acelerados.

Dentro de la cabaña yacían dos cadáveres, y sobre uno de ellos ululaba el fiel mastín. Tal fué el cuadro que al llegar a la puerta, contempló Ekaredo Gondemires.

Leodaka, ya no se veía allí.

Logia Independiente de Teósofos

## XXV

# EL CONVENTO DUPLEX

No figueiral figueiredo
a no figueiral entrey,
seis niñas encontrára,
seis niñas encontrey,
para ellas andára,
para ellas andey,
llorando las achára,
llorando las achey,
logo lhes pescudára
logo lhes pescudey,
quen las maltratára,
ya tão mala ley.

. . . . . .

No figueiral figueiredo
a no figueiral entrey,
mouro que las guardava
cerca lo achei,
mal las ameaçara
ei mal me anoguei,
troncom desgalhára
troncom desgallei,
todol os machucára
todol-os machuquey,
las niñas furtára
las niñas furtey,
la que a min fallára
n'a alma la chantey,
no figueiral figueiredo
a no figueiral entrey.

*Romance antigo* de autor desconhecido (Apud. *Fr. Fernando de Brito*, «Monarchia Lusitana», e *Miguel Leitao de Andrade*, «Miscellanea»).

En el día inmediato, poco después de salir el sol, ya estaba todo en actividad en el cenobio de San Miguel de Subrego.

El teso en que estaba situado este edificio se des-

Logia Independiente de Teósofos



tacaba de la cuesta de la sierra de Paredes a la izquierda de esta que le quedaba al NO., y se erguía aislado no lejos de la margen derecha del Lor, que en onda cristalina y tranquila se deslizaba en el fondo, a unos quinientos pies de profundidad. La cumbre o piso superior tenía menos área que el de Folgoso, si bien era más elevado, y consistía en un cúmulo de roqueados, que, como estatua sobre peana, asentaban en una base de mayor amplitud, formando ésta más de dos tercios de la altura total.

Hubo aquí un castro romano del que ya entonces quedaban pocos vestigios, excepto las murallas medio desmanteladas que circundaban aquella cresta. En el recinto que ellas dejaban se veía una iglesia de modestas proporciones y arquitectura muy sencilla; y en redor de la misma figurando una aldehuela estaban las moradas de los individuos de uno y otro sexo que componían la comunidad. No pasaban mucho de una docena, y todas, aunque de diverso tamaño, a raíz del suelo y de piedra pizarrosa, lo mismo que la iglesia, cuya puerta estaba abierta; había poco que se había que se había acabado de recitar el oficio de prima. Se destacaba también una casa mayor que las otras; era para uso general, y en el salón de ésta fué donde vimos reunidos la víspera, a la abadesa, al prior y a sus huéspedes.

Por bajo del cabezo rocoso, en la parte inferior y más amplia de la colina, cuya base se confundía con la ladera de Subrego, estaban las bodegas, caserío para criados, caseta para aparejos e instrumentos de labranza, tejares, colmenares, corrales y cuadras donde se guardaba el ganado destinado al servicio particular de la comunidad. Se llegaba allí desde arriba por una

Logia Independiente de Teósofos



senda en zis-zas. La comunicación con el mundo exterior se establecía por un puente levadizo, que daba paso a la cuesta al NO.

La gente de armas al servicio de los caballeros, ayudados de algunos monjes, estaban aquí aparejando los caballos.

—Los siervos nos llevaron todo el ganado—dijo un religioso, que aseguraba un macho al que un bucelario apretaba la cincha—y no sé cómo han de hacer la jornada el conde Froya y Guesto Ansures.

—Todo se acomodará—respondió el soldado;—el conde puede ir a la grupa hasta Folgoso, ya que no pasa más allá o en todo evento, uno de los bucelarios le cederá su cabalgadura. En cuanto a mi amo, montará en este macho y yo iré sobre mis piernas.

—¿Te sentirás con fuerzas, Itaulto? Piensa en que no estás aún sano del todo de la calentura.

—No ha de haber dudã; y menos, si alguno de los compañeros me lleva a ancas, hasta al castro solamente—tal fué la respuesta del bucelario que había Guesto dejado enfermo en el cenobio.

El conde y el trovador que formaban el asunto de este cambio de palabras, estaban en la planicie superior de bruces sobre la muralla del Sur, conversando con el príncipe y con Vimaredo. El resto de los caballeros constituían diversos grupos ya en otras partes de las murallas, ya en el recinto, acompañados de los monjes. La parte femenina de la congregación estaba ya también en pie y a la vista. Algunas sacaban y traían agua del pozo, otras preparaban la comida, otras lavaban la ropa y otras entraban y salían de casa, todas atareadas en diversos menesteres domésticos. Serían éstas a todo ser una docena, y los hom-

Logia Independiente de Teósofos



bres algo más numerosos. Aunque apenas aparecía habitada de ordinario la aldehuela, no obstante se dejaba ver que acomodar tanto huésped no les era muy fácil, sin reclamar para ello todos los recursos del convento y de sus dependencias.

Alfonso y Froya mostraban estar de perfecto acuerdo.

Desde aquel punto elevado se gozaba de un bello panorama por el valle del Lor, tanto mirando hacia arriba como hacia abajo y recorriendo todo el río de Norte a Sur. Más allá de este río hacia la parte del naciente, y por tanto a la izquierda del pequeño grupo de observadores, cerraban la vista las vastas laderas de Ferreirós, vestidas de rico manto florestal, y algo arriba de las orillas del agua, en una parte limpia de arbolado, aparecía el vestigio del reciente incendio de la "degana„ del conde Froya, o mejor "villa„ habitada y regida por su "vilico„ Cencirigo, incendio que se inició al principio como rebate y anunciador de falsa alarma para atraer al señor de la tierra y que no se economizó después al estallar la sublevación de los siervos. Por encima de la cuesta de Ferreirós aparecían más al Sur las cumbres y vertientes del monte Pájaro, cuyos tres picos se diseñaban con mucha nitidez en el ambiente otoñal.

Al poniente formaba la ladera de Subrego una subida gradual desde el río, cubierta de fértil vegetación, dispuesta aquí en campos cultivados, allí en huertas y pomares de manzanos y otros árboles frutales, y más arriba de sotos de robles y corpulentos y frondosos castaños que llegaban hasta el dorso de la sierra. Esa ladera se abría como en basto y hondo semicírculo, a cuyo extremo Norte se erguía el teso del con-

Logia Independiente de Teósofos



vento. El camino que partía de aquí, describía una curva en nivel casi plano, y pasaba primero por la acefia de Octavio junto al arroyo y salto llamado de la Fuente que le daba el agua. Venían después, medio escondidas por cima en la espesura de los castañares, las chozas serviles, ahora desiertas.

Un buen trecho más adelante había un llano plantado de higueras, y, pasado el cual, al salir del nivel de la explanada, la estrada se dirigía a un pomar y a un torrente que sombreada por una espesura de árboles seculares, y sólo de cuando en cuando se avistaba desde el convento, gracias a alguna interrupción y despejo en el ramaje.

En el extremo meridional del semicírculo hacía recodo en forma de cotovelo el camino, que seguía adelante por la margen derecha del río hasta el puente mencionado en el capítulo quinto, oculto, no obstante, por la vuelta que daba la cuesta.

Continuando la narración comenzada, decía el conde Froya:

—Y sucedió que conocedores del estado de las cosas y de que se hallaba invadida la sierra, estuvieron a punto de ponerme el cuchillo en la garganta. Entonces yo les dije: "Amigos: ¿en mis fauces destrozadas hallaréis la seguridad de vuestra vida, visto que está perdido todo para vosotros? ¡No sea eso coz de asno en la cara de quien quiere apearse de él!„ Ellos reflexionaron y se hicieron de cargo de la fuerza de mi observación, y por esto o tal vez mejor aún, por haber dado sosiego el desnoviado siervo que hacía de de jefe de la guardia, al mar de odios que yacía en su corazón, convinieron en darme la vida a cambio de la que les prometí con la "aforría„, con tal que les acom-

Logia Independiente de Teósofos



pañase en la fuga huyendo del campamento donde no querían arriesgarse. Aquí venimos, pues, ocultamente por los picachos de la sierra de Ferreirós.

—Si la revuelta está superada, conde...

—Para mí no hay duda que lo está—dijo Froya, atajando la palabra al príncipe.—Se asegura que los invasores, todos a pie, habían llegado por el paso de los Cervos, entre el Traspando y el Abezul, que no amurallaron, porque dado lo arduo y fragoso de aquel vado o torrentera lo tuvieron en cuenta de fuerte muro a prueba de escalada. A pesar de esto, fué por allí, tal cual lo dicen, por donde entraron en el campamento; porque sólo por allí podían venir sin ser sentidos, para caer todos de golpe en el Seixo da Cruz. Tal pareció el caso como barajado por encanto, cuando a la luz de la luna, uno de los guardias que me custodiaban, dió fe de lo que abajo acontecía. Realizada la invasión en el Seixo, como entonces tuviera allí su estancia aquel loco del diablo, no habría podido escapar de caer prisionero, por muchos milagros que antes haya hecho y muchos más que hiciera al verse sorprendido. Perdida la cabeza, que a la verdad no era de viento como pensábamos, podéis creer, señor, que los demás rebeldes han de tener perdida cada cual la suya.

—¡Dios lo tuviese así a bien!—dijo el prior—; pues no sé qué pensar, que ya me pone en cuidado la tardanza de Osoredo.

—Por nuestra parte,—dijo Guesto con mucha impaciencia,—que no haya más demora. ¡Vayámonos ya! los caballos están prontos.

—Vamos ¡vamos ya! ¡A caballo, señores, por amor de Dios! ¡No olvidemos lá cuitada de mi hija!—dijo Froya.

Logia Independiente de Teósofos



—¡A caballo, pues! —y Alfonso dió la señal de partir.

—¡A caballo! ¡a caballo! —respondieron las voces de los guerreros.

Abalanzáronse todos a las cabalgaduras, y para montarlas se dirigieron en tropel por la senda en zigzas. Un momento, caballeros! —gritó el prior, que miraba a distancia con atención lo que quiera que fuese. —¡Aquí viene tal vez el objeto de nuestros cuidados y de los míos! Son dos hombres y siete mujeres.

Volviéronse todos juntos a la muralla y el incorregible Pelagio dijo:

—Cada tres con el suyo, y una de penitente.

—Eres un chapado musulmán en tierra de cristianos, le dijo Guther, parodiándole el gracejo. Si hay penitente en una, es señal de que todas andan a parcería. Serán quizá romeros de San Miguel.

—Si los son, dieron con el diablo en el camino; porque huyen como si les viniese a su alcance —dijo Roderico.

—Serán —indicó el conde Ero —ciervos desbandados que vuelven a sus lares.

En el otro extremo de la vasta cuesta semicircular venía en efecto por el camino que costeaba el torrente un montón de gente que, a pesar de la subida, se adelantaba a paso largo mirando de cuando en cuando para atrás.

—Eso es lo más probable, —dijo Froya, que se esforzaba en vano por distinguir los individuos de aquel grupo —; no hay para qué detener nuestra partida.

—Todo motivo hay para que la apresuremos; pues allí veo un bulto que por su modo de andar no parece ser una sierva.

Así diciendo y sin esperar a los otros, se tiró

Logia Independiente de Teósofos



Guesto en dirección a la senda y de allí al plano inferior donde algunos caballos estaban ya ensillados. Recogiendo las riendas que tenía en la mano, uno de los religiosos montó de un salto, no en el macho de Itaultus, y sí en el primer caballo que topó, y sacudiendo con las piernas al animal, partió a toda brida, traspuso el puente y siguió adelante.

El mancebo no sacaba los ojos de los fugitivos en cuanto se lo permitía al ramaje que interrumpía la visualidad. La distancia a recorrer era otra tanta que la que alcanzaba la vista, pues la medida de ésta formaba la línea trasversal, y aquella la circunferencia. En breve pasó la aceña y no estaba lejos de la aldea cuando de repente en la vuelta del camino percibió el bulto de un hombre montado. Después de él vió otro, y en seguida otro, y aún un tercero... Guesto excitaba el caballo con la voz, con las manos y los pies faltos de espuelas. Estaban cerca del figueiral los fugitivos, entre los que ahora empezaba a distinguir una forma que al confirmar su anterior sospecha, puso su corazón en el mayor tumulto... Los perseguidores son siete y van rápidamente ganando terreno... Las mujeres se sumen en la espesura de las higueras... ¡Dios las acuda!... Los caballeros que las acosaban, dan consigo allá dentro un instante después, y por fin desaparecen todos de la vista del hijo de Ansur.

El trovador, aun muy distante, no se convece por la aflicción que le oprime de cuán vertiginosa era la carrera que llevaba Se para junto a un árbol, arranca de él una fuerte vara, la deshoja de punto a cabo, y parte de nuevo dando en el caballo sin tregua y sin dolor.

A este tiempo salía por el portal del convento el resto de la comitiva régia. Representaba una como

Logia Independiente de Teósofos



larga fila de batidores, corriéndo sin orden, a intervalos de distancias desiguales.

¡Altos y agudos gritos saludaban ya los oídos de Guesto; y nadie salía del figueiral!

De repente, a través del follaje, atisbó lo que allá dentro se passba.

Los caballeros se habían apeado. Uno de ellos tenía la mano en un eclesiástico que no oponía resistencia, y era desconocido de Guesto. Otros dos aseguraban con dificultad al antiguo y aún robusto desposado de Munia, que al debatirse estuvo a punto de escapárseles, si no recibiesen en este momento auxilio de un tercero, que, probablemente se había separado de los otros dos, bajo cuya custodia estaban una pequeña rueda de mujeres.

A pocos pasos aquende, forcejaba Ermesinda para librarse del contacto de Ekaredo que la oprimía el brazo. En medio de esta lucha, una de las mujeres se escapa del grupo, se arroja como una posesa sobre el muzárabe, cogido de improvisto, y libra a su ama de la prisión: era Astrildi. Ambas como dos gacelas echaron a correr en la dirección que traía Guesto, sin que por eso lo hubieran visto.

Cuando desapareció éste de la vista de los suyos, que le seguían a distancia y penetró en el higueral, cual en la alta meda penetra la flecha u horquilla del labriego, ya la noble doncella estaba otra vez en poder de su perseguidor y caída a sus pies.

Saltó al suelo el guerrero poeta... ¡Estaba sin espada! Ni siquiera un puñal tenía en el cinto o en las dobleces y pliegues del traje.

Desesperó. No había aún tenido ocasión de sustituir las armas perdidas durante el cautiverio.

Logia Independiente de Teósofos



El muzárabe, aún cuando se le veía la espada al lado, estaba también sin pavés ni armadura. Denotaba haberse vestido a prisa. Una camisa de lana le cubría el tronco y tenía por cima un manto de piel de zebra, apretado en el pecho por un broche o hebillón de piedras finas. Una saya que llegaba un poco más abajo de media pierna y medias largas cubrían el resto de su cuerpo.

La entrada de Guesto fué tan subitánea y a la par silenciosa, ya que con el vocerío nadie percibió el ruído de los pasos ni aún del caballo, que Ekaredo sufrió una conmoción de sobresalto. En el descuido de esta repentina sensación, se le escapó de nuevo la presa que, ayudada de Astrilde, se refugió al lado del trovador.

El hijo de Ausur, obedeciendo al instinto o a la inspiración arrancaba en este momento un ramo de una higuera que le crecía al pie.

—¡Ermesinda de mi corazón!—exclamó el mancebo recibiéndola en el brazo izquierdo—de esta vez, por fin, es para siempre!

—¡Oh, Guesto!—fué cuanto ella pudo responder en el alborozo que le causaba el terror y la alegria.

—¡Ese siempre será tan corto como el espacio que media entre vosotros! ¡No eres tú quien me has de robar la desposada!—bramó el muzárabe tirando del hierro. Estaba lívido.

—¡Tu *desposada!* ¿Yo? ¿Dónde está mi padre, Dios mío?—dijo Ermesinda protestando.

—¡Con este leño que desgajé, a tí y a los tuyos os he de machucar hasta la muérte!—fué la respuesta de Guesto.

Se siguió un combate furioso entre los dos rivales.

Logia Independiente de Teósofos



El palo con que el trovador se defendía y atacaba era grueso, el brazo que lo manejaba era diestro y fuerte. Los tajos de la espada no llegaban al cuerpo del mancebo, y poca mella causaban en el leño que era resistente y duro.

El muzárabe, por el contrario iba sintindo el peso de esa arma de nueva confección; y después de un poco tiempo de brega, recibió un golpe que le hizo recular con el brazo dislocado.

Dos hombres se adelantaron con sus mazas de hierro, y a la vez las mujeres que éstos custodiaban se desparramaron y volvieron a reunirse al redor de Ermesinda. Entre ellas se veía a Mariame y a su madre Sahema, única que no era moza.

—¡Apartaos vosotros! —gritó la doncella.—Nada tenéis que ver en esta contienda que pertenece a los dos caballeros decidir entre sí.

—Si el partido se hace desigual—dijo el trovador—aquí vienen llegando muchos en mi auxilio, que sabrán vengarme.

—¡Es cierto! ¡y vienen! ¡Es una turba!—dijo uno de los dos.

—Es casi una "tiufada„. No nos metamos en ella, no hagamos esa locura—dijo también el otro; y aconsejándose de la prudencia, se volvieron a apartar a distancia.

—¡Ríndete hijo de Gondemir! Estás herido. No preciso tu vida; me basta tu sumisión.

—¡Nunca la esperes de mí! ¡Lo que ansío es tu sangre; no economizar la mía!—respondió Ekaredo; y, aprovechando un instante de aparente descuido, se lanzó a su adversario con propósito de atravesar el cuerpo.

Este, hurtó la estocada, distanciándose algo a un

Logia Independiente de Teósofos



lado; y, en seguida avanzó de repente, con el madero en alto, lo hizo bajar con fuerza, y a la vez gritó:

—Pues vete con esta. ¡Toma!

Tal fué su acierto, que Ekaredo cayó con la cabeza rota y la cara bañada en sangre.

—¡No le mates! ¡Perdónale la vida!—gritó Ermesinda, al ver que Guesto se apoderó de la espada del vencido.

—No es para rematarlo—respondió con una mirada. e insinuación del brazo, que significaban que repelía la idea.—¡Que viva!

—Si estuviese en su mano hacerme la limosna de su vida, no la aceptaría yo,—dijo Ekaredo, expresándose con dificultad—pero en la vuestra está, Ermesinda, que la deje yo perdonado.

—Yo os perdono de todo corazón, y si no podéis libraros de la muerte, pido a Dios con toda mi alma, que tenga piedad de la vuestra.

La doncella rasgaba la orla del vestido para hacer una ligadura; mas Astrilde y Sahema acudieron a tomar sobre sí la piadosa tarea; al paso que Osoredo y Zacoi, que este era el sacerdote desconocido, se aproximaban al grupo que rodeaba al herido.

—Esto no durará mucho, está ya fuera del poder humano—dijo el de Tolsun, después de haberlo examinado.

Guesto con ademán compasivo tomó la mano del muzárabe diciéndole:

—Ekaredo: deploro y me pesa saber que estás tan próximo a la muerte, y deploro y me pesa más, que lo estés por mi mano; ya que tanta desgracia no tiene remedio, acabe entre nosotros toda enemistad. Perdóname, como yo os perdono.

Logia Independiente de Teósofos



—Así debe ser en hora tan solemne. ¡Haya paz entre vosotros! —dijo Osoredo.

Esa mano se retiró, no obstante, con un brusco movimiento; y una expresión feroz vino a encrespar el semblante, ya desfigurado, del moribundo. Quiso hablar, fulminar tal vez una maldición, mas la sangre salióle a chorro por la boca.

El clérigo siervo, apoyando el cristiano consejo de su colega libre, murmuró al oído del agonizante:

—¡No os presentéis delante de Dios, así con el corazón poseído de pasiones ruines!

Las palabras no parecía hubiesen producido efecto en el ánimo del hijo de Gondemir. Pasados algunos momentos se vió dilatarse una palidez mortal en su rostro; la mirada, ya entonces, vaga e incierta, se avivó de un brillo pasajero, y en ella aparecían disipados los vapores del odio y la repulsa; la dirijía a Guesto, de cuya mano el moribundo procuraba con trabajo apoderarse. El trovador se apresuró a cedérsela y sintió en ella una presión ligera, y expresiva a la vez.

—¡Orad ambos... La voz de Ekaredo no pudo ir adelante, y ya no se le oyó palabra alguna.

En este momento llegó el conde Froya y descabalgó en seguida.

—¡Padre mio! ¿Y vives? ¿No te has muerto, padre querido? —exclamó, corriendo a su encuentro, la doncella, y tocándola a tientas como si dudase—¡Gracias, Dios mío, que me lo restituisteis vivo y sano.

—¡Como lo ves, hija mía! —respondió abrazándola. —¿Y tú sufriste algún maltrato en manos de ese mal hombre?

—Déjalo espirar en paz, padre mío. El pobre ya

Logia Independiente de Teósofos



fué castigado, y muere contrito—dijo Ermesinda reteniendo al conde.

—¿Qué te hizo?

Mientras la joven pasó a explicar el caso, llegaron el príncipe y Theudas y sucesivamente el resto del séquito.

Resumiremos la narración:

Algún tiempo después de haber partido la expedición nocturna a la sierra, fué cuando supo que había sido preso el presbítero de Tolsun, lo que antes ignoraba, por estar la fuerza, que rondaba al exterior y lo había aprisionado, compuesta de hombres extraños al castro y desconocidos para ella. Su intercesión para que lo soltasen fué valdía, y por más que consiguió que tuviese libertad dentro de los muros, no se le consintió salir fuera del recinto sin orden de Ekaredo. Eran ya altas horas de la noche cuando volvió éste con una pequeña escolta, después de haber dejado en la sierra el peso de su gente a fin de ordenar allí las cosas hasta el nacer del sol. Llegó en breve a oídos de la doncella, que su padre no había sido encontrado en el alto de Folgoso, por lo que adquirió mayor crédito la opinión corriente de que los siervos lo habrían asesinado. En medio de su dolor la vinieron a decir que Ekaredo ántes de recogerse a descansar había dado orden de que dejasen salir los que estaban refugiados y detenidos en el castro. Comunicó entonces a Osoredo su resolución de intentar la huída si hubiese medio de realizarla. Aprobada la deliberación, se asentó un plan, cuya ejecución se efectuó poco antes de la hora del alba. Sahema, Mariame y tres jóvenes siervas, salieron del castro apostándose cerca de la muralla del Norte, donde existía una antigua puerta, ta-

Logia Independiente de Teósofos



pada había mucho. Entonces los dos sacerdotes Osoredo y Zacoi, colocados en el parapeto del adarve, hicieron descender a Ermesinda por medio de una faja de cuero y de una cuerda, cuyo extremo inferior aseguraban del otro lado del foso Sahema y sus compañeras. La tentativa tuvo un óptimo éxito. Astrildi pasó por el mismo camino, y seguidamente también los dos clérigos. Atajando por el monte Bustillo, siguieron todos camino de Subrego. Sólo después de haber pasado el puente fué cuando se dieron cuenta de que había sido descubierta su fuga y que los perseguía un pelotón de caballeros.

Concluída la narración se aproximaron todos al lugar en que sólo se veía a Osoredo encorvado sobre el moribundo.

—Acaba de expirar—dijo, irguiéndose y dejando a la vista las ensangrentadas facciones del joven muzárabe, ahora plácidas en el sueño de la muerte, y sin vestigio alguno de las pasiones que ha poco las alteraban.

—Dios—dijo Ermesinda con profundo sentimiento—le tome en cuenta el arrepentimiento de la última hora, y dé descanso a su alma!

—¡Amén!—añadió Guesto a modo de responso.—¡No era quizá tan malo como creíamos!

. . . . . .

Aquí termina la serie de acontecimientos en que se hallaron envueltos nuestros principales personajes; y lo que nos resta decir, tal vez sea previsto en gran parte por nuestros lectores.

El príncipe y su comitiva acompañaron al conde Froya hasta el castro de Folgoso, donde, anunciándose el fallecimiento de Mauregato a los cabos y hombres de armas dejados al mando de Ekaredo, se acomoda-

Logia Independiente de Teósofos



ron éstos con la nueva situación, y acaso con menos dificultad, por cuanto había noticia de que Astarico Osoris, de Quiroga, regresando de la sierra Golada con la fuerza a sus órdenes, llegaba ya a las vertientes de Pico Pájaro por el desfiladero de Formigueirós. Se despidió entonces Alfonso y prosiguió con sus parciales la jornada a Samos.

Guesto se quedó.

En ese mismo día, llegaron, cuando ya no eran precisos, los bucelarios que él había mandado llamar la antevíspera.

El enlace de nuestro héroe con Ermesinda se celebró a fines del año, en la capital del reino, donde Froya y su hija habían sido invitados a comparecer en la corte del nuevo monarca.

A ese tiempo, ya estaban casados Sabarigo y Mariame. Esta y sus padres obtuvieron carta de aforría, pasada por el conde, que impetró del rey igual merced en favor del novio. A los libertos, les hizo también donación de Villar Zendo.

Zacoi el clérigo y siervo, fué también agraciado con la libertad y una tierra en Riva-Sil en el territorio entonces llamado Verossino o Verosno, con el cual quiso recompensarlo Froya por la parte que tuvo en la fuga de su hija cuando ésta escapó del castro.

Osoredo continuó su vida de abnegación y beneficencia pastoreando las almas en el lugar de Tolsun y en sus alrededores.

Finalmente antes de despedirse de Folgoso hizo Guesto las posibles diligencias para obtener nuevas de Leodaka; más fué en valde. Nadie allí volvió a verla, ni supo el destino que llevó la gentil hechicera de San Pedro.

Logia Independiente de Teósofos

# GUESTO Y LA LEYENDA

Dice la leyenda que Guesto Ansures (64) adoptó el apellido de Figueiredo para conmemorar la victoria en el *figueiral*, y no por ser leyenda se ha de tomar a mala parte, ya que nada nos consta que implique contra la tradición que hace de nuestro héroe, tronco del linaje de los Figueiredos. Nos holgaríamos mucho que la viniese a corroborar la cuenta que él dió de sí mismo y de sus ascendientes al presbítero de Tolsun.

Frey Bernardo de Brito, tuvo sus razones para lisonjearse de haber descubierto en Figueiredo das Donas, a tres leguas de Viseo el higueral en que fueron salvadas las seis doncellas. El respetable cisterciense, aunque gran maestro en la lengua, no lo fué tanto en la crítica de la historia; y bien se deja ver cuán irresistibles eran las tales *donas* que, hasta acabaron por seducir a tan santo varón.

Por su parte, Miguel Leitão de Andrade quiere que la hazaña tuviese por campo Figueiró dos Vinhos, a siete leguas de Coimbra. Pero este caballero, con serlo de prosapia y sobre eso esforzado y valeroso, amén de ingenioso escritor de estilo muy apacible, se dejó sin duda embriagar de los vinos de esa localidad, por la gloria de hacer figurar a sus antepasados en el hecho de armas que historiaba.

Por lo que a nosotros atañe, y aceptando siempre el fundando supuesto de que la veracidad de nuestro héroe no nos es nunca sospechosa, sólo aventurāre-

Logia Independiente de Teósofos



mos una conjetura en apoyo de sus afirmaciones que constituyen nuestra opinión respecto a los hechos narrados subsiguientes a ella. Al pie del Piso de Regalados, hay una aldea llamada Figueiredo; y atento a esto, es muy creíble que Guesto Ansures en su vejez, si no ántes, hubiese tenido deseos de recuperar la posesión de ese lugar, antigua herencia de sus padres, y hecho lo cual, le daría aquel nombre, identificando así aquel bien solariego, con el glorioso triunfo obtenido por él en la referida aldea. Esto pudo acontecer al hallarse libre de la dominación de los infieles el distrito bracarense, como realmente se halló entre los años de 835 a 841, y acaso también antes en algún intervalo no menos apto, ignorado de la Historia.

Supuesto y no concedido el caso de que no hubiésemos acertado al fijar el sitio de los sucesos en las riberas del Lor, en donde por señal y como recuerdo cogimos unas bellas hojas de higuera, que conservámos, y ya fuese allí o en otro cualquier Figueiredo, Figueiró o Figueira (65), aquende del Miño y Sil, nunca nos persuadiremos y negaremos siempre que Guesto Ansures hubiese vivido en su país natal, en el distrito bracarense, mientras éste hubiese estado bajo el poder de los ismaelitas. Lo repugnamos en un Guesto Ansures, competidor, en la acción que le dió fama, con el héroe gallego Peito Burdelo; lo repugnamos en un portugués a las derechas, aunque aún, como tal, en estado de embrión, y que se encorvase buenamente al odiado yugo impuesto a su país, por más que aún no fuese apenas una cuna a la espera de ser después un Portugal, y se llamase entonces Galicia todo el territorio lusitano hasta el Mondego; lo repugnamos por ser ese yugo impuesto por los sectarios de una creen-

Logia Independiente de Teósofos



cia, a cuyo abrigo en aquellòs tiempos viriles, sólo consentían vivir los débiles, cobardes o egoistas, que con el tributo redimían bienes y libertad, pagándose de un sosiego degradante. Para hombres de condición exenta, independiente, libre y altiva ¿qué recurso había fuera de la emigración? Por eso nuestro héroe vivía entonces allende el Miño y allí hallamos el Figueiredo.

Tenemos mucho respeto a las tradiciones; más ninguno a los ingertos, salvo en los dominios de Pamona.

Logia Independiente de Teósofos

# CONCLUSIÓN HISTÓRICA

Chegou o embaixador de Affonso rei de Galliza e Asturias, por nome Froia.....

(Annaes dos Francos, anno 798).

Poco después de haber sido Bermudo investido de la soberanía, asoció en la administración del estado al hijo de Munia; y en el tercer año de su reinado, en 791, viendo que su primo se había granjeado el amor del pueblo astur, aquel magnánimo príncipe abdicó la corona y tornó voluntariamente a la vida eclesiástica en la que mantuvo, hasta su muerte, las más afectuosas re'aciones con Alfonso II, denominado el Casto.

La guerra con los sarracenos, que había estallado yà en el último año del gobierno del diácono rey, se renovó varias veces en el largo reinado de su primo y sucesor.

En 797 hizo Alfonso con fortuna una irrupción en tierras del futuro Portugal, llegando hasta las márgenes del Tajo y penetró, según se dice, en Lisboa, aunque sin apoderarse de ella o, por lo menos, sin poder retenerla. En este tiempo fué cuando comenzaron las relaciones de amistad entre el rey de las Asturias y Carlo Magno, y cuando éste, hallándose en Heristal por la Pascua de 798, recibió una embajada, de la que Froya el padre de nuestra heroina era jefe, con la incumbencia de presentar al futuro emperador el magnífico pabellón *(mirae magnitudinis,* dice Regino, *mirae pulchritudinis,* dicen los anales fuldenses y otros) que

Logia Independiente de Teósofos



le mandaba ofrecer Alfonso el Casto. En el invierno del mismo año volvió Froya de embajador a la corte de los Francos, con otra remesa de presentes, acompañado esta vez de un colega de igual categoría llamado Basilisco. Constaban los presentes de siete cautivos moros, con otras tantas armaduras y bestias mulares. Carlo Magno acogió con benevolencia a los embajadores, los trató de modo honroso y los agasajó e hizo regalos a la despedida. (Eginhard coloca la primera embajada el 797; pero según los Fuldenses, Mettenses y otros anales de los Francos, que coinciden con el cronista Regino, se realizó en el mismo año que la segunda). Esa amistad y alianza parece haber durado hasta el año 802. Hay quien afirma que ella, por haberse propalado entonces la opinión de que era indicio de sumisión y dependencia del reino astur al imperio franco, fué la causa de que un partido fuerte y numeroso se hubiese alzado contra Alfonso II, que lo derribó del trono por segunda vez, encerrándolo en un monasterio que el Albendense llama *Abelania*, nombre que no se ha podido identificar con el de ningún otro de los monasterios conocidos. No consta que se hubiese elegido nuevo rey, y sí consta que el cautiverio fué de poca duración, pues en el mismo año 802, socorrido Alfonso por sus parciales bajo el mando del fiel Theudas, que el lector ya conoce, y puesto en libertad, se asentó nuevamente en el trono. De ahí para adelante vivió en paz en sus súbditos hasta el año 842 en que murió. Este rey fué el que trasladó de Pravia para Oviedo, a donde se había dirigido al salir de Albania, la capital del reino de las Asturias y Galicia.

FIN

Logia Independiente de Teósofos

# NOTAS Y GLOSARIO

**(En cuanto a las palabras del original y la traducción, debemos advertir que aquí sólo se indica la acepción en que se usan en el texto).**

(1) "Comprenderéis asimismo como se considera pobre todo elogio a los inconexos escritos de Gibbon en los que no se sabe si dominan más la mala fe o la elegancia altisonante o las abordadas hacia el exclusivo y determinado objeto de imbuir desagrado y hastío contra toda institución religiosa„. Estas palabras de CÉSAR CANTÚ, *Historia Universal, Discurso sobre la Historia*, las ha tenido sin duda presentes Figaniére para omitir alabanzas al autor que cita, aunque calificando a su obra de monumental. (N. del T.).

(2) ALGAR: m. ant. cueva o caverna *Dic. de la Ac.* (N. del A. y del T.).

(3) Conjetura de ALEJANDRO HERCULANO, *Hist. de Portugal*, T. 3, p. 180, 1.ª edic. (N. del A ).

(4) ALEJANDRO HERCULANO, *Hist. de Portugal*, T. 3, p. 181, not. 2, 1.ª edic.

(5) ASENTAMIENTO: m. ant., acep. sitio, solar.

(6) "Vestía el varón„ etc. El vestuario de Guesto y Ermesinda, así como el de Mariame y del conde Froya que se describen en esta novela está conforme con el que se ve en dos esculturas del siglo VIII existentes en el monasterio e iglesia de Villanueva, representando al rey Favila y su mujer, confirmado además en cuanto al estilo del traje con que figura el conde por otra lápida referente al mismo rey, que se halla en el claustro

Logia Independiente de Teósofos



de la Catedral de Oviedo. Es en esta última en la que está la figura de un caballo enjaezado, según lo describimos unas páginas más adelante. Es sabido que en aquellos tiempos y aún mucho después andaban las doncellas con la cabeza descubierta y con el pelo largo, al paso que las viudas cortaban el cabello y traían toca. La de Munia está descrita en conformidad a una de las aludidas sepulturas de Villanueva. Véanse los grabados en FLÓREZ, *Reynas Católicas,* y en la obra *Bellezas de España.*

(7) LAUDEL: Especie de loriga. VALLADARES, *Dic. gallego castellano.* Las miniaturas del Tumbo A de la iglesia compostelana y los grabados sacados de ellas, ilustrarán tanto como las que cita el A. en la nota antecedente, a los aficionados a curiosear la indumentaria en aquellos siglos. Vide LÓPEZ FERREIRO, *Historia de la Santa M. I. de Santiago de Compostela,* T. II, especialmente las pág. 103 a 111, en que describe y emite sapientísimas consideraciones sobre el *Relieve de la batalla de Clavijo.* (N. del T.).

(8) BUCELARIO: "dependiente militar„. Así lo define el A., que indica en el cuerpo de la novela lo que era esta institución, *Bucelario:* "Entre los visigodos, hombre libre que voluntariamente se sometía al patrocinio de un magnate a quien prestaba determinados servicios y del cual recibía el disfrute de alguna propiedad„. *Dic. Acad.,* 13.ª edic. *Bucelario:* m. ant. "Vasallo o criado que come en casa„. *Dic. Acad.,* 4.ª edic.

(9) TAL GUISA: Modo adv. ant.—A modo, de tal suerte, en tal manera.

(10) "La traslación de mi tío .. a Mendumeto„, etc. MENDUMETO, o como hoy se dice, Mondoñedo, en el río Masma y no lejos del mar, ocupa un sitio cerca de la antigua Britonia, destruída durante la primera invasión de los sarracenos en Asturias, 714 a 716, Mondoñedo se fundó a poco de este acontecimiento. En el siguiente siglo, ya era población de importancia. Vide *España Sagrada,* Tom. 18, pág. 49. (N. del A.).

(11) HAHGIB: Primer ministro. Nombre árabe. (V. del A. y del T.).

(12) TRUCIDO. Trucidar: a. ant. Despedazar, matar con crueldad e inhumanidad. *Dic. de la Acad.* y *Dic. Portugués,* en donde no es anticuado este v.

(13) FORNECINO: Adj. ant. Se decía del hijo bastardo o nacido del adulterio. *Dic. Acad.*

Logia Independiente de Teósofos



(14) BANDEAR: a. ant. Inclinarse a un bando o parcialidad. *Dic. Acad.*

(15) "Galgando„ dice el autor. GALGAR:]v. a. correr, saltar come galgo. *Dic. da Lingua portuguesa.* Nos hemos permitido el uso de este neologismo (y tale llamamos, por no haberle encontrado en nuestros Diccionarios de la Academia) por ser palabra muy gráfica y apropiada al caso. Ya que este expresivo verbo no aparezca en nuestros diccionarios castellanos ¿por qué no hemos de hallarlo con esa significación portuguesa en los nuestros gallegos? Este verbo *galgar* no sonó la vez primera en nuestros oídos pronunciado por labios portugueses. (N. del T.).

(16) "Aquí... se veía una pequeña iglesia„.—Hay aún restos de estas iglesias. Véase la descripción, que seguimos, de las de Covadonga y Santa Cruz al pie de Cangas: MORALES, *Chron.* Tomo 4, lib. 13, f. 5 v.° y 15 v.°.

Nuestra descripción de otra iglesia se basa en una de las mencionadas esculturas de Villanueva, pertenecientes al siglo, VIII. Vide la lámina en FLÓREZ, *Reynas catol.*, Tomo 1. p. 35. La actual iglesia de San Pedro del Incio es del siglo XV o XVI. (N. del A.).

(17) "...Sacar de una *alacena*...„ *Parteleira* dice el original. PARTELEIRA o PRATELEIRA: s. f. estante de poner platos. *Dic. da Lingua Portuguesa.* Nos parece haber oído estas palabras en nuestra Galicia. ¿Se enriquecerá con ellas el nuevo diccionario gallego? (N. del T.).

(18) SPANIA: Los pueblos de Asturias y Galicia designaban así la parte de nuestra península que estaba sujeta a los sarracenos. Estos a su vez, daban el nombre de AFRANC no sólo a Francia sino también a la España cristiana. (N. del A.).

(19) PRESOR: Señor de tierras por virtud de PRESURIA: toma de posesión, acto de tomar posesión de tierras, autorizado por cualquier título legítimo o reconocido. Nunca significó "conquista„. Tan exacto concepto de esta institución medioeval, lo ilustra más adelante el A. Véase en los apuntes Arqueológicos. (N. del T.).

(20) ASCITERIO: m. ant. Monasterio. *Dic. de la Acad.* Un pequeño convento con su iglesia. Estaba situado muchas veces en tierras de dominio particular. Esta acepción del autor, nos parece más conforme y distinta.

Logia Independiente de Teósofos



(21) DEGANA: f. ant. Granja, casa de campo, heredad. *Dic. de la Acad.* El autor: "propiedad rústica, constituída de tierras, que de estériles por incultas, se convirtieron en fértiles por el cultivo„.

(22) ... "*Tomó de presuria* a son de bocina etc...„ Posesión solemne, no, como se ve, *por vía de conquista*, y sí, algo mejor, por vía de asentamiento, de tierras, no anterior y próximamente conquistadas, sino abandonadas, y cedidas para su repoblación y cultivo por el rey Froila. Véase la nota n.º 19.

(23) "Lo ví en los días de su permanencia en Sámanos; pues entonces venía de cuando en cuando„.

"Postea vero vene Proabus meus jam supradictus Dominus Adefonsus ad huc in pueritia, *remorabit ibidem in Sammanos, et in alium locellum quod dicunt Subregum in ripa Laure cum frates* (sic), multo tempore, in tempore persecutionis ejus„, dice Ordoño II en un privilegio de 922. *(Esp. Sag.*, Tom. 14, apénd. 3).

Subrego es el lugar llamado hoy Sobredo. Alfonso II el Casto lo erigió en coto real, privilegio que estuvo en vigor hasta la extinción en el presente siglo de semejantes honras y excepciones. Alfonso el Casto es un personaje legendario para el pueblo de Sobredo, que conserva aún con ufanía la tradición de su permanencia allí y también la memoria del lugar, por nosotros descrito, del antiguo castro y del castillo que se construyó después, del que aún hoy quedan vestigios, que personalmente verificamos. (N. del A.).

(24) MOZÁRABE o MUZÁRABE (del ár. *moctareb*, arabizado) adj. Aplícase al cristiano que vivió antiguamente entre los moros de España y mezclados con ellos. V. t. c. s. Perteneciente o relativo a los árabes. *Dic. Acad.* Cristiano residente entre los árabes de España, o que, habiendo vivido allí, contrajo, más o menos, las costumbres de aquella gente, dice el A., y añade que significa, *imitador de los árabes*. Vid. el cap. VIII de esta novela. (N. del A. y T.).

(25) KARADJ: "Además los propietarios debían pagar el *karadj*—escriben los otros, *jarach*—es decir, un impuesto sobre los frutos de la tierra, que se regulaba según la naturaleza del suelo de cada país; pero que ordinariamente ascendía a veinte por ciento. La capitación cesaba para el que abraza el islamismo; el *jarach*, por el contrario, continuaba no obstante

Logia Independiente de Teósofos



la apostasía del propietario„ R. DOZY *(Histoire des Musulmans d'Espagne jusg a la Conquete de la Andalousie par les Almorávides*, 711-1110, tom. II, pág. 41). (N. del T.).

(26) TIUFADA: Cuerpo de mil hombres en los ejércitos godos, cuyo jefe se titulaba *tiufado,* cargo que envolvía atribuciones judiciales. En un documento de Guimarães de 1050, figura el tiufado Pelagio Mitit, en calidad de juez. (VITERBO, *Elucid.* verb. "Tyufado„, y en el Supl. verb. "Verdade„). El cargo habría perdido ya en este tiempo el carácter militar. (N. del A.).

(27) TAMI: Templo mahometano, mayor que mezquita.

(28) VILLAR: Población corta y abierta *(Dic. Acad.)*; pequeña aldea, en el sentido del texto.

(29) "...Linares donde se da el mejor lino...„, traducimos nosotros, del original que dice: *olgas* donde se da el mejor lino... OLGA, s. f. leira, *courella* de terra. COURELLA, s. m., pedazo de tierra; tiene cien brazas de largo y diez de ancho. *Dic. da Lingua portuguesa*. Estas palabras no las vemos figurar en los *diccionarios gallegos* que hemos consultado. No queremos decir con eso que no se oigan en Galicia. ¡Es tan rico nuestro idioma regional, o dialecto, según otros! (N. del T.).

(30) TOLLER: a. ant. quitar. *Dic. Acad.*

(31) EXTURBAR: a. ant. arrojar, expeler a alguno con violencia. *Dic. de la Acad.* Hay palabras anticuadas hoy en español y corrientes en portugués, tan gráficas y expresivas, que no nos atrevemos a sustituirlas por las en uso. Tal consideramos a la presente.

(32) ..."quedan acá sabuesos que le darán caza„. La costumbre de lanzar perros adiestrados tras de los fugitivos es antiquísima y, bien puede afirmarse que concomitante con la servidumbre. Aún hace pocos años existía en los E. U. de América. Ni siempre se limitaba su aplicación a la gente de ínfima clase. En la vida de San Giraldo (part. 12) del siglo XII se refiere el caso de un vílico que empleó canes en la busca que hizo para coger una dueña *noble* que había huído a los montes. Vid. PORTUGMONUM. HIST., *Scrip.*, vol. 1, pág. 56. (N. del A.).

(33) MANGANILLA: f. Engaño, treta, ardid de guerra, sutiliza de manos. *Pr. Extr.* Vara muy larga a la cual se asegura con una cuerda otra vara menor que queda suelta y sirve para

Logia Independiente de Teósofos



varear las encinas y echar abajo las bellotas. *Dic. Acad.* En este sentido usa el autor la palabra "mansilha„ (N. del T.).

(35) NOCHARNIEGO, GA, adj. ant.; que anda de noche. *Dic. Acad.* Nos pareció más propia en boca de aquel grosero sayón que la palabra "nocturna„, más culta hoy. *Noitibó;* s. m. Ave nocturna. *Dic. port.* Creemos que esa palabra, no extraña a nuestra región, puede aparecer en el nuevo Diccionario, que, según se dice, prepara la R. A. Gallega. "Agarrai-me n'esse noitibo„, dice Figaniere.

(36) ". mal sabe el pobrecito, etc.„ Dice Alejandro Herculano, no recordamos dónde, que en la Península se comía antiguamente la carne de ONAGRO, o burro montés. Así acontecía en Oriente. Los soldados de Ciro la hallaron más delicada y sabrosa que la carne de venado, cuando la probaron la primera vez en el desierto, según afirma Jenofonte *(Anab.* L. 1., c. 5).

De la ZEBRA, animal que hoy pertenece al Africa hay igualmente noticia en Portugal, hasta el siglo XII, que da a entender que de su carne también se hacía uso (Docum. en el *Elucidario,* verb. "Zebro„, palabra que Viterbo traduce por buey, vaca, novillo o ternera; mas por la que, según J. P. Ribeiro en sus *Correçoes ao Elucidario,* se debe entender la propia "zebra„ africana, cuya piel era de las más estimadas para el vestuario. (N. del A.).

(37) "...a lugar seguro, de refugio„. En el original:... "para valhacouto...„ VALHACOUTO s. m. lugar fuerte y seguro; refugio; medio de encubrir sus intentos etc. *Dic. port.* Todo esto se proponían los dos personajes Octavio y Sabarigo. Nos va pareciendo que no nos equivocamos cuando creemos que el idioma portugués es más rico que lo que algunos ligeramente piensan (N. del T.).

(38) SESICAS: derecho, según J. P. Ribeiro, que tenía el dueño de un molino situado en suelo ajeno, de sustituirlo por otro cuando aquél se arruinaba; así como, en circunstancias idénticas, de plantar otro árbol en lugar de aquel que había tenido que cortarse. (N. del A.).

(39) ALMADRAQUE (del ár. almatrach), m. ant. cojín, almohada o colchón. *Dic. Acad.*

(40) CÓCEDRA: f. ant. CÓLCEDRA (del b. lat. *culcidra* y *culcitra*; del lat. culcita; f. ant, colchón de lana o pluma. *Dic. de la Ac.*

Logia Independiente de Teósofos



(41) ALMOCELA (del b. lat. *almucia;* del at. *mutze*. Gorro, bonete, capúz; f. especie de capucha; cobertera de cabeza de que se usaba antiguamente. ALMUCELLA o ALMOCELLA, s. f. ant, especie de cobertura de cabeza y *hombros*. *Dic. Port.* En esta acepción la usa Figaniere. (N. del T.).

(42) DUEÑA: Usase aquí esta palabra en su significación ant. "mujer que no era doncella„. Acep. 4.ª del *Dic. Acad.*

(43) AROCHE: Los mejores gabilanes eran de *Aroche* en Sierramorena y de Obrique en la serranía de Ronda (N. del A.).

(44) CETRERO: Cazador sabio en el arte de la cetrería o volatería, así como en domesticar y cuidar de las aves destinadas al ejercicio de la caza.

(45) "... Si... tomase Alfonso por el puerto de Piedrafita.„ Hallamos mención de PIEDRAFITA en un diploma de 922. *(Esp. Sag.,* Tom. 14, ap. 3). Es el bien conocido *puerto* o paso en la sierra por donde sigue la carretera de Castilla. Debía tener en esos siglos el mismo nombre que tiene hoy.

La TORRE ROMANA aún existe en buen estado; hállase junto al río en uno de los extremos de la villa de Doncos, que está en medio de un magnífico castañal.

De la ESTRADA ROMANA subsisten vestigios, no sólo de la calzada sino también de los puentes, desde antes del río Valcarce. La vía romana atraviesa la planicie entre los ríos Sil y Quá, sigue por entre los montes en dirección a Gestoso, y de allí se dirige por el Sur hasta Villa-martín, Rúa y Cigarrosa, situado en las márgenes del Sil.

(46) ...el florido valle del Cabe, etc.

El sitio que aquí se describe, corresponde al hoy llamado PAÍS DEL INCIO, cuyas parroquias o feligresías principales son: HOSPITAL DEL INCIO, con una pequeña iglesia del siglo XI o XII, digna de verse por el estilo y buena conservación de las obras, lo mismo que los túmulos de algunos comendadores de la Orden del Hospital, anejo a las ruinas del convento de los frailes; CRUZ DEL INCIO; SAN PEDRO DEL INCIO (donde colocamos la residencia del presor): SAN MIGUEL DEL INCIO, SANTA MARIA DE AUTARA y SANTA MARIA DE FERREIRUA. En tiempo de los romanos había allí una población industriosa, debido a las minas de hierro que se explotaban. Se ven aún algunas ruinas de aquel período. En cuanto a ciertas costumbres y a las condicio-

Logia Independiente de Teósofos



nes agrícolas a que se hace alusión, véase lo que rparece en nuestros APUNTES ARQUEOLÓGICOS.

(47) ALMOCAVAR: Cementerio de los moros en Portugal. (*Dic. Port.*).

(48) "En la "villa„ que compré con su familia„ por buenos talentos de oro„. ..

En la conminación de la pena fiscal, que se ve formulada hacia el fin en los diplomas antiguos figura en los de 747 a 841 el TALENTO DE ORO, y de ahí en adelante figuran indistintamente ya el TALENTO DE ORO, ya la LIBRA DE ORO, que debían tener el mismo valor como moneda corriente. (Vid. *Esp. Sag.* tom. 40 y docum. del ap., y d› éstos confróntense señaladamente las escrituras XV y XIX). Estos vienen a corroborar los ejemplos del mismo hecho producidos por DU CANGE con referencia a Francia.

(49) FONSADO: Correría en territorio enemigo. En este sentido se usa en el texto.

(50) DABA EN LOS BROQUELES: llevaba trazas de irse fuera de camino, fuera de la cuestión, o por los cerros de Ubeda. En este sentido aparece en el texto esa frase entonces en uso que no nos atrevemos aquí a calificar de arcáica. No lo es en Portugal. (N. del T.).

(51) ALFRRAZ: adj. Dícese del caballo en que montaba cierta clase de caballería ligera de los moros, *Dic. Acad.* ALFARAZ, adj. de 2.° grado: caballo ligero de los moros: *caballero*, bien montado, *Dic. Port.* ALFARAZ s.: caballo, (como término genérico, más propio de *yegua* según el orientalista, Fr. João Sousa), caballo de batalla, como término específico; adj. CABALLO ALFARAZ, ligero, generoso. Este es el sentido del texto. (N. del A. y T.).

(52) *Poner señorío extraño de* ARCAS y MAMOAS. Cualquiera de estos vocablos significaba demarcaciones de territorios, estradas, caminos, propiedades rústicas, etc. Hay quien los tenga por sinónimos, lo que no nos parece probado, como constituyendo montículos de tierra o pequeñas colinas; pues si la *mamoa* era de tierra, en cuanto al *arca* (sin que se la confundía con otra especie llamada *piedra fija*, cuyo destino se se explica por la misma expresión) hay indicios para sospechar que fuese de piedra. Tal vez el *arca* se compusiese de un cúmulo de piedras. Opinamos, pues, que entre la *mamoa* y el *arca*

Logia Independiente de Teósofos



había alguna diferencia; pero que en todo caso tanto la una como la otra, servían de valizas o marcos. (N. del A.).

(53) ALCANTIL m.: altura de roca, cortada a pique; sitio alto y despeñado. *(Dic. Port.).*

(54) "Ahora te voy a descepar las manos, no para el señor de la tierra, que de esta vez no se las pagaré„.

De foro o pensión de la mano o de las manos del oso, que pagaba el cazador, tenemos también noticia en Portugal. El foral de Covellinas, del año 1114, establece que se pague *una* mano de cada oso muerto: así el de Tavares y el de Ferreira d'Aves, 1126, PORT. MONUM. HIST., *Leg.*, Tom. I, pp. 360, 367 y 464. VITERBO, *Elucid.* verb., "Apeiro„). El foral de Souto Maior, 1119, quiere que al señor de la tierra se paguen *as maos,* las manos, (Vid. RIBEIRO, *Dissert. Chronol. e crit.*, Tom. I, pág. 348).

Uno de los capítulos del romance inglés *The Cloister and the Hearth* por Charles Reade, fué el que nos despertó la idea del conflicto con el oso que nos pareció muy apropiado a las circunstancias de tiempo y lugar.

(55) .. "a la hora de la *campana*„.

Parece que ¡aún hoy hay vestigios de la superstición antiquísima que en Galicia se llama *compaña,* dando a entender con esa palabra la visita nocturna de las almas de los difuntos a sus parientes. Muchos de éstos para no dar en las narices de sus allegados de ultratumba con las puertas de las cercas o de las huertas que rodeaban la casa habitación, las dejaban abiertas por la noche en espectativa de la visita fúnebre.

Poco más o menos es esto lo que dice el autor respecto a la *campana* o *compaña,* superstición regional y una de tantas como de almas aparecidas, almas errantes, trasgos, duendes y duendicos, diablos, diablejos y hasta diablejas y todo género de brujas y brujerios, andan también por otras tierras del antiguo y nuevo continente.

"COMPAÑA: Fuegos fatuos, especie de luces, o exhalaciones, que, partiendo de las orillas de los lagos y pantanos abrigados, como también de los cementerios, vense generalmente en el otoño, vagan casi a flor de tierra y se ¡disipan al momento; exhalaciones que el vulgo cree espíritus infernales o procesión de brujas.„ VALLADARES. *Dic. Gallego-cest.* (N. del A. y del T.).

Logia Independiente de Teósofos



(56) BRACIL: m. ant. La armadura del brazo compuesta de varias piezas. *Dic. Acad.* Algema: s. f. hierro que prende los brazos por los puños. *Dic. part.*

(57) "Muchos años ha que nos falta rey que tome la cruz de manos del Obispo; y el pendón del magnate queda...„

Cuando el rey salía a la guerra, recibía, después de orar ante el altar mayor, de manos del Obispo, la cruz de oro que contenía un fragmento de la verdadera cruz. La cruz de oro, hacía las veces de lábaro o estandarte real. A cada uno de los asistentes *(accedentes unusquisque)*, debiendo entenderse incluídos en éstos, solamente los hombres principales) se les entregaba por un clérigo su pendón *(bandos suos)*, en tanto cantaba el coro. Concluídos los actos religiosos, montaba primero un sacerdote, portador de la cruz, seguíale después el rey, y a continuación los que asistían a éste. Al regreso de la expedición, se dirigían luego a la Catedral, donde eran recibidos por el Obispo. (Vid. el *Ritual Antiguo de Silos*, cap. 18; en BERGANZA, *Antig. de Esp.*, Parte 2.ª, Apénd., p. 684 y sig.).

Berganza en el texto de su obra (lib. 2, n.º 10) interpretó *bandura* por banda o tahalí ("banda o tahaly„), lo que en efecto corresponde a una de las significaciones de aquel vocablo; pero también le conviene el significado de bandera o pendón, único que nos parece se acomoda al contexto o sea a su letra y espíritu, pues en él se lee: "Post quam omnes bandos suos levaverint...„, y más adelante: "quamdiu omnes qui ipsos bandos *portant*„..., lo que se nos figura poco aplicable a un mero tahalí o banda. (N. del A.).

(58) "Después de la carta de Elipando„...

Las cartas de Elipando por una parte, las de Beato y Etherio, por otra, y diversos documentos sobre la doctrina de la *Adopción, Esp. Sag.*, Tom. 5, apénd. 10. Véase también en el Tom. 11, pág. 119 y sig., la epístola de Alvaro de Córdoba, párf. 24 y sigs., y señaladamente el extracto que da una carta de Basiliscus, párf. 28.

Vid. los capítulos I y II, lib. II, tom. I, pág. 265 a 333; MENÉNDEZ PELAYO, *Hist. de los Heterodoxos españoles*, especialmente pág. 273 a 285 y 312 a 318 y Ap. del mismo tom., Edic. de 1880. (N. del A. y del T.).

(59) MENHIR: del cel. *men*, piedra, e *hir*, larga. "Piedra basta, gigantesca y erguida que se cree y estima levantada por

Logia Independiente de Teósofos



antiquísima gente, bien con objeto de adoración y culto, bien para dividir términos, o bien para recordar hazañas gloriosas...„ *Dic. Enc. Hisp. americano;* Roque Barcia, *Dic. etim.* dice: "son unos de los monumentos más antiguos de los druidas.„ (N. del T.).

(60) CROMLEK: (del b. bretón *krommlech;* de *kroumm,* curva, y *lech,* piedra sagrada). Monumento druídico formado de piedras verticales, dispuestas en una o más hileras. *(Dic. Enciclop. Hisp. Am.).*

(61) "el acto... que dió fama a la joven india Pocahontas.„ Se funda la alusión en un episodio de la Historia de los Estados Unidos, referente al siglo XVII. Hallándose el capitán John Smith a punto de ser degollado por orden de Povohata, jefe de una tribu india, fué perdonado a ruegos de Pocahontas, joven de doce años, e hija de Povohata. Más tarde, según la tradición, se casó el capitán inglés con su salvadora, dejando generación, que creemos, tenga aún representantes. (N. del A.).

(62) Se encorraló uno de los toros bravos.

Este episodio, que se armoniza con las ideas de aquellos tiempos, lo hemos acomodado aquí, recordando un hecho referido por el autor de la *Historia Compostelana.* Es el caso: Ataulfo, Obispo de Compostela desde el año 851 a 867, habiendo sido acusado de un crimen gravísimo, que, aunque mencionado por el cronista, nos abstenemos de particularizar, fué expuesto por orden del rey, a un toro bravo, que no le causó mal alguno, a pesar de que se procuró excitar la furia del bruto, lanzando sobre él algunos perros de la trahilla. Juzgóse así probada la inocencia del Obispo. (N. del A.). Véase el cap. VI, Lib. II, Tom. de la *Hist. de la S. A. Z. de Santiago de Compostela,* por LÓPEZ FERREIRO. (N. del A. y T.).

(63) "el rubí... para que me ilumine en la falta de la vista.„ En los tiempos en que se tenía por animales fabulosos a los dragones, se daba crédito a la conseja de que cuando perdían la vista aquellos reptiles, la sustituían por medio de un rubí que aseguraban entre los dientes (N. del A.).

(64) "Muerto Silo, Mauregato tomó el cetro. Perpetuóse en la memoria de los hombres con aquel infame tributo que de las cien doncellas concedió en España al rey de Córdoba. Depositábanse en Asturias, Portugal y Galicia por los cristianos que obedecían a los reyes de Oviedo. Desde este tiempo quieren

Logia Independiente de Teósofos



algunos traer las armas y orígen de la familia de los Figueroas Figueredos o Figueras, señalando diferentes lugares a la hazaña de unos caballeros que viendo llevar ciertas doncellas, las libertaron matando a los moros, con bastones de higuera, o en campo donde había algunas. En Portugal, tres leguas de Viseo, permanece el nombre de Figueiredo en un lugar que llaman de las Donas, adonde la tradición inmemorial afirma que fueron libres seis doncellas por GUESTO ANSUR, caballero ilustre, que lleno de coraje honroso, *y impelido del amor de una*, y de la miseria de todas, igualmente se mostró soldado como amante. No muy desviado se ve el Monasterio de Arouca, fundación unos doscientos años antes de un *Ansur Goester:* de que se infiere parentesco y naturaleza de aquel defensor. Cada uno procura ilustrar la patria con memorias honoríficas. Conseguirá lo mejor, quien con más aparentes conjeturas lo tratare; éstas con tanta antigüedad son las probanzas. El tributo se pagó hasta el año 788 en que primero tuvo fin el autor dél. Los vicios de los hombres particulares con ellos mismos mueren. El mayor daño de los príncipes es quedarse vivos después dellos muertos (FARIA Y SOUSA, *Hist. del Reino de Port.* Edic. Bruselas, 1730, pág. 140). "Figueiredo das Donas„: Tal es el título de la primera en orden, si no lo fuese en mérito, de las interesantes LENDAS o LEYENDAS de que es autor el conocido escritor conde de Bertiandos. En ella aparece Guesto Ansures "que habitava Arouca„, libertador y enamorado de Orelia "a mais formosa que ainda a Beira viu„. La leyenda de Bertiandos es muy distinta de la de Figaniere; pero ambas se refieren al odioso tributo. (N. del T.).

(65) Acabamos de leer en Faria: "Cada uno procura ilustrar la patria con memorias honoríficas„. Razón tiene el genial historiador portugués. Veámoslo:

"Derechamente sucedieron a su padre D. Fruela el rei don Alfonso el segundo, llamado el Casto, i por quedar niño fueron intrusos D. Aurelio i D. Silo sus tíos. Para que se sepa quanto sirvieron nuestros gallegos a su rei legítimo pongamos aquí lo que dice Sandoval, ablando de D. Silo. Hizo guerra a los gallegos, i entiendo que fué por el favor que azian a don Alfonso, que fué el rei Casto, que teniéndole quitado los tios el reino, los gallegos le recogieron, i pusieron con guardias en el Monasterio de San Julián de Samos, i pretendiendo como leales

Logia Independiente de Teósofos



restituirlo en el reino, levantaron gente, i don Silo vino contra ellos, i en las montañas del Cebrero cerca de Samos se dieron batalla, en la qual fueron vencidos los galiegos.

"Fiaban tanto nuestras gentes del esfuerzo de sus leales coraçones, que no sólo empleaban sus aceros contra la tiranía Morisca, sino también en amparo i defensa de la justicia de su príncipe; i ellos por sí solos azian árbitros de las coronas procurando desterrar toda violencia. Aviéndole amado tanto, veremos lo que le sirvieron después que gozó de la suía en posición pacífica, que interrumpió Mauregato, rei injusto, cobarde, indigno no sólo de onra, sino tambien del nombre de umano. Este, pues, Agareno (según la madre) i vil esclavo, fué el que pactó con los moros el tributo de las doncellas cristianas, que *en diversas ocasiones libertaron caballeros de Galicia*. Atención a mi discurso.

"Consta de nuestras historias que se pagaba el torpe feudo de cincuenta hijas de Nobles, otras tantas plebeyas, i no se nos dice cuando cesó su execución, ni por quien; pero tambien consta de muchas tradiciones que *caballeros gallegos* se opusieron a estas demandas, i que muy a costa de su sangre, con gentes de a caballo, i de a pié, salieron a pelear con los moros, i rescataron las inocentes vírgenes: i hai muchas i evidentes señas de estos triunfos en las divisas de sus linajes, principalmente en el de los Figueras, de los Somoças, Mirandas y los de Quirós. Los del linaje de Lemos, i de estos consta por los papeles i memorias de la casa de Sober Conde de Amarante, i por esta razon ponen en sus armas trece roeles blancos, o de plata, en campo açul en memoria de otras tantas doncellas que rescataron por su valor del poder de los moros; i a imitación de éstos ubo otros sucesos en España, con que comenzaron los linajes a ser conocidos por célebres, como lo declaran las memorias de sus trofeos: y así el moro pudo desistir de su demanda por salirle tan costosa por la muerte de sus capitanes. (F. FELIPE DE LA GÁNDARA. *Nobil, Armas y Triunfos de Galicia*. Lib. II, cap. III, pág. 135 y 136)."

El que pretenda borrar de la historia de la reconquista la tradición del tributo de las cien doncellas, debe borrar también del nobiliario hispano el ilustre apellido de los *Figueroas* que, como dice el gran Moreri en su también grande Diccionario histórico, es "apellido impuesto a los libertadores de las 100

Logia Independiente de Teósofos



doncellas de tributo que Mauregato rey de León había prometido a los moros anualmente. Estaban en un castillo en medio de una floresta distante algunas leguas de Toledo. Debían éstas ser todas cristianas, cincuenta nobles y cincuenta innobles. Anduvieron pagando este tributo los sucesores de Mauregato hasta el rey Ramiro que negóselo el año 840. Dicen otros fué Bermudo el de 791. Encerrábanlas los infieles en el expresado castillo hasta haberlas enviado al Africa o dispuesto de otro modo a su voluntad. Extinguióse enteramente tan execrable e ignominoso tributo *después que deshicieron aquella canalla de moros* LOS CABALLEROS DE GALICIA *en una campiña* DE HIGUERAS, hazaña tan gloriosa como cristiana que les dejó por timbre el apellido de FIGUEROAS. Tal fué el origen de la casa así llamada, una, en verdad como se ha dicho, de las más ilustres de España. Después que el reino se vió libre del dominio morisco, el Cardenal Zerigo, Arzobispo de Toledo, compró este castillo y la floresta el año 1573 e hizo construir en él un convento para cien doncellas, mitad nobles y mitad no, en memoria de tan infame impuesto. Están obligadas a probar que descienden de las antiguas fámilias cristianas, sin mezcla alguna de moros ni judíos. Este convento, que tiene más de 3.500 ducados de renta, fué transferido en adelante a Toledo en el cual está todavía. Recíbense niñas de siete años de edad y cuando tienen la de casarse, dánsele mil escudos de dote a las innobles y dos mil a las nobles.„ (Gran Dic. Hist., traducido por Miravel, Tomo IV, págs. 108 y 109. Original francés, pág. 72, tom. III).

Sirvan de complemento a esta nota y de digno remate a la novela GUESTO ANSURES las palabras que aparecen escritas en la monumental y nunca bien ponderada HISTORIA DE LA SANTA A. METROPOLITANIA IGLESIA DE SANTIAGO DE COMPOSTELA, por el, siquiera, tan eminente sabio historiador, más ortodoxo sin duda y de tanta o mayor autoridad que Alejandro Herculano, D. Antonio López Ferreiro. Son las siguientes:

"... la tradición del tributo de las doncellas estuvo por sí tan arraigada en la memoria del pueblo español (el cual no advirtió la afrenta que a su propio honor en esto se encerraba, hasta que a fines del siglo pasado se lo hicieron notar los agentes encargados de impugnar la paga del Voto de Santiago), que en varias ciudades, como León, Astorga y Carrión, desde tiempo inmemorial se establecieron fiestas especiales para

Logia Independiente de Teósofos



conmemorar de un modo perenne la anulación del ominoso tributo. Es que creían con el solemne triunfo de Clavijo suficientemente vindicado el honor de la nación, y bien compensado el quebranto ocasionado por la flojedad, cobardía o malicia de algunos españoles.„

(Vid. ob. citada, págs. 119 a 130, tom. II, donde se trata magistralmente la cuestión del ominoso *tributo de las cien doncellas*).

Logia Independiente de Teósofos

# APUNTES ARQUEOLÓGICOS

## RELATIVOS AL SIGLO VIII

POR EL

Vizconde de Figaniére

### II

### Del nacimiento del rey Mauregato

En la crónica de Sebastián, Obispo de Salamanca, léese: "Silone defuncto, Regina Adosinda cum omni Officio Palatino Adefonsum filium fratris sui Froilani Regis in solio constituerunt paterno: sed praeventus fraude Maurecati, Tii sui, filii Adefonsi maioris *de serva* tamem *nati*, a regno dejectus, apud propinquos matris suae in Alava commoratus est. Maurecatus autem regnum, quod calide invasit, per sex annos vindicavit. Morte propria decessit, et sepultus in Ecclesia S. Joannis Apostoli in Pravia fuit. Æra DCCCXXV„ (año de J. C. 787, que debe sin embargo corregirse por 789).

Consta también que Mauregato no era bastardo en el sentido restringido de la palabra, sino en el genérico; era hijo natural. Nació siendo viudo su padre, según refiere Lucas de Tuy, que, después de enumerar los hijos legítimos de Alfonso I, añade: "Mauregatum, post haec habuit filium, qui fuit natus de ancilla qua-

Logia Independiente de Teósofos



dam de Caso pulchra nimis *post mortem Hermesendae Reginae*„ (CHRON. MUNDI, era 776). De este trozo, se viene en conocimiento de que la madre de Mauregato era muy hermosa y natural de Caso, lugar situado en el distrito de Liébana, y por lo tanto *asturiana*, no mora, como creen algunos escritores, engañados por una etimología presunta del nombre Mauregato *(Mauregnatus)*, nombre no único o singular como suponen, pues documentos coetáneos dan testimonio contrario a su afirmación. De hecho Flórez cita dos en que ocurre ese nombre, uno del año 878, otro del 960. (Vid. *Reyn. Catol.*, tom. I, p. 48); y corroborando estas atestaciones, encontramos también ese nombre en otros dos diplomas: en uno, de 832 figura como testigo un cierto *Mauregatus* (RISCO, *Esp. Sagr.*, tom. 40, app. 15), y en otro, de 991, se lee entre los testigos: "*Mauregado* Presbiter„ (RIBEIRO, *Dissert. Chronol.*, tom. I, app. 9, p. 202).

En cuanto a la duda suscitada por el propio Flórez sobre si la madre de Mauregato era simple "criada„ *ancilla*, voz de que se sirve el Tudense y otro cronista), o "esclava„ *(sierva* como dice Sebastián de Salamanca), nos parece ociosa semejante duda, que sólo pudo nacer de un erróneo concepto del valor de estos términos, y que se resuelve sin dificultad, si nos acordamos de que no había *esclavos* en aquellos tiempos del reino neogótico, institución de que sólo hubo ejemplo a contar del siglo IX cuando los cristianos comenzaron a economizar la sangre de los moros procurando conservar la vida de los prisioneros, reservándolos para la *esclavitud*. La clase dependiente, eran *siervos de la gleba*, y no esclavos en el sentido genuino y legal de propiedad.

Logia Independiente de Teósofos



Por esto los vocablos *ancilla* y *sierva*, empleados respectivamente por los cronistas deben interpretarse dándoles igual valor y aplicarse siempre a persona de condición *servil*, quier ella pertenezca a familia destinada al servicio doméstico, quier a alguna de aquellas que se ocupaban en los trabajos rústicos. Ya en tiempos de los godos eran sinónimos, aunque con referencia al estado propiamente de esclavitud, como se conoce por los textos del Código Wisigothico, lib. 3, tit. 2: "Si mulier ingenua *servo* alieno... se matrimonii sociave rit... sit *ancilla* domino ejus *servi*„ (§ 3). "Si mulier liberta *servo* alieno se conjunxerit... si *ancilla* domino ejus cujus *servo* conjunxit„ (§ 4). "Quicumque *ancillam* suam *servo* alieno... uxorem dederit... dominus *servi ancillam* ipsam cum filiis omnimodis suis vindicabit.„ (§ 5, vid. PORT. MONUM. HIST., *Leges*, vol. 1, pág. 35). Aquí la distinción en el uso de los dos términos se limita al sexo del individuo, aplicándose *servus* al hombre y *ancilla* a la mujer. Obsérvase la misma diferencia en la legislación de Justiniano: "Si quis *ancillas* cum suis natis legaverit, etiamsi *ancillae* mortuæ fuerint„ etc... "... si ordinarii *servi* cum vicariis legati fuerint...„ "sed si *servus* cum peculio, etc...„ (Instit., lib. 2, título 20, § 17).

Aún cuando la voz *ancilla* (derivada del verbo antiguo *anclo*, esto es, "yo sirvo„) tuviese en su origen un significado que no se ligaba precisamente con la idea de esclavitud, llegó con todo a adquirir ese valor tanto en el lenguaje forense (vid. las citas ut supra; y entre otros lugares: "... nemine permittentes, neque invitam mulierem, *ancillam*, aut *liberam*, in scenam, aut orchestram pertrahere, "JUSTIN. *Cod.* lib. 1, tít. 4, § 33), ya en el clásico ("ancillam *aere emptam suo*„

Logia Independiente de Teósofos



TERENT. PHORM. a. 3, sc. 2), ya también en el lenguaje bíblico, que igual sentido le da la Vulgata y en ningún pásaje con mayor claridad que en la Epístola a los Galátas: "Quoniam Abraham duos filios habuit, unum de *ancilla* et unum de *libera*.„

*Servus* era también, por otro lado, una derivación genuina de la idea de esclavitud, derivándose o formándose del verbo *servo*, "yo guardo„, "conservo„, "reservo„, "preservo„, "salvo„, etc., con aplicación al aprisionado en la guerra (*preservado* de la muerte, *reservado* para el servicio), que fué el origen de la esclavitud. Como en tal hipótesis, primitivamente tuviese una referencia exclusiva a los hombres, porque de ordinario sólo éstos van a la guerra, tenemos aquí la explicación del estilo paedominante en sus orígenes de designar al esclavo con la palabra *servus* y a la esclava con la palabra *ancilla*, más antigua que aquella, así como la libertad es más antigua que la esclavitud en la historia del mundo. Así se explica también la preferencia en lo antiguo de la palabra *ancilla* a la palabra *serva* o sierva, aún cuando esta forma no fuese desconocida para la buena latinidad.

("Ollí *serva* datur„... VIRG., *Æn.* V, 284;
"Maeoni regi quem *serva* Lycymnia furtim;
Sustelerát„... *Ibid* IX, 546),

y Ulpiano la emplea en un trozo del *Digesto* ("quí servum, *servam*, alienum, *alienam* recepisse„... lib. 11, tít. 3. Pero *serva* como sustantivo, es todavía rara ocurrencia antes de la decadencia de la lengua; y aún asimismo la voz *ancilla* es de uso trivial en el latín bárbaro del comienzo de la edad media, como v. gr. en la frase *ancilla Dei*, por "sierva de Dios„; y en un diploma del año 835, se lee: "et omnes *servi* Dei, seu

Logia Independiente de Teósofos



(entiéndase *et) ancillarum* Christi. (ARGOTE, *Mem. Eccles. de Braga,* t. 3, app. 3), conservando la distinción de los tiempos clásicos relativa al sexo.

La verdad que las palabras quedan aún después de modificadas las costumbres y las instituciones. En los períodos romano y visigótico *servus* y *ancilla* designaban "esclavo„ y "esclava„, individuos tenidos legalmente por propiedad. Posteriormente, en tiempo del reino asturiano, esas mismas palabras indicaban "siervos„ o "siervas„ "adscriptos a la gleba„, y no propiedad personal, los que sólo por abuso podían ser separados de la *tierra a que pertenecían,* y entonces comenzó también el empleo frecuente de la voz *serva* como sinónimo de *ancilla.*

## II

### De los castros

Sabido es que en buena latinidad *castrum* significa un castillo, una fortaleza, una ciudadela. Es con todo muy probable que apenas designase originariamente más que una barraca *(casa)* o pabellón militar defendido por muro o foso, y que después este significado se conservase para el plural *castra,* esto es, campamento (colección de pabellones) cercado de defensas. Más tarde se llamó también *castrum* a una villa fortificada, sita en lugar eminente, y *castellum* a una aldea o a simples habitaciones en las mismas condiciones defensivas.

Según la opinión que ha prevalecido, la voz *castro* que precede al nombre de numerosos poblados en la península hispánica, indica un lugar en que existió

Logia Independiente de Teósofos



antiguamente una fortaleza o plaza romana *(castrum)*. En algunos casos constituiría sin duda una villa fortificada; pero en otros y con mayor frecuencia es probable que la población se aglomerase posteriormente en torno de la plaza de guerra, y quizá y no rara vez, después de abandonada o destruída esta última.

La opinión de los anticuarios de otros países, viene a corroborar la de los nuestros. En la Gran Bretaña cualquiera villa cuyo nombre acaba en *caster* o *chester*, es considerada como ocupando el sitio de una antigua plaza romana *(castrum)*. *Castres* es nombre de diversas villas en Francia, y se atribuye siempre el origen de ese nombre al hecho de haber existido en el lugar o sus proximidades algún campamento romano *(castra)*.

En 1844, el ya difunto doctor João da Cunha Neves Portugal y Carvalho, publicó un artículo en el PANORAMA (vol. 3, ser. 2, pág. 269; véase también el ARGH. PITTORESCO, vol. 5, pág. 83 y 84), respecto a los llamados *castros* en Tras-os-montes, e inclinándose a las propias observaciones hechas en la localidad y al juicio emitido por D. José Verea y Aguilar en su HISTORIA DE GALICIA (Ferrol, 1838) acerca de los *castros* de Galicia, disentió de la opinión común, y avanzó hasta la idea de que fuesen simplemente templos célticos los sitios llamados castros.

El principal argumento aducido para destruir la creencia popular es que los castros en cuestión se hallaban generalmente en planicies que consistían en pequeñas eminencias circulares de apenas una vara de alto, en cuya superficie mal cabrían trescientas personas. De ahí que, concordando con el Sr. Antonio Ferreira de Sousa, Arzobispo de Lacedemonia, se conformase el doctor João da Cunha "na opinião de que

Logia Independiente de Teósofos



„os taes *castros* nao podían ter sido o que indica éste „nome, e que o dizerem eram reductos ou fortins le„vantados pelos christaos para se defenderen das „correrías mouriscas nao era mais do que a explica„ao „popular e banal de que acima fallámos, atribuindo „tudo a mouros„. Alega después el testimonio del historiador de Galicia para formular la opinión o conjetura relativa a templos célticos.

No contestamos el resultado del examen local hecho por los ilustres escritores, ni la plausibilidad de su hipótesis; esto es, no lo contestamos, se entiende dentro de los debidos límites; pero sí sostenemos que sería grande error generalizar semejante sentencia. No a todos los lugares calificados de *castros*, conviene la descripción apuntada arriba; muchos hay que no entran en esa categoría. Por ejemplo, Castro de Caldelas, donde estuvimos, en la provincia de Orense, es una villa de muchas calles y asaz poblada, sita en la vera de la sierra a una grande elevación del lecho del río, y que en el centro tiene un castillo medioeval. De allí gózase de un magnífico panorama que se extiende hasta la tierra de Lemus.

En lo que buenamente consentimos, es en que fuese dada por el pueblo en tiempos relativamente modernos, la designación de *castros* a algunos sitios, equivocándose, al hacerlo así, en cuanto al origen de aquellas antiguallas; pero sí, sustentamos, que hay otros lugares donde el nombre de *castro* se conservó por tradición desde remota antigüedad. En estos últimos casos, la aplicación del nombre, es correcta y adecuada; porque sin duda alguna hubo allí fortalezas romanas. En los otros, la expresión se originó de la ignorancia popular. Tanto más de notar es esto, cuanto

Logia Independiente de Teósofos



en los casos genuinos, el nombre de *castro* no pudo fundarse en el hecho, que no tuvo realidad, de haber existido allí "reductos ou fortins levantados pelos *„christaos para se defenderem das correrías mouriscas„*, según se expresa el doctor João da Cunha, con vista en la tradición local, tradición que en casos como estos, no podía surgir antes del siglo VIII. En los casos genuinos, la tradición tenía que ser ya antigua en ese siglo, trayendo su origen del período de la dominación romana.

He ahí, pues, como se pueden conciliar dos hechos que de otro modo se confutarían mutuamente, al paso que restringiéndolos a sus respectivos límites no se rechazan uno y otro.

De hecho la opinión antigua y preváleciente, a la que nosotros nos ceñimos ahora y a lo adelante, se confirma ella misma por los textos de documentos auténticos, o mejor por la hilación que se deduce de su exámen. En el tomo 40 de la *España Sagrada*, se mencionan en los dos siglos VIII y IX, once lugares en Galicia de la categoría que nos ocupa; a saber: Castrum de Recimir, castrum de Bagasius, castrum Santæe Christinæ, castrum Sanctæ Eulaliae, castrum Francos, castrum Ortogi, castrum Sancti Martini, castrum Sancti Cipriani, castrum de Boemiro, castrum Salamiri y castrum Insulae Minei.

En uno de estos lugares, castro Santa Cristina, se encastilló el musulmán Mahamud con sus compañeros, cuando, ingrato a la acogida que en su desgracia había tenido de Alfonso el Casto, se sublevó contra la autoridad de éste. El rey puso sitio al lugar que tomó, pasando a filo de espada a los sarracenos y a su caudillo inclusive ("omnium Sarracenorum cervices ad terram

Logia Independiente de Teósofos



postravi... interfecto ipso Principe„; doc. de 832, que indica así el local: "Castrum *quoddam* quod vocatum est *ab antiquis*, castrum Sanctae Christinae„). Un diploma de 897 coloca castro Santa Cristina en *tierra de Humano*, siendo, pues, probable que ocupase el sitio de la actual aldea de Castro en la parroquia de Santa Cristina de Paradela, a dos leguas de la margen izquierda del río Miño.

Al referirse a la rebelión de Mahamud, el monje de Albelda llama *castrum* a Santa Cristina; pero Sebastián de Salamanca, emplea dos veces el vocablo *castellum* y *castrum* una vez, refiriéndose al mismo lugar. Eran, pues, términos sinónimos.

Con relación a castrum Ortogi, leemos lo siguiente en un documento de 841: "et ipsum castrum integrum cum *edificiis* et *parietibus*„.

De nuestras citas se deduce que las murallas, por lo menos en parte, se hallaban en pie; y en la segunda relativa a castro Ortogi, situada en la entonces llamada *tierra de Licinio*, entre los ríos Miño y Cabe, se hace alusión a los *edificios* (del pueblo) como acabamos de ver. Las condiciones eran, pues, muy diferentes de las descritas por D. José Verea y el Dr. João da Cunha en lo tocante a los castros que vieron en Galicia y en Tras-os-montes.

Ni sería respuesta decir que los castros de nuestra lista no eran sino castillos en el sentido medioeval. Con efecto, lo que, por la primera cita se dejaba ya sospechar en vista de la palabra *quoddam*, de que también se sirve el Obispo Sebastián en su crónica, esto es: que los castros no eran aprovechados entonces por la autoridad como plazas de guerra, y que el haber Mahamud echado mano de uno de ellos, fué

Logia Independiente de Teósofos



caso accidental, que asimismo es corroborante de nuestra sospecha; se torna en evidencia al ver que tanto esos dos, Santa Cristina y Ortogi, como todos los otros nueve que constan en la lista ut supra, figuran en los documentos como *objetos de donación*, hecha a la sede de Lugo, juntamente con heredades y otros bienes. Esto demuestra que ningún valor se atribuía ya, en sentido militar, a esas antiguas plazas.

El trozo citado arriba es por demás elocuente: "castrum quoddam quod vocatum et *ab antiquis* castrum Sanctae Christinae„, donde se ve que en 832, ese castro era obra de tiempos ya antiguos, siendo la natural interpretación que fuese una plaza romana, cuyas fortificaciones subsistían en estado de poderse utilizar, aunque más o menos arruinadas, pues de ellas se aprovechó Mahamud.

El hecho de haber recibido nombres de santos cuatro de los cuatros enumerados, viene a dar fuerza, a nuestro modo de ver, de que las poblaciones, en su mayor parte, eran *posteriores* a la construcción de las fortalezas, perteneciendo estas generalmente a los tiempos del paganismo, y aquellas a la era cristiana. Cumple notar que había iglesia en todos los once castros, siendo, pues, de creer que en algunos casos el nombre del castro o del respectivo poblado proviniese de la advocación del templo.

No obstante el hecho que establecemos del abandono en que los neogodos dejaron los once castros o antiguas plazas romanas mencionadas en la lista, hecho que, sin gran riesgo de desacierto, se puede generalizar; es con todo probable que de algunos se aprovechasen en otras partes, cuando las ventajosas condiciones de la situación y el estado de conservación de

Logia Independiente de Teósofos



las obras de defensa, coincidiesen con alguna necesidad pública o local.

En la margen derecha del río Lor, una legua o algo más al Sur de la villa de Seoane, existe la población de Castro Mogoche, donde, según oímos decir á personas de la vecindad, se ven aún restos de una antigua fortaleza o castillo. La tradición corriente en la localidad es la de que allí estuvieron fortificados los sarracenos durante la ocupación mahometana de Galicia, que no pasó de cuarenta años y dió comienzo por los de 714 o 716; y tan arraigada está la creencia en el lugar y en el pueblo de las cercanías que dejaron enterrados tesoros en Castro Mogoche, que aún hoy se hacen excavaciones en busca de ellos.

Es de hecho, muy creible, que ni todas las plazas romanas estuviesen desmanteladas aún en el siglo VIII, y que subsistiesen algunas en regular y conveniente estado de conservación, las que, fortalecidas con nuevas obras, aunque extrañas al arte antiguo, se aprovechasen como puntos de defensa o de atalaya. Sirve de apoyo á nuestra conjetura la solidez que los romanos daban a sus obras de albañilería, de que todavía permanecen muchos monumentos en diversos países, y en el gallego mismo lo atestiguan hoy las murallas de Lugo, que, con casi todos sus torreones (fueron primitivamente ochenta y seis), han quedado en pie desde la época de la dominación romana.

Además de eso, es, finalmente, presumible que, los godos de Toledo, por lo menos en los primeros tiempos de su gobierno, se sirviesen militarmente de las plazas dejadas por los romanos, conservándolas con obras de restauración y acrecentamiento, lo que ha-

Logia Independiente de Teósofos



bría contribuído mucho a la existencia, aún en el período neogótico, de algunos de esos antiguos monumentos de guerra.

## III

### De la nobleza

En los documentos pertenecientes a los dos o tres primeros siglos del reino asturiano se ven mencionados los grandes y los nobles con denominaciones varias que Antonio Caetano de Amaral quiere que sean sinónimas, a saber: *optimates, comites, capitanes, maiores natu, magnates, príncipes, potestates, proceres, primates, ordo consularis, nobiles, milites, fideles,* designaciones que a veces figuran con adjuntos (como *regni, terra, curia, palatii,* etc.); y otras veces sin ellos (véanse las citas en las notas 152 a 143, en la Mem. IV de AMARAL, *Mem. de Litter. Portug.*, tom. 7, pp. 135 a 143).

Que muchos de esos títulos se empleasen en sentido genérico es muy probable; pero sería arriesgado suscribir a la opinión de Amaral en toda su latitud. Nos parece que algunos indicarían personas que ejerciesen o hubiesen ejercido alguna comisión regia, y no una mera distinción de casta. Así, por ejemplo, *maior natu* no sería expresión equivalente a *ordo consularis,* y que aquella implicaba idea de casta, y que esta se refería á la circunstancia de dignidad oficial.

El título *comes* o conde no tenía en esa época la restricción que le era propia en tiempo de los visigodos cuando se atribuía exclusivamente al cargo de gobernador de una ciudad, así como el de *dux* o duque

Logia Independiente de Teósofos



al encargado de la administración de una provincia. De lo que se saca de los diplomas puede inferirse que, a par de su significado de gobernador, fuese de una ciudad o fuese de un territorio (pues ya no aparece el título de *dux)* que subsistía en el nuevo reino de Asturias, para los que desempeñaban esos mandos, se daba también a personas que ocupaban otros y diversos ministerios en el palacio o en el Estado. Es que el título de conde comenzó a considerarse como inherente al individuo, aún después de exonerado del cargo, mas sin carácter hereditario.

Con relación al tratamiento de *príncipe,* aún cuando a veces figura como sinónimo de *rei,* rey, en general se equiparaba a los otros títulos de nobleza. Ninguna indicación hallamos de que en el siglo VIII se aplicase especialmente a los individuos de real estirpe, ni tampoco que se diese a los hijos e hijas del soberano el título honorífico de *rey* o *reina,* como en siglos posteriores fué uso y costumbre en los reinos de la península hispánica.

Por lo tanto si, por conveniencia, nos hemos servido a menudo de la designación de *príncipe* con respecto al destronado Alfonso, hemos, no obstante, procurado no poner ese título en boca de ninguno de los personajes de la novela.

El tratamiento de *dom* y *dona* no era aún del estilo en el siglo VIII. Comenzó a fines del siguiente o principios del X; pero con intermitencias, como se conoce por las escrituras producidas en la *España Sagrada,* y por Berganza, en *Antigüedades.* En un documento de 899, por ejemplo, se ve figurar con el título de *dom* a varios particulares, y se mencionan sin él al rey Alfonso y a los condes Munio Núñez y Gonzalo Fernán-

Logia Independiente de Teósofos



dez (BERGANZA, en los apéndices, Escrip. 7; vid. et Escrip. 17). A partir del siglo IX se daba en general el tratamiento en cuestión a las mujeres nobles, en tanto que muchas veces se omitía con respecto a sus maridos (vide los documentos en las obras citadas).

En cuanto a las distinciones de *rico home* y de *infanzón* no figuran aún en los documentos del tiempo que nos interesa.

Los infanzones comienzan a aparecer en el siglo X. El foral de Castro Xeríz, de 974, los menciona. (HERCULANO *Hist. de Port.*, tom. 3, pág. 284, 1.ª edic.) En el ejemplar del Concilio Coyacense, constante del Libro Negro, a ellos se alude como gobernadores juntamente con los condes. "Ut omnes comites et *infanciones imperantes terre* et regales vilici per justitiam subditos regant„, es del año 1050. El ejemplar español de Muñóz y Romero, trae *maiorini regales* en lugar de infanciones (ambos van reproducidos en los PORTUG. MONUM. HIST., *Script., Conc. Coiac.* bajo el tít. 7). Vese, pues, que los infanzones, al igual que los condes, tenían entonces no sólo poderes administrativos, sino también atribuciones judiciales.

En cuanto a Portugal, una de las noticias de origen más remoto acerca del título o jerarquía de *infanzón*, hállase en el Censual de Porto, al fol. 96 vuelto, citado por RIVEIRO, en las *Dissert. Chron.* e *Crit.*, tom 4, part. 2, pág. 149. Allí se lee: "et illos *Infanziones* que erant in Portugale Gomize Eicazi, Menendus Gonsalvis, et Godmo Venegas, et aliorum multorum filium omnium bené nadorum qui erant in Palenciam de Conde„, etc. Es del año 1059.

Finalmente, y volviendo de nuestra digresión, el tratamiento de "caballero„ *(miles)* que damos a Guesto

Logia Independiente de Teósofos



Ansures, era uno de los términos genéricos para designar un hombre noble sin dependencia de cargo; se fundaba en la idea de casta, en la guerrera, que era la noble. No sería sinónimo de los títulos de grandeza *(optimate, conde, magnate,* etc.); porque incluído en éstos, no los habría alcanzado él todavía. El *nobiles, miles, fideles,* creemos eran sinónimos, aunque este último tendría un sentido más restringido y exclusivo, así como refiriéndose a nobles y grandes que fuesen compañeros y partidarios del soberano, distinción muy a propósito y significativa en aquella edad de frecuentes intestinas guerras.

## IV

### De la aclamación de Mauregato

La opinión de algunos historiadores de que Mauregato se apoderó del trono con el auxilio de una fuerza musulmana enviada por Abderrhaman, emir de Córdoba,—habiendo hasta quien diga que "fué alzado rey en Toledo„. *(Cranicón del Monasterio de Cardeña,* publicado por BERGANZA, *Antig.* part. 2, apéndice, página 583)—, no se asienta en noticia alguna aceptable; y la poca autoridad del citado cronicón de Cardeña, se consigna en MASDEU, *Hist. Crit. de España,* t. 16, cap. 3, art. 2..n. 13.

Los cronistas más antiguos omiten esa circunstancia. El primero en mencionarla es Rodrigo de Toledo, que vivió cuatro y medio de siglos después del suceso. El Padre Manuel Risco *(España Sagrada,* tom. 37, páginas 121 y 191) no rechaza esa versión, apoyada para ello en el § 11 del instrumento de las actas del Conci-

Logia Independiente de Teósofos



lio Ovetense, bajo el año de 811. Su antecesor el Padre Enrique Flórez tuvo por apócrifo el documento en cuestión, y en eso le siguieron otros.

Risco en su disertación (tomo citado, cap. 22) pretende vindicar la genuinidad de las actas; pero parece desconocer que esto mismo militã contra la opinión de un auxilio mahometano prestado a Mauregato, opinión que él pretende favorecer.

En el § 11 del indicado instrumento se trata de una batalla reñida cerca de Oviedo entre "los Moros y algunos malos Christianos... de una parte„ (reza e texto del original: *alienigence et plerique falsi christiani)*, capitaneados por un cierto Mahamud, y "el Rey Catholico y gran multitud de Christianos de otra„ *(quibus Rex Catholicus occurrens cum multitudine Christianorum, loco praedicto commiserunt bellum)*.

Aquí ese "Rey Catholico„ no sería otro sino el propio Mauregato, según se ve en el texto ("principiante Asturiensibus Christianis Mauregáto invasore regni Adefonsi Casti„). Eso mismo reconoce Risco, quien a más y más coloca el hecho en el año 783, y dando a Alfonso ya huyendo camino de Alava.

¡Se nos presenta, pues, a Mauregato, combatiendo en el año de su usurpación contra aquellos mismos que habían venido en su auxilio, e contra una parte de ellos! ¿Es que entonces se hace necesario suponer que después de ser su auxilio, las tropas amigas, se convirtieron éstas en devastadoras del país? Pero eso, en falta de otra base para semejante deducción o hipótesis, no puede admitirse, y la buena crítica no puede consentirlo, y menos aún, estando sujeto a sospecha de su veracidad el monumento que estamos considerando.

Admitida, si se quiere, su autenticidad, constituiría,

Logia Independiente de Teósofos



en cuantos a nosotros, un argumento de alguna fuerza contra la afirmación de Rodrigo de Toledo relativa al auxilio. De hecho podríamos así conjeturar plausiblemente que los sarracenos, nada más hicieron que aprovecharse de las disensiones que había en Asturias a consecuencia de la elección de los dos reyes, para invadir el país *(quia si in Asturiis non fuisset dissencio, et duorum Principum electio)*, como reza el precitado § 11 de las actas); y a ellos se juntaron los *malagatos*, maragatos (bereberes cristianos establecidos en el distrito de Astorga), que, según Dozy, tales serían los *plerique falsi christiani* (vid. RECHERCHES SUR 1, HIST. et ESP., tom. 1, pág. 135).

Finalmente, las palabras de que se sirve Alfonso el Casto en una carta de confirmación a la Sede de Lugo en 882, con alusión al usurpador: *quod fraude Mauregati calida amiseram*("Ego... postquam, anxiliante Deo, Regni totius Gallecie est seu Hispaniae suscepi culmen, quod fraude Mauregati calida amiseram„, *Esp. Sagr.*, tom. 4, appénd. 15), se refieren claramente a un acto de perfidia, no a una simple invasión de territorio, aunque hubiese en aquel acto alguna violencia como es lícito sospechar. Lo mismo se deduce del texto del Obispo Sebastián, citado al principio del Apunte I: *praeventus fraude Mauregati;* y en el trozo que le sigue más abajo *(quod catide invasit)*, pide el contexto que *invasit* sea traducido "se apoderó„, que es también uno de los significados propios de ese verbo.

## V

### De los condados de Lugo

En el tiempo de los suevos y de los godos, el te-

Logia Independiente de Teósofos



rritorio de Lugo se dividía en once condados, según se deduce de las actas del Concilio Lucense, en que parecen determinados sus respectivos límites.

Aunque Flórez, en el tom. 4.º de la *Esp. Sagr.* tiene por apócrifas esas actas, aún no siendo en verdad originales, no por eso dejarán de dar fe de los actos que se refieren, según lo demuestra Risco en el tom. 40 de la misma obra.

Es cuestión esa que no atañe a nuestro propósito; que no es otro que apenas observar que, a pesar de la alusión hecha en varios diplomas de los reyes de Asturias, a los condados del territorio que dominaban, no se deduce claramente que subsistiesen en ese tiempo como divisiones administrativas o judiciales, y que aún hay motivos para inferir lo contrario. Observaremos también que los nombres que Alfonso II el Casto les da en su carta de 832 (*Esp. Sagr.*), tomo 40, apénd. 15), donde los designa como *provincias*, no corresponden en su mayor parte a los nombres de los condados que constan en las actas citadas del Concilio Lucense; aunque algunas veces se hallan conformes en cuanto al aérea y los límites, que el rey no particulariza.

En los tiempos neogóticos las divisiones administrativas de la provincia de Lugo, debían de ser en bastantes casos, muy otras que las existentes en el período del reinado de los suevos y de la sujeción de Galicia al Gobierno de Toledo.

## VI

### De la presuria o modo de poblar

Los cristianos muzárabes, emigrando del Sur forzada o voluntariamente constituían el principal ele-

Logia Independiente de Teósofos



mento de la nueva población. El hombre más importante del grupo emigrante tomaba posesión *autorizada* de tierras vírgenes o propiedades vacantes y aun de un territorio o distrito entero,como sucedió con Odoario, Obispo de Lugo.

Este acto se denominaba *presuria*, de donde vino el calificarle de *presor* al jefe de los pobladores y aún también al de las subdivisiones del grupo, cualidad o título que trasmitía a los descendientes con la herencia. Este título, no obstante (si así se puede llamar el que designaba antes una clase social), envolvía generalmente la idea de una persona no de la nobleza. No parece, acaso por esto, que lo hubiesen adoptodo sujetos de consideración que como Odoario y otros tomaron sobre sí la empresa de poblar grandes territorios; y sí solamente aquellos que lo hacían en menor escala por su propia cuenta, y muchas veces hasta por cuenta ajena.

La *presuria* no designaba una conquista; era un acto pacífico, como se infiere del contexto de los diplomas, y significaba simplemente "toma de posesión„. ¿Iría por lo tanto acompañada de alguna formalidad consuetudinaria o legal? Es probable; y tal vez variase conforme al país. Para el caso de esclarecer el punto, sólo tenemos noticia de dos documentos, ambos del mismo año 870, y referentes a nuestra provincia del Miño.

Uno es el instrumento de donación de Cartemiro a su mujer Astrilli, encontrado en el cartulario del monasterio de Pendorada, y producido en su integridad por Juan Pedro Ribeiro *(Dissert Chron.* e *Crit,* tom. 1, appénd. 2), documento ya antes de eso citado por Viterbo. *(Elucid. verb.* "Alvende„). He aquí el pasaie que

Logia Independiente de Teósofos



nos interesa: "Contestamus ad ipsa Eclesia illa hereditate, por suis terminis, quos habuimos de presuria, quos preserunt nostros priores, *cum cornu, et cum alvende* de Rege„, etc"

El otro fué descubierto en el Libro de Doãçoes de Mummadomna, y reproducido por José Anastasio de Figueiredo en la *Nova Historia de Malta*, part. 1. § 159; y a él también se refiere el mismo Viterbo en el suplemento del *Elucidario*, verb. "Cornu„. Es una carta de donación pasada a una iglesia por Flomarico y sus *dos* mujeres ("*conjugea* mea, Gundila Scelemondo et *uxore* mea Astragundia„); es con referencia a la villa de Negrellos, y dice: "que presimus *cum cornam et alvende* Adefonsus Principem et Comite Lucidu Vimarani„.

Viterbo dió primero el mismo valor a las dos voces *cornu*, y *alvende*, es decir "albala„ "escritnra„ "licencia„, "autoridad„, "decreto real„, etc. (*ibid.*, sobre los dos respectivos vocablos).Mas después, en presencia del documento de Flomarico, mudó de parecer en cuanto a la palabra *cornu* dándola la significación de "tintero„, y conservando a la de *alvende* la definición de "albala„, etc. Ribeiro en sus correcciones al Elucidario, traduce *cornu*, por "bocina bélica„, y *alvende* o *albende* por "bandera„ o "estandarte bélico„ (*Dissert, Chrone, Crit.*, tom. 4, part. 2, pp. 110 y 118).

La interpretación de Viterbo, aunque literalmente errada, era fiel en cuanto al espíritu; y de este último no desentona la corrección de Ribeiro, que es compatible con un acto pacífico. Quiere decir que en las tierras del Miño la *presuria*, la toma de posesión se hacía *a son de bocina y con bandera desplegada*, por autoridad del soberano (*"de Rege; Adefonsus Principem„*), y,

Logia Independiente de Teósofos



con la intervención, a veces, del gobernador territorial (*"et comite„...)* Era una formalidad o solemnidad marcial, al parecer, pero de hecho pacífica. Si nuestra costumbre se observaba en la provincia de Lugo, o en otras tierras sujetas al trono asturiano, es lo que no sabemos, aunque nos parece bastante verosímil en los casos en que la presuria se autorizaba en una concesión regia, lo que no siempre sucedía, como veremos de paso.

Anudando, pues, el hilo de nuestra exposición, haremos notar que la presuria no se limitaba solamente a la apropiación de terrenos baldíos o vacantes, si es que nunca se hiciese sin algún título justificable, lo que no damos por averiguado, por no conocer ejemplo de eso. Se fundaba en una autorización o concesión del poder soberano ("Nos omnes pressores. . venientes de Africa ad pressuram ad Gallecia terra... per *jussionem* domni Adephonsis Principis et *presimus* villas et hereditates„ etc.; documento de 737, *Esp. Sagr.*, tom. 40, appénd. 11); ya en un contrato con particulares ("Item terris quae *pro justo pretio emimus*, et per nostras pressuras *presimus„*; el mismo doc. ad fin). La primera cita se refiere a heredades antiguas que habían caído en vacantes; al paso que la segunda es relativa a una compra que fué el título en que se fundó la presuria y *que la precedió*; circunstancia, se ha dicho con referencia a lo ya afirmado, que explica bien la significación pacífica de aquel acto. Viterbo definió la palabra *presuria*, dándola el significado de "conquista„, "reivindicación hecha con mano armada„, y en esto fué seguido por los diccionarios. Tal interpretación es de todo punto equivocada e implica evidente error, en nuestro concepto. El documento único alegado en el texto

Logia Independiente de Teósofos



del *Elucidario* (verb. "Presuria I„), ninguna luz derrama en el asunto, al paso que en la respectiva nota al fin de la página, se citan trozos de varios diplomas, que rechazan aquella definición; y tanto es así que la nota termina con esta glosa: "E bem claro está, que estas tomadias, e outras muitas, nâo foran feitas con mâo armada.„

Presuria, lo dijimos ya, significa, por modo especial, "toma de posesión.„

El presor establecía una familia de siervos suyos en cada propiedad que se proponía poblar (*ex familia populare*). A veces era una "villa„, ya delineada anteriormente por los antiguos dueños; otras veces se demarcaba un área determinada de tierra virgen, que era confiada a familia servil. Las expresiones de los diplomas "ex squálido planare„, "de squalido adprehendere„, eran aplicables a una y otra especie; porque *squalidus* señalaba apenas el estado inculto (*squallidus ager* de la clásica latinidad) ya se refiriese a un suelo baldío, ya a una reducido a barbecho o matorral por el abandono. De esta última hipótesis tenemos un ejemplo claramente indicado:... "habet *eam* (villam). Dominus Episcopus de sua presâ in *scalido jacente* (*Esp. Sagr.*, tom. 16, appénd. 1), retazo que sólo conviene a una antigua "villa„, es decir, a una quinta o granja despoblada. En abono de la otra explicación del vocablo, se nos ofrecen los siguientes pasajes de un documento de 781:.. "istum locum quod dicunt Oveto, tu jam dicte Maximus *prius* eraxisti, et *planasti* illum, una cum servos tuos *ex squalido*, nemine possidente, et populante de monte„, etc. Y más abajo: "hunc locum *squalidum* ad nullo habitante *irrumpimus*„ (*ibid.*, tom. 37, appénd. 6). Tratábase aquí evidentemente de un

Logia Independiente de Teósofos



sitio que nunca había sido roturado antes, ni de ello los habitantes conservaban memoria alguna.

En uno y otro caso, tomaba la propiedad el nombre del jefe de la familia servil, y el presor abastecía a ésta, por lo menos algunas veces, de utensilios y animales de labor, y también con el auxilio de brazos extraordinarios, para la construcción del caserío, o arreglo del que por ventura ya existiese.

Asimismo acontecía a veces que fuese de condición libre la persona a quien se confiaba la heredad o granja a poblar: algún amigo, compañero de emigración, o un pariente mismo *(ex sirpe populare)* del poblador principal. Este también trasmitía su nombre al sitio.

Otras veces el jefe de la familia servil adquiría los fueros de hombre libre, y así los otros miembros de ella; pero estos casos, según parece, eran excepcionales.

Estas particularidades se deducen de documentos en la *Espapa Sagrada,* tomo 40. apéndices 9, 10, 11 y 12.

En los llamados testamentos (nombre que se daba entonces a las mismas donaciones *inter vivos)* del Obispo Odoario, y en otros diplomas del siglo VIII tocantes a Lugo, todas las propiedades rústicas se designan "villas„, salvo una que otra mencio de heredades (*hereditas*.)

*Villa* era la palabra aceptada de los tiempos clásicos, como se ve en muchos autores latinos, y señaladamete en Varrón *(De Re Rust,* I, ib. 1, c. 12, y rigs) y en Catón *(De Re Rust.,* c. 3, 4, 14 y otros), refiriéndose estos escritores a caserios más particularmente (villa *urbana, rústica, fructuaria,* para distinguir la re-

Logia Independiente de Teósofos



sidencia del dueño, de la de los caseros y los cilleros; pero no era raro ver aplicada la palabra también a la propiedad en toda su superficie o extensión. Este último sentido es el que le dan los documentos del período neogótico, y aun posteriormente a éste, y que corresponde, por tanto, al que hoy llamamos *granja o quinta*.

Este no obstante, es posible que alguna vez *villa* significase también "población„, como sinónimo de aldea y aun municipio mismo, según piensa Hèrculano (*Hist. de Portugal*, tomo. 2, pág. 294, 1.ª edic.); pero en los documentos que tenemos a la vista no acontece así, sino que puede ser lo más probable, que en algunas de esas granjas, las habitaciones de los siervos, por su número, formasen una aldeucha o una aldea quizá. Hay, no obstante casos, en que todos los moradores de la "villa„ vienen mencionados por el nombre. Así, "villa Marci„, era habitada por *homines humillimi*, libertos de Odoario, a saber: Alvitus y su mujer Ika, además once parientes, que se designan por sus nombres. Aun no eran muchos para formar una aldea; pero ¿cómo suponer que se formase una de sólo los *cuatro* siervos establecidos en la "villa de Benàti„, aunque tuviesen hijos?

Más tarde aparece con frecuencia otra especie de hacienda rústica llamada *villar* o *villare*. En diplomas del siglo VIII sólo lo encontramos una vez... "et per ipsum *Vilare* que decitur. Desiderii„ (doc. del año 775, *Esp. Sagr.*, tomo 18, appénd. 2). Era vocablo desconocido de los latinos como sustantivo, y asimismo como adjetivo ocurre acaso apenas en Plinio (*villaribus gallinis;* Nat. (Hist. X, 41). Mas por el hecho de encontrarse bastantes veces a par de la palabra *villa*, y en

Logia Independiente de Teósofos



mismo documento—("*villares* cultos et incultos„... "Ecclesia N. cum suo *villare*„... "*Villare* ubi fundata est Ecclesia N. et inde vadit a *Villa*, Evolati„ doc. de 841 en la *Esp. Sagr.*, tom. 40, app. 16; "*Villas*, *villares*, tierras, saltos„ etc.; doc. de 842, *ibid* app. 18; "*villa* que dicunt Viogie„ "*villare* que dicunt Parata, "doc. de 922 *Esp. Sagr.*, tom. 14. app. 3)—es que *villar* designaba otro orden de propiedades, ya se quiera que por la menor extensión del terreno; ya por la clase inferior de las casas, ya probablemente por ambos motivos. Dudamos que le sea aplicable en España la interpretación de Du Cange (CLOSS, verb. *Villare*), o sea la de aldea de diez o doce hogares o familias. Nos parece más cierto que corresponde al diminutivo *villula* en la acepción que tenía en los tiempos clásicos, y que, por lo tanto, significaba "granja pequeña„. Es verdad que también encontramos el diminutivo *villula*; pero pocas veces. ("Ecclesiis et *villulis*„ doc. de 841. *Esp. Sagr.* tom. 40, apéndice 16, p. 377; véase también un documento de 832, en que esto ocurre, y se halla en los *Anales de* Galicia, por Huerta y Vega, tom. 2, escript 20). En el testamento del Obispo Miro, año de 979, se lee: "Et in comitatu Jerundense... in villa N. et per alias villas vel (entiéndase *et*) *villarunculas*„; y más abajo: "villas *et villarunculis* cum terris, et vineis, "BOFARULL. *Los condes de Barcelona*, tomo 1, página 99 y 101.

## VII

### De las revueltas populares

Aunque los vestigios que nos quedan del primer siglo del gobierno neogótico sean flaquísimos, aparece

Logia Independiente de Teósofos



a veces en los diplomas de aquella época, como ráfaga en noche cerrada, alguna palabra sugestiva, cuyo valor cumple no despreciar.

Entre ellas nos importa distinguir la significación y alcance de las revueltas de que nos queda memoria.

A contar desde el tiempo de Pelayo hasta el reinado de Mauregato, hacen los cronicones mención de tres revueltas: dos fueron obra de los *pueblos* de Galicia (una en el reinado de Fruela y otra en el de Silo); y sólo de una fueron autores los *siervos*, lo que ocurrió en el gobierno de Aurelio.

En cuanto a las dos revueltas atribuidas a los pueblos (*populos Gallice.. rebellantes)* sólo se explican bien por las injurias de los hombres nuevos (los godos refugiados) para con los moradores primitivos, que en su máxima parte eran de raza céltica, o celto-romana, y poblaban los distritos montañosos del norte a la llegada de los godos en busca de un asilo contra la invasión de los árabes.

Los *pueblos rebeldes* de los cronicones eran, pues, los descendientes de los celtas, y esta parte de la población libre, fué durante los primeros reinados, un elemento de sedición, circunstancia que, en cuanto a nuestro parecer, debió favorecer la inmigración mozarábica, promovida por los reyes de Asturias, no sólo para repoblar la tierra, que tal vez lo necesitase menos de lo que suele conjeturarse, sino también para contener y cohibir el elemento céltico con la justa posición de los elementos gótico y romano, templados por la civilización árabe.

Los sentimientos del celta Osoredo, que dejamos expresados en páginas anteriores de la novela, se fundan en esa nuestra inferencia.

Logia Independiente de Teósofos



## VIII

### De las fronteras meridionales

La historia no apunta cuáles fuesen los límites meridionales del reino cristiano por el lado de Galicia y de León después de la muerte de Alfonso I que, en sus expediciones militares, se internó tan lejos en el territorio mahometano. Se contenta con afirmar vagamente que en conformidad a los sucesos, demasiado desconocidos de la mayor parte, variaban las fronteras, siendo el Duero el extremo límite por el mar. Es probable que este modo de expresarse, represente la verdad de los hechos.

Es muy verosímil que se hubiese conservado hasta el río Duero el dominio cristiano aún en los días del reinado de Fruela I; porque otro Fruela, su tío, hermano del primero de los Alfonsos y padre de Bermudo el Diácono, parece haber gobernado en el territorio confinante a aquel río por espacio de doce años y medio, y aun cuando no se sabe en qué año comenzó este gobierno, es probable que aun alcanzase una parte del reino de Fruela I, que duró de 756 a 768 (vid MONACHI SILENSIS CHRONICON, en la *Esp. Sagr.*, tom. 17, app. último, pág. 280).

Consta que en 832 estaban Braga y Orense en poder de los musulmanes (*Esp. Sagr.*, tomo 40, app. 15); que en 835, la primera de estas ciudades se hallaba restituída al dominio cristiano (ARGOTE, tom. 3, apéndice 3); y que en 841, los infieles la poseían de nuevo (*Esp. Sagr.*, tom. 40, app. 16). No tenemos, por desgracia, auxilios para fijar la fecha, aproximada siquiera en que después de las conquistas de Alfonso I, el do-

Logia Independiente de Teósofos



minio mahometano tornó a extenderse entre el Duero y Miño, ni tampoco para determinar hasta qué línea llegase, o si pasaba más el norte de este último río.

Hay con todo un acontecimiento que considerado en sí, y a la luz de los monumentos coevos, nos permite establecer lo siguiente:

Que en los reinados que mediaron entre Alfonso I el Católico y su nieto Alfonso II el Casto la autoridad de los reyes de las Asturias y de sus lugarestenientes se extendía hacia allá del río Sil, y por el país del Vierzo, aun suponiendo con referencia a éste que el territorio al naciente de la gran serranía de León no estuviese incluído, lo que de hecho es muy dudoso, ya quē está generalmente acreditado que los cristianos conservaron la posesión de las ciudades de León y Astorga desde su conquista por Alfonso I.

El acontecimiento que se nos figura esclarece el aludido punto, fué la invasión de los sarracenos en 791, reinando Bermudo I el Diácono. En este año mandó el emir Hixem una expedición de 39.000 hombres contra los cristianos del norte, la que entró por los territorios de Astorga y de Lugo dondé hizo grandes destrozos y volvió cargada de despojos al emirato. Mas uno de los cuerpos del ejército invasor tuvo que luchar con las fuerzas de Bermudo en Burbia, lugar sobre el río del mismo nombre, cerca de Villafranca del Vierzo; y de la batalla salió Bermudo victorioso, según los cronistas cristianos, al paso que los historiadores árabes reclaman la victoria para los suyos. Estos últimos consignān el hecho de que *toda Galicia* fué recorrida y talada por los mahometanos (CONDE, *Hist de la Dom. de los Arabes*, par. 2, cap. 27). La invasión no pasó, pues, de una correría, y los vencedo-

Logia Independiente de Teósofos



res, si es que lo fueron, evacuaron en seguida aquel territorio.

¿No está ésto indicando que el dominio de hecho pertenecía a los cristianos en toda, o en casi toda Galicia, y en el Vierzo?

Datos fortalecidos por otras especies, vienen a corroborar la hilación.

Léese en la crónica de Sebastián de Salamanca: "Iste (el rey Silo) cum Ismaelitis pacem haberit Populos Gallaecie contra rebellantes in *monte Cuperio* bello superavit et sub Imperio subjugavit." El monte Cuperio era el mismo que hoy se llama Cebrero, situado unas cinco leguas al norte del Sil en territorio que por el hecho antes arriba referido, estaba ciertamente bajo el dominio de los reyes de las Asturias.

En el privilegio de Ordoño II, en 922 (*Esp. Sagr.*, tom. 12, app. 3) al monasterio de Samos hace este soberano un resumen histórico de este convento desde su segunda fundación, o mejor, desde su restauración por el abad Argerico en días del rey Froila o Fruela, y da una relación de algunas de las "villas„ y "villares„, o digamos granjas y caseríos que "per ordinatione ipsius Principis *prendiderunt;* quiere decir que los habían tomado los monjes de presuria y los poblaron. Entre otras propiedades figuran las siguientes: "In Bercio (s. e., Vierzo) villa que dicunt Viogio. Et fecerunt Eglesia Santi Ihoane, *inter duos discurrentes Sile et Cua*„, el río Cua, o, como hoy se escribe; Lua, río que desagua en el Sil, después de haber éste recibido el Valcarce, aumentado con el Burbia. En seguida se lee: "In Torres (esto es, Orres, hoy Valdeorras) senrra semine modios VIII. In Karioga (hoy Quiroga) villare que dicunt Parata.„

Logia Independiente de Teósofos



Por lo tanto, habiendo Argerico tomado posesión de estos bienes en el reinado de Fruela, posesión regular autorizada *(per ordinatione)* y pacífica en muza, *por presuria*, según lenguaje del tiempo, bienes situados en territorios bañados por el Sil, claro es que esos bienes estarían incluídos dentro de los dominios cristianos. Esto viene corroborado y amplificado por la mención hecha en otros documentos de tierras pertenecientes a la villa de Lugo en Riba-Sil, sitas no solo en la margen derecha como las otras, sino también en la izquierda, señaladamente en el país regado por los ríos Castro, Arroyo y Mao, que, corriendo del mediodía desaguan en el Sil (vid, las cartas regias de 832, 841 y 897, en la *Esp. Sagr.*, tom. 40, app. 15, 16 y 19.)

Ofrécese aquí, no obstante una duda: ¿Se hallaría en verdad incluído en los límites del dominio cristiano el país de Orres, hoy Valdeorras? En este fertilísimo territorio, cuyos vinos fueron muy estimados en tiempos de los romanos como aun lo son hoy, a par de los vestigios de la colonización de aquel pueblo, existen otros que dan testimonio de una residencia más o menos larga de los sarracenos. ¿Pertenecen, pues, estos restos al tiempo de la ocupación de Galicia, que se prolongó, en parte, de 714 a 753? ¿O serán evidencia de que los infieles continuaron de asiento en este extremo rincón de Galicia, ya por virtud de las armas, ya por tolerancia o descuido de los cristianos, a no ser por convenio entre ellos, mayormente en los tres pacíficos reinados de Aurelio, Silo y Mauregato?

Cualquiera de las hipótesis explicaría el hecho señalado. La respectiva noticia extraída del privilegio de Ordoño II, daría por eso la preferencia a la primera.

Logia Independiente de Teósofos



## IX

### De los clérigos-siervos

La servidumbre, en el lenguaje de los canonistas era una *irregularidad*, o sea, un impedimento para la admisión en las sagradas órdenes, salvo en el caso de manumisión o en el de previo consentimiento del dueño. El impedimiento, según la más antigua provisión conocida sobre el asunto, que es la del Concilio de Elvira *(Illiberis)*, año 304-305, capítulo 80, abarcaba al liberio cuyo patrono estuviese en el siglo, porque, como se sabe, no se rompía del todo el vínculo del deber.

Infringir lo establecido envolvía la deposición del siervo ordenado, y su restitución al dueño, si éste lo exigiere, conforme se decretó en el Concilio de Toledo, año de 633. Las disposiciones del Concilio de Orleans (año 511) eran más benignas y se concretaban a fijar una indemnización en beneficio del amo igual al doble del valor del siervo ordenado.

El espíritu de esta legislación es la incompatibilidad del estado servil con el estado eclesiástico, y envolvía, por lo tanto, la libertad del esclavo, o, en la alternativa, su exoneración, "*quia* vilis persona manens Sacerdotii dignitate fungi non potest„, como arguye uno de esos estatutos.

El simple hecho de legislarse sobre la materia, prueba la existencia de los abusos no solamente en Francia y en España (de que se daban casos aún en tiempo del gobierno relativamente regular de los visigodos), sino también en otros países, como se conoce por las cartas de diversos Papas del siglo en adelante.

Logia Independiente de Teósofos



Dos de esas cartas alegan y particularizan además de los abusos, la frecuencia de los mismos. GELASIUS, Herculentio, Stephano, et Justo Episcopis; LEO PAPA, omnibus Episcopis, *Epist.* I, c. 1). Aún más, ese estado de cosas parece haber continuado durante la mayor parte de la edad media, por lo que se lee en diplomas apostólicos y actas de concilios provinciales del tiempo, (Concil. apud Alichi, año 917; Concil. Triburiensi, año 1035; Alexand. Papa III, archiepisc. Turon., epist. sin fecha, pero escrita entre 1159 y 1181. Vid LANCELLO TTÍ, *Corp. Fui, Canon.*, tom. 1, pp. 171 a 188, y tom. 2, pp. 112 y 113, ed. Venez, 1782). En el Oriente ocurrían los mismos abusos, hasta con la dignidad del Obispo, según lo atestiguan las constituciones del emperador León (886 a 911): Const. IX. "De servo, qui ignorante domino clericus factus est„; Const. X "De servo, qui inscio domino *monachismum suscepit*„; Const. XI "De servo, qui ignorante domino *Episcopus factus* est.„ (IMP. LEÓN AUG., *Novel. Const.*, apud *Corp. Jur. Civil).*

Nada indica ahí que el abuso fuese tal que llegase a constituir un estado de cosas, sino solamente consuetudinario, o, por lo menos, *reconocido* por la autoridad eclesiástica o civil. Este hecho excepcional lo vemos con todo, realizándose en medio de la anarquía social de los dos primeros siglos del reino neogótico. Es de creer que no fuese muy frecuente; pero dos monumentos auténticos dan testimonio de su existencia. Uno es del año 747, el otro de 812.

El primero es el testamento del Obispo Odoario del año referido, en el que hay el siguiente trozo: "Item in desterit Lucense Villa de Benati de mea praessura stipata de *mea familia* per suis terminiis,

Logia Independiente de Teósofos



ubi edificavimus *ipsa mea familia* per mea jussione Ecclesia San Stephani, praenominatos Bennato, et Sunnilla, et Gundesindus *Presbiter*, et Abolo Roderico„ (*Esp. Sagr.*, tom. 40, pág. 360 y sig). He aquí, pues, un presbítero de condición servil, como indica la voz, *familia*, a que se refiere. Este trozo, se repite con leves variantes en la confirmación de Alfonso III de 897 (Ibid. pág. 387) de donde la copió Alejandro Herculano (*Hist. de Port.*, tom. 3 nota 15, núm. 12).

El otro es una donación de Alfonso el Casto a la Catedral de Oviedo, en que, entre otros objetos que *dona*, figuran nominalmente un *presbítero*, un *diácono* y cinco *clérigos*, además de otros que no nombra, diciendo tan sólo: "mancipia id est Clericos Sacricantores„. Uno de los clérigos se había *comprado* a Lauri Baca, y el diácono *adquirido* de Corbello y Tafilane. Nótase que *adquirir* se tomaba aquí en su acepción de "comprar„; porque en la subsiguiente mención que hace el rey de muchos siervos legos que también donaba a la Catedral, emplea al parecer indiferentemente las expresiones: "quos *habuimus* de N.„, "quos *adquisivimus* de N.„, como sirviéndose de estos términos a guisa de sinónimos (*Esp. Sagr.*, tom. 37, app. 7, doc. de que se aprovechó Herculano).

## X

## DE LA PROVINCIA DE LUGO

### con referencia a la civilización

Al regresar de su expedición en 765 al Norte de España, referían los árabes que "los pueblos de Galicia *vivían como fieras;* que nunca lavaban sus perso-

Logia Independiente de Teósofos



nas ni tampoco sus vestidos, que siempre traían sobre su cuerpo sin mudarlos hasta que caían en harápos, y que entraban en las casas unos de otros sin pedirse licencia„ (CONDE, *Hist. de la Domin. de los Arabes en Esp.*, part. 2, cap. 18).

Este cuadro de barbarie que procede del párrafo arriba citado, además de que desentona de la aserción "volvieron a Córdoba con *muchas riquezas*, ganado y cautivos„, no merece crédito alguno en presencia de las revelaciones de los diplomas. Aunque con relación a la clase ínfima, a la servil, pudiese haber, en la última parte de ese pasaje, un cierto fondo de verdad, no por eso envolvería necesariamente el estado general de salvajismo de la sociedad gallega, que constituye la idea fundamental de las representaciones de los enemigos, circunstancia ésta que bastaría para tornarlas sospechosas de calumnias.

En cuanto a la primera invasión por los años 714 a 716, no obstante, el estado en que los árabes dejaron la ciudad de Lugo y su territorio, o parte de él, cuando volvieron a evacuarlo expulsados por Alfonso I, se deduce del propio documento, que mejor nos da conocimiento del hecho, el llamado segundo testamento de Odoario (760) y también del primer testamento de este Obispo (a 747), que los estragos no fueron tan importantes o excesivos como lo hacen creer ciertas aserciones generales de los escritores.

Por lo que respecta a las propiedades rústicas que mandó poblar Odoario con gentes de su dependencia (que no todos serían siervos suyos y no sería raro tal vez lo fuesen algunos de la corona), se conoce por la expresión de que con frecuencia se sirve—"per suis terminis *antiquis*„, "sicut *antiquis*„ etc.,—que por lo

Logia Independiente de Teósofos



que atañe a muchas, si no a la mayor parte de ellas, se trataba de una mera *restauración* y no de poblar eriales o tierras vírgenes.

El primer testamento de ese Obispo menciona nominalmente entre "villas„ e iglesias con sus pertenencias y familias serviles, el número, salvo error, de ochenta y una propiedades, además de nueve grupos, en que no designa los sitios por su nombre y sí acumulativamente (por ejemplo: "ecclesia S. Vicentii... et *Villas*„, o ecclesia Sancti Eusebii, et *omnes hereditates* per ubi eas potueritis invenire„ (etc.) debiendo, pues, exceder bastante de un ciento el número total de semejantes bienes, esto, aparte de otras ocho "Villas„ de que trata el segundo testamento.

Pero hay más: de todos esos bienes, sólo veinte y ocho, salvo error, figuran como cercados de muro *por los siervos del testador* ("stipata de familia mea„, que es la locución del texto) o sea nada más que la cuarta parte o menos, y únicamente respecto a uno se declara por modo explícito haber sido fundación entera, completa y radical ("Item in ripa Minei territorio vocitato Lizino Monasterium Sancti Stephani Valli Athane, quod ex propia famila extipavi, et *ex radice fundamentavi*„). Es, pues, de creer que restando esas veinte y ocho propiedades, las demás fuesen pequeñas iglesias y granjas antiguas *restauradas*. Esta interpretación y creencia nuestra puede conformarse además mejor con un pasaje de la escritura de donación hecha en 745 por algunos libertos de Odoario, pasaje que aún así nos parece exagerado en sus expresiones y demasiado exclusivo con referencia a las diligencias al Obispo atribuídas: "Paefatus vero gloriosus Odoarius Praesul ipsam Urbem (i. est, Lucensem) et *universam*

Logia Independiente de Teósofos



*Provinciam Studuit restaurare*, ac propia familia stipavit„ (*Esp. Sagr.*, tom. 40, app. 9). Es posible que los bienes que se mandàran cercar de muro, o una parte de ellos, fuesen también simples restauraciones; porque la expresión "stipata de familia mea„, no indica de necesidad una colonización radicalmente nueva.

Es de notar que aún Odoario no hace alusión a tierras incultas, explícitamente por lo menos, ni se sirve de las respectivas locuciones en uso en su tiempo (ex squalido planare„, "de squalido adprehendere„ etc.), excepto tan sólo cuando se refería al motivo de agravio que tenía con su hermano Ermiario (In Mera Ecclesia Santa Eolalia Alta et Santa María Alta, et ejus familiae ab integro, et Ecclesia San Joannis de Mera, quos *predivit* germanus meus Ermiarius *de Escalido*, et contestavit a me indignum„, *Esp. Sagr.*, tom. 40, app. 10), deduciéndose de aquí que las tierras adyacentes estaban en erial e incultas, pues *squalidus* se escribía también *scalidus, escalidus*, y así se lëe en el documento del apéndice II: "et presimus Villas et hereditates *de Escalido* et de Ruda Silva, etc. "Los trozos citados deben, por lo tanto, leerse: "predivit... de escalido„, "presimus... de escalido„, en la acepción de *inculto* (presuria hecha en terreno no cultivado).

Además de lo expuesto, las palabras "ubi se dividit cum *alias villas* per petras fixas et mamolas antiguas„ están revelando que había granjas o quintas confinantes a las que se mencionan, y pertenecientes a otro señorío, y separadas por linderos y marcos antiguos.

En suma, Odoario reformaba un país más o menos talado por el enemigo, en el que subsistían aún bastantes recursos, restos de la pasada prosperidad, y, a nuestro entender, sólo parcialmente despoblado.

Logia Independiente de Teósofos



Para convencèrnos de esto, basta recordár el hecho de haber sido Lugo reconquistado a los sarracenos por los años 740 a 742, y enseguida enterarnos del resultado obtenido por Odoario en 747 debido a los esfuerzos que empleó para restablecer su diócesis, tal y cual nos lo representa en su primer testamento (*Esp. Sagr.*, tom. 40, app. 10). Semejante resultado en el espácio de cinco, seis o siete años, sería asombroso, increible, si hubiese envuelto una mudanza de cosas tan radical como se podía inferir tomando estrictamente ciertas expresiones hiperbólicas de los documentos. No se trataba de poblar un desierto ni de componer un caos.

Lo cierto es que de la compulsa de esos dos testamentos, a la par de otras escrituras en el apéndice del citado tomo de la *Esp. Sagr.*, podemos concluir que la provincia de Lugo en el primer siglo neogótico, ofrecía condiciones sociales muy diversas de la grosera rusticidad, fiereza salvaje y existencia mísera a que aluden los árabes que saquearon a Galicia en aquellos tiempos.

En primer lugar debe concederse que la población tuviese cierta densidad si ha de explicarse satisfactoriamente el número de iglesias y de predios rústicos relativamente al área en que estaban incluídos, teniendo presente que no habría sido Odoario el único que se ocupáse en la restauración, en cuya obra, además de la corona, tomarían parte otros individuos más o menos poderosos, lo que de un modo positivo se deduce, cuando menos de un documento (*Esp. Sagr.*, tom. 18, app. 12).

En segundo lugar, hay especies que al corroborrar esa injerencia, dan testimonio de un cierto grado de bienestar, y de la deferencia para con el derecho ajeno.

Logia Independiente de Teósofos



Así, vemos reconocido el derecho de pesca, atento a la mención que hacen los diplomas, al relacionar las pertenencias de la respectiva propiedad, de pesqueras y nasas: "cum nasariis et piscariis„. Esta frase demuestra de por sí que era entonces ya conocida la distinción entre esas dos clases de armazón piscatoria, ambas aún hoy en uso en el Duero. Es tradición en nuestro pueblo de Riba-Douro que aquella invención vino originariamente del río Miño. Puede bien ser que de allá se nos hubiese trasmitido; pero su origen no fué allí, ya que, por lo menos la *nasa*, existía en tiempo de los romanos y a ella hacen alusión figurada algunos poetas y prosistas clásicos "(indusus carcere *nassae*„, dice Juvenal, *Sat.* XII, 123; y en Cicerón, que emplea la antigua ortografía se lee: "ex hac *naxa* exire constitim, non ad fugam, sed ad spem mortis meliores.„ *Ad Attic.* XV, 20). En cuanto a la pesquera no consta noticia de ella en la clásica antigüedad, pues en aquel tiempo el vocablo latino *piscaria*, significaba el lugar donde se vendía el pescado, no el lugar donde se recogía; en el latín bárbaro, fué donde le dieron también este último sentido.

La expresión "*sesicas* (*sesigas, sessiones* y otras variantes) molinorum, "aunque trivial en los diplomas de los siglos posteriores, muestra que el derecho de redificar los molinos después de caídos, cuando estaban situados en terreno ajeno, tenía el mismo carácter privilegiado y perpetuo que tuvo en tiempos más próximos a nosotros. En uno de los diplomas que estamos examinando, aparece consignado de modo más explícito: "molendinorum sessiones *cum suo cauto* (*Esp. Sagr.*, tom. 40, app. 16).

Las mismas escrituras se refieren a las *piedras*

Logia Independiente de Teósofos



*fijas, arcas* y *mamoas*, nombres de diversas especies de hitos o señales que marcaban los límites de las propiedades, y así también las entradas y salidas de las mismas. Que bastantes de aquellas propiedades estaban, además de eso, cerradas por un muro, se manifiesta, según ya vimos, por el respectivo término usual: "vila *stipata*„, ocurriendo una vez la oportunidad siguiente: "Villa Rubin per suis terminis antiquis sicut est *vallata in omni circuito*„ (*ibid.* app. 10). Debemos suponer que hubiese muchas otras en igual caso, si es que no puede decirse lo mismo de la mayor parte; porque, por regla general, Odoario sólo consigna el hecho de hallarse cualquiera granja cerrada con muro, para declarar que había sido obra de gente suya.

Hallamos los mismos documentos, no sólo de viñedos, huertas, pomares, higuerales y hasta de jumentos y buyes para labranza y carros, si, no también, según lo entendemos, de servidumbres relativas a aguas, indicadas por la expresión *aquas aquarum*, y locuciones accesorias, de que se sirven.

Aún no se ha interpretado la citada expresión, que, si Juan Pedro Ribeiro, dió por inintegible (*Diss. Chron.*, t. 1, p. 198, nota) fué ciertamente, por no haber hecho un estudio detenido de este enigma de cartularios. La tentativa que hicimos nosotros, nos dió el resultado de convencernos de que la primera parte de la frase tan vulgar en documentos antiguos de Portugal y España: "*aquas aquarum* et ductos earum„ (variando algo en cuanto a la segunda parte), constituye un idiotismo peculiar de los escribanos peninsulares, debido a haber ellos estropeado la construcción de la fórmula primitiva: *aquas aquarumque ductus:* convirtióse "que„ en "et„ y omitida la vírgula, tornóse el

Logia Independiente de Teósofos



genitivo "aquarum„ dependiente de *aquas*, en vez de conservar su valor de complemento de *ductos*, naciendo de ahí la necesidad de un demostrativo *earum*. La construcción original *aquas, aquarumque ducto*, era equivalente a la fórmula de los diplomas de Francia, Alemania e Italia: *aquas, aquarumque decursus*, que no hemos visto explicada en Ducange ni en otros escritores extranjeros. En cuanto a la letra son de fácil traducción: "*las aguas y sus derivaciones*„. En cuanto al espíritu la interpretación que nos parece debe darse a cualquiera de esas fórmulas que representaban en lenguaje forense los derechos correlativos a las dos servidumbres: a la 1.ª *aquas*, derecho de sacar agua (*haustus aquae* de la legislación romana); a la 2.ª *aquarum ductus* o *decursus*, derecho de derivarla a través del predio ageno (*ductus aquae* o *aquaeductus* de la misma legislación). *Decursus*, que tenía originariamente un significado especial como palabra técnica, o sea la parte del acueducto corriendo al lanzante hasta el *ventram* en el fondo del valle y llamándose *expressio* a la subida opuesta (Vitruis. VIII, 7); parece haber adquirido después el mismo valor genérico que se atribuye a *ductus*, y en este sentido se emplea en una ley de Receswinthus (Cod. wisigoth. lib. VII, tít. IV, lex 31). Los dos términos *decursus* y *ductus* eran pues, sinónimos, habiéndose adoptado el último en nuestra Península y el primero en otros países; pero *ductus* también se encuentra por excepción en diplomas italianos. En la locución, pues, a nuestro ver estropeada, es redundante la palabra *aquarum* y sin valor, y, omitiéndola tendríamos: *aquas et ductus earum* que significa precisamente lo mismo que *aquas, aquarumque ductus*, conclusión nuestra que la refuerza el haber

Logia Independiente de Teósofos



ejemplos en que de hecho falta el genitivo *aquarum*. En cuanto a otros particulares y argumentos de este estudio, nos remitimos a lo que se halla expuesto en nuestra MEMORIA SOBRE O VALOR DA PHRASE "AQUAS AQUARUM„ EMPREGADA NOS DIPLOMAS, presentada a la Academia Real de Ciencias de Lisboa en la sesión de la segunda clase del día 1 de junio de 1882, cuya MEMORIA se ha vertido al castellano (N. B.) por el traductor de la presente novela y puede verse en la colección de la revista GALICIA DIPLOMÁTICA, números 44 al 48, 28 de junio al 9 de agosto de 1884, que por aquel entonces se publicaba en Santiago de Compostela. De las noticias que producimos como ejemplos en el APÊNDICE a dicha MEMORIA, solamente haremos, dado la generalidad de estos APUNTES y en atención a lo que sugiere en lo relativo a este asunto, alusión a una, y es esta: Leese, pues, en el primer testamento de Odoario, hecho en 747: "In valle Oria... (ecclesia) Sanchae Mariae de Saure... *cum suo canali* et suos santos ab integro stipata de familia mea„. Ya el acueducto de que se trata, fuese de pequeñas o grandes dimensiones, parece, en todo caso, haber sido obra durable y destinada a llenar alguna necesidad local, por cuanto a él se refiere, siglo y medio después, otra escritura en las líneas siguientes: "In Saure ecclesiam S. Mariae... *cum canali* et saltu et familia„ (Esp. Sagr., tom. 40, app. 19, Doc. del año 897.

En el Apunte VI, ya citamos a otro propósito el siguiente trozo de un diploma de 757: "terris *quae pro justo pretio emimus*, et per nostras pressuras pressimus, et juri possessa retinemus„ (ibid. cap. II). Luego y bajo dos conceptos, es a nuestro ver, evidente la tesis que defendemos; porque, en primer lugar,

Logia Independiente de Teósofos



*comprar tierras* indica bastante población, un cierto bienestar y una regular condición social, y en segundo lugar, dá campo a presuponer que tierras sin dueño no abundarían en la vecindad.

Apuntaremos finalmente que en los referidos documentos encuéntranse alusiones a cotos, censos, á derechos reales del fisco y a las leyes, ("... ita III *lex* docet, dantes et confirmantes decimas et primitias secundum *consuetudinem legis*... etc.) así como también a caminos y estradas *(via antiqua, strata publica)*, señalándose dos de estas últimas por el propio nombre: "*strata de Castelion*„ en el país de entre Miño y Cabe, e "*iter publicum S. Jacobi*„ Para concluir: Vienen así mismo mencionados diversos puertos *(portus de Guntin, portus Polumbarii, portus Minei*, etc.), constando además que en lugares determinados había barcas para el trasporte de viajantes de un lado a otro de los grandes ríos, usando el vocablo tanto para designar la embarcación como el sitio en que la misma estacionaba para comodidad pública. Esto, no obstante, empléase también idéntica voz, *portus*, como alusión al paso de una sierra.

Excusamos decir que lo que hemos acotado de esos datos solo podía convenir a un país que tuviese ya un cierto grado a de adelantamiento o de relativa policía y prosperidad, y no semejante, hablando en puridad, al modo de existir en tiempos prehistóricos o de los pueblos lacustres. Las circunstancias materiales y la cultura moral de la Galicia del siglo VIII no eran peores bajo mi concepto que las del resto del reino neogótico y si, muy probablemente, mas aventajadas que las del país llamado de Asturias. Tal estado de cosas, que nos denuncia la revista que acabamos de pasar,

Logia Independiente de Teósofos



no difiere mucho, según hemos podido alcanzar, de las condiciones económicas o sociales reveledas en monumentos de los tres siglos inmediatos, y esto es así, debido a que las civilizaciones se sucedían,cual sucede la revolución del tiempo: en su principio es siempre lenta y tardía la marcha del progreso; pero tórnase precipitada y casi vertiginosa cuando el desenvolvimiento va tocando a su auge—és una como ley moral de gravitación.

## XI

### De las hechiceras

Las reuniones nocturnas destinadas a prácticas más o menos supersticiosas parece ser natural y constante tendencia de la clase servil. Los *nocturna sacrificia demonibus* del código neogótico y también de la ley sálica, danse ambas en Brasil entre los negros; mas aquí, cual envuelta con el motivo de genuina superstición, hay, además, muchas veces, no diremos quë siempre, el atractivo del esparcimiento, acabando por bacanales semejantes a las de que son acusadas las asambleas de brujas en Alemania y Francia del siglo XII.

Las reuniones nocturnas en el monte con el fin de consultar alguna hechicera predilecta (una como Meditvina o diosa de los remedios, no una Velada, ya que nada había del romanticismo de las *alrauns* o druidesas), fué costumbre antigua y muy seguida de los siervos de la gleba, la cual se conservó en toda la edad media como se deduce de las leyes consuetudinarias. Antes del siglo XII no se imputaba a las brujas y he-

Logia Independiente de Teósofos



chiceras un pacto concluído positivo y directamente con el demonio, como aconteció después (WRIGHT, *Sorcey and Magia*, pág. 6). En la España árabe, no estaba condenáda la brujería ni por las costumbres ni por las leyes (ENNEMOSER, *History of Magic*, tom. 2, pág. 34). La obra de MICHELET, *La Sorcière*, es una de las más interesantes sobre el asunto con relación a la edad media.

## XII

### De la servidumbre

El tránsito del estado de servidumbre, vigente entre los godos (cuyas leyes consideraban a los de esta clase como pertenências del amo, no de la tierra) al estado de adscripción a la gleba que prevaleció desde principios del reino neogótico, fué tarea erudita y luminosamente expuesta por Alejandro Herculano en su *Historia de Portugal* (lib. 7, part. 2) que á esta obra remitimos al lector que desee profundizar la materia.

Aquí nos limitaremos a recordar el hecho general, de que la transición operóse de dos modos: por la emigración forzosa y por la voluntaria.

Había, según eso, en ciertas tierras de Asturias y Galicia, en la época en que nos ocupamos, siervos (o sus descendientes) que junto con sus propios amos, y tal vez contra la voluntad de unos y de otros se habían allí trasportado de los dominios sarracenos, impelidos por los guerreros cristianos en su regreso de expediciones victoriosas en territorio enemigo. Los siervos de la emigración forzada se establecían, según hipótesis de Herculano, "por una especie de colonato

Logia Independiente de Teósofos



de la corona, mas o menos semejante a la condición del siervo fiscal visigodo„.

En otras tierras del mismo reino, los siervos eran aquellos que habían acompañado a sus señores de buen grado cuando éstos voluntariamente emigraban de "Spania„, y habrían aceptado fácilmente el partido que les fuese propuesto, porque de *esclavos* que eran, mejoraban o creían mejorar de suerte, pasando en la nueva patria, de esa condición o clase a la de *siervos adscriptos a la gleba*. Es de prima intuición que los emigrantes ricos voluntarios, los señores, no podían llevar consigo sus esclavos sino con consentimiento de éstos. Los siervos por lo menos de la emigración voluntaria no podían ser vendidos, en ley, sino con el suelo a que pertenecían.

Había otras distinciones atinentes a la condición de los siervos y a su mayor o menor sujeción, las que, no obstante, sólo tuvieron un carácter consuetudinario; una gradación regular fué conocida en tiempos posteriores.

En el primer siglo del reino neogótico, la confusión era demasiada para no reflejarse en sus aspectos generales, como se refleja en todas las épocas de transición, en que nada hay bien definido: es el choque de instituciones decadentes con los rudimentos informes, aún supuesto que vigorosos, de una nueva existencia. El siervo de la gleba fué, sin duda, en muchos casos y en sentido práctico, un verdadero esclavo.

Que aún estuviese sujeto al castigo de los azotes, lo sabemos por documentos (*Esp. Sagr.*, tom. 37, app. 5, doc. de 780; también AGOTE, *Mem. Eccl. de Braga*, tom. 3, app. 7, del siglo XI); lo que, además de parecer significar en este documento una imposición

Logia Independiente de Teósofos



judicial, nada tiene de extraño, por tratarse de un suplicio conminado a cada paso en el código visigótico que, más o menos modificado, continuó en vigor en el nuevo reino. Menos reparo merece, en presencia de la carta de Alfonso II, de 811, decretando que cualquier lego (incluye por tanto a los hombres libres) que osase perturbar los monjes de Samos en la posesión de sus bienes, además de la pena fiscal de costumbre, recibiría echado cien azotes (*centum flagela extensus accipiat, Esp. Sagr.* tom. 40, app. 14).

Ya recordamos en otro lugar (Apunte II) el hecho de la no existencia en este período del *esclavo moro*, entidad que sólo desde el siglo IX en adelante comenzó a tornarse común en la nueva sociedad cristiana de la Península. Antes del siglo apuntado, los guerreros de la Cruz pasaban a filo de la espada a todos los mahometanos del sexo masculino, que les caían a manos, según aseguran los monumentos coevos.

## XIII

### Del monasterio de Sámos

En el privilegio pasado por Ordoño II en pro del monasterio de Samos en 1 de agosto del año de Cristo 922, se refiere el rey a una antigua inscripción allí existente, la que reproduce, diciendo: "... quomodo ibi scriptum resonat in illa Petra:

...Gaudeant acceptum hib sibi remedium
Et atrium interius Populi non cedat in usus:
Nec imquam illic introeat Mulier,
Publica invitus hic nemo negotia solvat,
Flos ubi jam tenerum Cenobialem migat.„

Logia Independiente de Teósofos



En 1753 con motivo de abrirse en el claustro pequeño una puerta para la librería, se descubrió una piedra partida en dos pedazos, en los que, después de haberlos unido se percibió que contenía una inscripción dispuesta en dos columnas. La columna de la derecha estaba ya ilegible; la otra se descifró, y rezaba así:

"Ast ego Ermefredus Lucensi presul in urbe
Dispensans plebi jura sacerdotii
Talia confirmans edictis vota per evum
Restitui Lapsa cepta bene cumulans
Hujus Xpe. gregris tu tantum claustra tuere
Noscia ne pestis turbet avile patens
Hic igitur monacale decus per secla nitescat
Vinceat hic anima regula sca..."

Esta lápida—que, como verificamos personalmente cuando estuvimos en Samos, no se halla ya en el monasterio, por haber sido probablemente trasportada a algún museo ignorado, si es que ya no se hubiese perdido en tiempo de la expulsión de los monjes, allá por el año 1840—esta lápida pues, fué sin duda la misma de que habla Ordoño, y los versos por él citados, se hallarían en la columna a la derecha, ilegible cuando la vió Risco o su informante.

Ermefredo, Obispo de Lugo, autor de la inscripción, vivía a mediados del siglo VII; y como, según él mismo confiesa, fué tan sólo reformador del monasterio, debe inferirse que la fundación primitiva, se pierda acaso en la noche del cristianismo. Esta reforma duró hasta la invasión de los sarracenos en Galicia por los años 714 a 716.

Consta del mencionado privilegio de Ordoño, que la segunda restauración del monasterio, que había sido, según parece, totalmente destruído por los ára-

Logia Independiente de Teósofos



bes, se efectuó en el reinado de Fruela I, quien hizo donación del sitio y además de otros bienes raíces en distritos diversos, a un abad llamado Argerico y a su hermana Sara que habían venido del territorio fronterizo de los sarracenos *(de finibus Spanie)*. Argerico fué el fundador del nuevo cenobio en Samos entre los años 756 y 768. Resulta de un diploma de Alfonso II, datado en 811, que el arca jurisdiccional, comprendía media legua en contorno *(milliarium et semis ex omui parte per Synum Ecclesaie,* etc., *Esp. Sagr.*, tom. 40, app. 14, y que por lo reducido del horizonte del valle, abarcaría todas las cuestas circunvecinas.

Por más que figure una mujer, Sara, en concepto de donataria juntamente con su hermano, no es razón plausible, para suponer que Samos fuese entonces, o nunca, convento duplex; nada abona semejante conjetura, ni la tradición ni las circunstancias conocidas. Ella solamente figuraría como copropietaria de los bienes donados, sin ingerencia alguna ni morada en el cenobio después de su fundación. Se prueba hasta por inferencia, en vista del hecho alegado en el mismo privilegio, relativo ã otros dos refugiados de Spania, el abad Ophilus y la Deo-vota María, a quienes en el siglo IX, con motivo y ocasión de una nueva reforma, se hizo donación del monasterio y de sus tierras, sin por eso darse a conocer que la comunidad fuese duplex; pues, por el contrario, sólo apenas se hace 'alusión a monjes.

Aún cuando en tiempos posteriores llegase a ser de la orden benedictina, no es cierto que lo fuese desde el principio, atento a que en el citado privilegio, se afirma que fué fundado según las reglas de los Santos Padres (segundum Normam Sanctorum Patrum), o

Logia Independiente de Teósofos



conforme a frase de Manud Risco, "de los antiguos padres„, la cual regla era un conjunto de otras varias. En todo caso se deduce de las palabras del rey que la disciplina prescrita por Argerico, y que prevaleció bastante tiempo bajo sus sucesores, debía ser la primitiva, lo que consta en lo relativo a tres puntos de la cita del rey reproducida arriba; por uno de esos preceptos, como se vió, estaba prohibida a cualquier mujer, la entrada en el monasterio. Esto corrobora también la convicción de que nunca fué duplex, institución desconocida en España con anterioridad a la restauración debida a Argerico.

El monasterio tenía una alberguería *(ospitium)*, destinada al acogimiento de pobres y de caminantes o extraños a la comunidad *(pauperum et peregrinorum)*, según refiere el aludido privilegio.

El nombre del sitio y el del monasterio se abrevió más tarde en el de *Samos*, síncopa que recuerda la bien conocida isla del mar Egeo y que por eso es menos feliz y apropiada, pues contribuye à hacer olvidar más pronto la etimología de la palabra. Según el glosario gótico de Francisco Funio, alegado por el Padre Risco, *saman* quería decir "unión de una cosa con otra„; de aquí que *samanos* significaría un lugar donde viven diversos en unión o comunidad, derivación que, como recuerda el mismo Risco, se corrobora en presencia del vocablo anglo-sajón *samanon*, que significa "muchas cosas juntas en una„.

En confirmación de esto añadiremos que el góthico *samo, sama*, el irlandés *same*, el holandés *saemen*, el sueco *samme*, el alemán *zusamme*, todo vale lo mismo, esto es: "en un lugar„, "al mismo tiempo„, "junto„. En el sajón, *sam*, entraba en la composición de mu-

Logia Independiente de Teósofos



chas palabras, comunicándolas siempre la idea de "juntamente„; y en el inglés, *same*, que hoy sólo se emplea en la acepción de "mismo„, "idéntico„, etc., se usaba aún en el siglo XVI, en el primitivo sentido de "junto„. Los rusos tienen la misma palabra *sam* (y *samo* para composición), significando "mismo„; ignoramos, no obstante, si originariamente tuvo ese otro valor de "junto„.

Parece, pues, fuera de duda que *samanos*, quier se derive del gótico, quier del suevo, significa en sentido lato "congregación„, "comunidad„, o, por otra parte, cenobio o monasterio, y que fué la casa religiosa, cuya primera fundación data del tiempo de los suevos, y que dió nombre al sitio y lugar.

El privilegio hállase en FLÓREZ, *España Sagrada*, tom. 14, app. 3; vide et RISCO, la misma obra, tom. 40, pág. 202 y sig.

## XIV

### De Theudas

El nombre del fiel vasallo de Alfonso el Casto encuéntrase diversamente escrito tanto por los autores modernos, que se sirven del castellano, como por los cronistas, componiéndole en latín. Entre aquéllos, Lafuente escribe *Theuda*, Masdeu *Teudan*, y Risco *Theudio*. De estos otros tenemos a Mariana que dice en el genitivo *Theudii;* Rodrigo de Toledo, en el ablativo, *Theudo;* y finalmente el monje de Albelda, el más antiguo de todos (sig. IX), que escribe también, en el ablativo, *Teudane*.

El nombre aun cuando sea raro, no es singular. Al

Logia Independiente de Teósofos



lector bíblico, ocurrirá tal vez el *Theodas* mencionado por Gamaniel en los Actos de los Apóstoles ("Ante hos emim dies extitit *Theodas*...„ V. 36); al paso que Marco Julio se refiere a un liberto de Trebiano, conocido por ese nombre ("proximeque Theudae, liberto tuo, totum me patefeci...„ CICER, *Epist. ad Famil* VI, 10). En una nota relativa a este trozo, dice Grutero que *Teudo* era errónea expresión vulgar. Mudada la "d„ en "t„, se conocen también los nombres *Teuta*, de la altiva reina de los Ilyrios que osó desafiar a los romanos, haciéndoles frente por algún tiempo; y *Theutis* de un príncipe arcadio que estuvo en la guerra de Troya. *Teutas* era el nombre o uno de los nombres que los galos daban a Hermes o Mercurio.

Adoptamos el nominativo Theudas con aplicación al personaje histórico de que se trata. El nombre no es romano; y puede ser que el liberto de Trebiano fuese antes uno de esos prisioneros que los vencedores traían consigo de las guerras de Oriente, o de paises más allá de los Alpes y que despues pasase a la condición de esclavo y sucesivamente a la de liberto, o acaso un hijo del tal. El héroe de la proeza en Abelania sería probablemente de orígen godo o descendería cuando menos de una de las otras tribus bárbaras establecidas en España. El rey de los godos que gobernó de 531 a 548 se llamaba *Theudas*, lo que da a entender que el nombre era godo.

## XV

### De los conventos dúplices

Poco se sabe en lo tocante a la disposición interior de especie de comunidades. Quiere Viterbo que las

Logia Independiente de Teósofos



habitaciones de los monjes y de las monjas estuviesen separadas por altas paredes y que hasta ni en la iglesia se viesen los unos y las otras, teniendo la suya cada comunidad. Esto no se apoya en datos positivos. Es posible, sí, y asimismo muy probable, que tiempo adelante hubiese más rigorosa clausura; pero pertenecientes al período que nos interesa (en que comenzaba apenas en cuanto a la España cristiana, según se puede colegir de ciertos datos, la institución que nos ocupa) no hay todavía vestigios de eso y sí de lo contrario.

Hay un documento que derrama alguna luz sobre la materia, del cual Viterbo, que lo cita a otro propósito, no sacó provecho en este particular *(Elucid*, tomo 2, pág. 242, nota). Aludimos a la carta de donación del abad Astrulfus del año 842, publicada íntegramente en la *Esp. Sagr.* tom. 40, app. 18.

De ella consta que Senivrinus, ya entonces difunto, tio del referido Astrulfus, rompió los eriales *(squalidavit)* en un lugar llamado Barrato, sobre el rio Miño, fundando allí la iglesia de Santa María, plantando viñas, y haciendo *muchas* casas con auxilio de religiosos y religiosas *(fratribus et sorroribus)*, que allí se habían establecido en comunidad.

El documento no señala la fecha precisa de la fundación del convento de Barrato, indica apenas que fué en tiempo de Alfonso II, que empezó a administrar el reino en 791. Debía ser en el comienzo del reinado; porque Astrulfus dice que su tío, fundador también de otras iglesias en las cercanías, permaneció en el gobierno de aquellos bienes y de la comunidad *per multa curricula annorum*, teniendo por sucesor á su sobrino el presbítero Bellarifonso, que fué allí abad asimismo *per multa curricula annorum*, hasta que, fa-

Logia Independiente de Teósofos



llecido, le sustituyó su hermano, el Astrulfus, entonces abad.

Refiriéndose después a la comunidad que pastoreaba, dice: "illi qui hodie mecum sunt in *uno* Cenobio Presbyteri, Clerici, et Devotae, quorum nomina haec sunt.„ Pasa Astrulfus a dar una lista de catorce nombres, once de hombres y tres de mujeres. Habrían en verdad de exceder de ese número, atenta la declaración que viene al fin del rol: "vel (sinónimo de *et* en estilo medioval) alli plures, quorum nomina *longum* scribere est„, que indica, como se ve, que había aún muchos más, y entre ellos, entre esos nombres, habría probablemente no pocos de mujeres.

Aquí tenemos, pues, un convento duplex, cuya comunidad, aunque pasaba mucho de quince individuos, de ambos sexos, vivía bajo la dirección exclusiva de un abad. En tiempo de su fundación, parece que estaba distribuido en habitaciones separadas (*casas multas* reza el diploma), y la expresión de que después se sirve Astrulfus con relación a su tiempo (in *uno* Cenobio„) no obsta a que continuase el mismo estado de cosas, si se refería, como es de creer, al ser colectivo, al edificio.

En la era primitiva del monaquismo, parece haber sido ese el orden predominante respecto a habitaciones de los religiosos. En los cenobios del Oriente, conocidos por el nombre de *laurae*, tan celebrados, a partir del siglo quinto, las celdas de los anacoretas (no incluían mujeres) estaban dispuestas separadamente al redor de la iglesia, y supuesto que cada religioso tenía la suya, y no había reunión en comunidad sino en ciertos altos rituales, obedecían todos los miembros de la laura a un mismo superior. Hay también ejemplos de

Logia Independiente de Teósofos



separación de moradas o habitaciones en los cenobios anglo-sajones, como se desprende de la crónica de Beda. Aun dos o tres siglos más tarde, en la época de la dominación normanda en Inglaterra, vemos la célebre abadía de Croyland, que la constituía una reunión de casas apiñadas, construidas de madera, según la descripción de Ingulph (véase su crónica correspondiente al año 975). En Rusia y en el Cáucaso, visitamos algunos monasterios en que aparece aún hoy aquel carácter primitivo. La antiquísima laura de Kiel, a cuyas catacumbas acuden millares de peregrinos, consiste en una serie de habitaciones de madera, formando al lado izquierdo del patio entre el portalón y el templo; pero en cada una se acomodan más de un monje, aunque pocos. En Astrakan tuvimos ocasión de ver un convento, cuyo nombre no recordamos, donde las celdas son nuevas cabañas independientes, construidas de cepos, y con la iglesia en medio.

Quiérenos parecer que tenemos en este último un ejemplar de lo que sucedía con relación a muchos conventos y ascetorios fundados en los primeros siglos de la monarquía asturiana, ya fuesen de monjes o de monjas, ya fuesen de dúplices. Es muy sabido cuán atrasada estaba entonces la arquitectura, hecho confirmado por lo que refiere Sampiro respecto de la Basílica de Santiago de Compostela, levantada por Alfonso I el Católico en proporciones humildes *(ex lapidibus et luteo opere parvam)* y que comenzó ya en el siglo siguiente (año 872) a tomar las formas grandiosas del edificio actual, por industria de Alfonso III el Magno (*ex calce, quadratisque lapidibus marmoreisque columnis, sive basibus construxit eam valde pulcherrimam*, vide. *Sampiri Chron*, in *Esp. Sagr.*, tom. 14.)

Logia Independiente de Teósofos



Volvamos a considerar el asunto bajo el especial aspecto del *gobierno* y de la *clausura* en los conventos dúplices.

Se desprende de bastantes documentos, que a veces estaban esas comunidades regidas únicamente por un abad y prior, y otras por una abadesa, dándose también casos de haber al mismo tiempo prelados de uno y otro sexo. En estos últimos debe presumirse que cada sexo tuviese casa aparte o separada vivienda; pero en cuanto a los otros, se infiere del contexto de los diplomas, que la morada era común, y ya de esto hemos reproducido arriba un ejemplo positivo. Tórnase aún más probable en presencia de la declaración, que no raramente ocurre, de componerse de pocas personas la dúplice comunidad. Con frecuencia, estaba fundada y mantenida en propiedad particular, formando parte de ella el propio señorío o parientes suyos. Estas eran meros *asceterios*, como entonces se nombraban, ya fuesen dúplices, ya no.

El simple hecho de estar gobernadas algunas comunidades dúplices por un superior común, fuese de uno u otro sexo, indica de por sí, que no era de rigor la clausura entonces, como lo fué después.

En la iglesia oriental, llamada ortodoxa o griega, la clausura en los conventos de mujeres, está lejos de observarse hoy mismo con la austeridad que rige en Occidente; de esto fuimos testigos oculares en nuestros ya aludidos viajes en la Rusia y en el Cáucaso. Ciertamente las costumbres de aquella Iglesia son aún las primitivas bajo algunos conceptos, y allí tenemos sin duda el tipo de lo que prevaleció en ciertos puntos disciplinares de la comunión latina, antes de las modificaciones resultantes del desenvolvimiento legíti-

Logia Independiente de Teósofos



mo, coherente, saludable y gradual de esta última. La pujanza, digámoslo así, de la Iglesia Romana se fué manifestando mayormente, después del grande cisma que comenzó en el siglo IX, para confirmarse definitivamente en el XI. La Iglesia griega, por el contrario, se ha conservado siempre estacionaria, mejor diremos, entorpecida (lo que no es extraño por oponerse a las leyes del vigor que, así en lo moral como en lo físico, exigen el movimiento para el crecimiento), desde el segundo Concilio Niceno verificado en el año 787, último reconocido por ella con el carácter de ecuménico.

Los conventos duplex fueron prohibidos por el referido Concilio; pero tal providencia no produjo efecto en nuestra Península, que noticias tenemos de esas comunidades hasta el siglo XII. Si nos limitásemos al exclusivo testimonio de los conocidos documentos, habríamos de concluir que los conventos dúplices, sólo comenzaron a fundarse en España, cerca del tiempo de su prohibición, y que fueron raros antes del siglo IX.

Véanse los diplomas citados por AMARAL *(Mem. de Litter, Port.*, tom. 7, pág. 96, n. 72, noticia de un convento duplex al pie de Córdoba, destruido en 853, y p. 184, n. 220); RIBEIRO *(Dissert. Chron. e Crit.*, tom. 4, part. 2, p. 113), y VITERBO *(Elucidario*, tom. 1, pp. 24, 39, 284, 285, 362, 364, 429 y 436; tom. 2, pp. 47, 105, 264, 204, 205, 282 y 312).

Logia Independiente de Teósofos



## XVI

### De las fórmulas de anatema y maldición empleadas en los diplomas antiguos

Este estilo, que algunos anticuarios hacen comenzar con los reyes godos de España, tuvo, en cuanto a nosotros, más remoto orígen, puesto que ya se le encuentran los rudimentos en algunos edictos de los emperadores romanos sucesores de Constantino. He aquí como se expresan Graciano, Valentiniano y Teodosio en el año 380: "Hanc legem sequentes, Christianorum Catholicorum nomen jubemus amplecti: rèliquos vero dementes vesanosque judicantes, haeretici dogmatis infamiam sustinere: *divina* primum *vindicta*, post etiam motus (animi) nostri, quem ex caelesti arbitrio sumpserimus, ultione *plectendos*.„ Es el primer ejemplo que nos deparan nuestras pesquisas. Del sexto siglo hay varios, y aquí tenemos uno de 528, con palabras de Justiniano: "Haec igitur cum ita se habeant, *anathematizamus* omnem haeresim, praesertim vero Nestorium.„

La práctica de formular el anatema eventual (abstrayendo los ejemplos bíblicos de la maldición, conforme a la Antigua Ley) nació en los concilios de Oriente, y si los emperadores siguieron igual práctica fué únicamente en su calidad de defensores de la Iglesia y para dar fuerza a las actas de aquellas asambleas. Esto es lo que se deduce de varias especies. Dice Justiniano en 530 (15 kal. novem.): "Si vero quis ausus fuerit adversus haec tentare... fiet *ecclesiasticae multae* subjectus apud sanctissimum Patriarcham,„ etc.; y en 533 (7 kal. april) "... omnes enim qui *ab iis* (esto es, conci-

Logia Independiente de Teósofos



lis) *damnati et analthematizati sunt...* anathematizamus.„ Hay también esta formal declaración del emperador Marciano en el Concilio de Chalcedonin (año 451): "Nos *ad fidei confirmandam*, non ad potentiam ostendendam, exemplo religiosissimi Principis Constantini, *Synodo interesse voluimus*, ut inventa veritate, non ultra multitudo pravis doctrinis attracta discordet„ (vid. act. VI, id. conc.)

Del Oriente, pues (no de Toledo como quieren algunos autores) se extendió ese estilo a y por Europa; observándose no sólo en las actas de los sínodos y concilios, sino también en los diplomas regios, aunque con más ahinco y persistencia, por parte de los reyes godos de España, o mejor, de los concilios, cuyas decisiones confirmaban, notándose otro sí, una mayor energía en las fórmulas góticas y un carácter atrabiliario que no aparece tanto en otros paises. Continuó en el período neogótico, y fué siempre en aumento como regla de cancillería.

Hay quien tiene encarado este uso como denotando por parte del soberano un abocamiento a sí de derecho de consignar penas espirituales; y el ilustre LAFUENTE (*Hist. de Esp.*, tom. 3, pág. 230) llega a decir que por tal forma arrogaba la majestad las atribuciones del pontificado. Es doctrina, a nuestro ver, insostenible en presencia de los documentos. No fué ese el intento de los emperadores de Constantinopla, según ya lo hemos notado, y no parece (vistos los pocos ejemplares que nos restan de la cancillería de los reyes de Toledo) que las pretensiones de éstos fuesen más allá de las necesarias a los defensores natos de la Iglesia. Dice Recaredo en un edicto: "Si quis... obediens esse noluerit... *ab omni concilio* excommunica-

Logia Independiente de Teósofos



tioni subjaceat„ (AGUIRRE, *Concil. Hisp.* tomo 3, página 234.) No era, pues, él quien excomulgaba. Aun cuando menos explícito, sucede lo mismo con Ervigio, cuya conminación contra el infractor consiste en lo siguiente: "diutinam Ecclesiasticae disciplinae excommunicationem excipiat„ (ibid., p. 290), limitándose, como entendemos, a sujetar al culpado a la acción del brazo eclesiástico.

Si salimos de la Peninsula, nos encontramos con análogos ejemplos. En un estatuto de los alemanes del siglo sexto, se lee: "Dei judicium incurrat et excommunicationem *Sanctae Dei Ecclesiae* (MABILL *De Re Dipl.*, lib. 2, c. 8, part. 7); esto quiere decir, que la pena sería impuesta por la Iglesia. Si una de las capitulares de Carlos Magno nos depara este trozo: "sit. a communionis gratia sequestratus„ (PERTZ, *Mon. Ger. Hist. Leg.*, V, 1, p. 34), en otra determinación del mismo Soberano, citada por Mabillón, leemos: "*ab Episcopis* nostris anathematizetur„, pudiéndose considerar la primera locución como regida en el mismo espíritu.

La idea fundamental de las fórmulas en cuestión, al ser empleadas por la autoridad civil, cuando no era la de sujetar al trasgresor al poder espiritual para la ejecución de la pena, como se trasluce en los ejemplos supra, se cifraba en una mera apelación al cielo a fin de inspirar el terror y prevenir así las infracciones, medio que, en los siglos de viva fe, no dejaría muchas veces de surtir efecto. La ilación, además de ser más lógica y asentada, adquiere mayor fuerza y solidez, atenta la práctica seguida por particulares y simples seglares en los contratos y otras escrituras libradas en su nombre, en las que aparecen formuladas las

Logia Independiente de Teósofos



mismas maldiciones, que constituyen verdaderas palabras o cláusulas de estilo notariales.

Muy temprano comenzó en la tierra de los Francos esta costumbre. En el sexto siglo quiere una rica señora, que, el infractor eventual de las cláusulas que había mandado poner por escrito, *incurra en la ira de la Santa Trinidad y sea excomulgado de las luces de la Santa Iglesia*. Los cartulários y colecciones inéditas que últimamente se han publicado en Francia, ofrecen otros ejemplares del mismo género, referentes a ese siglo y al inmediato, ejemplares que se vulgarizan más en los siguientes. Si en la Península hispánica, apenas se comienzan a ver en el siglo VIII, es sin duda porque los protocolos góticos sufrieron los efectos destructores de la invasión árabe o de las conmociones civiles del período musulmán, ya que todo, no obstante, persuada que aquí se observó el estilo de anatema, con mayor constancia que en otros países. Uno de los más antíguos ejemplares que encontramos es del año 745, obra de humildes libertos que se expresan así: "Si quis hanc seriem dotis violaverit sit anathema ab Concilio, videlicet Sanctorum segregatus, nisi conversus egerit paenitentiam„. En una donación pasada por Cartemiro y su mujer, tenemos: "Et qui.., sedeat separatus et excommunicatus et cum Juda traditore habeat participem„. Abundan los archivos de Portugal y España en documentos de la misma clase. En la Epístola de Osbern sobre la toma de Lisboa en 1147, se da cuenta de como algunos soldados ingleses fulminaron formalmente la excomunión contra otra parte del ejército (vide PORTUG. MON. HIST. *Escrip.* V, 1, p. 397). Nadie, a buen seguro, se acordará de sustentar que estos legos se arrogaban el dere-

Logia Independiente de Teósofos



cho de imponer la excomunión o de conminar penas espirituales.

Existe además un documento que revela de un modo más positivo la idea fundamental de las impresiones formuladas por seglares. Es una carta de donación de la infanta D.ª Urraca, hija de D. Fernando I de Castilla, extendida en 1071. He aquí el pasaje que nos importa: "si quis aliquis Regis aut qualibet potestas, hunc meum factum... convellere voluerit, ut tu cum omnibus Sanctis, dum cum Christo ad judicium venerit, ut vocem Eclesiae tuae intendes ipsum tibi tuaeque domni contemptorem *facias* demergi in tartarum cum diabolo et angelis ejus et cum Datam et Aviron, Judae que Schavioth partem habeat in aeterna dampnatione„. Era, pues, una mera invocación, la expresión de un anhelo, de un deseo.

Si la verdadera significación de las fórmulas no trasparenta tan evidentemente en las cartas regias pertenecientes a la Península, por ser quizá tenor corriente e inteligible de por sí, hay entre los diplomas extranjeros algunos que dan más cabal testimonio del hecho. Guillermo el Conquistador, en una ley en que prohibe a los particulares entrometerse en cuestiones de la competencia del fuero eclesiástico, conmina la excomunión, dejando claramente la ejecución al Obispo; no vimos, sin embargo, el texto, y apenas tampoco su cita por Hardoninio (*Concilia* quaedam, an. 1085). La siguiente especie es más cierta: dice Ricardo I de Inglaterra en un diploma: "Nos vero, *quantum potest rex*, excommunicamus, et concedimus, quod incurrat indignationem Dei omnipotentis„. (MABILL. I, 2, c. 8, párrf. 22.) La limitación expresada es concluyente en cuanto al espíritu de la conminación de penas espiri-

Logia Independiente de Teósofos



tuales por parte del poder temporal. En la llamada bula aurea de Rogerio, conde soberano de Calabria y Sicilia, dice éste con referencia a quien no obedeciese al Obispo: "jube anathematizari„ y en cuanto a aquel que intentase violar esta carta de donación, añade: "habeat anathema a Patre, Filio et Spirito Sancto, et a trecentis decem et octo Deiferis Patribus, et cum Diabolo eterno igne punietur„.(ITALIA SACRA, t. I, col. 950, texto griego y latino.) Ly primera de estas fórmulas nos parece que se ciñe a una invocación a la autoridad eclesiástica, y la otra a los poderes celestes. Los 318 atributos deificos, o inspirados de Dios, son sin duda los padres que constituyeron el Primer Concilio Niceno; no nos consta otro ejemplo de esta fórmula singular del siglo XII.

En un tratado entre el rey de Francia y el conde de Flandes se estimula la excomunión contra la parte que violase el pacto; *pero*, se añade que *sería lanzada* por los Obispos (vid. el texto en LEIBNITZ, *Codex jur. gen. dipl.*, p. 11) en un diploma de Guillermo II de Inglaterra al Arzobispo de Cantorbery, a quien conmina la pena espiritual, al paso que la confirmación regia se limita a esto: "*cantum in me est* confirmo„. (RYMER, FOEDERA, vol. 1, p. 5, ed. de 1816). En la magna carta de 3 de Mayo de 1263 las fórmulas del anatema son de los Obispos, sin que en ellas tenga parte el rey (vid. el texto en MATTH. París, *hist. Maior.*, p. 580 ed. 1644.)

Que no hubiese propósito en los soberanos de abocar a sí los atributos eclesiásticos, se trasparenta también en los ritos seguidos en la coronación de los emperadores alemanes. Entre los interrogatorios formulados por el Papa había este: "Anathematizas etiam omnem haeresim estollentem se adversus Sanctam

Logia Independiente de Teósofos



Ecclesiam Catholicam? Respondet (i. e. el emperador): *Anathematizo* (vid. el ceremonial en MARAT., *Ant. Ital.*, t 1, p. 103). Es evidente que el Papa no exigía ni aceptaba la respuesta imperial como teniendo otro valor o envolviendo otro principio que no fuese referente al apoyo del brazo secular, lo mismo que se daba con Constantino y sus sucesores.

Otro argumento en abono de esta doctrina es, que a vueltas de fulminar el anatema contra los infractores, consignaban los estipulantes, no raras veces, una bendición en pro de los que respetasen las cláusulas del documento. Esta manera de formular traía su raíz de muy lejos: aparece en los concilios de Oriente y rudimentaria en los edictos imperiales, encuéntrase en las actas de los concilios de Toledo y en otros concilios de Occidente; en los diplomas regios del neogotismo: en los de cancelaria pontificia (mayormente antes de mediados del siglo XII, pues después es más vulgar la maldición sola); y hasta en documentos de seglares particulares, si no formalmente, por lo menos de un modo rudimentario (en la cláusula *misi* puesta al fin.

En cuanto a la intensidad de las expresiones, pueden las fórmulas, hasta donde alcanza nuestro exámen, coordinarse en tres períodos, a saber:

1.º Hasta el siglo IX están generalmente concebidas en términos sencillos o menos redundantes, en buen hora haya casos excepcionales de mayor energía de los que se ven ejemplos en las actas de algunos concilios de Toledo.

2.º Del siglo IX al XII llegan en violencia a un exceso increíble degenerando en la extravagancia y en el absurdo y variando conforme a la fantasía de los

Logia Independiente de Teósofos



notarios y sus consistentes. Verifícase tanto en las actas de los concilios como en los diplomas regios y particulares. Es lo que, en cuanto a esta especialidad puede llamarse *el período de la anarquía*. Uno de sus caracteres distintivos es abarcar las fórmulas, imprecaciones aplicables a la persona y a sus relaciones sociales: calamidades, infortunios, enfermedad, pérdida de la vista o de algún miembro del cuerpo, orfandad, viudedad, muerte de los hijos, etc., insistiéndose, no raras veces, en las particularidades más hediondas.

3.º Del siglo XII al XV las fórmulas son más regladas vuelven a la sencillez primitiva y al fin de este período van tornándose menos frecuentes hasta desaparecer del todo al terminar este último siglo.

Entre las fórmulas hay por encuanto algunas que son comunes a todos los períodos y a diversos países. Se hallan en este caso, además de otras, las que se refieren a Judas, y a Dathan y Abiron, las cuales, apuntando ya en el siglo VII, parece por su frecuencia desde el siglo inmediato eran a las que más se aficionaban, pues aparecen sujetas a variantes, es verdad, pero solamente en la dicción.

Las fórmulas del anatema y maldición se resuelven en una rama de la Diplomática que ha sido poco estudiada y merecía que lo fuese más, por ser un auxilio asaz valioso para la hermenéutica. Como ejemplo, diremos en relación al célebre privilegio post-bautismal atribuido a Constantino el Grande, que cuando faltasen otros argumentos contra su autenticidad, bastaría, en cuanto a nosotros, para considerarlo sospechoso, la frase de sus fórmulas de anatema: "Si quis... aeternis condemnationibus subjaceat innodatus, et sanctos Dei, Principes Apostolorum, et Petrum et Paulum, sibi

Logia Independiente de Teósofos



sanctos Dei, Principes Apostolorum, et Petrum et Paulum, sibi in præsenti et in futura vita sentiat contrarios; atque in inferno inferiori concrematus, cum Diabolo et omnibus deficiat impiis», etc. (vid. el documento completo: LANCELL., *Corp. Jur. Canon.* t. 1 dis. 96 c. 14). El documento está escrito en un estilo desconocido en el siglo IV, lo cual revela que se trata de una obra posterior al siglo VI. Creemos que la locución «in inferno *inferiori*» pertenece exclusivamente al segundo período; no la hemos encontrado en ningún otro lugar antes del siglo noveno.

La carta real de Chindasvinto, del año 646, producida por Yepes (*Cron. de San Benito* t. 2, app. 13) está sujeta a ser objeto de sospecha a causa de las fórmulas de anatema, que omitimos por brevedad. Basta con decir que la expresión: «Sit... repetita anathema maranata, id est *duplici* perditione damnatus» es propia del siglo X y no del VII. En este último, la cláusula correspondiente, cuando se expresaba, era «sit anathema maranatha, hoc est perditio *in adventu* domini nostri Jesu Christi» (construcción explicativa que, además, es más correcta que la otra, porque *maranatha* quiere decir «adventus»). Añádase que, en lugar de «æternis suppliciis condemnetur», que, con sus variantes, era la expresión más usual en el siglo VII, la carta de Chindasvinto dice: «tartareas pœnas... perenni perferat cruciatu», locución de la que no nos consta otro ejemplo anterior al siglo VIII, y aun en este hemos visto solamente uno (vid. infra el extracto del testamento de Odoario, año 747). Es solo en el siglo X cuando ella parece volverse más vulgar. Otro aspecto que refuerza nuestro punto de vista es el orden seguido en las fórmulas que llamamos *comunes*; vistas en conjunto son, con leves diferencias, una copia de las maldiciones formuladas en el testamento del conde Osorio Gutiérrez, datado de la era 1007, correspondiente al año 969 (vid. *Esp. Sagr.* tom. 19, app. 17).

En la carta de fundación del monasterio de S. María de Obona, datada del 780, entre las maldiciones que

Logia Independiente de Teósofos



aparecen hay la siguiente: «in presenti vita semper in aprobium vivat, membris magis necessariis careat», expresiones que no suelen figurar en los monumentos del siglo VIII, y que pertenecen al segundo período. Pellicer, basándose en otras circunstancias, intentó mostrar que el diploma en cuestión fue redactado a finales del siglo X, habiéndose alterado la fecha posteriormente para dar una apariencia de mayor antigüedad al monasterio. Nuestro argumento refuerza los de Pellicer.

A continuación damos algunos ejemplos más de las fórmulas relativas a los tres períodos, suprimiendo, generalmente, el fragmento que expresa una eventualidad y que empieza por *si quis*, para evitar la repetición inútil de la misma idea.

PRIMER PERÍODO:

«Si quis convellit, tentaverit dona nostra, quæ hic in dote concessimus, sit condemnatus, et perpetuam ultionem percussus in conspectu Domini nostri Jesu Christi, et Sanctorum ejus, ut de hoc sæculo sit Dathan et Abiron, quos continuo factum, et tartareas pœnas cum Juda Christi traditore perenni perferat cruciatu...».

Primer testamento de Odoario, obispo de Lugo. Año 747.

«Si quis..., in iram Dei et ipsius Sancte Virtutis incurrat periculum».

Donación hecha por un tal Guinifredi de Pistoia, (Italia). Año 767.

«Qui..., sit maledictus et excommunicatus et cum Datham et Abyron damnatus, et quidquid..., segregatus a corpore Christi sit, et nihil in sua potestati sit, sed sit excommunicatus...».

Donación del abad Fromistano. Año 781.

Logia Independiente de Teósofos



«Si quis..., hic a Christi communione privatus fiat... anathemati perpetuo subjaceat, quæ bona sunt in Hierusalem cum electis Dei non videat, cum Dathan et Abiron et Juda proditore Domini pœnas perenniter sentiat...».

Carta de confirmación del rey Alfonso II. Año 812.

SEGUNDO PERÍODO:

«Si quis contra hunc magnum testamentum perverse quod locutus fuit a lingua sua vermes dill (*lacuna*) cum cibo sumpserit. Sit vita in præsens orbatus filius et suis luminibus, Dathan et Abiron sint consolatores, vel sui socii: absorveat eum terra adhuc præsens in vita, quemadmodum fecit illorum corpore: sit ante Christum filius perditionis, socius et Juda traditoris in req. (*lacuna*) ultricibus perpetuis æternis in flammis habeat (*lacuna*) et post mortem a Christo confussio dupla quod est anathema...».

Donación de S. Genadio, obispo de Astorga. Año 916.

«Si autem (quod absit)..., a cœtu in hac vita anathematizetur fidelium, & in tremendo Dei examine astantibus cœlorum agminibus hominumque turmis, necnon & horrendis erebi vernulis, palam cunctis damnetur, cum hædis, averni cruciamenta sine fine luiturus, ni ante obitam condigne emendaverit».

Diploma del rey Etelredo de Inglaterra, firmado por él, diversos obispos, abades, etc. Año 990.

Logia Independiente de Teósofos



TERCER PERÍODO:

«Si quis..., deleatur nomen de libro vitæ, & cum Juda traditore pœnas perpetuas participet».

Carta del abad del convento de S. Albano (Inglaterra).

«Si quis..., iram Dei habeat et maledictionem et regiam indignationem incurrat...».

Carta de confirmación de Alfonso IX. Año 1199.

«Quisquis..., ex parte Dei patris Omnipotentis, et de nostra sit maledictus et anathematizatus, et in inferno cum Juda traditore sine fine damnatus...».

Donación de Alfonso IX. Año 1206.

«Y si viene un hombre, de nuestra tierra o de tierras extranjeras, que quiera romper esta carta, sea maldecido y excomulgado y, junto con Judas el traidor, condenado al infierno...».

Carta de venta de Mem Rodrigues y su mujer a Pero Rodrigues y su mujer. Año 1275.

«A todos aquellos que vengan después de mí les ordeno, so pena de recibir una maldición en vez de una bendición, que hagan cumplir...».

Carta real de D. Dinis. Año 1283.

Logia Independiente de Teósofos



"E o que nom fezer... seja pera sempre con Judas treedor confuso no Inferno, e aja a maldiçom de San Bento e de Sancto Augustino„...—*(Compromisos entre los prelados y los monjes de diversos monasterios. Año 1387)*.

Lo que precede es un resúmen de la Memoria que tenemos dispuesta, salva la redacción, para ofrecer a la Academia Real de Ciencias de Lisboa, Memoria en que la materia de que tratamos se discute con el desenvolvimiento que requiere la gran copia y la variedad de ejemplos subsistentes de los que presentamos más de cien reproducidos y clasificados extraídos de diplomas de nuestra península y de paises extranjeros.

FINIS

Logia Independiente de Teósofos

# ERRATAS

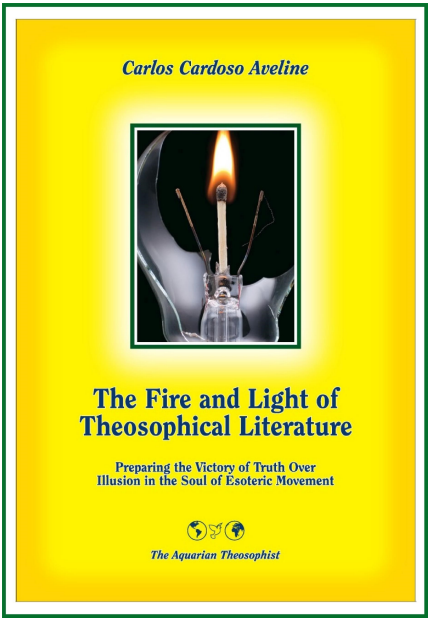
| PÁG. | LÍN. | DICE | LÉASE |
|---|---|---|---|
| 31 | 10 | aparte | apartarte |
| 36 | 6 | moviéndose | metiéndose |
| 48 | 15 | sus | sin |
| 61 | 1 | hacerla; | hacerla su esposa; |
| 63 | 25 | y | a |
| 64 | 2 | que no | no que |
| 64 | 10 | los | os lo |
| 71 | 11 | viene | vine |
| 75 | 31 | terciario | terciado |
| 134 | 32 | descuida | descuidada |
| 136 | 20 | preso | presor |
| 147 | 23 | cocina | cima |
| 169 | 10 | árabes | árboles |
| 175 | 14 | ocultar | ocultarse |
| 175 | 19 | amortado | amontado |
| 185 | 5 | arrerías | correrías |
| 197 | 10 | arca | area |
| 200 | 21 | meditaba | animada |
| 215 | 1 | que no | no |
| 219 | 27 | D. de Dios | dón de Dios |
| 221 | 8 | aun se conservaba | aun conservaba |
| 227 | 14 | En | Es |
| 238 | 14 | un amor | mi amor |
| 239 | 17 | Por | por |
| 249 | 7 | Adur | adur |
| 242 | 10 | al | Al |
| 242 | 12 | Del | del |
| 247 | 18 | santos | tantos |
| 254 | 4 | desaguzárnos | desayunarnos |
| 277 | 24 | coto | voto |
| 278 | 7 | en | es |
| 287 | 5 | ilustre | silvestre |
| 327 | 1 | estuvo | estuviese |
| 328 | 4 | Baschid | Raschid |
| 353 | 28 | de una | de uña |
| 353 | 30 | ¡muerte | muerta |
| 361 | 6 | calzada | cazada |
| 362 | 13 | recordaría | recordarla |
| 379 | 4 | figueiral | higueral |
| 381 | 32 | atrávesa | atravesarle |

000

En septiembre de 2016, un grupo de estudiantes decidió crear la **Logia Independiente de Teósofos**, que tiene como una de sus prioridades la construcción de un futuro mejor en las diversas dimensiones de la vida.

000

Acerca del papel del movimiento teosófico en el despertar ético de la humanidad, lea el libro "**The Fire and Light of Theosophical Literature**", de Carlos Cardoso Aveline.




Publicado en 2013 por **The Aquarian Theosophist**, el volumen tiene 255 páginas y puede ser obtenido en Amazon Books.

000